EFESIOS

EL MISTERIO DE

CRISTO REVELADO

ARCADIO SIERRA DÍAZ

EFESIOS

El misterio de Cristo revelado

Copyright © 2004 por Arcadio Sierra Díaz
Bogotá D.C. - Colombia
Todos los derechos reservados por el autor.

Email: cristiasidia@gmail.com
URL canal de Youtube:
https://www,youtube.com/c/ArcadioSierraDiaz
URL página de autor en Amazon:
https://www.amazon.com/author/arcadiosierradiaz

«*...que por revelación me fue declarado el misterio,*
como antes lo he escrito brevemente,
leyendo lo cual podéis entender cuál sea
mi conocimiento en el misterio de Cristo,
misterio que en otras generaciones no se dio
a conocer a los hijos de los hombres,
como ahora es revelado a sus santos
apóstoles y profetas por el Espíritu»

San Pablo, Efesios 3:3-5

CONTENIDO

Prólogo, 5
1. Introducción I . Autoría. Esbozo de un perfil paulino, 7
2. Introducción II - Visión panorámica y estructural, 33
3. El plan divino de la salvación, 60
4. El origen eterno de la Iglesia, 90
5. El origen histórico de la Iglesia, 114
6. Triunfo y supremacía de Cristo, 135
7. Cómo se produce la Iglesia, 152
8. Cómo se edifica la Iglesia, 169
9. Revelación del misterio de Cristo, 187
10. Fortalecimiento del hombre interior, 201
11. La unidad de la Iglesia, 218
12. La Iglesia como el nuevo hombre corporativo, 240
13. La Iglesia como el nuevo hombre corporativo II, 261
14. El andar del cristiano, 278
15. El misterio del matrimonio de Cristo y la Iglesia, 301
16. Cristo en el hogar y en el trabajo, 320
17. Lucha de la Iglesia contra el enemigo de Dios, 339
18. La panoplia de Dios, 365
Bibliografía, 387

PRÓLOGO

El presente comentario homilético de Arcadio Sierra Díaz a la epístola de Pablo a los Efesios, que su propio autor llama modesto, es no obstante un representante contemporáneo de la exégesis colombiana actualizada, pues tiene en cuenta la situación moderna por una parte, y también, por otra, los avances actuales de la eclesiología y de la escatología bíblicas, especialmente en lo relativo a los aspectos universal y local de la Iglesia, en relación a los vencedores y al castigo dispensacional, y en relación a la tricotomía antropológica y soteriológica.

Ciertamente que existen en el campo comentarios foráneos importantes de la epístola paulina a los Efesios. Ejemplo tenemos en el de Juan Calvino, en el voluminoso comentario de Martin Lloyd-Jones de ocho (8) tomos; tenemos en español el comentario reformado de William Hendriksen, y los estudios sobre Efesios de H. C. G. Moule, de la línea de Keswick; también el respectivo estudio-vida de Witness Lee, y el estudio microscópico de Efesios realizado en Brasil por John Walker en portugués; y traducido por Bentes a la misma lengua el comentario minucioso de N. R. Champlin; pero desconocíamos al respecto la exégesis colombiana dirigida homiléticamente al pueblo raso y sin embargo conteniendo los nutrientes necesarios.

El comentario homilético de Efesios llevado a cabo en la localidad de Teusaquillo, Bogotá D. C., Colombia, por Arcadio Sierra Díaz, lleva en sí los dolores de parto propios de la mujer encinta, especialmente en lo relativo a los asuntos que no quieren ser meramente calvinistas o arminianos, sino simplemente bíblicos. También quiere contrastar lo meramente religioso con lo genuinamente espiritual.

Arcadio Sierra Díaz, en su bibliografía, se declara herede-

ro de una corriente nueva que aporta sus caudales al tesoro del cuerpo de Cristo, mas al mismo tiempo, esos caudales arrastran las riquezas anteriores debidas a héroes de la fe de antaño, unos bien conocidos y otros no tanto. Robert Govett y Ruth Paxon fundidos en Watchman Nee, y otros, nos dejan escuchar sus ecos hoy a través de la personalidad propia de nuestro comentarista latinoamericano.

Esperamos que este esfuerzo colombiano rinda sus frutos en la viña del Señor para gloria de Su Santo Nombre.

Gino Iafrancesco V.
Bogotá D.C., Colombia
27 de octubre de 2004

1

INTRODUCCIÓN I

AUTORÍA
ESBOZO DE UN PERFIL PAULINO

«*El Señor le dijo: Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre*» (Hch. 9:15-16).

UN HEBREO CIUDADANO ROMANO

Hace mucho tiempo he venido con la carga en mi corazón de que estudiemos la carta de Pablo a los Efesios, y nunca nos habíamos puesto en la tarea; de manera que vamos a comenzarla en el nombre del Señor. Vamos a darle inicio a la enseñanza de la carta a los Efesios, ocupándonos de los datos que necesitamos conocer acerca del autor, acerca de la fecha en que fue escrita y del lugar de origen de esta interesantísima epístola bíblica, antes de abordar realmente el tema central, que será, Dios mediante, en la próxima reunión. Se sabe, y eso la crítica lo tiene bien claro, de que el autor es el apóstol Pablo. Vamos a hacer un pequeño perfil de la vida, de la obra y del ministerio del apóstol Pablo.

Además del Señor Jesucristo, que es el paradigma de la perfección, en el apóstol Pablo tiene la Iglesia un hombre excepcional, una persona que da la impresión de haber sido enviada al mundo para satisfacer las exigencias de esa época histórica de la Iglesia. Como lo dice él mismo: *«Pero*

cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, [16]revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles» (Gá. 1:15-16). La personalidad de Pablo era muy fuerte; y esa personalidad, aunque transformada por Cristo durante más de diez años a partir del encuentro en el camino a Damasco, fue usada por el Señor para enfrentar un titánico trabajo de evangelización en el pagano mundo grecoromano de su tiempo. Para ello Pablo, el ardiente perseguidor de la Iglesia que había sido, por su docilidad en las manos del Señor, fue convertido en el adalid de la causa de Cristo en medio de esa oscura maraña de idolatría, frenesí religioso y esclavitud satánica. Pablo se abandonó tanto en las manos del Señor, y Cristo fue tan perfectamente formado en él, que llegó a decir: *«Con Cristo estoy juntamente crucificado, y* ***ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí****; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí»* (Gá. 2:20). Y no es una exageración afirmar que podemos estudiar el carácter de Cristo en la vida de este gran apóstol; tanto es así que él mismo llegó a decir: *«Por tanto, os ruego que me imitéis»* (2 Co. 4:16).

Pablo era un hebreo de hebreos, como él mismo lo afitma; pero no nació en la tierra de Palestina, sino en Tarso, Cilicia, en lo que se llamó la gran provincia de Asia Proconsular. Eso ocurrió más a menos en el año 10 de la era cristiana. De manera que con ese dato, nosotros podemos ir calculando en la vida de Pablo con mayor objetividad las fechas en que se desarrolla su ministerio. De acuerdo con Hechos 22:27-28, podemos ver que Pablo era ciudadano romano. «*Vino el tribuno y le dijo: Dime, ¿eres tú ciudadano romano? Él dijo: Sí. [28]Respondió el tribuno: Yo con una gran suma adquirí esta ciudadanía. Entonces Pablo dijo: Pero yo lo soy de nacimiento*». Por raza, Pablo era hebreo de la tribu de Benjamín, pero era ciudadano romano de nacimiento, porque lo había heredado de sus padres. No podemos decir

cómo obtuvo el padre de Pablo este derecho de la ciudadanía romana; pudo haberlo comprado, o pudo haberlo ganado por servicios distinguidos prestados al Estado. Como el tribuno se llamaba Claudio Lisias (cf. Hch. 23:26), es de suponer que había adquirido a buen precio la ciudadanía romana en tiempos del emperador Claudio; en cambio el padre de Pablo ya poseía la ciudadanía; y eso tuvo mucha importancia en la vida y ministerio del apóstol; el Señor lo había permitido así. «*Y el Señor le dijo: Levántate, y vé a la calle que se llama Derecha, y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo, de Tarso; porque he aquí, él ora*» (Hch. 9:11).

Vemos, pues, que Pablo era de la ciudad de Tarso; pero él seguramente permanece en esa ciudad apenas durante su niñez, y posiblemente durante su primera juventud; porque se sabe que él vive y crece en Jerusalén, aprendiendo y educándose a los pies de un maestro fariseo muy famoso llamado Gamaliel, quien enseñó no en la doctrina saducea sino en la doctrina farisaica, que eran las dos corrientes doctrinarias judías más prominentes en ese tiempo, aunque tenían sus diferencias.

¿Qué intenciones tenía Pablo al ir a Jerusalén a prepararse con Gamaliel? ¿Serían sus propósitos llegar a ser un gran maestro en Israel en las esferas del Sanedrín? De lo que estamos seguros es que Pablo ignoraba los planes que Dios tenía en medio de todo eso. Seguramente Dios estaba preparando esta vida, guiando a Saulo de Tarso a fin de que a su debido momento, y para las necesidades del mundo gentil, llegara a ser un apóstol de educación y carácter diferentes a los que habían acompañado al Señor durante tres años y medio, la mayor parte de los cuales carecían de alguna notabilidad intelectual.

Profundicemos estas aseveraciones con la Palabra de Dios; por ejemplo en Romanos 11:1: «*Digo, pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque*

también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín". "Circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo» (Flp. 3:5).

También encontramos datos biográficos de Pablo en la siguiente cita del libro de los Hechos: «*Yo de cierto soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en esta ciudad* (en Jerusalén)*, instruido a los pies de Gamaliel* (él mismo lo confiesa)*, estrictamente conforme a la ley de nuestros padres, celoso de Dios, como hoy lo sois todos vosotros*» (Hch. 22:3). Era necesario, pues, que surgiera una persona capacitada, celosa de Dios, transformada por Dios, que saliera por el mundo predicando al único Dios verdadero, «*el Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay*» (Hch. 17:24); explicando, además, quién era Cristo, quién era el que había estado aquí. Porque el Señor ya había cumplido su obra expiatoria en la cruz, ya había manifestado la gloria del Padre; pero todo eso habría quedado en el anonimato; había que pregonarlo; había que llevar este importante mensaje al mundo perdido, más de las fronteras de Judea y Galilea.

¿Acaso no lo podía haber hecho Pedro y los demás apóstoles? Claro que sí; lo hubieran podido haber hecho; pero ninguno de ellos era poseedor de la educación, de la disciplina mental y de la raigambre intelectual para dar respuesta satisfactoria a un mundo plagado de sutiles inteligencias e ideologías filosóficas y retóricas, y oscuras tendencias religiosas de origen babilónico. Es verdad que a Dios no se le conoce mediante la sabiduría del mundo, pero también la sabiduría de Dios tiene sus profundidades, y hay elementos doctrinales que no los pueden manejar sino aquellos hermanos dotados y preparados para esos menesteres.

PERSEGUIDOR DE LA IGLESIA

De manera, hermanos, que en sus primeros años, como lo vamos a ver un poco más tarde, cuando Saulo de Tarso perseguía a los primeros cristianos, no era movido por oscuras pasiones, o debido necesariamente a que tuviese un corazón maligno; no, sino que él estaba convencido de que con esa actitud le estaba prestando un servicio a Dios; pero eso se debía a que Saulo de Tarso era celoso de las cosas de Dios. Hoy en día puede que haya miles de hermanos que estén en las mismas condiciones, que persigan a otros debido a que no están de acuerdo con sus planeamientos, pensando que le están prestando un servicio al Señor.

Pablo había sido perseguidor de la Iglesia. Él mismo lo manifiesta en el libro de los Hechos. «*Perseguía yo este Camino hasta la muerte, prendiendo y entregando en cárceles a hombres y mujeres; [5]como el sumo sacerdote también me es testigo, y todos los ancianos, de quienes también recibí cartas para los hermanos, y fui a Damasco para traer presos a Jerusalén también a los que estuviesen allí, para que fuesen castigados*» (Hch. 22:4-5). De manera, hermanos, que Pablo recibía las órdenes de persecución del mismo Sanedrín, lógicamente con el visto bueno del mismo sumo sacerdote, para perseguir a los primeros cristianos. Hay una palabra que dice que Pablo estuvo presente cuando fue ejecutado el primer martirio en la Iglesia, cuando fue martirizado el diácono Esteban, y los testigos pusieron las ropas del mártir a los pies de Saulo (cf. Hch. 7:58).

También lo atestigua Pablo en la epístola a los Gálatas; un documento que nos revela mucho de la biografía y el ministerio de Pablo. Es bueno saber que la carta a los Gálatas y el libro de los Hechos se corresponde mucho. «*Porque ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios, y la asolaba; [14]y en el judaísmo aventajaba*

a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres» (Ga. 1:13).

Entonces, vemos que Saulo de Tarso perseguía a los santos impulsdado por celo; no obraba por otros motivos mezquinos. Aunque en la historia sí se registra la verdadera causa de las persecuciones. Por ejemplo, en la historia de la Inquisición, hubo mucha gente que murió, no necesariamente por celo de las cosas de Dios de parte de sus verdugos, y porque al perseguirlos pensaban que le estaban prestando un servicio a Dios, sino por otros motivos por los cuales muchos creyentes fueron a la hoguera; eso muchas veces ocurrió por motivos mezquinos y hasta por criminalidad. La historia lo registra.

HITOS BIOGRÁFICOS DE PABLO

Entonces, hermanos, como lo hemos registrado, Pablo nació en el año 10 de la era cristiana; y los datos cronológicos que vamos a ver en la vida del apóstol, basados en el año de su nacimiento, se debe a que los críticos, historiadores y eruditos que nos suministran la información correspondiente, para datar lo ocurrido en la vida de Pablo, se basan y ubican esos hechos cronológicamente íntimamente relacionados con el tiempo en que gobernaron los más conspicuos personajes de su tiempo, pues en ese tiempo aún no se había organizado la medición del tiempo como lo tenemos hoy en día. De manera que, basados en esa aseveración, podemos afirmar que cuando Pablo conoció al Señor, cuando el Señor se le revela en el camino de Jerusalén a Damasco, fue en el año 36, cuando Pablo tenía a la sazón 26 años de edad. Ya a esa edad estaba el futuro apóstol persiguiendo a la Iglesia; allí lo alcanzó Cristo. Saulo de Tarso no iba buscando a Cristo, pero Cristo lo alcanzó así como me alcanzó a mí y te alcanzó a ti, cuando corríamos

en pos de nuestros propios intereses. Cristo es quien lo alcanza a uno; a ninguno de nosotros se nos dio por buscar al Señor; es Dios el que nos buscó a nosotros. Él mismo lo dice: «*No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca*» (Jn. 15:16); de manera, hermanos, que estamos aquí por la misericordia de Dios.

PERMANENCIA DE PABLO EN ARABIA

Después de ese dramático encuentro con Cristo, en el que Cristo se le revela en el camino a Damasco, Pablo trató de predicar el evangelio inmediatamente; pero el Señor no se lo permitió; porque por mucho conocimiento intelectual que tuviera acerca de asuntos teológicos, él apenas era un niño en la fe. Uno puede llenarse la cabeza de conocimientos bíblicos y teológicos, y so no es malo; pero esos conocimientos no sólo deben hacer parte de un acerbo intelectual, sino que deben hacerse vida en nosotros; y para ello es necesario que haya un entendimiento fresco y renovado. Para poder asimilar todo el conocimiento que vayamos recibiendo, y tener la capacidad espiritual, es necessrio que pasemos por un crecimiento espiritual. Eso es un proceso que debe ocurrir antes de que llegue la hora en que el Señor lo use a uno, y que haya un fruto, y que uno no vaya a dar sólo palabrería, sino que uno vaya a dar vida; que el Espíritu Santo lo use a uno para darle vida a las personas. Pasaron, pues, tres años a partir del momento en que Pablo fue alcanzado por el Señor en el Camino a Damasco, y durante ese tiempo estuvo retirado solitario en Arabia; después volvió a Damasco. Lo leemos en Gálatas. «*Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia,* [16]*revelar a su Hijo en mí, para que yo le predicase entre los gentiles, no consulté en seguida con carne y sangre,* [17]*ni subí a Jerusalén a los que eran*

apóstoles antes que yo; sino que fui a Arabia, y volví de nuevo a Damasco» (Gá. 1:15-17).

Apreciemos las dicientes palabras de Pablo: *Le agradó a Dios revelar a su Hijo en mí*. Ay de nosotros si no aprovechamos este tiempo, hermanos; este tesoro que hemos recibido de Dios, y lo despreciamos. ¡Ay de nosotros! Pablo permaneció en Arabia tres años. El hecho de su permanencia en Arabia pudo obedecer al poderoso impulso de Pablo de retirarse a la soledad y así profundizar en el genuino significado de su encuentro personal y dramático con el Señor Jesucristo. Es posible que Pablo haya elegido a Arabia porque es un país muy amplio y extenso. Se fue hasta el reino de los Nabateos, que estaba situado al sureste del Mar Muerto, cuya capital era precisamente una ciudad incrustada en la roca de la montaña, llamada Petra. Las ruinas de esa ciudad han sido encontradas por los arqueólogos. Su estadía en Petra y sus alrededores tal vez se debió a buscar tener comunión personal e íntima con el Señor, para recibir de Él, buscando Su rostro, meditando en todo ese bagaje de doctrinas que había aprendido con Gamaliel, recibiendo luz, madurando.

Cuando Pablo regresó a Damasco, después de estos años de permanencia en Arabia buscando del Señor, aun así, el Señor no le permitió predicar; no era el momento. Es más, se atrevió a ir a la sinagoga; pero inmediatamente los judíos lo persiguieron, y los hermanos tuvieron que ayudarlo y sacarlo de la ciudad en una canasta por encima de la muralla, y así pudo escapar del peligro (*Cf*. Hch. 9:25). Gloria al Señor.

PABLO EN JERUSALÉN EN SU ÉPOCA DE DISCÍPULO

Esos hechos ocurrían en el año 39, cuando Pablo tenía 29 años de edad. Fue cuando sube a Jerusalén por pocos días, pero se vio en la necesidad de dejar a Jerusalén para

irse a Tarso, su tierra natal. Sigue diciendo Gálatas: «*Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para ver a Pedro, y permanecí con él quince días;* [19]*pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor*» (Ga. 1:18-19). Este Jacobo hermano del Señor es el mismo que escribe la carta bíblica de Santiago; es hermano en la carne del Señor Jesús; lo mismo que Judas, el autor de la carta homónima canónica, y cuyos nombres aparecen en la lista de los hermanos del Señor en Mateo 13:55. Antes de continuar en Gálatas, leamos en el libro de los Hechos 9:26-29:

«*Cuando llegó a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos; pero todos le tenían miedo, no creyendo que fuese discípulo* (por la fama que tenía; ese pasado tenía que ser borrado y eso no se borra ni muy fácil ni muy pronto; es un proceso)*.* [27]*Entonces Bernabé, tomándole, lo trajo a los apóstoles, y les contó cómo Saulo había visto en el camino al Señor, el cual le había hablado, y cómo en Damasco había hablado valerosamente en el nombre de Jesús.* [28]*Y estaba con ellos en Jerusalén; y entraba y salía,* [29]*y hablaba denodadamente en el nombre del Señor, y disputaba con los griegos; pero éstos procuraban matarle*». Aquí nos muestra la Escritura el primer nivel de Pablo: *discípulo*. Los hermanos en Jerusalén no creían que fuese discípulo, pero ya era discípulo. Claro, todavía no era apóstol; es más, todavía ni siquiera era un *epíscopo* (obispo), pero era un discípulo del Señor; ya había empezado su discipulado. Hay personas que quieren lanzarse directamente al pastorado sin ser llamados y sin siquiera pasar por el discipulado.

Bernabé le tenía mucha estima a Pablo; siempre lo quiso de manera muy particular. Bernabé poseía el don de discernimiento; él miraba al hermano y el Señor le mostraba si ese hermano era sincero y si ese determinado hermano tenía un llamado del Señor; porque ahí se lo demostró a Pablo; y después, pasados muchos años, como lo vamos a

ver, Bernabé fue a Tarso y se llevó a Pablo a Antioquía. Luego sigue diciendo en Hechos: *«Cuando supieron esto los hermanos, lo llevaron hasta Cesarea, y le enviaron a Tarso*» (Hch. 9:30); como diciéndole: Tú todavía no puedes.

PERMANENCIA DE PABLO EN TARSO

Hay hermanos que quieren entrar a la palestra antes de la sazón, antes del tiempo señalado por Dios; antes de que se les haya llegado el momento; antes de haber pasado por un entrenamiento de rigor. Como quien dice, se quieren madurar biches. Pero tiene que pasar un tiempo, tienen que aprender, tienen que ser discipulados, tienen que madurar, tienen que dar lo que Dios les está dando; deben probar lo que es llevar la cruz. La mente del nuevo creyente debe ser renovada por la acción del Espíritu Santo, en ese proceso de Dios de hacernos a la imagen de su Hijo.

Vemos, pues, que Pablo se retira a Tarso. Esto que estamos viendo es importante. Volvamos a Gálatas 1: «*Después fui a las regiones de Siria y de Cilicia, [22]y no era conocido de vista a las iglesias de Judea, que eran en Cristo* (al contrario, los que habían tenido noticias de él antes, más bien ponían algún obstáculo para no estar con él, interponían cierta distancia)» (Ga. 1:21,22). En Hechos 9:30 vimos que algunos hermanos lo encaminaron hasta el puerto de Cesarea para que se fuera a su tierra. Ellos lo comprendieron así; el mismo Espíritu nos va diciendo las cosas. ¿Y saben cuánto permaneció Pablo en Tarso, su tierra? Ocho años. Allí se estuvo sin predicar, madurando, aprendiendo, esperando el momento de Dios.

EL MINISTERIO DE PABLO EN ANTIOQUÍA

Y en el año 47, cuando él tenía 37 años, después de unos once años de haber recibido la salvación de Cristo, Bernabé

lleva a Pablo de Tarso a Antioquía de Siria. Vemos, entonces, que Bernabé ya no vivía en Jerusalén; ya Bernabé era *epíscopo* (sobreveedor) en Antioquía, una ciudad ubicada al norte de la Tierra Santa. Seguramente Bernabé viajó a Tarso a raíz de alguna orden que recibió del Señor. Leámoslo en Hechos 11: 25-30: «*Después fue Bernabé a Tarso para buscar a Saulo* (Saulo era el nombre hebreo, Pablo es el nombre griego; después a partir de su primero viaje en Hechos 13, él determina ya llamarse Pablo; el mismo Espíritu lo dice; de ahí en adelante no se le conoce más como Saulo, sino como Pablo)*; y hallándole, le trajo a Antioquía.* [26]*Y se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente; y a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía*». ¿Saben una cosa, hermanos? Hay tres partes en la Biblia donde se nos menciona a nosotros los creyentes como cristianos, que son: Hechos 11:26; Hechos 26:28, y 1 Pedro 4:16; en esas únicas tres partes aparece en Biblia que en la iglesia primitiva se les decía cristianos a los miembros del cuerpo de Cristo, a la Iglesia. A nosotros no se nos debe mencionar como otra cosa, sino sencillamente cristianos. ¿Tú quién eres? Un cristiano; gloria al Señor. «[27]*En aquellos días unos profetas* (no profetas del Antiguo Testamento sino del Nuevo) *descendieron de Jerusalén a Antioquía* (también aclaramos que esta palabra ***profetas*** aquí es la primera vez que en el Nuevo Testamento se le llama a hermanos profetas en la connotación del Nuevo Testamento, como profetas del Nuevo Testamento, profetas cristianos)*.* [28]*Y levantándose uno de ellos, llamado Agabo, daba a entender por el Espíritu, que vendría una gran hambre en toda la tierra habitada; la cual sucedió en tiempo de Claudio* (el emperador, el que le antecedió a Nerón)*.* [29]*Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea* (¿qué tiene que ver todo esto con Pablo? Por lo que dice en el verso 30)*;*

[30]lo cual en efecto hicieron, enviándolo a los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo».

ANCIANOS NEOTESTAMENTARIOS

También es la primera vez que se le llama ancianos en el Nuevo Testamento a los obispos (sería más correcto traducir ***epíscopos***, supervisores), o presbíteros o pastores de las iglesias locales. Al mencionar aquí por primera vez a los dirigentes de la iglesia neotestamentaria y llamarles ancianos, parece ser que tomaron más o menos la misma connotación, oficio, cargo, el mismo ministerio de los ancianos del Antiguo Testamento. Por ejemplo, a los miembros del Sanedrín; entonces al Señor le pareció bien que a los dirigentes de la iglesia local también llamarles ancianos; no necesariamente por la edad, como pudiera ocurrir en el Antiguo Testamento. Hay que tener en cuenta que ancianos aquí no tiene la connotación de la edad sino del crecimiento espiritual con relación a otros hermanos de la iglesia. Aquí puede llegar un joven cuyo crecimiento y madurez puede desarrollarse normalmente, de tal manera que puede sobrepasar en madurez y crecimiento espiritual a otros hermanos que tengan ya mayor edad, pero que no crecen, o su crecimiento espiritual es muy deficiente, anormal. Entonces, el de mayor madurez espiritual es anciano en relación a los que no hayan crecido como él.

Y ese cargo de anciano, u obispo, o pastor no se determina necesariamente porque estudie o porque lo nombre una persona o una institución. Hermano, váyase de anciano a Guayabetal; no. Es porque el mismo Señor le da el crecimiento, y al darle crecimiento y esa madurez, al darle esa responsabilidad, pues le tiene un llamado para anciano, para que se encargue de los hermanos que no han crecido como él, en su propia iglesia local. Es lo mismo que el padre de familia que tenga en su hogar a tres niños; pues el mayor es

el que tiene el encargo de cuidar de sus otros dos hermanitos; eso se entiende por lógica. Así también en la iglesia: los ancianos son los que pastorean, son los que supervisan a los que no han crecido como ellos.

Vemos, pues que Pablo se retira a Tarso, y en el año 47 Bernabé va por él y lo trae a Antioquía. Allí permanece más o menos un año, y llegó a hacer parte del presbiterio, como lo podemos leer en Hechos 13:1: «*Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé* (el que lo había traido de Tarso)*, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo*». Estos cinco formaban el grupo de ancianos en la iglesia de Antioquía; es decir ellos eran el grupo de pastores, de obispos, de presbíteros, a cargo de la iglesia en esa localidad. En el Nuevo Testamento encontramos que el gobierno de la iglesia está conformado por un grupo de ancianos, al que también le llaman el presbiterio.

PRIMER VIAJE MISIONERO DE PABLO

Años 45 al 49. ¿Por qué tantos años? Porque ese es el tiempo de su primer viaje; cuando en su primer viaje misionero anuncia y predica el evangelio de Jesucristo. El primer viaje misionero de Pablo se inicia desde la ciudad de Antioquía de Siria, donde a la sazón era ya miembro del presbiterio local. «*Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, profetas y maestros: Bernabé, Simón el que se llamaba Niger, Lucio de Cirene, Manaén el que se había criado junto con Herodes el tetrarca, y Saulo.* [2]*Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado.* [3]*Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron.* [4]*Ellos, entonces, enviados por el Espíritu Santo, descendieron a Seleucia, y de allí navegaron*

a Chipre» (Hch. 13:1-4).

Si nosotros leemos los capítulo 13 y 14 del libro de los Hechos, vemos que Pablo predica el evangelio en cuatro provincias: Predica el evangelio en la isla de Chipre, que era una provincia romana; pasa a tierra firme y predica el evangelio en Panfilia, que era otra provincia, en Pisidia, que era otra provincia, y en Licaonia. Allí, en esas cuatro provincias predica el evangelio en los años que dura el primer viaje misionero, y regresa a Antioquía.

PABLO EN EL CONCILIO DE JERUSALÉN

Año 49; cuando su edad era de 39 años. Catorce (14) años después de Pablo haber conocido a Cristo, es decir, de su conversión al Señor, él sube de nuevo a Jerusalén para intervenir en el concilio apostólico de Jerusalén, el que narra Hechos capítulo 15. También lo vemos en Gálatas 2:1: «*Después, pasados catorce años, subí otra vez a Jerusalén con Bernabé, llevando también conmigo a Tito*». Algunos piensan que esto corresponde a la ocasión cuando hubo un concilio apostólico, el que aparece en Hechos 15. Otros opinan que se trata de ocasiones diferentes. En ese tiempo había muchos hermanos que eran de la raza judía, y siendo de esa raza y habiendo crecido y vivido en las tradiciones de su religión, todavía sentían la carga de cumplir la ley; pero sabemos que en Cristo ni los judíos ni los gentiles están obligados a cumplir la ley, pues nadie la puede cumplir. La ley fue dada para exponer el pecado del hombre, no para que fuésemos salvos por cumplirla; pero si ellos como judíos sienten la carga, pues que la cumplan; pero lo malo era que ellos querían judaizar; es decir, hacer que los creyentes convertidos del paganismo, los gentiles, también la cumplieran. Pero la Palabra es clara en declarar que nosotros no nos salvamos por cumplir la ley; nosotros nos salvamos por un regalo que nos hecho Dios por medio de la obra de su

Hijo. Nosotros nos salvamos por la gracia de Dios, y Él mismo nos da la fe para creer en Jesucristo. Nos salvamos por gracia por medio de la fe. En Efesios 2:8,9 dice: «*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios;* [9]*no por obras, para que nadie se gloríe*». Nosotros no merecemos sino castigo, garrote, el infierno; pero Dios nos salva por gracia. No me salvo porque mis padres sean creyentes aunque yo sea indiferente; tampoco me salvo porque yo tenga una religión más bonita y atractiva que la tuya, y más antigua; ni tampoco me salvo porque yo sea mejor, o porque me gusta regalar cosas a las personas, a los pobres; tampoco me salvo porque siendo yo una persona rica le mando construir una pabellón a determinada clínica, corriendo yo con todos los costos; no. Nada de eso; la salvación es por pura gracia.

Hermanos, estar aquí reunidos adorando a Dios y siendo enseñados por su Santo Espíritu, es un gran privilegio que nadie, ninguno de nosotros, merece. Entonces Pablo y Bernabé fueron a debatir eso en Jerusalén, como delegados, después del primer viaje misionero; se reunieron con los apóstoles y los ancianos y debatieron este espinoso tema. Allí vieron que la ley judía no obliga a los cristianos convertidos del paganismo como base para salvación. Leámoslo en Gálatas 2:3-6: «*Mas ni aun Tito, que estaba conmigo, con todo y ser griego, fue obligado a circuncidarse;* [4]*y esto a pesar de los falsos hermanos introducidos a escondidas, que entraban para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús, para reducirnos a esclavitud* (cuando uno se dispone a cumplir leyes, se reduce a esclavitud; y muchas congregaciones llamadas cristianas hay en el mundo, que le quitan la libertad a los hermanos y los reducen a estar cumpliendo legalismos, y no a vivir en la libertad que Cristo nos ha dado)*,* [5]*a los cuales ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del evangelio permaneciese con vosotros.* [6]*Pero de los que tenían reputación de ser algo (lo*

que hayan sido en otro tiempo nada me importa; Dios no hace acepción de personas), a mí, pues, los de reputación nada nuevo me comunicaron». Esto lo decimos porque es necesario, hermanos, comunicar muchas cosas. A veces uno cree que todos los hermanos lo saben todo; no, hay muchas cosas que se ignoran, y es necesario que las aprendamos.

LA DIESTRA DE COMPAÑERISMO DADA A PABLO

Hay una cosa importante en ese concilio de Hechos 15, y que puede corresponderse mucho con el capítulo 2 de Gálatas, si fuese el caso. Allí fue aceptado por el colegio apostólico el apostolado de Pablo. Sigamos leyendo Gálatas 2: «*Antes por el contrario, como vieron que me había sido encomendado el evangelio de la incircuncisión, como a Pedro el de la circuncisión* [8]*(pues el que actuó en Pedro para el apostolado de la circuncisión, actuó también en mí para con los gentiles),* [9]*y reconociendo la gracia que me había sido dada, Jacobo, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas,* ***nos dieron a mí y Bernabé la diestra en señal de compañerismo****, para que nosotros fuésemos a los gentiles, y ellos a la circuncisión*».

La gracia que había recibido Pablo, le había sido dada por el Señor. El Señor es quien nos llama, hermanos; un hombre no puede otorgarle a otro ningún ministerio, sea de pastor, de apóstol, de profeta, sino sólo el Señor. Si no es el Señor, ese nombramiento no es legítimo. Los hombres sólo reconocen (por el Espíritu) la gracia que le es dada a otro por Dios. Al darle Pedro la diestra a Pablo, reconoce lo que Dios ha dado, y le dice: Tú eres compañero mío en el apostolado. «*Solamente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres; lo cual también procuré con diligencia hacer*» (v.10).

SEGUNDO VIAJE MISIONERO DE PABLO

Años 50 al 52. Ya pasó el concilio apostólico en Jerusalén en el año 49, y ocurre en el ministerio del apóstol Pablo su segundo viaje misionero. El segundo viaje misionero de Pablo, como el anterior, lo emprende desde Antioquía, y lo encontramos relatado en Hechos 15:36 a Hechos 18:22. Este viaje no es gran interés en nuestro estudio presente, pues la fundación de la iglesia en Éfeso fue realizada en el tercer viaje; sin embargo dejemos registrado el comienzo en Hechos 15:35,36: «*Y Pablo y Bernabé continuaron en Antioquia, enseñando la palabra del Señor y anunciando el evangelio con otros muchos.* [36]*Después de algunos días, Pablo dijo a Bernabé: Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor, para ver cómo están*».

TERCER VIAJE MISIONERO DE PABLO.
FUNDACIÓN DE LA IGLESIA EN EFESO

Años 53 al 58. El tercer viaje misionero de Pablo está registrado en el libro de los Hechos de los Apóstoles 18:23 a 21:17. Leamos en Hechos 18:22-23, su regreso a Antioquía del segundo viaje, y su salida al tercer viaje: «*Habiendo arribado a Cesarea, subió para saludar a la iglesia, y luego descendió a Antioquía.* [23]*Y después de estar allí algún tiempo, salió, recorriendo por orden la región de Galacia y de Frigia, confirmando a todos los discípulos*». Dentro de ese contexto, veamos la fundación de la iglesia en Éfeso en Hechos 19:8-10: «*Y entrando Pablo en la sinagoga, habló con denuedo por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del reino de Dios.* [9]*Pero endureciéndose algunos y no creyendo, maldiciendo el Camino delante de la multitud, se apartó Pablo de ellos y separó a los discípulos* (los judíos que habían creído en Cristo en la sinagoga)*, discutiendo cada día en la escuela de uno llamado Tiranno.*

[10]Así continuó por espacio de dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús». Pablo primero pasó por Corinto y después pasó a Éfeso. Parece ser que cuando Lucas, el autor de este libro, escribió hasta aquí, todavía faltaba algo; porque después Lucas, en Hechos 20 dice que Pablo duró en Éfeso por espacio de tres años. Leámoslo en Hechos 20:31: «*Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno*». Eso se lo está diciendo a los ancianos de Éfeso, que él había mandado llamar a Mileto, una ciudad ubicada al sur de Éfeso; entonces ahí aclara que fueron tres años lo que duró la estadía de Pablo en Éfeso. Pablo permaneció allí enseñando en una escuela que había tenido Tiranno, un hermano antiguo maestro de filosofía, pero que al conocer al Señor invitó a Pablo a usar esas mismas instalaciones para que enseñara todo el depósito de Dios en la escuela de la obra; enseñanza no sólo para los líderes y hermanos de Éfeso, sino a todos los que vinieron de toda la región de Asia Menor. Pablo, pues, duró allí en esa tarea durante tres años; es decir, que más o menos duró desde el año 54 hasta el año 57, saliendo de allí cuando contaba con 47 años de edad.

PRIMERA PRISIÓN DE PABLO

Años 58 al 60. El apóstol Pablo es detenido en Jerusalén, y luego es remitido prisionero a la ciudad llamada Cesarea, que era un puerto, donde estaba ubicado el centro militar del gobierno imperial, y sede principal del procurador romano. Esto está registrado ampliamente en el libro de los Hechos 21:27 al 26:32. Allí estuvo primero bajo el mando del procurador Félix, y estando Pablo preso, Félix fue reemplazado por el procurador Festo; y Festo fue quien lo envió a Roma, pues Pablo, como ciudadano romano, apeló al Cesar.

¿Por qué Pablo apeló al César? ¿Qué necesidad tenía de ello? Notemos que inicialmente Festo tenía la intención de enviar a Pablo de regreso a Jerusalén, pues veía que las causas de su arresto eran esas discusiones de cosas que él no entendía; eran asuntos de palabrerías de los judíos, de los intríngulis de su religión, según el concepto de un romano; pues entonces tuvo la intención de enviarlo a Jerusalén para que fuese juzgado por el sumo sacerdote y el Sanedrín. Entonces Pablo, sabiendo que eso le podía costar la vida, dijo: No, yo apelo al César. Entonces en el otoño del año 60, el procurador Festo lo remite a Roma; lo que está registrado en Hechos 27:1 al 28:16.

¿Cuántos años permanece Pablo en Roma? En esa ocasión permanece dos años preso; fue la ocasión cuando tuvo una casa alquilada. Como ciudadano romano, y en vista de la índole de los delitos de que se le acusaba, Pablo no fue a las mazmorras romanas. Los jueces romanos no encontraban méritos para que fuese a las mazmorras, sino que tuvo su casa por cárcel. Pablo era un hombre que sabía defenderse. Leamos en Hechos 28:30,31: «*Y Pablo permaneció dos años enteros en una casa alquilada, y recibía a todos los que a él venían,* [31]*predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento*». Este es un dato importante para nuestro estudio del perfil de Pablo.

Yo me imagino que soldado que pusieran a custodiar a Pablo, era soldado que recibía la prédica de Pablo acerca del Señor, y todos los que recibía; seguramente iban a visitarlo de muchas iglesias; y él, entonces, en esos dos años, del 61 al 63, escribió desde la prisión varias cartas, como lo vamos a ver ahora, entre ellas la carta a los Efesios. Pablo concluye su proceso judicial con un término jurídico llamado *sobreseimiento*, que es cuando los jueces no le encuentran cargos a una persona, entonces lo sueltan; y Pablo quedó libre.

VIAJE A ESPAÑA Y ORIENTE. MARTIRIO DE PABLO

Años 63. Posiblemente sale de la cárcel y visita a España y vuelve a predicar en Oriente. Eso lo podemos ver en su carta a los Romanos 15:23-28: «*Pero ahora, no teniendo más campo en estas regiones, y deseando desde hace muchos años ir a vosotros, [24]cuando vaya a España, iré a vosotros; porque espero veros al pasar, y ser encaminado allá por vosotros, una vez que haya gozado con vosotros. [26]Porque Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una ofrenda para los pobres que hay entre los santos que están en Jerusalén. [27]Pues les pareció bueno, y son deudores a ellos; porque si los gentiles han sido hechos participantes de sus bienes espirituales, deben también ellos ministrarles de los materiales. [28]Así que, cuando haya concluido esto, y les haya entregado este fruto, pasaré entre vosotros rumbo a España*». De manera que hay en la tradición, y aun en la misma Biblia, indicios de que él volvió a Oriente, como lo vamos a ver en las últimas cartas, es decir, en las cartas pastorales, que son las dos de Timoteo y la de Tito. Vemos, pues que surgieron nuevos viajes de Pablo por el Oriente.

Años 67. Martirio. Bien. El último cautiverio del apóstol Pablo en Roma, y cuando ya nunca más volvió, fue en el año 67, cuando estaba gobernando el emperador Nerón, el hijo adoptivo de Claudio, su antecesor. Ahí Pablo termina gustando el martirio, decapitado por Nerón. De acuerdo con esto que estamos viendo, Pablo fue decapitado cuando tenía la edad de 57 años.

ORDEN CRONOLÓGICO DE ESCRITURA DE LAS EPÍSTOLAS PAULINAS

A continuación vamos a ver un orden cronológico y los lugares donde fueron escritas las epístolas del apóstol Pablo. Es bueno conocer el orden cronológico de las cartas. Hay que tener en cuenta que en el canon del Nuevo Testa-

mento, es decir, lo que tenemos hoy como inspirado y que componen el Nuevo Testamento, las cartas de Pablo fueron ordenadas, no según el orden en que fueron escritas, sino según su extensión decreciente; es decir, de mayor a menor según la extensión de la carta; pero cronológicamente, el orden es como lo vamos a ver ahora, de conformidad a estudios que se han adelantado al respecto, y que según la crítica es el orden cronológico más coherente. Si penetramos en la evolución del pensamiento paulino a lo largo de sus trece epístolas, pero arregladas en su orden cronológico, podemos observar que la mente del apóstol Pablo iba penetrando cada vez más en lo profundo de la persona de Cristo, en las implicaciones y resultados de su muerte vicaria y expiatoria, en su poderosa resurrección y glorificación. Podríamos observar también cómo va exponiendo Pablo estos asuntos, y para ello se basa en su propia experiencia en el progresivo conocimiento personal de Cristo. He aquí el orden cronológico:

1. ***Primera a los Tesalonicenses***. Una de las cartas más antiguas de Pablo es la ***primera a los Tesalonicenses***. Esa carta fue escrita en el invierno de los años 50 y 51, desde la ciudad griega de Corinto, capital de la provincia de Acaya.

2. ***Segunda a los Tesalonicenses***. La segunda carta escrita, siguiendo el orden cronológico, y que tiene que ver mucho con la primera, es la ***segunda epístola a los Tesalonicenses***. Si uno compara el contenido de estas dos cartas, se ve que se refieren a la escatología, al estudio de las últimas cosas, a la venida del Señor, a la resurrección de los santos, a la aparición del reinado del anticristo, y otras cosas finales. La primera tiene ciertos conceptos, y la segunda contiene las explicaciones que Pablo necesitaba enviarles con relación a los temas escatológicos que les había esbozado en la primera. Esta carta fue escrita meses más tarde desde la misma ciudad de Corinto; es decir, se supone que fue escrita en el año 51.

3. *Primera a los Corintios*. En el orden cronológico esta es la tercera carta escrita por Pablo; y precisamente la escribió desde Éfeso alrededor de la pascua del año 57. Se sabe que la pascua judía era celebrada en primavera. Más tarde, la llamada semana santa coincide con el tiempo de la pascua judía. «*Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros*» (1 Co. 5:7). En esta carta, Pablo les habla de pascua a los corintios. También leemos en 1 Corintios 16:5-9: «*Iré a vosotros, cuando haya pasado por Macedonia, pues por Macedonia tengo que pasar.* [6]*Y podrá ser que me quede con vosotros, o aun pase el invierno, para que vosotros me encaminéis a donde haya de ir.* [7]*Porque no quiero veros ahora de paso, pues espero estar con vosotros algún tiempo, si el Señor lo permite.* [8]*Pero* ***estaré en Éfeso hasta Pentecostés****;* [9]*porque se me ha abierto puerta grande y eficaz, y muchos son los adversarios*».

4. *Segunda a los Corintios*. Esta carta también tiene que ver mucho con la primera carta a los Corintios, y la escribe desde Macedonia cuando fue allí desde Éfeso a finales del año 57 (2 Co. 2:13; 8:1-5). Hay temas en esta segunda carta, que complementan algo de lo que se ve en la primera. Precisamente algo que se vio en el capítulo 5 de la primera, él lo completa en la segunda.

5. *Gálatas*. Esta carta enviada a las iglesias de la región de Galacia, y fue escrita por Pablo desde Antioquía (Gá. 2:11). Hay dos escuelas respecto a la época en que fue escrita esta carta, y la controversia la expone bien el comentarista William Hendriksen. Bien sabemos que la región de Galacia quedaba al norte de la provincia proconsular de Asia; allí los judaizantes adelantaban un trabajo perturbador, buscando que los hermanos se volvieran al cumplimiento de la ley, y por eso la razón de escribirles esta carta.

6. *Romanos*. Hay algo importante que decir sobre el contenido de la carta a los Gálatas, y es que a Pablo le fue necesario escribir otra carta profundizando en este tema; esa carta es la carta a los a los Romanos, que aunque haya sido escrita a los romanos, es una epístola para ser leída en toda la Iglesia, pues allí detalla explicaciones que le faltó a la carta a los Gálatas. Por eso la sexta carta, a los Romanos, le sigue en orden cronológico a la de los Gálatas. La carta de los Romanos es escrita desde Corinto en el invierno del 57 al 58.

7. *Filipenses*. Probablemente, no hay un consenso serio sobre esto, esta carta fue escrita en la primera prisión de Pablo en Roma; es decir, en los años 61 al 63; pues él mismo lo declara en Filipenses 1:13: «*De tal manera que mis prisiones se han hecho patentes en Cristo en todo el pretorio, y a todos los demás*». Pablo menciona el *pretorio*, por lo que se supone que tuvo que ser en Roma; pero los que sostienen que la carta no fue escrita en Roma, alegan que en otras ciudades también había *pretorio*,[1] y por eso opinan que pudo haber sido en Cencrea, o pudo haber sido incluso en Éfeso, porque en la carta a los Efesios él dice que tuvo muchas luchas. Personalmente me inclino a creer que esta carta fue escrita durante el primer cautiverio en Roma, cuando duró dos años. Noten esta frase de Pablo en Filipenses 4:22: «*Todos los santos os saludan, y especialmente los de la casa de César*».

8. *Colosenses*. Con toda seguridad esta carta fue escrita por Pablo durante el primer cautiverio en Roma, años 61 al 63. Es una carta que contiene muchos nombres y saludos, escrita con la carta a Filemón, y enviada, lo mismo que la carta a los Efesios, con Tíquico; parece que fueron enviadas juntas; pero parece ser, hermanos, que primero escribió a

[1] *Pretorio* era el palacio donde habitaban y donde juzgaban las causas los pretores romanos o los presidentes de las provincias. Un pretor era un magistrado romano que ejercía jurisdicción en Roma o en las provincias.

los Colosenses.

9. *Efesios*. Como hemos explicado, la epístola a los Colosenses es una carta que tiene muchos temas iguales a la de los Efesios, pero en Efesios Pablo profundiza, da detalles, proporciona explicaciones profundas. Efesios es la carta cumbre del apostolado de Pablo. Es escrita desde Roma en los años del primer cautiverio, años 61 al 63. Todo lo que Pablo escribió es profundo, pero lo más profundo es Efesios; de manera que por su profundidad, ofrece más de una dificultad para entenderla. Les invito a estar orando para que el Señor por su Espíritu nos ayude a sacar a la luz las enseñanzas de esta carta. Leamos la declaración del apóstol Pedro al respecto. «*Y tened entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito, [16]casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas; entre las cuales hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición*» (2 Pe. 3:15-16). El apóstol Pedro da por sentado que las cartas de Pablo son Escritura sagrada, son Palabra de Dios, inspiradas por Dios, y que son profundas y difíciles de entender. Nosotros tenemos que orar mucho para poder entender esta carta, para que el Señor nos guíe. La teología que Pablo fue desarrollando, no la fue desarrollando él solo, sino que la iba desarrollando por el impulso del Espíritu Santo. Pablo era un hombre estudioso, pero el estudio sin el Espíritu Santo es letra muerta; de manera que él en ese desarrollo fue llevado a aquella plenitud; es una plenitud que la Biblia declara que también es nuestra, que vivamos por Él, que caminemos hacia esa plenitud, cuya suprema expresión, en el caso de Pablo, es precisamente la epístola a los Efesios.

10. *Filemón*. Esta pequeña carta también fue escrita por Pablo desde Roma durante el primer cautiverio de dos años,

61-63 d.C., junto con Colosenses, Filipenses y Efesios, las llamadas «epístolas de la prisión». Quizás fue llevada también por Tíquico, quien debía acompañar a Onésimo a Colosas, donde seguramente vivía Filemón, y en cuya casa se reunía la iglesia en Colosas (v.2). Leámoslo en Colosenses 4:7-9: *"[7]Todo lo que a mí se refiere, os lo hará saber Tíquico, amado hermano y fiel ministro y consiervo en el Señor, [8]el cual he enviado a vosotros para esto mismo, para que conozca lo que a vosotros se refiere, y conforte vuestros corazones, [9]con Onésimo, amado y fiel hermano, que es uno de vosotros. Todo lo que acá pasa, os lo harán saber*».

11. *Primera a Timoteo*. Es la primera de las tres epístolas pastorales, por tratar de las cualidades y deberes de los *epíscopos* (pastores) de la iglesia. Es enviada a Timoteo, un joven obrero del equipo apostólico de Pablo, y escrita desde Macedonia en el año 65. Después de la primera prisión de Pablo, Timoteo se encontraba en Éfeso corrigiendo unas deficiencias. «*Como te rogué que te quedases en Éfeso, cuando fui a Macedonia, para que mandases a algunos que no enseñasen diferente doctrina, [4]ni presten atención a fábulas y genealogías interminables, que acarrean disputas más bien que edificación de Dios que es por fe, así te encargo ahora*» (1 Ti. 1:3-4).

12. *Tito*. Tito también era un obrero del equipo apostólico de Pablo entre los gentiles. Esta carta fue escrita por el apóstol desde Macedonia en el año 65, después de su primer cautiverio en Roma. Tito se encontraba en la isla de Creta, en el Mediterráneo, la misma que en hebreo se le llama Kaftor, de donde son oriundos los filisteos. Es una de las tres epístolas pastorales. «*Por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieses lo deficiente, y establecieses ancianos en cada ciudad, así como yo te mandé*» (Ti. 1:5).

13. *Segunda epístola a Timoteo*. Esta es la última carta escrita por el apóstol Pablo, y precisamente es escrita desde

Roma en su segunda y última prisión, un poco antes de su martirio en el año 67, también bajo el gobierno del emperador Nerón. Timoteo seguramente se encontraba en Éfeso cuando le fue escrita esta carta. En esta ocasión Pablo ya no tiene esperanza de liberación, y se despide sabiendo que el fin está cercano. «*Acuérdate de Jesucristo, del linaje de David, resucitado de los muertos conforme a mi evangelio,* [9]*en el cual sufro penalidades, hasta prisiones a modo de malhechor; mas la palabra de Dios no está presa*» (2 Ti. 2:8-9). Pablo se despide con las palabras propias de un vencedor en Cristo. «*Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano.* [7]*He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe.* [8]*Por lo demás,* ***me está guardada la corona de justicia****, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida*» (2 Ti. 4:6-8).

Finalizamos este corto perfil, diciendo que en el año 67, a la edad de 57 años, y habiendo sido juzgado por Nerón, un hombre manchado con toda clase de crímenes, el apóstol Pablo fue condenado a la pena capital. Entregado en las manos del verdugo, fue conducido a las afueras de la ciudad de Roma, donde la cabeza del apóstol de los gentiles rodó por el polvo.

Damos gracias al Señor por la persona y el ministerio del apóstol Pablo, por su testimonio y por el legado que el Señor nos proveyó a través de este gran hombre de Dios.

2

INTRODUCCIÓN II

VISIÓN PANORÁMICA Y ESTRUCTURAL

«*Escribe al ángel de la iglesia en Efeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto:* [2]*Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos;* [3]*y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado.* [4]*Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor*» (Ap. 2:1-4).

CRÍTICA TEXTUAL

Hagamos una visión preliminar panorámica y estructural de ciertos detalles de esta carta, antes de entrar a estudiar el profundo contexto de esta carta. Esta carta parece ser, porque no lo dice, escrita desde Roma, cuando el apóstol Pablo estaba prisionero en la capital del imperio más o menos en los años 61 al 63; algunos comentaristas opinan que posiblemente hasta el 64, cuando acaeció su muerte. Hermanos, la fecha pudiéramos ponerla en el año 63, máximo en el 64. El autor es, pues, el apóstol Pablo.

Pero para explicar lo relacionado con los destinatarios, para que haya claridad respecto de si esta carta fue enviada exclusivamente a la iglesia en la localidad de Éfeso, hay que tener en cuenta algo importante en cuanto a crítica textual en

lo que se refiere a la versión bíblica Reina-Valera de 1960. Se sabe que Casiodoro de Reina, para traducir el Nuevo Testamento en 1569 usó el texto griego conocido como ***Textus Receptus***. ¿Qué es el *Textus Receptus* y qué importancia reviste conocer sobre esto? *Textus Receptus* significa el texto recibido del Nuevo Testamento. Se sabe que en la época del Renacimiento aparece en Alemania el invento de la imprenta con Juan de Guttemberg; en esa misma época empezaron a ser descubiertos manuscritos bíblicos antiguos, y se imprimieron diversas versiones del Nuevo Testamento griego, pero considerados posteriormente como manuscritos tardíos. Esas diversas versiones diferían entre sí, debido a las diversas interpolaciones de que han sido objeto los manuscritos bíblicos, alterando de forma, aunque no de fondo, el texto bíblico.

Ante ese hecho, los grandes eruditos de la época empezaron a cotejar diversos códices antiguos a fin de publicar un texto que incluyera, en los casos de diferencias, el texto literal del mayor número de manuscritos. Entre las publicaciones realizadas tenemos la de Erasmo de Rotterdam[2] (1516) y la Biblia Complutense (1522), ambas usadas por Estéfano para producir, en 1550, una versión de la que Teodoro Beza[3] hizo imprimir diez ediciones, y en la correspondiente al año 1565 escribió un prefacio que decía: *Textum ergo habes nunc ab omnibus receptum* (Tenéis, por tanto, el texto aceptado por todos), que dio origen a la

[2]**Erasmo de Rotterdam** (1466-1536), escritor, humanista y teólogo holandés, escribió varias obras importantes, como *Elogio de la Locura*, pero su obra más trascendente fue sin duda la edición del griego del Nuevo Testamento (1516), basado en manuscritos nuevos, con notas críticas y acompañada de una traducción latina, que demostraba lo poco rigurosa que era la Vulgata Latina, versión bíblica oficial del catolicismo romano.

[3]**Teodoro Beza** (1519-1605) fue el sucesor de Juan Calvino y exitoso continuador de su obra. Noble de nacimiento, se destacó en las letras y en la poesía, habiéndose dedicado a la jurisprudencia. En 1549 llegó a ser profesor de griego en la academia de Lausanne, Suiza. Ayudó a Calvino a escribir los comentarios sobre las epístolas de San Pablo y concluyó la versión métrica del salterio. Destacamos el gran servicio que le prestó a la Reforma con la versión latina del Nuevo Testamento, y con la versión griega, que fue publicada en 1565, ambas con extensas notas favorables a las doctrinas evangélicas.

expresión *Textus receptus*. Como el *Textus Receptus* fue compuesto con manuscritos tardíos, posteriormente los arqueólogos e investigadores de manuscritos bíblicos, encontraron manuscritos mucho más antiguos, en tal forma que ha dado lugar todavía a pequeñas variantes en el texto del Nuevo Testamento, variantes que no han sido incluidas en la versión Reina-Valera hasta 1960.

POSIBLE CARTA CIRCULAR

Eso significa, hermanos, que en los tres primeros manuscritos más antiguos que se han podido encontrar no dice que esta carta fue enviada a Efeso. En cambio aparece en la carta un pequeño espacio en blanco como si hubieran tenido la intención de que sirviera de carta circular a las iglesias de esa región, de manera que cuando ya llegara el portador, el mensajero, a entregarla, le anotara el respectivo nombre de la iglesia destinataria. Aquí en esta carta dice que es Tíquico, un compañero de Pablo, el encargado de llevar estas cartas. Esta carta a los Efesios, como les dije, fue escrita cuando él todavía estaba prisionero en Roma. Por ejemplo, allá en el capítulo 3:1 dice: «*Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles*». Miren que no fue enviada a judíos necesariamente, sino mayormente a iglesias de gentiles; aunque había posiblemente judíos en las iglesias de las localidades a las cuales fue enviada. De que estuviera preso, también aparece en otras partes de la carta, por ejemplo en Efesios 4:1 dice: «*Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados*»; y Efesios 6:20 dice: «*Por lo cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable del él, como debo hablar*». Son señales que se nos dan de que esta carta fue escrita desde la prisión, lo mismo que Filipenses, lo mismo que Colosenses y Filemón. Por lo menos se sabe de estas cuatro cartas.

Esta carta, hermanos, es como una condensación de doctrina. Esta carta se parece mucho a Colosenses. Pero parece ser que Colosenses la escribió primero que Efesios, donde Pablo enseñaba ciertas doctrinas, que en Efesios las explica. Pablo en Efesios explica en detalle ciertas doctrinas en las cuales en Colosenses no se extiende. Lo mismo que algunos eruditos dicen que la carta a los Romanos explica mucha doctrina de la carta a los Gálatas, que había escrito antes. En ambas, tanto en Efesios como en Romanos, Pablo se extiende y profundiza, porque son las cartas más profundas que se encuentran en la Biblia. Con esta explicación, de que no necesariamente fue escrita a los Efesios, sin embargo los que manejan esta alta crítica a veces meten su cucharada, y algunos opinan que esta carta puede ser la misma que Pablo dice a la iglesia de Colosas que había enviado a Laodicea. La iglesia de Colosas no la había fundado Pablo, y les dice en Colosenses 4:16: «*Cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la iglesia de los laodicenses, y que la de Laodicea la leáis también vosotros*». Se cree que fue una carta que se perdió, pero algunos eruditos dicen que puede ser la carta a los Efesios que iba destinada a Laodicea, y que Pablo les pide intercambiarlas o sacarles copia para que fuesen leídas en todas las iglesias. De todas maneras, hermanos, vamos a ver unos detalles donde nos dice que esta carta es también muy para nosotros.

UN BAJÓN ESPIRITUAL

Sí, nosotros damos por sentado que es una carta que Pablo envió a la iglesia de los efesios; y por el contexto de la carta vemos que es enviada a una iglesia de hermanos maduros en la fe, santos espirituales, santos que podían digerir una doctrina tan profunda, un alimento sólido; sin embargo, en la primera carta de las siete de Apocalipsis,

vemos allí que para ese tiempo la iglesia en Éfeso había sufrido un bajón espiritual. Claro que cuando escribió la carta, la iglesia en Éfeso era una iglesia madura. En Apocalipsis 2:2, el Señor les dice: «*Has probado a los que se dicen ser apóstoles y no lo son, y los has hallado mentirosos*». Esto sólo puede hacerse cuando la iglesia es una congregación de marcada madurez espiritual. Sin madurez no se puede discernir si apóstol es verdadero o no. Todas las cartas de Apocalipsis, al igual que todo el libro, son profecías acerca de la Iglesia, y la carta a la iglesia en Éfeso es una profecía que está de acuerdo con la época, tanto para la iglesia de la localidad de Éfeso como para el período primitivo de la Iglesia del Señor; es una profecía que se cumple en la época primitiva, en la iglesia apostólica, inclusive sub apostólica. De manera, que las condiciones de espiritualidad que encontramos en esta carta, se puede decir que es la condición espiritual que reinaba en la iglesia primitiva. Claro que el modelo de la iglesia del Señor, y de la que Él quiere ahora que se restaure, y la está restaurando de hecho, es esa iglesia gloriosa de antes del bajón que aparece en Apocalipsis 2:4,5.

Fijémonos un poquito en Apocalipsis en la carta enviada a Efeso, para tener más claras estas cosas. De las siete cartas de Apocalipsis, leemos en Apocalipsis 2:1: «*Escribe el ángel de la iglesia en Efeso*». Estamos viendo ahí lo que el Señor le dice a la iglesia en la localidad asiática de Efeso por la pluma o por conducto del anciano apóstol Juan, quien a la sazón se encontraba prisionero en la isla de Patmos; porque hay que tener en cuenta, que en los últimos tiempos Juan vivió en Éfeso; él pasó sus últimos años en Efeso. Él fue a supervisar esas iglesias de esa región de Asia Menor desde la parte occidental de Asia Menor, o la oriental desde el mar Egeo. Eran unas ciudades que estaban a lo largo de la costa oriental del mar Egeo, del mar griego. Efeso era una ciudad bastante fronteriza que estaba ubicada en un valle

entre Mileto al sur y Esmirna al norte; más o menos en la mitad. Seguramente que Juan padeció, supervisando las iglesias; haciendo la misma labor de cuando era pescador, cuando remendaba las redes; ahora hacía el trabajo de remendar en las cosas espirituales. Entonces Juan estuvo allí; él conoció personalmente la situación de aquellas iglesias; y por eso el Señor le ordena a Juan que escribiera siete cartas a sendas iglesias de Asia Menor, incluyendo la de Éfeso. Había más iglesias en todas esas regiones, pero el Señor escogió a siete iglesias, digamos, tipos para enviar siete cartas a siete iglesias locales.

LOS EFESIOS HABÍAN DEJADO SU PRIMER AMOR

Nos extendemos un poco en la explicación debido a que puede haber personas que no manejen bien esto de las siete cartas de Apocalipsis; debemos tener en cuenta que las siete cartas del Señor a las siete iglesias de Apocalipsis son siete profecías que se cumplen en siete épocas de la iglesia, desde el día de Pentecostés hasta la segunda venida del Señor; son siete períodos de la Iglesia desde su nacimiento hasta el arrebatamiento escatológico. De manera que la primera etapa de la iglesia, la del primer siglo, corresponde a la primera carta, que es Efeso. Dice así el Señor en Apocalipsis 2:1: «*El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto*». Si el Señor no está en la iglesia, no hay candelero, porque el Señor es el aceite y la luz del candelero. El Señor es la luz por su Espíritu que es el aceite, el combustible que permite que haya fuego, que haya luz en la iglesia. Entonces dice el Señor: Yo estoy en medio de las iglesias que me obedecen.

Miren cómo la carta de Pablo a los Efesios es una carta diferente a todas, es una carta donde el Señor se manifiesta desde la alturas, desde los lugares celestiales; es una carta

donde el Señor Jesucristo maneja todo desde las esferas celestiales, donde Él ahora está sentado, como lo declara la carta: «*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo*» (Ef. 1:3). En esos lugares es donde somos nosotros bendecidos; nosotros no somos bendecidos en las esferas terrenales. Las bendiciones para la Iglesia no abarcan las esferas terrenales; esas no son bendiciones para la Iglesia. Si alguien recibe algo temporal, si alguien vive y se satisface de las cosas terrenales, si alguien tiene, si alguien goza de algo en esta tierra, la Biblia dice que son añadiduras, que no son bendiciones espirituales. Las bendiciones espirituales no pueden ser añadiduras. La bendiciones espirituales de la iglesia, que, Dios mediante, las estaremos estudiando en los próximos viernes, son recibidas en las esferas celestiales, donde ya reina Cristo, donde Cristo ostenta el poder; porque Él ha dominado las potestades que ocupan los aires. Hermanos, todos los demonios han sido ya vencidos; y por eso es que Pablo dice que nosotros no tenemos lucha ni contra carne ni contra sangre, es decir, contra personas humanas en esta tierra, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, de este sistema satánico, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes (cf. Ef. 6:12), donde Cristo está ya dominando; y nosotros como parte de sus fuerzas, de sus huestes, estamos allí para respaldar al Señor y para combatir a los enemigos del Señor.

Por eso la Palabra del Señor dice que el Señor está en medio de los candeleros (cf. Ap. 1:13). Donde Cristo no está, hermanos, ahí puede haber organizaciones eclesiásticas, pero no la apropiada iglesia del Señor, que es otra cosa. Dice: «*Yo conozco tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado*

mentirosos; [3]y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado» (Ap. 2:2,3). Todo eso; hay muchas actividades, a veces las hay, pero esas actividades pueden ser no legítimas en Cristo; porque en el versículo 4 dice: «*Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor*». Y el primer amor, hermanos, es lo principal, es Cristo mismo; es decir, estamos trabajando mucho, tenemos mucha actividad, tenemos muchos proyectos, nos sentamos a programar las diferentes actividades de este año, pero primando nuestras propias opiniones, con nuestro propio activismo, sin ir a la Palabra y sin ser dirigidos por el Espíritu del Señor para recibir su legítima dirección, la de su voluntad. Nosotros tenemos que volver a la Palabra de Dios, nosotros tenemos que obedecer el fundamento apostólico y de los profetas contenido en el Nuevo Testamento. De otra manera nos llenamos de activismo; de otra manera hacemos obras, adelantamos proyectos, pero no en amor, no teniendo en cuenta lo que se debe tener en cuenta en primer lugar, que es el Señor y Su Palabra.

Luego continúa: «*Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras*» (v.5). Precisamente eso es lo que le está diciendo ahora el Señor a la Iglesia: Iglesia, mira de dónde caíste; vuelve a esa posición donde estabas, donde yo te dejé. El Señor está llamando a la Iglesia a hacer las primeras obras, a hacer las obras del Señor, a retomar el primer amor, a ponerlo a Él en primer lugar, a volver a la obediencia de la Palabra por el Espíritu de Cristo, para que podamos hacer las obras en el amor de Él; en obediencia a Él. Eso nos lo está diciendo a nosotros los que vivimos ya en el siglo XXI.

EL CUIDADO ESPECIAL DE PABLO A LA IGLESIA DE ÉFESO

Y fíjense en el poquito tiempo que había pasado desde

cuando Pablo le envió la epístola, más a menos en el año 63, a cuando se escribió esta carta de Apocalipsis, alrededor del año 86; habían pasado unos 23 años, más o menos. Porque Pablo estuvo preso (su primera prisión) durante el reinado del emperador Nerón; y cuando Juan ya ancianito fue enviado prisionero a la isla de Patmos, fue en tiempos del reinado del emperador Domiciano, quien había ordenado una de las más sangrientas persecuciones contra los santos del Señor, y Juan escribió esta carta y todo el Apocalipsis en Patmos en tiempos del emperador Domiciano. ¿Qué había sucedido con la iglesia en la localidad de Éfeso? Que había experimentado un gran bajón espiritual; y no sólo la iglesia local de Éfeso sino toda la iglesia del primer siglo, la que llamamos la iglesia primitiva. Ese bajón continúa en nuestros días, hermanos, claro que más pronunciado; en la historia la Iglesia tocó fondo; pero el Señor empezó a levantarla, la está levantando. Ahora el Señor está trabajando con los que le quieran obedecer, para que Su Iglesia vuelva a la altura de donde cayó; que volvamos a esa altura, la verdadera altura espiritual de la Iglesia, a las alturas de los lugares celestiales, porque la Iglesia en general (la cristiandad, para comprenderlo mejor), después del período de las grandes persecuciones, se vino a morar en la tierra, donde tiene su trono Satanás;[4] se vino a participar de lo mundano, con todo el atractivo que reina en este ambiente, y no en el ambiente celestial donde Cristo está, y a donde quiere atraernos a nosotros a la obediencia y a recibir las bendiciones para que obremos en consecuencia. ¿Está respondiendo la iglesia o prefiere seguir conformada a este atractivo mundo?

Es importante hacer notar que Éfeso fue la iglesia que más fue visitada y atendida por Pablo. En el segundo viaje misionero, Pablo se quedó muy poquito con ellos, pues tenía prisa por volver a Jerusalén. Entonces en el tercer viaje, de

[4]*Cfr*. Apocalipsis 2:13. Esto empezó a ocurrir a raíz del gobierno del emperador Constantino el Grande a comienzos del siglo IV, cuando fue publicado el famoso Edicto de Tolerancia.

acuerdo al capítulo 19 de Hechos, fue cuando se demoró; ¿y sabe cuánto se demoró esta vez Pablo en Éfeso? Se demoró tres años. Lo podemos leer en Hechos 20:31: «*Por tanto, velad, acordándoos que por tres años* (ahí lo dice bien claro)*, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno*». ¿Por qué el apóstol Pablo duró tanto tiempo en Éfeso? Porque como era la capital de la provincia romana de Asia Proconsular, Pablo vio la importancia de centrarse allí por un tiempo y adelantar un buen trabajo de la obra. En ese tiempo Éfeso era una ciudad supremamente idólatra. Éfeso tenía una de las siete maravillas del mundo antiguo. ¿Saben cuál es? Un enorme templo llamado el Artemisión; un inmensísimo templo erigido a la diosa Artemisa, la misma Diana de los romanos; esa diosa que la esculpían y la pintaban dotada de muchas mamas, pues decían que era la diosa de la fertilidad. En años posteriores, los arqueólogos escavaron y encontraron los restos de ese gigantesco templo.

Y cuando Pablo llegó a adelantar la obra del Señor, y empezó Dios a hacer muchos milagros por manos de Pablo y del equipo apostólico que lo acompañaba, los efesios al principio reaccionaron en contra de ellos por causa de la idolatría y su comercio involucrado. Eran tiempos de tanta oscuridad que era imprevisible la reacción entre los lugareños. Por ejemplo en Listra, durante el primer viaje misionero, cuando la gente vio lo que Pablo hacía, los tomaron como a dioses y los iban a adorar, llevando toros y guirnaldas para sacrificárselos (Cfr. Hch. 14:11-18); de manera que ellos rechazaron toda adoración. Pero en el caso de Éfeso, allí había un fuerte comercio religioso en torno al culto a Artemisa y su gran templo, de manera que los efesios se fueron en contra de los apóstoles; y ¿qué pasó? ¿por qué sucedía eso? Porque los plateros hacían templecillos de plata para negociar; es lo mismo que sucede ahora en el comercio de la religión. Alrededor de los templos siempre hay hacina-

miento de almacenes donde venden ídolos, artículos religiosos; o alrededor de ciertos cultos hay cuadras enteras de comercio organizado e informal donde venden hasta alimentos para los fieles a determinado ídolo. Todo eso ya existía en Éfeso en ese tiempo (cfr. Hch. 19:23-41). Entonces la lucha fue grande; y además, como les decía, Éfeso era capital de esa provincia.

LA ESCUELA DE LA OBRA EN ÉFESO

Entonces Pablo, después de durar tres meses predicando en la sinagoga de los judíos, parece que los judíos discrepaban con Pablo en lo referente a las enseñanzas paulinas sobre el reino, y no las aceptaban; y debido a eso, las autoridades de la sinagoga de Efeso decidieron perseguirlo; y Pablo, con los judíos que habían creído, se salieron y empezaron a predicar entre los gentiles, comenzando así en forma en la fundación de la iglesia en Éfeso. Un hermano, de entre los gentiles que habían creído, llamado Tiranno, quien había enseñado filosofía en su escuela privada, determinó llamar a Pablo para que usara ese mismo lugar como una escuela de la obra, para la enseñanza y preparación de los discípulos del Señor. Pablo duró entonces unos tres años enseñando allí; seguramente vinieron muchos líderes y pioneros de las iglesias de las localidades de Asia Proconsular; y allí los hermanos recibieron todo el depósito que Dios le había revelado a Pablo para que le transmitiera a la iglesia en Éfeso, sobre todo a sus líderes, y a los que venían desde las iglesias y localidades vecinas.

TODO EL CONSEJO DE DIOS

De manera que a ellos no les faltó nada en cuanto a ese precioso depósito encomendado a Pablo (cf. Hch. 20:18-31). Era exactamente lo contrario de lo que les había acontecido a los santos de Tesalónica; en la primera carta de Pablo dice

que el apóstol estaba orando porque los hermanos habían quedado fallos (cf. 1 Ts. 3:9,10), y él debía ir a completar lo que les faltaba de la fe que había sido dada una vez a los santos (cf. Jud 3). No se trata de la fe necesaria para creer y recibir al Señor, sino que se trata de todo lo que Dios nos dejó para creer, y vivir, y practicar; lo cual está consignado en el Nuevo Testamento. A los tesalonicenses les faltaba, pero los efesios estaban completos. De manera que cuando Pablo iba definitivamente de regreso a Jerusalén, en la ocasión cuando fue tomado preso, durante ese viaje él quiso volver a visitar brevemente a Éfeso; parece que el Señor le mostraba un ataque allí; parece que el Señor le mostraba que venía algo feo para la iglesia, pero no tenía la oportunidad de pasar a Éfeso. Es posible que el Espíritu le apremiara; pero miremos lo que sucedió en esa ocasión entre Pablo y el presbiterio (los obispos) de Éfeso; está en Hechos 20:17:

«*Enviando, pues, desde Mileto a Éfeso, hizo llamar a los ancianos de la iglesia*». Nótese que no se trata de un solo anciano, de un solo obispo, sino de un grupo de obispos (pastores); de acuerdo al número de los integrantes de la iglesia así debe ser también el número de ancianos, o de obispos, o de pastores que integren el presbiterio de cada iglesia local. Lo recalcamos por causa de que hay hermanos que todavía ignoran este punto importante de la composición de la iglesia local y su gobierno.

«Cuando vinieron a él, les dijo: Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia, [19]sirviendo al Señor con todo humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos; [20]y cómo ***nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros****, públicamente y por las casas, [21]testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo. [22]Ahora, he aquí, ligado yo en*

espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer; [23]salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. [24]Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para testimonio del evangelio de la gracia de Dios. [25]Y ahora, he aquí, yo sé que ninguno de vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino de Dios, verá más mi rostro. [26]Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos» (Hch. 20:18-26).

¿Qué significa eso? Recordemos que hay un pasaje en el libro del profeta Ezequiel capítulo 33, que dice que si el atalaya (en este caso el profeta, o el caso particular del apóstol) ve venir el peligro y no se apercibe y avisa al pueblo, y el pueblo muere, esa sangre será sobre el atalaya. El atalaya es puesto por Dios, y él tiene la responsabilidad o la culpabilidad de lo que acontezca, pues él es el que ve venir el peligro. Esa es la idea reflejada en este pasaje. Yo protesto en el día de hoy que estoy limpio de la sangre de todos. ¿Por qué? Porque todo se los comuniqué, les enseñé todo lo que Dios me ordenó; de todo el depósito que Dios nos ha dado, no hubo nada que yo no se los haya transmitido a ustedes; para que ustedes vuelvan siempre al depósito dejado por el Señor, para que ustedes no recurran a otras fuentes, a otros argumentos, a otros estatutos fuera de la voluntad del Señor y lejos de la Palabra.

EL DESVÍO DE LA PALABRA ATRAE LOBOS RAPACES

Hoy la gente en la cristiandad reclama que son iglesia de Jesucristo; pero una iglesia de Jesucristo que no tenga en cuenta el depósito de Dios, hermanos, no es un candelero bíblico; apenas es una organización. Hay que aclarar bien ese concepto bíblico. Ahí lo dice bien claro: «*Porque no he*

rehuido anunciaros ***todo el consejo de Dios***». Todo lo que Dios ha revelado para la Iglesia, se los dí. Si ustedes fallan, si ustedes desobedecen, si ustedes se enrumban por otros caminos, si ustedes prefieren ir a beber a cisternas rotas, ya no es culpa mía. Y aquí está la palabra que les dio Pablo. En el Nuevo Testamento está la Palabra que el Señor les dio a Pablo, a Pedro, a Lucas, a Juan y a todos los hermanos que fueron testigos de la resurrección de Cristo; aquí está para nosotros; remitámosnos a ella.

Sigue diciendo Pablo: «*Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre.* [29]*porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño.* [30]*Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos*» (Hch. 20:28-30). Los arrastrarán tras sí, tras sus intereses particulares, tras sus organizaciones, tras sus políticas y enredos con el mundo, tras sus componendas, tras sus egocentrismos, y no tras el Señor. Hoy ocurre eso. Ya está establecida esa norma, que muchos atraen a la gente hacia sí mismos; pero Cristo quiere que nosotros no hagamos eso. Miren que en la antigüedad no se veían iglesias diferentes de la iglesia del Señor. No había iglesia de San Pedro, ni iglesia de San Felipe, ni iglesia de San Juan. Hoy sí las hay. Y la iglesia es de Jesucristo; eso es lo que nosotros estamos viviendo, la restauración de la Iglesia del Señor. Cuando los corintios quisieron hacer partido en torno al apóstol Pablo, inmediatamente el Espíritu Santo usó al mismo Pablo para condenar esa pretensión. Pablo les llama carnales, niños en la fe. Todo líder religioso que atraiga a la gente hacia sí mismo, es un niño en la fe; y los que se dejan atraer, también lo son.

LA CRISTIANDAD LLENA DE FÁBULAS

Notemos algo importante. Una vez, estando Pablo de visita en la iglesia de Tesalónica, le escribe una primera carta al joven Timoteo, quien a la sazón estaba en Éfeso. Le escribe, entre otras cosas, para tratar de corregir un problema que ya se estaba presentando en Éfeso, referente a una doctrina errónea, no obstante que Pablo les había anunciado y enseñado todo el consejo de Dios durante tres años. Pablo le dice a Timoteo: «*Como te rogué que te quedases en Éfeso, cuando fui a Macedonia, para que mandases a algunos que no enseñen diferente doctrina, [4]ni presten atención a fábulas y genealogías interminables, que acarrean disputas más bien que edificación de Dios que es por fe, así te encargo ahora*» (1 Ti. 1:3,4). En vez de hablar del Señor, de las doctrinas bíblicas, ya en Éfeso estaban hablando de fabulitas. Cuando uno se sale de la doctrina bíblica, de lo que dice y enseña la Palabra de Dios, de lo que comprende todo el fundamento apostólico, entonces lo que hace es daño, hermanos, puro daño. Bendito el nombre del Señor. Predicadores hay que usan muchas horas para hablar de sí mismos, de los automóviles nuevos que el Señor les está proveyendo a los hermanos de fe, y otras fabulitas. Esos intereses temporales no son del Señor.

Efesios es una carta supremamente eclesiológica. Esta carta habla de la Iglesia. Esta carta, hermanos, se puede decir que es la relación entre el Jesucristo celestial y su Cuerpo aquí en la tierra; es decir, la Iglesia. Esta carta tiene la característica particular de que habla desde el punto de vista del propósito eterno de Dios; es una carta muy importante, hermanos. Él habla desde la eternidad; desde la eternidad hay un propósito de Dios; y habla desde los lugares celestiales. Él ve y abarca un macrocosmos. Nosotros lo debemos ver; y Él quiere que entremos en ese ámbito; Él quiere que entremos en ese propósito eterno; Él quiere que ya dejemos de pensar, o que pensemos menos,

en las cosas que perecen, en las temporales. Él quiere que nosotros maduremos y lleguemos a la altura de lo que Cristo es hoy. ¿Quién es Cristo hoy? ¿Dónde está? Entremos en ese ámbito, a vivir lo que vive el Señor; y lo dice muy claro, que estamos con Él ahí, en los lugares celestiales, y ahí es donde quiere el Señor tenernos, en esos lugares celestiales. Bendito el nombre del Señor.

ESTRUCTURA DE LA CARTA

Ahora, podemos ver una estructura del libro así a *grosso modo*. Ustedes sigan con la Biblia el proceso para poder hacer como especie de una panorámica de lo que este libro, la epístola de Pablo a los Efesios, estructuralmente nos enseña.

1. ***Elección del Padre***. En primer lugar empieza en el capítulo 1 hablando de la predestinación divina de los santos. Desde antes de la fundación del mundo el Padre nos eligió y nos predestinó para que fuésemos Su familia (Ef. 1:3,6,11,12). Es lo primero que encontramos después del saludo. «*Según nos escogió* (el Padre) *en él* (en Cristo) *antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él*» (v. 4).

2. ***Redención del Hijo***. Después vemos que, así como el Padre nos eligió, el Hijo nos redimió (1:7; 2:1-10; 5:2). «*En quien tenemos redención por su* (de Cristo) *sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia*» (v.7). Y cuando entramos en el capítulo 2, ahí habla ya de lleno de la redención por la obra del Hijo. Vamos viendo, pues, la intervención de la Trinidad en todo el proceso de la conformación de la Iglesia del Señor.

3. ***La recapitulación de todas las cosas en Cristo***. Dios quiere recapitular todo en Su Hijo. Hermanos, antes los demonios tenían ciertas libertades; eso ocurría antes de que

Cristo muriera en la cruz del Calvario y resucitara; pero ahora esas libertades ya están muy limitadas; ya hay quien venció a Satanás y todas sus huestes, Jesucristo el Hijo de Dios; y nosotros estamos en Cristo. Tenemos que tener en cuenta eso, hermanos. Ya no estamos en aquellos tiempos cuando Satanás tenía más libertades que hoy; y si tenía las actas que nos acusaban, ya no las tiene, ya las arrancó Cristo, y las destruyó; de manera que ya estamos en Cristo, y al diablo no tenemos que tenerle miedo. Una de las cosas que habla esta carta es la recapitulación de todo; Dios quiere recapitular todo en Cristo su Hijo. Bendito el nombre del Señor. «*De reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra*» (Ef. 1:10).

4. ***Sellados con el Espíritu Santo***. También el Espíritu Santo interviene. El Padre nos elige y predestina, el Hijo nos redime; luego viene la acción de la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu Santo, quien nos sella como propiedad de Dios que somos a raíz de la regeneración (1:13,14,18,22; 3:16; 4:30; 5:18; 6:17). «*En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de las promesa, [14]que es las arras de vuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria*» (vv. 13,14). De manera que ya tenemos un adelanto, hermanos; gloria al Señor. Después sigue hablando la carta del Espíritu Santo.

5. ***El poder de Dios operante en la resurrección de Cristo***. El poder de Dios que operó en la resurrección a Cristo, ese mismo poder opera en nosotros, y operará en nuestra propia resurrección (1:19,20; 3:20). «*Y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, [20]la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra* (aquí lo reafirma, en los lugares celestiales)

en los lugares celestiales» (vv. 19,20). La proyección de esta carta es desde los lugares celestiales. El Señor quiere que estemos con Él en esos lugares celestiales. La esfera de nuestra posición en Jesús es en los lugares celestiales; allí es nuestro hogar, pues la Iglesia es celestial, no terrenal. Opera en nosotros el poder de la resurrección de Cristo.

6. ***Cristo es la cabeza de la Iglesia***. Dios está haciendo un trabajo para someter todas las cosas bajos los pies de Cristo. Es un hecho irreversible (1:22,23; 5:23). «*Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, [23]la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo*» (vv. 22,23). La plenitud de Dios, la plenitud de Cristo ahora es la Iglesia; por eso la Iglesia debe vivir en los lugares celestiales. La cabeza de la Iglesia está muy lejos de ser un hombre meramente humano.

7. ***La Iglesia unida en un solo cuerpo***. La cristiandad tiene a la Iglesia dividida. Si toda la cristiandad volviera a la Palabra, a todo el depósito de Dios, vería cómo la actual división destruye el testimonio de la unidad del cuerpo de Cristo (2:11-22; 3:1-9; 4:3-6). «*Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. [12]En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo*» (Ef. 2:11,12). Las diferentes divisiones de la cristiandad le están haciendo un gran perjuicio a la unidad del cuerpo de Cristo. La Palabra de Dios habla de que Cristo derribó toda pared intermedia, pero los hombres insisten en seguirlas construyendo. Reina en la cristiandad una ceguera egoísta. Ahora ya ni siquiera con los judíos estamos divididos en la Iglesia, o debemos estarlo; con ellos, con los judíos que han creído, formamos un solo cuerpo. Pero la cristiandad nominal insiste en seguir dividiendo al cuerpo.

8. ***La Iglesia fundamentada sobre los apóstoles y profetas***. «*Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo, Jesucristo mismo*» (Ef. 2:20). Miren cómo es de eclesiológica esta carta. El fundamento de los apóstoles y profetas está comprendido en todo el contenido del Nuevo Testamento. En ese fundamento está basada toda la legítima estructura y la edificación de la Iglesia del Señor.

9. ***La Iglesia edificada como templo del Señor***. «*En quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; [22]en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu*» (Ef. 2:21,22). Nosotros hoy en día no necesitamos edificar templos físicos, materiales, hechos con manos humanas, porque nosotros somos el templo de Dios. El verdadero templo de Dios es Jesucristo, y nosotros hacemos parte de ese templo porque hacemos parte de Cristo; somos el cuerpo de Cristo. Recordemos lo que dice el Señor a los judíos que vendían palomas en el templo de Jerusalén: «*Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. [20]Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? [21]Mas él* ***hablaba del templo de su cuerpo****. [22]Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho*» (Jn. 2:19-22). Jesús declaró que Él es el verdadero templo de Dios, y nosotros somos metidos, introducidos, bautizados dentro de ese templo por el Espíritu Santo el día que creemos en el Señor (cf. 1 Co. 12:13). De manera que el templo vivo no necesita meterse en templos muertos. Sería un contrasentido.

10. La Iglesia dotada con todos los recursos necesarios para su crecimiento y perfeccionamiento. (4:7-16). «*Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, [12]a fin de*

perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (vv. 11,12), etc., para ser edificados. Cuando uno no conoce estas cosas, pues anda desorientado. A menudo se nos pregunta: Hermano, ¿cuál será el don que Dios me ha dado? Y como ese hermano no sabe el don que Dios le ha dado, no sabe cuál es su función en la edificación del cuerpo, no sabe cómo trabajar; pero, hermanos, primero hay un grupo de ministros, por llamarlos de alguna manera, de siervos del Señor dados a la Iglesia precisamente para que adelanten ese trabajo de perfeccionar a los santos, a fin de que todos los santos entremos a participar en ese trabajo de la edificación del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Es una edificación que se está llevando a cabo en estos momentos por el Señor Jesús y por sus colaboradores, los que le obedecen.

El Señor dijo: «*Sobre esta roca edificaré mi iglesia*» (Mt. 16:18); y en 1 Corintios 3:9 dice que nosotros somos colaboradores de Dios, y nosotros estamos sobreedificando sobre ese fundamento que es Cristo; pero debemos sobreedificar oro, plata y piedras preciosas; es decir, según Dios, y no según nosotros, que sería en madera, heno y hojarasca. Edificar en madera es edificar según nuestro propio criterio humano; el heno es pura paja, y hojarasca es aquello que no tiene vida. Y hoy de pronto se está haciendo eso; construyendo con criterios humanos y con lo que no tiene vida, con lo que se quema, con lo que no resistirá ni el primer instante el fuego del juicio en el tribunal de Cristo. Dice el Señor a Sardis: «*Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto*» (Ap. 3:1). ¿Por qué está muerto? Porque no está sobreedificando lo de Dios, que es quien tiene la vida, sino lo del hombre, lo que sale de la carne.

11. ***La Iglesia como esposa de Cristo***. (5:25-33). «*Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, [26]para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la*

palabra, [27]a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha» (Ef. 5:25-27). Aparece la Iglesia como la esposa de Cristo; es como si hablásemos del romance del Cantar de los Cantares. Ahí habla de la novia, habla de la esposa. Nosotros, si somos vencedores, estaremos participando de las bodas del Cordero. Acordémonos que el creyente no vencedor no participará de esas gloriosas bodas de Cristo con su Iglesia. Aquellas vírgenes insensatas, las que sólo tenían un poquito de aceite (llenura del Espíritu) en sus lámparas (espíritu humano) y no tenían nada en sus vasijas (sus almas), serán salvas pero no entrarán a las bodas. En ese tiempo estarán ocupadas, pagando el precio para poder algún día estar con el Señor. De manera que no toda la Iglesia participará de las bodas.

12. ***El modelo de la nueva vida en Cristo***. En 4:17 - 6:9 habla de ese modelo. «*Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, [18]teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón*» (Ef. 4:17,18), etc; pero dentro del cristianismo puede haber también ignorancia, y de hecho la hay. Entonces nosotros estamos llamados, hermanos, a una nueva vida, a constituir un nuevo hombre, que es Cristo. A veces uno piensa en la juventud; que la juventud está en una edad bastante propensa, bastante débil, bastante imitadora de las costumbres, de las modas, de los dichos, de lo snob, de todas esas corrientes mundanas; entonces de pronto el joven como que no se somete mucho a lo que dice la Biblia, tal vez porque los compañeros de estudio lo pueden tildar de *out*, mientras que debe estar *in*; entonces fácilmente puede pensar que está haciendo el ridículo. Pero miremos lo que dice en la Palabra, que a nosotros no nos debe interesar otra cosa, sino ver a

Cristo como el modelo; y que ese modelo se forme en nosotros, que viva en nosotros; no es ni siquiera imitarlo, sino que Él sea en nosotros, que se forme dentro de nosotros en toda su plenitud; que Cristo viva su vida ampliamente en nosotros, no importa que para los amigos esto sea ridículo. El modelo de la nueva vida en Cristo lo vemos ahí en toda esa cita, que más tarde lo analizaremos en detalle, Dios mediante.

13. ***Los requisitos para estar firmes en el Señor***. Eso lo encontramos en el último capítulo (6:10-20). «*Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. [11]Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. [12]Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*» (Ef. 6:10-12), etc: o sea que ya entramos como verdaderos guerreros, a luchar pero al lado del Señor; del lado del que no quieren, del lado del que aborrecen. Al Señor no lo quieren, pero nosotros sí lo amamos. Nosotros sí te amamos, Señor; necesitamos tu fortaleza; necesitamos que Tú nos ayudes a armarnos de tu armadura. Amén.

SIETE ASPECTOS DE LA IGLESIA EN EFESIOS

Pero no quisiera terminar, hermanos, sin que viéramos, aunque en parte parezca un poquito repetitivo de lo que acabamos de ver, siete aspectos de la Iglesia que están en esta carta. Esta epístola es supremamente eclesiológica. Debemos conocer la Iglesia, debemos vivir la Iglesia; debemos adentrarnos a conocer a la Iglesia por dentro. Veamos la verdadera radiografía de la Iglesia de Jesucristo en esta carta. Metámonos en esta carta. Hay siete aspectos de la Iglesia que están aquí revelados en esta carta. Esos

aspectos son:

1. ***La Iglesia como cuerpo de Cristo, la plenitud, la expresión de Aquel que todo lo llena en todo***. «*La cual* (la iglesia) *es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo*» (Ef. 1:23). Esa es la aspiración de Dios, que la Iglesia lo contenga a Él totalmente; y al contenerlo, lo manifieste, y manifieste la gloria de Cristo; porque la plenitud es eso: toda la divinidad en nosotros. También dice: «*Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*» (Ef. 4:13). La unida de la fe está en el Nuevo Testamento; hasta que todos sigamos la Palabra, hasta que todos la entendamos, hasta que todos la vivamos, hasta que todos la obedezcamos. Eso es lo que quiere Dios. Es la plenitud de Cristo, es la Iglesia llena de Él.

2. ***El hombre nuevo***. En 2:15 dice: «*Aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz*» (Ef, 2:15). Recordemos lo que dice 2 Corintios 5:17: «*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*». Esa nueva criatura es Cristo. A veces la Biblia en vez de la Iglesia, dice Cristo; porque Cristo y la Iglesia es lo mismo. Cristo se identifica con su Iglesia; y la Iglesia, en su expresión auténtica y legítima, se identifica con Cristo. No estamos hablando de denominaciones; estamos hablando de la Iglesia del Señor. Se trata de un nuevo hombre, un hombre corporativo, que tiene no sólo la vida de Cristo, sino también la persona de Cristo.

3. ***El reino de Dios***. «*Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios*» (Ef. 2:19). Cuando dice que somos conciudadanos, significa que lo somos del reino de Dios; ya

no somos simplemente religiosos, ya no somos del montón. Hay personas que están en Cristo y no saben el tesoro que tienen; y no saben, hermanos, que nosotros tenemos la vida asegurada eternamente. Gloria al Señor. La Iglesia ahora es la expresión del reino de Dios; los santos son los ciudadanos de ese reino, que poseen los derechos y tienen las responsabilidades del reino.

4. ***La familia de Dios***. La Iglesia de Jesucristo es la familia de Dios; somos sus hijos. Ya lo hemos leído en el versículo 19. Esa familia de Dios está llena de la vida divina. Es Dios morando en nosotros por su Espíritu.

5. ***La morada de Dios***. Donde el Señor puede habitar. El contexto de Efesios 2:21-22 es rico en revelación. «*En quien todo el edificio bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; [22]en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu*». Después en el capítulo 3 lo dice con más claridad, cuando Pablo ora para que el Padre fortalezca el hombre interior de los hermanos efesios, y, claro, de nosotros también. ¿Con qué fin? Para que fortalecido el hombre interior en nosotros, podamos empezar a conocer con todos los santos las verdaderas dimensiones del Señor; y una vez que eso esté ocurriendo, cuando el hombre interior haya sido fortalecido, es cuando va a habitar Cristo por la fe en nuestros corazones (cf. Ef. 3:14-19). Él nos ha llamado para Él habitar, morar en su casa, a vivir dentro de nosotros confiadamente, como su propia casa que ahora somos; no permitiéndole que viva sólo en alguna partecita de la casa, algún pequeño cuartito. Señor, tú te quedas por ahora en esa partecita de la casa, pues yo todavía quiero mandar en mi casa, en mí mismo, y vivir mi vida personal como yo quiera. No, así no quiere el Señor; Él quiere habitar en toda la casa, y que Él haga de nosotros lo que a Él le plazca; pues para eso Él nos ha comprado, nos ha redimido.

Cuando en Efesios 2:22 habla de morada de Dios, se refiere a su morada en el aspecto universal, un templo santo en el Señor; pero también enseña la Palabra la morada en el aspecto personal, en el aspecto local, la morada de Dios en nuestro espíritu. El versículo 17 del capítulo 3 no se debe tomar aisladamente sino estudiarlo dentro del contexto; es decir, el texto que comprende toda la *perícopa* desde el verso 14 al 21, como lo veremos oportunamente, si el Señor nos lo concede. En el versículo 22 del capítulo 2 se ve que somos morada de Dios en el aspecto universal, la Iglesia como morada de Dios, pero también hay que verlo en aspecto local, en el aspecto personal; tú espíritu, mi espíritu, son moradas de Dios. Y Él no solamente quiere morar en el espíritu, sino también morar en nuestro corazón; es decir, en nuestra alma, así como en el espíritu.

6. ***La novia, la esposa de Cristo***. «*Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo.* [25]*Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella,* [26]*pára santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra*» (Ef. 5:24-26). Nosotros, hermanos, desde ahora somos la novia del Señor; y llegará el momento en que ya seremos la esposa, si es que llegamos a ser vencedores para participar de las bodas del Cordero en los albores del reino milenial. Por eso es que la Biblia habla en Apocalipsis de una esposa, y habla de una ramera, la que le fue infiel. Señor, todos nosotros los que estamos aquí, y los que tú añadas, queremos participar de las bodas, ser parte de tu esposa. Ayúdanos a serlo, a vivirlo desde ya. Amén.

7. ***La iglesia también es el ejército de Dios, el guerrero*** (6:11-12). Ahora somos llamados a ser el luchador corporativo. El hermano Rick Joyner en su obra profética "*La Búsqueda Final*", narra las revelaciones recibidas del Señor acerca de la batalla que se está librando en este tiempo, hermanos,

y que nosotros también estamos llamados a entrar a batallar. Nosotros somos soldados de Cristo, y para eso tenemos que estar armados. No se refiere a armaduras físicas convencionales humanas, sino que habla de la armadura espiritual de Dios. Nuestra lucha es en el campo espiritual. Cuando nos enfrentamos directamente a luchar con las personas humanas, hacemos mucho daño. Miremos, por ejemplo, el enorme perjuicio ocasionado en la historia cuando las instituciones religiosas usaron la fuerza y los poderes temporales para enfrentarse directamente a las personas; y eso degeneró tanto, que en la historia se conoce como la ignominiosa inquisición. Nosotros no necesitamos las armas convencionales terrenales, ni los poderes del Estado. La Iglesia no necesita que ningún poder temporal (ni político, ni económico, ni militar, ni dialéctico) la defienda. Nosotros somos un luchador corporativo en el campo espiritual, que se enfrenta con el enemigo de Dios; y quiere el Señor y nos ordena que nosotros nos enfrentemos con sus enemigos basados en nuestra posición en Cristo. Para que se realice el propósito de Dios, es necesario que mantengamos la victoria de Cristo. «*Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las acechanzas del diablo. [12]Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*» (Ef. 6:11-12).

Dice Joyner en una de sus visiones en el libro citado: «A medida que observaba de cerca al ejército del Señor, la situación parecía más desalentadora. Sólo un número pequeño estaba completamente vestido con su armadura. Muchos sólo tenían puesta una o dos piezas de la armadura; algunos no tenían nada. Una gran cantidad ya estaba herida. La mayoría de los que tenían su armadura completa portaban un escudo muy pequeño, el cual sabía que no les protegería del violento ataque que vendría. Para mi sorpresa,

la gran mayoría de estos soldados eran mujeres y niños. Muy pocos de los que estaban completamente armados se hallaban entrenados adecuadamente para usar sus armas» (“*La búsqueda final*”, Rick Joyner. Capítulo I, pág. 17.).

Todas esas cosas y otras más encontraremos en esta magnífica carta, que se refiere a la Iglesia; una carta escrita por Pablo a los Efesios. Oramos y damos gracias al Señor. Amén.

3

EL PLAN DIVINO DE LA SALVACIÓN

EL SALUDO Y LA CRÍTICA TEXTUAL

«*Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en...: [2]Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. [3]Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, [4]según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, [5]en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, [6]para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado*».

En los primeros dos versículos, primeramente aparece el saludo acostumbrado del apóstol, enviado a los remitentes de la carta. Como decíamos la vez pasada, en los manuscritos más antiguos, por lo menos en lo tres manuscritos más antiguos, no aparece la palabra *efesios*, y sí se encuentra el espacio como para escribir el nombre de la correspondiente iglesia destinataria. Dicen los comentaristas bíblicos que esta carta fue enviada a Éfeso, de donde posteriormente fue remitida a las diferentes iglesias de esa provincia, contando con que Éfeso era la ciudad capital de la provincia de Asia Proconsular durante el apogeo del Imperio Romano, y era a la sazón un centro de operación de la obra del Señor, donde el apóstol había permanecido unos tres años, conforme Hechos 20:31, enseñando en la escuela del hermano

Tiranno; de manera que en algunos de los manuscritos más antiguos no aparece que verdaderamente hubiese sido enviada a Éfeso, mas en la mayoría sí aparece, en los más tempranos; se piensa que sucedió de la forma que acabamos de explicar. De ser así, de haber sido recibida en esa ciudad para ser distribuida, de todas maneras ha quedado sentado que es la carta enviada a los efesios, y así nos la ha legado el Espíritu de Dios; y así la recibimos nosotros. En realidad, que aparezca o no el nombre a los Efesios, no altera en nada su contenido, su revelación y su importancia.

A LOS SANTOS Y FIELES

«*Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios*». Se sabe que Pablo no fue de los doce apóstoles, pero fue escogido por Dios para ser su apóstol, su enviado; Pablo fue el comisionado para predicar el evangelio a los gentiles; y fueron incontables las ciudades donde él fue a predicar, y muchas las iglesias que él fundó, por la voluntad de Dios expresamente. «*Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en...*». A los santos. Las trece cartas de Pablo fueron escitas a los santos. La palabra santo no significa, como la ha tergiversado el mundo a través de la historia, aquellas estatuas de yeso o de cualquier otro material, o también una persona muerta porque una autoridad eclesiástica la declare santa, mediante un proceso y rito llamado *canonización*. La palabra *santos* viene del griego ***hagíois***, que son los separados del mundo o de lo mundano; separados de lo que ofende a Dios, para ser un peculio particular de Dios en Cristo. Como lo dice Pedro. «*Mas vosotros sois linaje escogido* (un linaje especial, una nueva raza que Dios está formando en Cristo, porque el primer linaje se perdió)*, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios* (peculio particular de Dios)*, para que anunciéis las virtudes de aquel*

que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; [10]vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia» (1 Pe. 2:9,10).

De manera que a todos los que hemos creído en Cristo, la Palabra de Dios nos considera santos; somos apartados de lo común, somos ya una raza especial que Dios está formando; la santidad es ser conformados a Cristo, tomar de la vida del Señor Jesús; es ser moldeados a la imagen de Cristo. Así como Cristo es la imagen del Padre, nosotros somos moldeados a la imagen de su Hijo; de manera que al final se cumplirá lo que dice en Génesis 1:27, que Dios hizo al hombre a su imagen. Como la primera imagen se perdió, entonces la imagen del segundo, de Cristo, ahí es donde el Señor está formando al hombre a su imagen y semejanza. Nosotros, ubicados dentro de la palabra santos, significa que debemos ser diferentes de todo el mundo. «*Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser* ***participantes de la naturaleza divina****, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia*» (2 Pe. 1:4). Esa naturaleza de Dios que vino a nosotros por el Espíritu, va empapando, va llenando todas las fibras de nuestro ser para ser ese linaje especial, esa raza que Dios está formando ahora por medio de su Hijo, hermanos, y somos propiedad particular de Él. Somos peculio del Hijo de Dios.

Sigue diciendo el saludo de esta hermosa carta a los Efesios. «*Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en...*». Santos y fieles (gr. *pistóis*). Debemos tener presente que una persona puede ya ser santa, porque ha creído en el Señor Jesús, pero puede no ser fiel. En eso tenemos que ser sinceros, hermanos. Entonces, ¿qué es ser fiel? ser fiel es tener una firme adhesión a Cristo; estar adheridos a Él. Una

persona puede ser creyente; bueno, creyente es el que se fía de Dios; pero fiel es un creyente del cual Dios se puede fiar, que es diferente; en el cual Dios confía porque es obediente. Ahora, puede confiar en él, no por su propios méritos; si esa persona tiene algún mérito, lo tiene porque es ayudado por la gracia de Dios. Nosotros no podemos asegurar que tenemos algunos méritos apropiados y especiales como para que Dios confíe en nosotros; si alguna especialidad hay en nosotros es la gracia de Dios. Lo dice Pablo a los Corintios. «*Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo*» (1 Co. 15:10). El mismo Pablo, un hombre que estaba supremamente tratado, nos dice: No yo; sino la gracia de Dios conmigo. Si algo bueno hay en nosotros es la gracia de Dios; nosotros no podemos jactarnos de nada; absolutamente de nada. Por eso el saludo de esta carta dice: «*A los santos y fieles en Cristo Jesús que están en...*»

LA PROFUNDIDAD DE LAS ALTURAS

Algunos comentaristas dicen que Efesios es la carta más excelsa y gloriosa que se ha escrito en la vida; que es lo más profundo que se haya podido escribir. Por ejemplo, tenemos la carta a los Romanos. Romanos empieza desde la caída del hombre, del hombre caído, del hombre pecador, del hombre que no tiene esperanza sobre la tierra; pintando Dios esa caída, esa situación, esa posición del hombre, esa situación de su corazón; después entra a hablar de la forma en que ese hombre puede ser levantado. En cambio, Efesios empieza hablando de algo que ocurrió desde antes de la fundación del mundo, de los que Dios ha elegido desde antes de la fundación de mundo, para que fuésemos hechos santos y sin mancha delante de Cristo. Una posición, no del hombre caído, sino de cómo Cristo está en las alturas

mirando la posición de la Iglesia, de nosotros; eso es algo más profundo todavía que lo tratado en la carta a los Romanos.

Efesios comienza con la elección de Dios en Cristo Jesús en los lugares celestiales; desde el punto de vista del beneplácito del corazón de Dios. Cuando en el verso 3 leemos que Dios nos escogió desde antes de la fundación del mundo, eso significa que leemos acontecimientos de Dios y pensamientos de Dios ocurridos antes de los acontecimientos que leemos en Génesis.

GRACIA Y PAZ

El saludo termina diciendo: «*Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo*». Gracia es lo que recibimos de Dios; gracia es la manifestación de Dios en favor nuestro, para que nosotros lo usufructuemos, lo gocemos; es la gracia de Dios. Gracia es la traducción de la palabra griega *caris*, de donde viene la palabra carismático, el que es lleno de la gracia de Dios. Y paz, lo que en hebreo es *shalom*, y en griego es *eirene*; y es la consecuencia de haber recibido la gracia de Dios en nosotros. Dios tiene para nosotros una paz indescriptible que nunca puede conocerla alguien que no tenga al Señor.

LAS PRINCIPALES SUBDIVISIONES DE EFESIOS

Miremos las principales subdivisiones de esta maravillosa carta de Pablo. Esta carta está dividida en dos grandes partes. Los tres primeros capítulos se refieren a doctrina; es la sección doctrinal de esta carta; y la segunda parte, es decir, los capítulos 4, 5 y 6, es la parte práctica de la vida de la Iglesia, es lo que nos enseña a practicar las doctrinas expuestas en la primera parte; de por qué debemos vivir conforme a los principios registrados allí. El por qué uno

debe poner en el andar diario de la vida de la Iglesia, lo que uno aprende en los tres primeros capítulos de esta carta excelsa y profunda.

Nuestra posición en Cristo. Precisamente, hermanos, hay un libro del hermano Watchman Nee, «*Sentaos, andad y estad firmes*», en donde el autor se basa precisamente en esta subdivisión que acabamos de exponer. La primera parte, la doctrinal de los tres primeros capítulos, es el ***sentaos***; y según el reposar sentados en la obra de Cristo, entonces eso determina nuestro andar. Nosotros no debemos andar, hacer algo, ejecutar alguna labor en la iglesia, si no estamos reposando en Cristo, si no estamos con Él sentados en esos lugares celestiales. Con Cristo recuperamos el descanso perdido desde Adán.

La práctica de la Iglesia tiene que ser con base a la obra del Señor; no en la obra nuestra. Tenemos que reposar en la doctrina que aparece allí, como lo vamos a leer enseguida, para hacer un recuento total. El *sentaos* está en los capítulos 1, 2 y 3; el *andad en Cristo* aparece desde 4:1 hasta 6:10; y del 6:10 hasta el final está el *estad firmes*, firmes frente al enemigo, en la victoria del Señor. Nosotros debemos estar segurísimos de la victoria de Cristo; si no estamos seguros de la victoria de Cristo, estamos derrotados; porque problemas los tenemos diariamente, hermanos. De manera que nosotros no tenemos que pensar en conseguir esa victoria; ni siquiera pedirle al Señor: Señor, dame la victoria, pues estoy en un problema grande. No. Si usted constantemente está pidiendo la victoria, el enemigo de Dios te tiene enredado; pues la victoria ya la tenemos. Debemos estar firmes en esa posición de victoria en Cristo, porque ya el Señor derrotó al enemigo en la cruz; y esa victoria es nuestra. Hay que tener la convicción y decírselo al enemigo: Estás derrotado, por la sangre que Cristo derramó en la cruz del Calvario. Llenémonos de gozo, hermanos.

EN LUGARES CELESTIALES

En esa posición, pues, es como debemos estar sentados. Esa primera parte, nuestra posición en Cristo, mirémoslo en Efesios 1:3, primeramente: «*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo*». Mire dónde estamos nosotros. Allí nos mira el Señor, en una posición cósmica. Él fue llevado a la gloria, y allí está. De manera, hermanos, que trasladándonos al versículo 17, dice: «*Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, [18]alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, [19]y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, [20]la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los* ***lugares celestiales***» (Ef. 1:17-20). Entonces, si Cristo está sentado, nosotros estamos sentados; si Cristo fue a la cruz, nosotros fuimos a la cruz; si Cristo nos redimió, nosotros ya estamos redimidos; si Cristo resucitó, nosotros estamos resucitados; a una vida nueva estamos resucitados. Acuérdense que nosotros ya resucitamos con Cristo; si no hubiéramos resucitado estaríamos aún en la vieja naturaleza. Ya resucitamos; lo que sucede es que en el futuro va a resucitar el cuerpo, pero ahora el espíritu resucitó; y el Señor con nosotros está trabajando para que el alma sea salva y sea resucitada también; esas tres partes.

Y bien, vamos a Efesios 2:5-6: «*Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), [6]y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos* ***hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús***». Esa es la posición nuestra; nosotros reposamos con Él; estamos sentados con Él; Él es nuestro sábado;

Cristo Jesús. Nosotros no tenemos que buscar ningún otro reposo; nosotros no tenemos que buscar psicólogos, ni nada que se le parezca, pues nosotros reposamos con Él, con Cristo Jesús. ¿Por qué? «*Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.* [8]*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios;* [9]*no por obras, para que nadie se gloríe*» (vv. 7,8). Esa es la posición nuestra, y ese es nuestro reposo. Ahí tenemos nosotros que reposar.

Ahora, en Hebreos 1:3 también dice que Él está sentado a la diestra del Padre. «*El cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas*». Él nos mira desde ese lugar. Gloria al Señor. Y así, hermanos, todo lo que ha sucedido con Cristo, ha sucedido con nosotros. ¿Qué dice Pablo? «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*» (Gá. 2:20). Nótese que todos los verbos están en tiempo pasado. Uno dice: ¿Cuándo llegaré a ese nivel espiritual? Ahora, ahora mismo llegamos, hermanos; porque ya estamos crucificados. ¿Para qué tenemos que esperarlo para mañana? Ahora lo vivimos por fe; sencillamente por fe. Gloria al Señor. «*Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención;* [31]*para que, como está escrito: El que se gloría, gloríese en el Señor*» (1 Co. 1:30-31). También en Romanos 6:11: «*Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro*». Entonces vemos que tenemos esa posición en Cristo.

NUESTRO ANDAR CON CRISTO

Ahora, miremos cómo empieza la segunda parte de la carta, la parte práctica, al comenzar el capítulo 4, ya hablando de nuestro andar. Con esa seguridad de nuestra posición, ahora vamos a ver nuestro andar. Si no tenemos seguridad, si nosotros no vamos a considerarnos que estamos con Él en su victoria, sentados con Él en las alturas celestiales, entonces no podemos andar, o nuestro andar será incierto, y nos saldremos de la voluntad de Dios. Dice Efesios 4:1: «*Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados*». «*Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente*» (4:17). Miremos que en versículo 1 dice: «*que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados*». Hemos sido llamado a ser hijos de Dios; andemos como hijos de Dios, santos y sin mancha; eso es lo que significa allí el andar; no andemos como antes andábamos; andemos como una nueva raza que somos; como imagen de Cristo. Y luego en el versículo 17 nos dice: «*Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente*». Recordemos lo que nos dice el Señor en Romanos 12:2, que no nos conformemos este siglo, sino que seamos transformados mediante la renovación de nuestro entendimiento; por eso aquí dice: «*que andan en la vanidad de su mente*»; es decir, en lo que piensan; según lo que piensan, así andan. Si nuestra mente es renovada por Dios, entonces empezamos a pensar como Él. Entonces ya no puedo andar como antes andaba; o como siguen andando nuestras antiguas amistades.

También leemos en Efesios 5:2,8,15: «*Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante.* [8]*Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz.* [15]*Mirad, pues, con diligencia*

cómo andéis, no como necios sino como sabios». Andad en amor. Dios es amor; no es un amor que yo me fabrico; es Él en mí. Para que yo pueda tener ese amor ágape, es Él en mí; creciendo en mí todos los días. Cuando andamos en luz no tropezamos; estamos viendo las cosas como Dios las mira; Dios mira las cosas con más profundidad de como las vemos nosotros, y ya no hay tropiezo, hermanos. Si nosotros tropezamos ahora es porque nos estamos descuidando con el Señor. Debemos andar no como necios sino como sabios. Recordemos la parábola de las diez vírgenes. La necedad proviene por no andar en la llenura del Espíritu Santo, es por andar para nosotros mismos y no para el Señor, que son dos cosas diferentes.

NUESTRO ACCIONAR FRENTE AL ENEMIGO

Ahora, hermanos, la otra parte práctica de la epístola es la actividad frente al enemigo; lo que dice Nee es estad firmes. Efesios 6:10-11: «*Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza.* [11]*Vestíos de toda la armadura de Dios,* ***para que podáis estar firmes*** *contra las asechanzas del diablo*». Nosotros no vivimos en derrota; vivimos en victoria. No se nos olvide, hermanos. Nosotros no tenemos que llenarnos de legalismos; a nosotros no se nos tiene que estar cada semana practicándonos exorcismos ni liberaciones, porque estamos en la victoria del Señor. Nosotros no tenemos que estar continuamente ayunando para tener victoria. Sí, es bueno ayunar; pero ¿para qué ayunar dos y tres veces a la semana buscando la solución de los problemas? Sí, vivimos en una victoria; estamos firmes. Ahora, como lo vamos a ver a su debido tiempo, la lucha no es contra las personas humanas; nuestra lucha es contra potestades de las tinieblas, como lo que leíamos al comienzo de la reunión en un Salmo; esa palabra *dioses* posiblemente puede referirse a potestades celestia-

les; es verdad que también se refiere a los jueces de Israel, pero también hace alusión a ciertas potestades; pero esas potestades ya han sido despojadas de mucho de su autoridad y poder; por ejemplo, esas actas que tenía el enemigo contra nosotros, que nos eran contrarias, Cristo despojó al enemigo de ellas, y las anuló, y las destruyó en la cruz del Calvario (cf. Col. 2:13-15).

De manera, hermanos, que el enemigo ahora ya no tiene ninguna acta, ningún documento oficial con qué acusarnos de algo frente a la justicia de Dios, porque nosotros hemos sido liberados de todas esas actas acusatorias por Cristo Jesús en la cruz del Calvario. Entonces nosotros vivimos y debemos estar en esa posición firmes en la victoria de Cristo Jesús. Gloria al Señor. La victoria de Cristo es nuestra; pero esa victoria no debe ser empleada para usos indebidos; no debe ser una victoria encaminada a alcanzar objetivos temporales, pues es una victoria de alcances eternos.

LA OBRA DEL PADRE EN NUESTRA SALVACIÓN

Bien, cuando uno sigue el curso de esta carta a los Efesios; nos damos cuenta de ciertos detalles. Por ejemplo, en el primer capítulo, versos del 1 al 14, allí vemos la actividad de las tres Personas de la Divinidad, y vemos que cada Persona ha intervenido con su parte en nuestra salvación. Vamos a ver a grandes rasgos los versículos del 1 al 14, lo que hizo el Padre, luego lo que hizo el Hijo, y luego lo que hizo el Espíritu Santo. Por ejemplo miremos el versículo 3. En este versículo aparece que Dios nos elige y nos predestina por el propósito eterno de Dios. «*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo,* [4]*según* ***nos escogió*** (el Padre) *en él* (en Cristo) *antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él,* [5]*en amor* ***habiéndonos predestinado***

para ser adoptados hijos *suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, [6]para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado*» (Ef. 1:3-5).

Cuando leo este texto, lo que veo es un concentrado de doctrina e información divina tan apretada, y me imagino cómo estaría emocionado Pablo allá en la cárcel en Roma escribiendo esta carta; lo veo tan cargado y transportado, que veo como si aveces va a decir algo, y las palabras se le atropellan, y tiene que repetir en Cristo, y en Él y por Él, en una forma extraordinaria, hermanos. Yo me imagino que este hombre estaba profundamente emocionado, lleno de la presencia del Señor, pues este texto encierra una profundidad extrema, que nosotros no podemos captar a cabalidad, aunque quisiéramos. Cuando personalmente estoy estudiando siquiera un versículo de estos, tengo que pararme a la mitad para poder captar lo que me está diciendo. La mente humana debe estar sincronizada con la divina para poder digerir toda esta información. Ahí hay mucha información profunda; eso hizo el Padre por nosotros. Vemos, pues que el Padre nos elige y predestina para el propósito eterno de Dios.

LA OBRA DEL HIJO EN NUESTRA SALVACIÓN

Ahora, ¿qué hizo el Hijo para que el propósito del Padre se cumpliese? Dice que el **Hijo** nos redimió, para el cumplimiento de ese propósito; de manera que en el cumplimiento de los tiempos el Verbo de Dios se hizo carne; nacido como hombre vivió entre los hombres; a la edad de treinta años se hizo bautizar por Juan el Bautista, ejerció su ministerio terrenal, y se sometió a la muerte de cruz, resucitando al tercer día, para luego ser glorificado y ascendido al cielo a la diestra del Padre. «*En quien tenemos* ***redención por su sangre*** (la obra del Hijo)*, el perdón de pecados según las*

riquezas de su gracia, [8]que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, [9]dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en si mismo, [10]de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra. [11]En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, [12]a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo» (Ef. 1:7-12). Esa es, pues, la obra de la redención.

LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO EN NUESTRA SALVACIÓN

Ahora viene la obra del **Espíritu Santo**, quien nos sella y se nos da como arras para la aplicación de ese propósito cumplido de Dios. «*En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él,* ***fuisteis sellados con el Espíritu Santo*** *de la promesa, [14]que* ***es las arras*** *de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria*» (Ef. 1:13,14). Ahora tenemos un adelantito, una prenda; como lo simbolizan aquellas moneditas que el novio le entrega a la novia en las bodas, como diciéndole: Mi amor, todo lo mío es tuyo; y para comprobártelo, delante de todos estos testigos, te entrego estas arras. Bueno, eso es una ceremonia, pero la Biblia nos dice que nuestras arras, lo que hemos recibido, la unción, está dentro de nosotros por el Espíritu Santo. Ahí está, y nadie nos lo quita. El Espíritu Santo nos ha sido dado para sellarnos, para santificarnos, para enseñarnos y guiarnos a la verdad, y para que con Él estemos ocupados en la obra de la edificación de la Iglesia. Bendito el nombre del Señor.

Debemos tener en cuenta que esencialmente la Trinidad

Divina existe desde toda la eternidad. La economía divina comienza a operar desde la creación; pero la Trinidad esencial existe desde toda la eternidad. Aquí, en lo que estamos estudiando en estos primeros catorce versos de Efesios, vemos la actividad de la Trinidad esencial de Dios, pero desarrollando la economía de Dios, y es lo que se conoce como la Trinidad económica, que también está revelada en la Biblia. Luego antes de esta economía, la Trinidad se revela en sí misma en toda la Palabra. De manera que hay que hacer una distinción entre la Trinidad esencial y la Trinidad económica. Es una sola, pero la distinción se refiere de acuerdo a su revelación y a sus funciones, a su obra, a su manifestación. En la Trinidad esencial hay tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en un solo Dios, porque tienen una misma esencia; y luego en el desarrollo de la economía esas tres Personas trabajan conjuntamente, pero también se ve la diferenciación de su revelación en la obra para el cumplimiento del propósito de Dios.

BENDICIONES ESPIRITUALES

Analicemos un poco el versículo 3: «*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales (* gr. ***epouraniois****) en Cristo*». Bendito sea el Dios. Nosotros bendecimos a Dios. Bendecir significa decir bien de alguien o de algo. Proferir palabra de alabanza; cosas buenas, bonitas para Dios, que nos agraden a nosotros y le agraden a Él. ¿Por qué? Porqué Él nos bendijo antes, y Él es también nuestro Padre. Él dijo cosas buenas de nosotros, y lo dijo desde esos lugares celestiales. Nos bendijo; pero no hay que tomar esas bendiciones como para recibir cosas materiales y físicas, que no están necesariamente excluidas; pero aquí no se refiere tanto a bendiciones físicas; Él no nos

tuvo en cuenta antes de la fundación del mundo para bendecirnos con bendiciones temporales. Él es poderoso para darnos las cosas necesarias para que en nosotros se cumplan las bendiciones espirituales; pero en este contexto se refiere a bendiciones espirituales (v. 3). No nos podemos salir del contexto y añadirle cosas que no dicen. Vemos que allí mismo, en este versículo que estamos estudiando, está la Trinidad, porque el Padre nos bendice en Cristo (el Hijo); pero como habla de bendiciones espirituales, eso tiene que ver con el Espíritu Santo, porque son bendiciones espirituales; y todo eso lo hace por el puro afecto de su voluntad.

Cuando se estudia lo de las bendiciones en el Antiguo Testamento, son bendiciones temporales y físicas para un pueblo terrenal y físico; son bendiciones que se refieren a ganado, una prole numerosa; son bendiciones de poseer tierras, tener abundancia de alimentos; pero ahora esas mismas bendiciones se las quieren aplicar a la Iglesia. Las bendiciones para la Iglesia no se refieren a tener vacas y carro, sino que las bendiciones para la Iglesia se refieren a bendiciones espirituales. ¿Y cuáles son esas bendiciones espirituales? En este capitulo 1 de Efesios están contenidas las bendiciones espirituales para la Iglesia. El Señor no se las guarda; Él las revela. Mirémoslas:

1. ***La elección de Dios***. «*Según nos escogió en él* (en Cristo) *antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él*» (v.4).

2. ***La filiación divina o adopción***. «*En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos* (gr. ***huiothesia***, colocar en la posición de hijos, ***hijificar***) *suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad*» (v.5). Esa es la segunda bendición espiritual.

3. ***La obra histórica de la redención por la cruz de Cristo***. «*En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia*» (v.7).

¡Qué bendición, hermanos!

4. ***La revelación del misterio***. «*Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en si mismo*» (v.9). Esa es una gran bendición espiritual. A Él le agradó; a Él le agrada tener una familia, unos hijos a quienes revelarles cosas: Ven, que quiero compartir contigo esto que está en mi Hijo; yo a mi Hijo le he dado de todo, y todo lo que yo le dado a mi Hijo es tuyo también. Él se complace en eso, hermanos.

5. ***La herencia de las promesas que se nos asignó por nuestra unión con Cristo***. «*En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, [12]a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo*» (vv.11,12). Recordemos que el pueblo de Israel tiene muchas promesas, pero a nosotros también nos asignó parte de esas promesas. Los que primeramente esperaban en Cristo eran los judíos; porque Pablo era judío, y ellos esperaban al Mesías. Pero miren que la Iglesia también recibe la herencia. Y así, hermanos, las bendiciones están ahí.

UNA PERSPECTIVA CÓSMICA

Sigamos analizando el versículo 3. «*Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual* ***en los lugares celestiales en Cristo***». Miren desde qué perspectiva se sitúa Pablo para escribir esta carta; en los lugares celestiales. Esta carta está llena de ese elemento, de esa posición, de ese ámbito; en los lugares celestiales. La primera mención está aquí en el versículo 3 del capítulo 1; la segunda mención está en el versículo 20: «*La cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra* ***en los lugares celestia-***

les». Y luego en 2:6: «*Y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar* ***en los lugares celestiales con Cristo Jesús***». Nosotros estamos en ese lugar; el Señor nos mira en ese lugar; el Señor nos reprocha si nos bajamos de ese lugar. Y ya lo ha hecho en la historia. Hubo una época en que la Iglesia se bajó de los lugares celestiales; la Iglesia buscó vivir en esta tierra, donde Satanás tiene su trono; y el Señor se lo dice a la Iglesia: «*Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás*» (Ap. 2:13); es decir, tú me estás siendo infiel; estás buscando lo que no se te ha perdido. Dios quiere que estemos siempre en las alturas con Cristo, hermanos; no en la tierra con Satanás.

También lo encontramos en 3:10: «*Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades* ***en los lugares celestiales***». El Señor quiere que la plenitud de Él se dé a conocer por medio de nosotros. También se puede leer en 6:12: «*Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad* ***en las regiones celestes***». Gloria a Dios. Él nos está mirando ahí, y nosotros tenemos que estar atentos a que el enemigo también ocupa parte de esas regiones.

Ahora, hermanos, tengamos en cuenta la profundidad de esta carta, que ya hemos insistido. Esta carta es más profunda aun que la epístola de Pablo a los Romanos; porque está escrita, no desde abajo, sino desde la perspectiva de las alturas de los lugares celestiales.

LA ELECCIÓN PREVIA

Bien. Continuando el estudio, miremos ahora el versículo 4 del primer capítulo. «*Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él*». Lo que trata este versículo ha sido

algo sumamente controvertido durante la historia. Dios ha elegido a individuos para que sean hijos de Dios y herederos de la gloria eterna en Cristo Jesús; pero la obra del Señor Jesús en la cruz tiene un valor universal. Dice la Palabra que el sacrificio de Cristo en la cruz es de un valor ilimitado; Él murió por todos los que llegasen a creer. El Señor Jesús dijo: «*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que* ***todo aquel que en él cree, no se pierda****, mas tenga vida eterna.* [17]*Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que* ***el mundo sea salvo por él****.* [18]*El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.* [19]*Y esta es la condenación: que* ***la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz****, porque sus obras eran malas*» (Jn. 3:16-19). También lo dice el apóstol Juan por el Espíritu: «*Y él es la propiciación por nuestros pecados; y* ***no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo***» (1 Jn. 2:2).

En consecuencia, con la ayuda del Señor y de su Santo Espíritu nos vamos a limitar a hablar sobre la elección conforme la revelación bíblica que tenemos frente a nosotros en las Escrituras. Los vericuetos e intríngulis teológicos en torno a esto los dejamos a un lado por el momento. Hemos visto que la primera bendición que aparece en esta carta (verso 4) es la elección. Según el propósito soberano de Dios, ese propósito salido de su propia voluntad, Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo; nadie lo obligó; ni siquiera estaba el mundo hecho, mucho menos el hombre, mucho menos nosotros; no habíamos hecho ni bien ni mal cuando Él determinó hacerlo. Escogernos en Cristo significa que Él conoció de antemano a los que creyesen en Cristo en la historia. Hay que mirar un poquito eso. Por ejemplo en Romanos 9:10-13, donde se refiere a Esaú y Jacob: «*Y no sólo esto, sino también cuando Rebeca*

concibió de uno, de Isaac nuestro padre [11]*(pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama),* [12]*se le dijo: El mayor servirá al menor.* [13]*Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí*». Vemos que en el propósito de Dios, Jacob había sido escogido para que fuese el primogénito. Dios es libre y soberano para otorgarnos su misericordia; por otro lado téngase en cuenta también que el hombre es responsable de sus decisiones. La redención del hombre se debe a la misericordia de Dios, pero el hombre es responsable en su decisión de aceptar esa redención. No obstante, Dios sabía de antemano la decisión y la actitud que tomaría tanto Esaú como Jacob frente a la primogenitura. Sigue diciendo Romanos 9: «*¿Qué, pues, diremos? ¿Que hay injusticia en Dios? En ninguna manera.* [15]*Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca.* [16]*Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia*» (vv. 14-16).

Vemos que ya estaba designado por Dios que Jacob fuese el primogénito. Si Jacob hizo unas tramoyas y unos engaños para conseguirlo, el Señor no le estaba ordenando eso. Eso de estar engañando a la gente le costó caro. Algo hubiera hecho el Señor para que Jacob hubiese recibido su primogenitura, en su sacerdocio, en el liderazgo de la tribu, en haber recibido la doble porción a que tenía derecho y todas esas prerrogativas inherentes. ¿Qué es, pues, la elección? Se puede definir como aquel acto eterno de Dios por el cual, en su soberano beneplácito, y sin tomar en cuenta ningún mérito visto de antemano en ellos, Dios elige cierto número de hombres para hacerlos recipientes de gracia especial y de eterna salvación en Cristo, conforme la respuesta voluntaria de esos individuos a la obra expiatoria de su Hijo.

En vista de que este tema ha sido controversial en la historia de la Iglesia, ahondemos un poco en él. Leamos Efesios 1:11: «*En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad*» Vemos que Dios hace todas las cosas según el designio de su voluntad. La teología reformada insiste en la soberanía de Dios, en la doctrina de los decretos de Dios; que Dios ha determinado o decretado desde la eternidad lo que tiene que suceder, de acuerdo con un plan determinado, tanto en la Creación natural como en la espiritual. Otras teologías también reconocen la soberanía de Dios pero interpretándola en relación con el carácter de Dios, pues Dios es soberano, pero no actúa arbitrariamente, sino conforme a Su carácter justo y condescendiente. La teología luterana considera todas las cosas, entre ellas la predestinación, como predeterminadas, pero considerándola como condicional más bien que absoluta. Lo predeterminado por Dios guarda la más estrecha relación con el conocimiento divino, que incluye todas las cosas posibles y sus resultados. De ello Dios seleccionó, por su voluntad y presciencia, lo que quería ejecutar. Dios conoce todas las cosas tal como se realizan en el curso de la historia, y ese conocimiento previo precede a la pre-ordenación o predeterminación, o decreto, lo que también se le conoce como salido del consejo de su voluntad.

Por ejemplo, Dios no preordenó la rebelión del querubín Lucero en el cielo; Lucero tomó la libre determinación de rebelarse contra Dios; ni el pecado del hombre desde el Edén; sin embargo lo sabía previamente, y por eso preordenó un plan eterno de salvación en Cristo, y asimismo predestinó a los que habían de ser salvos por su fe en Cristo, por haberlos conocido previamente. Dios conoce desde la eternidad a todos los que voluntariamente, iluminados por la gracia de Dios y el Espíritu Santo, habían de

recibir al Señor; asimismo conoció de antemano a los que no habrían de creer. La salvación sale de Dios, pero la elección de Dios considera la responsabilidad del hombre. No se trata de una elección de títeres, sino de personas responsables; de modo que es una elección en Cristo según la presciencia de Dios. Elegir a alguien en Cristo significa que Dios aprueba a Cristo y a todo el que cree en Cristo.

RAZONES BÍBLICAS DE LA ELECCIÓN

Según el designio de su voluntad. Sobre esto, ¿qué dice? *«En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas* ***según el designio de su voluntad***» (Ef. 1:11). A Él le agradó, hermanos, el predestinarnos; si Él le da algo a alguien, ¿quién lo va a presionar? Nosotros, al nacer y crecer, no hacemos sino maldades. Él nos escogió por un acto de su propia voluntad y amor. Llega, pues, un momento histórico en que esa voluntad de Dios, al escogernos, se une a nuestra voluntad para aceptar esa elección en Cristo, y se hace una realidad.

Presciencia divina. También Pedro dice que por su presciencia infinita. «*Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo*» (1 Pe. 1:2). ¿Qué es la presciencia de Dios? Es un atributo que tiene Dios mediante el cual todas las cosas son conocidas por Él desde el principio. Es el conocimiento anticipado que Dios tiene de todo, sencillamente porque es Dios. Eso es una verdad. Sí, Dios sabía desde la eternidad quiénes iban a creer en su Hijo. Entonces, por ese lado también se puede aceptar la elección previa de Dios. Eso es también una de las razones que nos da la Palabra de esa determinada selección a los que nos eligió. Bendito el nombre del Señor. Dios conoció de antemano de una manera especial a todos los que creerían

en Su Hijo. Vemos, pues, que la elección es con presciencia divina, con obediencia humana y santificación.

Una pre-ordenación divina. Si nos vamos a Romanos 8:28-30, también hay luces al respecto: «*Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.* [29]*Porque a los que antes conoció* (presciencia)*, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.* [30]*Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó*». Vemos que la predestinación es una pre-ordenación. Dios ordenó las cosas de que por su voluntad fuesen así. En realidad son cosas que nuestra mente no puede abarcar, no puede aclarar en toda su plenitud. Pero nosotros tenemos que aceptar por fe lo que la Palabra de Dios dice. Es un acto de Dios por el cual el Señor efectúa la salvación del hombre, de acuerdo con la voluntad de Dios, quien conoce previamente la voluntad de los hombres. Dios quiere que los hombres sean salvos, pero los hombres deben aceptar voluntariamente esa salvación. Conforme el versículo 29, vemos que Dios no empieza por la elección ni la predestinación, sino por la presciencia. Hay que partir de la justicia de Dios; no se puede dejar de un lado la justicia de Dios; Dios no obra injustamente eligiendo irresistiblemente a unos para salvación y a otros para condenación eterna. A los que antes conoció, a éstos predestinó. Nadie va a parar al infierno por culpa de Dios. Luzbel fue un querubín creado por Dios en perfección, hermosura y poder, pero él de su propia voluntad eligió pecar.

Dios conoce de antemano la respuesta del hombre a su llamado, como dice Pablo: «*Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque* ***me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio***» (1 Ti. 1:12). Entonces.

primero es el pre-conocimiento y después la elección. Dios quiere que todos los hombres sean salvos, esa es la voluntad de Dios, pero también debe actuar la voluntad nuestra a su debido tiempo; nosotros tenemos responsabilidad, porque nos hizo el Señor también con libre albedrío para que usemos también responsablemente nuestra voluntad. Cuando a una persona se le predica la buena nueva, es externamente llamada, pero internamente hay algo, objetivamente el Espíritu le está revelando a Cristo, para que actúe, para que sirva como especie de un starter en su voluntad, y pueda entonces decir sí o no al llamado de Dios. Si se pierde ya no es culpa de Dios; cada hombre tiene su propia responsabilidad. Dios sabe lo que hace. Ahora, qué cosa buena que Dios haya pensado en mí desde la eternidad para revelárseme. ¡Qué lindo, hermanos! Para mí es algo maravilloso, lo más grande que haya podido sucederme. Pero yo tuve que decidir voluntariamente creer en el Señor.

Analicemos Juan 16:7-11: «*Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré.* [8]***Y cuando él venga, convencerá al mundo*** (gr. *cosmos*, la raza humana) ***de pecado, de justicia y de juicio****.* [9]*De pecado, por cuanto no creen en mí;* [10]*de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más;* [11]*y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado*». Vemos que el Espíritu Santo nos redarguye, nos deja *convictos*. Una vez que el pecador es dejado convicto, la responsabilidad de la determinación que tome recae sobre sí mismo. El Espíritu Santo convence subjetivamente al mundo; es decir a los mundanos, a los seguidores del sistema diabólico. Unas personas quedarán convictas y sin excusas, y otras se convencerán y se salvarán. Cuando el consolador ejerce su poder de persuasión, deja sin ninguna excusa a una persona, y el gran pecado de que habla allí es el de negarse a creer en la obra del Señor Jesucristo. Esta acción de

convencimiento del Espíritu Santo en el mundo no es irresistible; si fuese irresistible no tendría razón de ser. El ser humano, una vez convicto, usa su voluntad positivamente o negativamente.

Esa elección es un designio eterno. Se puede decir que es una predilección gratuita; es como si uno fuera un predilecto; y en alguna forma lo es. El mismo Señor lo dice: «*No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, él os lo dé*» (Jn. 15:16). ¿Quién se decide a elegir a Dios? Nadie toma la iniciativa de elegir a Dios. Dios es quien nos elige. Esa es una gran verdad. Por eso no hay necesidad de decir que creo o no en la predestinación; porque nadie elige a Jesús. Toda persona que elige a Cristo, lo hace haciendo uso de su voluntad, no coaccionado por el Señor, sino que para que el hombre llegue a hacer libre uso de su voluntad, es necesario que Dios lo ayude, lo ilumine. Dios toma la iniciativa con su gracia; Dios por medio de su Santo Espíritu se allega al hombre para convencerlo de pecado, de justicia y de juicio. Una vez que Dios ha hecho su parte, una vez que el hombre conoce esa realidad en su vida, tiene la responsabilidad de tomar una decisión.

A veces nosotros tenemos que luchar, hermanos, detrás de una persona, hablándole del Señor, y eso puede durar incluso hasta años, y muchas veces se da el caso de que la persona no lo acepta; no reciben voluntariamente el mensaje de salvación. Hay personas que no aceptan a Cristo por nada. «*Quien nos salvó y llamó con llamamiento santo,* ***no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada*** *en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos*» (2 Ti. 1:9). «*Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles;* [27]*sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar*

a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; [28]y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, [29]a fin de que nadie se jacte en su presencia» (1 Co. 1:26-29).

EL PROPÓSITO DE LA ELECCIÓN

Esta elección eterna de Dios encierra un doble propósito. En primer lugar tenemos que el propósito inmediato es la salvación de los elegidos en Cristo Jesús, como lo declara la Palabra de Dios en 2 Tesalonicenses 2:3: «*Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor,* ***de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación****, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad*»; pero el propósito final de la elección es la gloria de Dios; ese es el más alto propósito de la gracia que elige, como también lo declara la Palabra en Efesios 1:5-6,11-14: «*En amor* ***habiéndonos predestinado*** *para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, [6]****para alabanza de la gloria de su gracia****, con la cual nos hizo aceptos en el Amado. [11]En él asimismo tuvimos herencia,* ***habiendo sido predestinados*** *conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, [12]****a fin de que seamos para alabanza de su gloria****, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo. [13]En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, [14]que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida,* ***para alabanza de su gloria***». No hemos sido elegidos sólo para el servicio, como le agrada acentuar el evangelio social en boga en nuestros tiempos, aunque esa parte también es bíblica: «*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras,*

las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (Ef. 2:10).

EL UNIVERSO Y LA ELECCIÓN

Entonces, esta elección es desde la eternidad. ¿Cuánto dura? hasta la eternidad, hasta más allá de la final glorificación de nosotros; eso es algo de lo que nosotros tenemos que tener conciencia. «*Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.* [30]*Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó*» (Rm. 8.29,30). Todos los verbos aparecen en tiempo pasado. Dios ha obrado en nosotros desde su posición eterna. Eso es un hecho; estamos en lugares celestiales con Cristo Jesús. Todo esto que recibimos de Dios, lo ha programado el Señor para la gloria y felicidad de sus hijos; y en su misericordia lo ha llevado a cabo por la vía de la gracia y de la santidad. Dios no ha escatimado nada para que este propósito de salvar a sus elegidos sea efectuado en el cumplimiento de los tiempos.

Bien, cuando Él nos elige antes de la fundación del mundo, lógicamente que eso implica que Él va a crear un universo para que el hombre pueda vivir en él, en un punto determinado de ese universo donde haya condiciones de vida, para que el hombre pueda vivir, para que el hombre tenga existencia, y para que aquellos que conoció y eligió, a su debido tiempo nazcan, y pueda Él llamarlos y justificarlos. Entonces el universo fue creado por causa de Cristo y de la Iglesia. El Señor hizo su elección, y Él es fiel a sus propósitos; de manera que emprendió la obra del universo de la nada, para que el hombre pudiera tener vida aquí. Y eso fue hecho desde antes de establecer los fundamentos de la

tierra, como dice Proverbios 8:25-30: «*Antes que los montes fuesen formados, antes de los collados, ya había sido yo engendrada; [26]no había aún hecho la tierra, ni los campos, ni el principio del polvo del mundo. [27]Cuando formaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo; [28]cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo; [29]cuando ponía al mar su estatuto, para que las aguas no traspasasen su mandamiento;* ***cuando establecía los fundamentos de la tierra****, [30]con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, teniendo solaz delante de él en todo tiempo*». Nosotros, en un estudio como este, no podemos abarcar todo lo que aparece en la Biblia, pero cuanto más riqueza tengamos de muchas partes de la Biblia que nos conduzca a tener más claridad sobre un tema, mejor. El hombre le fue infiel a Dios; el hombre se alejó de Dios, se independizó de Dios; pero Dios no canceló su propósito. Dios siguió sus planes con amor y paciencia. A su debido tiempo formó una nación para Él revelarse y para que su Hijo se encarnara y llevara a cabo su obra de redención.

UN CONOCIMIENTO ESPECIAL

En Romanos 8:29, dice que «*a los que antes* ***conoció****...*» ¿Qué significa ese conoció? el verbo griego *proegno* (conoció de antemano), no es un conocer cualquiera. Hay frases en la Biblia que nos dejan pensando. Por ejemplo, José y María; ellos ya se habían casado cuando llegó el ángel con el anuncio, y el Espíritu Santo obró en ella para que concibiera al Salvador; y debido a eso José secretamente la iba a dejar, porque la ley decía que la tenían que apedrear por adulterio; pero José la amaba; pero un ángel que se le apareció en sueños, le dijo: «*José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es*» (Mt. 1:20). Y le dijo que

no la dejara y le explicó lo que estaba sucediendo, que era un propósito de Dios, que recibiera a su mujer; entonces José, su marido, antes que se juntasen, la recibió, pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito (cf. Mt. 1:18-25). ¿Sería que antes no la había conocido? Sí la había conocido, pero no en la forma en que lo dice ese verbo. Es un conocer diferente. Lo mismo ocurre en Génesis 4:1, cuando dice: «*Conoció Adán a su mujer Eva*»; no un conocer cualquiera; la conoció para concebir a Caín. De manera que este verbo que dice «*a los que antes conoció*», se trata de un conocimiento especial de Dios. Él conoce a todo el mundo. A los que van a nacer mañana o dentro de un año ya los conoce; pero no necesariamente los conoce con este conocimiento especial de este verbo, *proegno*, conocimiento de antemano pero especial. De manera que Dios conocía de antemano nuestra respuesta frente a su llamamiento y aun frente a la acción de convencimiento del Consolador.

El verbo griego *proegno* viene de *pro*, antes, y *gnosis*, conocimiento; preconocimiento o conocimiento anticipado. De conformidad con Su presciencia, Dios conoce a todos, réprobos y elegidos; de manera que la elección se basa en la presciencia (1 Pe. 1:2). Cuando Jesús dice a las vírgenes necias (Mt. 25:12) y a los siervos infieles (Mt. 7:23): «*No os conozco*», no se refiere a un vacío en la omnisciencia divina, sino a que no los reconoce en el sentido de que no los aprueba, sino que los reprueba. Dios de mera presciencia nos conoce a todos, si se trata de mera abstracción hecha de toda determinación voluntaria, mas ese término conlleva también la idea de elección, de algo especial por conocimiento íntimo con amor; ahora es un conocimiento especial, un conocimiento íntimo, como el de José y María, un conocimiento selectivo que considera a uno con simpatía y lo hace objeto de su amor, un conocimiento con amor, un conocimiento que da lugar a una predilección, como en el caso de Jacob que leíamos en Romanos 9:13 e Isaías 43:4.

Dios tuvo predilección por Jacob aún antes de haber nacido, cuando no había hecho ni bien ni mal; ni tampoco Esaú, pero Dios determinó elegir a Jacob, tener predilección por él. ¿Por qué? Porque Dios es soberano; su voluntad es soberana; Él puede hacer lo que Él quiera.

UNA LÍNEA DE DEMARCACIÓN

Pero cuando en Efesios dice que nos predestinó, se trata de otro verbo que también lleva el prefijo *pro*, que no es *proegno*, sino *proorizo*, de *pro*, por anticipado, y *orizo*, determinar; es decir, determinar por anticipado. De manera que eso da una idea de trazar una línea de demarcación. De ese verbo viene la palabra horizonte. ¿Qué es horizonte? Cuando tú tienes la perspectiva de mirar allá a lontananza, llega el momento de establecer una línea que divide la tierra con el firmamento; ese es el horizonte; hay una división. Dios ha hecho con nosotros una división. Él nos ha hecho un llamado. Hay llamado de Dios para nosotros; claro, externo, pero también interno. Un día escuchamos el mensaje de ese llamado objetivamente; un día alguien nos lo trajo y existieron circunstancias preparadas por el Señor a fin de que se diera históricamente en nuestras vidas; pero también hay un llamado especial subjetivamente.

Ese llamamiento es eficaz lógicamente, no sólo porque Él nos llama, sino cuando nosotros respondemos positivamente a ese llamado. Si yo respondo positivamente, ese llamado es eficaz. De todas maneras, vemos que la predestinación es la base de los muchos ingredientes que entran a conformar los propósitos de Dios para la verdadera dicha de los creyentes.

Entonces, el ser humano tiene la responsabilidad de recibir, a fin de poder beneficiarse de esa predestinación de que ha sido objeto por parte de Dios. Si alguien usa mal su responsabilidad, entonces se pierde eternamente. Nótese

que cuando Dios creó al hombre, que el hombre no había caído todavía y vivía aún en el Edén, el hombre tenía la capacidad de decidir libremente. Dios no lo obligó a comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, ni tampoco del árbol de la vida, no. Dios le había dicho que el día que comiera de tal fruto, le sobrevendría la muerte. Si el hombre no hubiese sido advertido de que eso lo llevaría a la muerte, la culpa sería de Dios; pero fue advertido, pero no obligado a comer de ninguno de los dos árboles. Entonces el hombre perdió esa capacidad; y lo que hace la gracia de Dios con la obra de Cristo, es devolver esa capacidad a fin de que el hombre pueda decidir si quiere o no.

A la predestinación la han definido como el consejo de Dios con respecto al hombre caído, incluyendo la soberana elección de algunos y la justa reprobación del resto, conforme al previo conocimiento de Dios en cuanto a la respuesta de los hombres frente a la obra expiatoria de Cristo; de manera que la elección y la predestinación no constituyen un asunto de mero determinismo de parte de Dios. Si el hombre responde a la revelación de Dios por medio de la fe, confirma el hombre lo que Dios ha querido que sea, un elegido; confirma su vocación y elección, como dice 2 Pedro 1:10; pero si no responde, o mejor, si responde negativamente, sigue siendo un reprobado. Recuérdese que la base de la elección de Dios es el previo conocimiento de la fe del hombre.

Dios no obliga a nadie, hermanos. Él nos invita a esta salvación tan grande; Él nos invita al banquete, a comer y a beber; a comprar sin dinero y sin precio, vino y leche (cf. Is. 55:1). La invitación no se ha cerrado; está abierta, y el precio de entrada ya está pagado. Como todo lo de Dios, el plan divino de la salvación es perfecto. Cumplamos nosotros con llevar el mensaje de las buenas nuevas; Dios sabe quiénes responderán positivamente frente al llamado y frente a su convicción.

4

EL ORIGEN ETERNO DE LA IGLESIA

PREDESTINADOS POR EL PADRE

La carta de Pablo a los Efesios es muy profunda, por tanto es necesario gastarle el tiempo necesario para estudiar en detalle todas sus partes, a fin de poderle sacar provecho. Estuvimos tratando el tema de la elección y la predestinación. En los versículos 4 y 5 del capítulo 1, aparecen tres aspectos de lo que el Señor en su misericordia ha hecho por nosotros: El Padre nos escogió, o sea, nos eligió, habiéndonos conocido con un conocimiento especial; y al conocernos, nos predestinó para ser adoptados hijos de Él; ponernos en la posición de hijos por medio de Jesucristo. Primero nos escogió según el puro afecto de su voluntad; significa que nos eligió desde antes de la fundación del mundo. En Romanos 8:29 dice que «*a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conforme as la imagen de su Hijo*». A los que nos eligió, nos predestinó para que fuésemos adoptados hijos de Él en Cristo Jesús, Señor nuestro. «*En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad*» (Ef. 1:5).

Profundicemos un poquito en el aspecto de la predestinación. Vemos aquí en el versículo 5 que Dios pasa de la elección a la predestinación; y nosotros somos predestinados; es decir, somos destinados de antemano a ser modelados conforme a la imagen del Hijo de Dios, el Señor Jesucristo. Dice en ese contexto que nosotros somos «*predestinados para ser adoptados hijos suyos*»; pero el Señor quiere

que seamos conforme a la imagen del Hijo. El Hijo es la imagen del Padre, y la Iglesia está llamada a ser la imagen del Hijo de Dios; de manera que nosotros seamos la imagen de Dios (cf. Col. 1:15; Ro. 8:29), imagen que Adán, el primer hombre, perdió cuando cayó en pecado; pero Cristo, el segundo Adán, vino a restaurar esa imagen del hombre a semejanza de Dios. La imagen de Dios está restaurada en Cristo; pero el trabajo de restauración de la imagen de Dios en la Iglesia es un proceso; es un formarse Cristo en nosotros.

Hemos dicho que en el original griego del Nuevo Testamento encontramos el verbo *proorizo*, que se traduce *predestinar*, en el cual el prefijo *pro* significa por anticipado, y *orizo* es *delimitar*, destinar, marcar; todas esas ideas; de donde viene la palabra castellana horizonte. Cuando se mira hacia el horizonte, uno nota que hay una demarcación, una línea que separa en lontananza la tierra con el firmamento. A veces nosotros no vemos con claridad esa línea, pero Dios sí la ve clara, y el cristiano maduro también la ve clara, pues hay una demarcación. Dios nos destina a que salgamos de la tierra y entremos en una esfera, en una vida, en un ambiente, en una naturaleza, o como se quiera llamar, por encima de los límites terrestres, ya en las esferas celestiales. Ese es el ámbito de la Iglesia; la Iglesia vive ahora en Cristo, y el Señor Jesús está en la gloria; Cristo no está en la tierra, Él fue glorificado; de manera que ahora no somos un pueblo terrenal, sino un pueblo celestial en Cristo.

Alguien me decía ayer: Hermano, ¿nosotros no tenemos que obedecer las leyes del Estado? Yo le contesté, diciéndole: Tú como ciudadano colombiano debes obedecer las leyes, pero nosotros como Iglesia, como cuerpo de Cristo, tenemos poco que ver con los gobiernos, y poco que ver con los sistemas oficiales o no oficiales que hay en la tierra; no tenemos que pedirle permiso a ningún gobierno de la tierra para que la Iglesia de Cristo exista, porque la vida de la

Iglesia es Cristo. Lo demás sale sobrando; lo demás son unos enredos de las personas que juegan a la religión, que comercian con el evangelio, y desorientan a las personas. Nosotros somos la Iglesia; la cabeza de la Iglesia es Cristo; y nosotros estamos predestinados a vivir por encima de la línea que divide en el horizonte la tierra del firmamento. Es verdad que como humanos vivimos en esta tierra, pero nuestro hogar está en las esferas celestiales; estamos aquí para hacer la obra del Señor y para testimonio de vida. Nos sucede lo mismo que a los hebreos en el desierto; su hogar no estaba en el desierto sino en la tierra prometida, hacia la cual iban avanzando.

UNA LÍNEA DE DEMARCACIÓN

Ese verbo griego *proorizo*, da, pues, la idea de trazar una línea de demarcación. La Iglesia debe ver esa línea de demarcación que Dios ha trazado para nosotros. Eso es mucho más amplio que simplemente decir que fuimos predestinados; nosotros fuimos señalados, marcados por Dios. Dios dice: Son míos desde antes de la fundación del mundo. Este verbo conlleva la idea de designar de una manera concreta. En Lucas 22:22 vemos que el mismo Señor Jesús camina ese camino de lo que está determinado. «*A la verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!*». Dice la Biblia en otros pasajes que Cristo mismo fue escogido por el Padre. Hay un propósito eterno; Dios no hace las cosas improvisadas: Dios no improvisa. Dios lo tiene todo trazado; Él ya lo tiene todo previsto. Imagínense ustedes si los hombres organizados elaboran sus proyectos, trazan sus planos, organizan todo convenientemente de antemano, cuánto más, infinitamente más, lo hará Dios, trazará las cosas eternas desde el comienzo hasta el final, hasta el cumplimiento de todo lo que se ha

propuesto. Y el centro del propósito de Dios en todo lo que vemos, en toda la creación, en todo lo que no vemos, en todo lo que nos imaginamos, es la Iglesia, es su Hijo. Dios quiere que su Hijo tenga una esposa, que tenga un cuerpo, que tenga una casa donde habitar, que tenga una familia con quien compartir su gloria y sus riquezas eternas. Bendito el nombre del Señor.

También en Hechos 17:26 hay una frase que también nos da la idea de marcar los límites. Son palabras de Pablo ante el Areópago[5] en Atenas, allí Pablo le dice a esos doctores: «*Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación*». Con esta cita nos basta para comprender qué nos está hablando la Palabra. Las eras de la humanidad y del cosmos están predeterminadas por Dios. Los eventos no se suceden debido al azar o a casualidades del destino obrando en la naturaleza y en los seres. Todo está predeterminado por el Señor, en el sentido de que Dios cuenta con la responsabilidad humana y la utiliza. De manera que incluso los límites de Colombia están donde están a fin de que los colombianos conozcamos a Dios. Este tema lo trata la Biblia en otros textos, pero esto lo hemos traído a colación para enriquecer en nuestro entendimiento lo relacionado con lo de la predestinación.

CONOCIMIENTO Y DETERMINACIÓN ANTICIPADOS

Hay otro verbo griego, *proginosko*, que significa conocer

[5]**Areópago** (del gr. *areiópagos*; de *areios*, consagrado a Ares, y *pagós*, colina). Colina rocosa que se alzaba al O. de la Acrópolis de Atenas, en donde fue juzgado el dios Ares por un tribunal divino, y donde luego se reunía el tribunal superior de la Antigua Atenas. El tribunal que acabó tomando el mismo nombre de la colina Areópago, no fue en su origen un tribunal, sino un consejo constituido únicamente por *eupátridas* que actuaban como el cuerpo consultivo de los monarcas atenienses. Más tarde pasó a ser el tribunal de justicia más importante de Atenas, que también poseía una gran influencia en las cuestiones políticas.

con antelación. Cuando la Palabra de Dios habla de la presciencia de Dios es porque Él conoce de antemano las cosas; pero es una palabra más concisa para la Iglesia que la *omnisciencia,* que Él lo sabe todo, pues la presciencia se puede relacionar mejor con la predestinación que la omnisciencia. Dios conoció de antemano quién en la historia habría de aceptar a Jesucristo, de conocerlo, de recibirlo; Él ama a aquellos que reciben a su Hijo, porque los que reciben a su Hijo empiezan a amarlo a Él; de manera que es algo privado, algo especial, que se sale de la mera omnisciencia de Dios. Se sabe que Dios es omnisciente, que lo conoce todo, pero la presciencia es como algo especial. *Proginosko* es conocer de antemano, pero el verbo griego, *proorizo*, es determinar por adelantado. La Biblia está llena de este concepto, hermanos, no refiriéndose solamente a la Iglesia; también habla hasta de la elección de naciones, de pueblos, incluso de reyes del mundo, como Ciro el Grande el Persa (cf. 2 Cr. 36:22-23; Esd. 1:1-4), y otros, que han sido sus instrumentos en la historia. El verbo *proorizo*, pues, se refiere a los que son predestinados, los objetos de su conocimiento anticipado, con relación a Cristo.

Lo ilustramos con unas tres citas bíblicas; la primera es una oración de la iglesia en Jerusalén, en la ocasión cuando Pedro y Juan fueron encarcelados y liberados: «*Y ellos, habiéndolo oído, alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron: Soberano Señor, tú eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay; [25]que por boca de David tu siervo dijiste: ¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? [26]Se reunieron los reyes de la tierra, y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor, y contra su Cristo. [27]Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad* (en Jerusalén) *contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, [28]para hacer cuanto tu mano y tu consejo* ***habían antes determinado*** *que sucediera*» (Hch.

4:24-28). De manera que lo que ellos hicieron contra el Señor, ya lo había predeterminado el Señor desde antes de la función del mundo, para que eso sucediera en el sentido de que Dios previó y utilizó la responsabilidad humana; eso tenía que suceder, por cuanto Dios había previsto la caída del hombre. Lo mismo nos habla en Romanos 8:28-30: «*Y sabemos que a los que aman a Dios* (esta es la respuesta humana, la nuestra, a Dios)*, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados* (esta es la iniciativa divina)*. [29]Porque a los que antes conoció (**proginosko**), también los predestinó (**proorizo**) para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo* (esa es la voluntad de Dios, que en el hombre exprese a Cristo viviendo por Él, lo cual no pudo Adán antes de Cristo)*, para que él* (Cristo) *sea el primogénito entre muchos hermanos* (una familia muy numerosa)*. [30]Y a los que predestinó, a éstos también llamó* (cuando ya nacimos y crecimos)*; y a los que llamó, a éstos también justificó* (por la obra de Cristo)*; y a los que justificó, a éstos también glorificó*». La iniciativa divina es llamarnos conforme su propósito; Dios toma la iniciativa; pero Dios también quiere que el hombre sea responsable. Después de la caída, el ejercicio de la responsabilidad quedó incapacitado, pero en virtud de Cristo la gracia nos capacita para la responsabilidad, pero sin sustituirla. «*Esfuérzate en la gracia que es Cristo Jesús*» (1 Ti. 2:1). La respuesta de nosotros es amarlo en Cristo Jesús. De manera que la esfera donde vive ahora la Iglesia es en los lugares celestiales, pues ya Cristo nos glorificó en Él. Esa es su posición ahora.

También lo podemos ampliar en 1 Corintios 2:7: «*Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria*». Eso significa que esa sabiduría fue predestinada antes de la existencia de los tiempos, porque para Dios no hay tiempo; el tiempo existe en el ámbito humano; es una

necesidad humana. Gloria al Señor. Vemos, pues, hermanos, que el concepto de la predestinación expresa la soberanía y la justicia de Dios en la historia y en la vida de los hombres.

TRASFONDO HISTÓRICO DE LA PREDESTINACIÓN

Además de Pablo en sus epístolas y más tarde Agustín de Hipona, de la predestinación habló Gotescaldo en la Edad Media, y Juan Calvino (1509-1564) en la época de la Reforma. Desde los días de la Reforma fueron emergiendo gradualmente dos conceptos contrapuestos de la predestinación: la posición *supralapsaria* y la posición *infralapsaria*; de *supra*, antes de, e *infra*, después de, y *lapsus*, caída; es decir, antes de la caída, y después de la caída del hombre.

Los ***supralapsarianos***, conocidos también como *hipercalvinistas*, pues Teodoro Beza, sucesor de Calvino, se inclinó hacia la línea *supralapsariana;* creían que Dios, antes que creara el mundo, había decretado soberanamente cuáles deberían ser salvos y qué personas deberían ser condenados. Afirmaban que antes de la caída del hombre Dios planeó o predestinó la caída para que se condenara una parte de los hombres. Según los *supralapsarianos*, algunas criaturas fueron predestinadas para ser salvas y otras para caer y perecer. La posición *supralapsariana* acentúa la absoluta soberanía de Dios sobre todo, y en particular sobre el pecado; pero esto en cierto modo presenta a Dios como el autor del pecado, y hace del castigo eterno de los reprobados un objeto de la divina voluntad, como si Dios no quisiera que todos los hombres sean salvos, como sería también la salvación eterna de los elegidos. Pero Dios sí quiere que todos los hombres sean salvos, y procedan al arrepentimiento. De manera que Dios sería responsable de ese castigo eterno; pero tengamos en cuenta que Dios no hace acepción de personas (cf. Hch. 10:34; Ro. 2:11; Gá. 2:6; Ef. 6:9; Col.

3:25); Dios quiere que todos los hombres sean salvos; Dios no quiere que nadie se pierda. «*Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres*» (Ti. 2:11). Dios no quiere la muerte del pecador; y ejerce su soberanía con absoluta justicia. «*Por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos*» (Hch. 17:31).

Los ***infralapsarianos*** defendían la opinión de que fue en vista del pecado de Adán, y sólo después de dicha catástrofe, cuando Dios decretó soberanamente que ciertos hombres serían salvos y otros perdidos. Los *infralapsarianos* acentúan aquellos pasajes bíblicos que insisten en la misericordia y justicia de Dios en relación con la elección y reprobación.

Con Teodoro Beza (1519-1605), discípulo y sucesor de Calvino, y profesor de Teología en la Academia de Ginebra (Suiza), se fue desenvolviendo la diferencia entre los dos conceptos, llegando a ser el abanderado de los *supralapsarianos*, pero yéndose hacia un extremo conocido como *hipercalvinismo*, declarando que la caída del hombre fue planeada por Dios para que algunas criaturas se perdieran. Entonces vemos que surgieron en la historia corrientes teológicas que enseñaron que todo fue decretado por Dios aún antes de la caída del hombre, incluyendo su pecado. Pero, como lo hemos observado, no todo fue predestinado por Dios para que irresistiblemente fuese así, pues incluso la caída del hombre fue objeto de la presciencia de Dios. Esto último puede haber sido el punto original de diferencia entre los supra y los infralapsarianos; pero aunque los arminianos sostienen puntos de vista heréticos, sin embargo se inclinan más por sostener que la caída del hombre no fue decretada, sino tan sólo prevista por Dios.

En contra del hipercalvinismo supralapsariano reaccionó Jacob Arminio (1560-1609), antiguo discípulo de Beza, y

profesor de Teología en la Universidad de Leiden (Holanda); y se fue profundizando la oposición entre los *teodorobezistas* y los arminianos o *remonstrantes*, de tal manera que aquellos organizaron un sínodo general a fin de tratar la cuestión, el cual se celebró en Dort (Holanda) en 1618, donde hubo una amplia asistencia de las iglesias reformadas hipercalvinistas. Pero lo curioso es que antes de que se presentaran los arminianos, los hipercalvinistas condenaron al arminianismo en cánones resumidos en cinco puntos del hipercalvinismo, que son: 1) La condición depravada del hombre; 2) la elección incondicional; 3) la expiación limitada; 4) el llamamiento eficaz del Espíritu Santo, y 5) la perseverancia de los santos.

DIOS REINA SOBERANAMENTE

Dios es soberano; Él no le pide consejo a nadie; Él sabe lo que hace; pero es necesario saber que Dios en su soberanía también es justo. Si nuestra salvación sólo dependiera de la sola soberanía de Dios, eso sería culpar a Dios de la condenación de muchos. Pero en realidad esos muchos se condenan porque voluntariamente resisten el Espíritu de gracia. Hermanos, Dios reina soberanamente sobre todos los acontecimientos. Miremos algunos conceptos acerca de los acontecimientos sobre los que Dios reina soberanamente. Con relación al Señor Jesús mismo y lo relacionado con el destino de Judas. «*A la verdad el Hijo del hombre va, según lo que está determinado; pero ¡ay del hombre por quien es entregado!*» (Lc. 22:22). Asimismo estaba determinado por Dios la muerte en la cruz del Señor, e incluso quiénes lo harían. «*A éste, entregado por* ***el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios****, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole*» (Hch.2:23). Vemos, hermanos, que eso estaba en el plan de Dios, que su propio Hijo pasara por todo esto; cuánto más a

nosotros. Judas fue responsable por sí mismo, pero Dios usó esa responsabilidad preconocida. «*Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, a quien ungiste* (por eso es llamado el Cristo)*, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, [28]para hacer cuanto tu mano y tu consejo habían antes determinado que sucediera*» (Hch. 4:27-28); ni un milímetro más acontecería, como tampoco menos, sino lo que Él había determinado.

¿Y de nuestra vida y acontecer diario qué? Dios reina soberanamente sobre nosotros, pero ejerciendo también su misericordia. A veces andamos como si el Señor estuviera muy lejos de intervenir en nuestra vida. Nosotros a veces andamos como los loquitos pidiéndole al Señor cosas que solamente a la carne le conviene. No queremos pasar por pruebas ni sufrimientos; pero el Señor sabe que las necesitamos. Veíamos unas cosas curiosas en Mateo 24:22, que no quisiéramos pasar por alto. «*Y si aquellos días no fueren acortados, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados*». De manera que las pruebas, nuestras tribulaciones, todos esos dolores que a veces pasamos, y que es necesario padecer, Dios más bien, por su misericordia, los acorta, para que nosotros no nos estemos quejando y diciendo: ¿Por qué me suceden estas cosas a mí? ¿Cuánto tiempo voy a estar padeciendo esto? Más bien demos gracias de que nos acorta ese tiempo de angustia, y esas pruebas se hacen cortas. Dice que el Señor en su misericordia acorta el tiempo del dolor y del sufrimiento en nosotros. Y si nosotros no queremos soportar nada de eso, sino que clamamos y decimos: Hasta aquí; no quiero más este dolor; entonces queda el tratamiento de Dios suspendido, de manera que falta que se complete; en ese caso el Señor se ve forzado a seguir tratando con nosotros, hasta que seamos martillados (), y lleguemos a ser la imagen de su Hijo. Él está trabajando en nosotros en una transformación, y quitando todo lo que traemos, ese lastre

adámico que traemos, para que seamos la imagen de su Hijo; y eso siempre es doloroso. Dios es soberano, pero también es fiel.

Dios reina soberanamente sobre los acontecimientos. Reina sobre los tiempos y lugares. «*Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación.* [31]*Por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos*» (Hch. 17:26,31). Dios reina soberanamente sobre los tiempos y lugares. «*Otra vez determina un día: Hoy, diciendo después de tanto tiempo, por medio de David, como se dijo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones*» (He. 4:7). Dios determina un día; pero Él nos da a nosotros la oportunidad, porque Dios es leal con sus criaturas.

Dios también reina soberanamente sobre las cosas. Veamos unos ejemplos en la Biblia. «*Él dijo: Sí. Y al entrar él en casa, Jesús le habló primero, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos? ¿De los hijos, o de los extraños?* [26]*Pedro le respondió: De los extraños. Jesús le dijo: Luego los hijos serán exentos.* [27]*Sin embargo, para no ofenderles, vé al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que saques, tómalo, y al abrirle la boca, hallarás un estatero;*[6] *tómalo, y dáselo por mí y por ti*» (Mt. 17:25-27). «*Diciéndoles: Id a la aldea que está en frente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada, y un pollino con ella; desatadla, y traédmelos.* [3]*Y si alguien os dijere algo, decid: El Señor los necesita; y luego los enviará*» (Mt. 21:2,3). Y Él lo hace así debido a que Él reina; Él es el Señor; no es cualquier Señor;

[6]*Estatero* era una moneda antigua equivalente a cuatro dracmas. El dracma era aproximadamente el valor de un denario; es decir, 3.6 gramos de plata. El *estatero*, pues, equivalía a unos 14.4 gramos de plata.

es el *Kurios*; no es el *mister*, es el *Lord*, es el amo, es el dueño de todas las cosas el que necesita ese pollino. Gloria al Señor. «*Y él dijo: Id a la ciudad a cierto hombre, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa celebraré la pascua con mis discípulos*» (Mt. 26:18).

Dios reina soberanamente sobre las personas, tanto sobre los creyentes como sobre los incrédulos. «*Y no sólo esto, sino también cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre* [11]*(pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama),* [12]*se le dijo: El mayor servirá al menor.* [13]*Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí*» (Ro. 9:10-13). Aquí el énfasis no recae tanto en estas personas en sí, sino en los pueblos representados en estas personas; a las naciones, a Israel, a Edom. Dios no escogió a Edom sino a Israel. Edom era una nación que fue formada por los descendientes de Esaú, y que fue ubicada al sur del Mar Muerto. ¿Por qué lo hizo así? Porque Él es soberano sobre personas, sobre naciones y sobre todas las cosas. También tenemos ejemplos en Isaías 41:25; 42:1-13; 44:28–45:7. Dios es soberano para cumplir sus designios en la naturaleza y la humanidad. «*Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho*» (Salm. 115:3). Véase también el texto de Daniel 4:34-37. Pero Dios en su soberanía permite que sus criaturas tomen decisiones libres y ejerzan su responsabilidad.

Entonces, podemos ver que Dios es soberano para lograr la redención y la liberación de los hombres, pero ejerciendo esa soberanía con equilibrio, según su carácter justo, misericordioso y bueno. «*He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones.* [2]*No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles.* [3]*No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea-*

re; por medio de la verdad traerá justicia. [4]*No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperarán su ley.* [5]*Así dice Jehová Dios, Creador de los cielos, y el que los despliega; el que extiende la tierra y sus productos; el que da aliento al pueblo que mora sobre ella, y espíritu a los que por ella andan:* [6]*Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones,* [7]*para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas*» (Is. 42:1-7).

«*El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel;* [2]*a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados;* [3]*a ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar del espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya.* [4]*Reedificarán las ruinas antiguas, y levantarán los asolamientos primeros, y restaurarán las ciudades arruinadas, los escombros de muchas generaciones*» (Is. 61:1-4). Eso lo había establecido el Señor; claro que lo había profetizado a través de Isaías; pero es algo que Él determinó hacer por su voluntad.

Dios es también soberano para dar honra y gloria a su santo nombre. «*Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas.* [9]*He aquí se cumplieron las cosas primeras, y yo anuncio cosas nuevas; antes que salgan a luz, yo os las haré notorias.* [10]*Cantad a Jehová un nuevo cántico, su alabanza desde el fin de la tierra; los que descendéis al mar, y cuanto hay en él, las costas y los moradores de ellas.* [11]*Alcen la voz el desierto y*

sus ciudades, las aldeas donde habita Cedar; canten los moradores de Sela, y desde la cumbre de los montes den voces de júbilo. [12]*Den gloria a Jehová, y anuncien sus loores en las costas.* [13]*Jehová saldrá como gigante, y como hombre de guerra despertará celo; gritará, voceará, se esforzará sobre sus enemigos*» (Is. 42:8-13).

SOMOS ADOPTADOS HIJOS DE DIOS

Volviendo al capítulo 1 de Efesios, vemos que en el versículo 4 dice que Dios nos escogió, nos eligió, y luego en el versículo 5 pasa de esa elección a la predestinación; «*habiéndonos predestinado*»; pero ¿para qué? «*Para ser* ***adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo****, según el puro afecto de su voluntad*»; si no es por medio de Jesucristo no puede haber adopción; y dice que es «*según el puro afecto de su voluntad*». Hablando de la adopción, recordemos que es la segunda bendición de Dios para nosotros. Hay un verbo griego, *huiothesís*, de *huíos*, hijos, y *thesis*, colocación, que significa colocar en la posición de hijos. De ahí viene la palabra adopción, adoptar; colocar a alguien en el lugar de hijo; significa el lugar, la posición y la condición de hijo dada a alguien a quien le pertenece de forma natural. No era hijo, pero al adoptarlo lo pone en la posición y en la condición de hijo. O como acostumbra usarlo Witness Lee, que Dios nos *hijificó*, como una traducción literal del griego *huiothesian*. «*Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!*». *Abba* significa un diminutivo de Padre; es una palabra cariñosa para el Padre, como papá, papito, porque ya Él nos adoptó, y somos sus hijos.

Ahora, hermanos, ¿para qué creó Dios al hombre? El hombre fue creado para que viviera con Dios, para que fuera amigo de Dios, para que compartiera todo lo de Dios, todas

sus riquezas; para ser objeto de su gracia, para que fuera amigo de Dios; todo lo de Dios estaba a disposición del hombre; pero con la caída el hombre perdió todo eso de un solo golpe. Lo podemos mirar en Génesis 1:26: «*Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza* (¡qué privilegio!)*; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra*». Así fue creado el hombre; fuimos creados de una sola raza, de una sola carne, pero el hombre perdió todo esto. «*Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación*» (Hch. 17:26). Cfr. Hechos 17:31.

Pero Dios está restaurando todo eso ahora por medio de su Hijo. Es necesario repetirlo hasta que se nos grabe, que Dios está restaurando esa semejanza ahora, por medio de una raza especial, nueva, que es la Iglesia. Él está proponiendo al mundo una raza de hijos de Dios, que no es común; que es una raza que se asemeja a Dios, que es una raza diferente, que es una raza distinta, que es una raza de santos. Él ya nos santificó, nos sacó de nuestra antigua posición, y nos colocó aparte; pero esa santificación sigue su proceso hasta que Cristo sea formado en nosotros, y nuestro yo ya sea negado, ya sea perdido, y lo que vean en nosotros sea la imagen de Dios en Cristo Jesús. Cuando le gente vea en ti la imagen de Cristo, está viendo la imagen de Dios, está viendo una raza diferente; es porque ya no eres la misma persona de antes. Ya no podemos ser lo que antes éramos. El Señor está trabajando en esto.

Dios ha determinado, pues, de antemano que los que creen en Cristo sean adoptados en su familia, y sean hechos conforme a su Hijo; pero para eso hay que creer en Cristo, como lo dice en el versículo 13: «*En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra*

salvación, y ***habiendo creído en él****, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa*». Entonces es indispensable, como primer paso, creer. Gloria al Señor.

> «*Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo* (cumplimiento de sus propósitos, cumplimiento de lo que Él ha determinado)*, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley,* [5]*para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que* ***recibiésemos la adopción de hijos***» (Gá. 4:4,5).

Llegó Cristo, nos liberó de la ley, nos liberó de la esclavitud del pecado, nos liberó de la muerte, y ahora somos hijos de Dios. Alguien puede decir: Bueno, pero nosotros siempre vamos a morir; pues Cristo también murió, y al tercer día resucitó glorioso. Exactamente eso nos va a suceder a nosotros; que duremos más tiempo que Él en la tumba, no importa, pero exactamente nos va a suceder lo mismo; morimos y resucitamos en un cuerpo glorioso. Eso no tiene diferencia, hermanos. La adopción, pues, se refiere al privilegio de ocupar la posición de hijos de Dios. Ese es un privilegio que Dios concede a su pueblo, no es a todo el mundo. Pero, ¿mediante qué? Mediante un *nuevo nacimiento* por la redención efectuada por Cristo.

DIFERENCIA ENTRE LA ADOPCIÓN HUMANA Y LA DIVINA

Cuando alguien adopta un hijo, lo hace ante las autoridades competentes, mediante un documento legal; pero cuando Dios adopta un hijo, es por un nuevo nacimiento, una regeneración, por la redención efectuada por Cristo. Ese es parte del proceso.

La adopción humana es un acto legal; claro que debe ser afectivo también, ¿no? La persona adoptante debe querer a esa criatura que va a adoptar. Pero es una adopción legal; tiene que ser legal. Adoptar es recibir como hijo a alguien

que no lo es naturalmente; pero esa adopción requiere llenar unos requisitos, esa adopción debe llevarse a cabo con los requisitos y solemnidades que establecen las leyes.

En cambio, la adopción divina consiste en que Dios nos comunica sus características personales a nosotros; no es solamente firmar un papel; no, Dios no firma documentos legales para adoptarnos; el día que nosotros creímos en Cristo, Él se introdujo dentro de nosotros para impregnarnos a nosotros, en todas las fibras de nuestro ser, de su naturaleza, de su carácter, de sus virtudes, de su santidad, de su poder, de su gloria. El nuevo hijo de Dios, hermanos, cada día va siendo más semejante a Dios, no porque lo diga un papel, sino por el nuevo nacimiento, porque por la regeneración somos hechos partícipes de la naturaleza divina. Eso es diferente. «*Como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia,* [4]*por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas* ***llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina****, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia*» (2 Pe. 1:3-4). De manera que es una adopción totalmente diferente. Nótese que Pedro no dice que llegamos a ser participantes de la esencia (gr. *ousía*) divina, sino de la naturaleza (gr. *physis*), es decir, poseer la vida de Dios como fuente de su conducta imitable. De otra manera sería poseer los atributos trascendentes e incomunicables que hacen de Dios el ser absoluto y necesario. Participar de su naturaleza divina es participar de su modo de pensar, su modo de amar y su modo de obrar.

LA TOGA VIRIL DEL REINO

Al leer la Biblia, es bueno tener en cuenta las costumbres reinantes en el tiempo en que fue escrita; como cuando

Pablo describe, por ejemplo, la armadura de Dios, él toma como modelo un soldado romano de la época; y lo va describiendo comparando todas las partes de la armadura con algo espiritual del cristiano; así también cuando uno lee en la Biblia estas cosas de la adopción divina, se asemeja a costumbres humanas. Por ejemplo, entre esas costumbres humanas se usaba en otros tiempos, sobre todo en las niñas adolescentes, lo que llamaban «entrada en sociedad»; eso parece que fue mandado a recoger. Pero entre los romanos esa entrada en sociedad la usaban hasta para con los varones; entonces a todo varón romano de cierta edad lo vestían con una *toga viril*, y entraba a la mayoría de edad. Entre los judíos había lo que llamaban *bar mishvat*, es decir, hijo del mandamiento; eso ocurría a los 13 años de edad en el varón. Pero entre los elegidos se llama *nacer de arriba*; es decir, llega un momento determinado de tu vida para que tú nazcas de arriba, nazcas de nuevo, nazcas para el reino, nazcas para que conozcas a Dios, nazcas para que seas vivienda de Dios, nazcas para santificarte, nazcas para que en tu vida haya un cambio total, y llegue el tiempo de la madurez, de una toga especial. Gloria al Señor. ¿Para qué? Para llevar la imagen ya no del niño, sino la imagen del celestial, para recibir la toga viril del reino, que es otra cosa.

La adopción en Cristo es algo, hermanos, hermoso. «*Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial*» (1 Co. 15:49). Hasta ese día, hasta el día de nuestra regeneración traíamos la imagen del terrenal, de Adán, pero ahora traemos la imagen de Cristo. De manera que dejamos para siempre la imagen del terrenal. Gloria al Señor. Entonces ahora somos *hijos por adopción* (gr. *huioí*) (Ef. 1:5: Ro. 8:15), pero también somos *hijos por regeneración (tékna)*. «*A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. [12]Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre,* (Dios) *les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*» (Jn. 1:11,12). Hay que recibirlo; pero

no solamente recibirlo; hay que conocerlo, hay que pedirle a Dios que su Hijo se forme en nosotros cada día; que haya en mí todos los días un crecimiento espiritual; no un mero conocimiento mental, sino un conocimiento que viva en mí; que yo lo viva; que el Señor viva en mi ser; que ya yo no sea el hombre asqueroso que antes fui, sino las virtudes de Cristo dinamizando mi ser, y manifestándose a través de mí. Bendito el nombre del Señor.

LA GLORIA DE DIOS EXPRESADA

Retomamos la lectura en el verso 5: «*En amor habiéndonos predestinados para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, 6para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado*». Somos adoptados hijos de Dios para alabanza de la gloria de su gracia; entonces nosotros estamos llamados a alabar la gloria de su gracia. ¿Pero qué es gloria de su gracia? ¿Qué es gloria? Cuando en el mundo las personas actúan en las tablas, o cantan o presentan cualquier espectáculo, y los aplauden, el público está opinando sobre lo grande o brillante o fastuoso o virtuoso que les parece todo aquello; esa opinión y esa manifestación del público, lo expresa el público con aplausos, vítores, vivas, etc; esa expresión se llama gloria. La expresión de Dios en nosotros es su gloria. Cuando Dios se expresa, esa es la gloria de Dios. La gloria es Dios expresado. En el Antiguo Testamento la gloria de Dios se expresaba en el tabernáculo. «*Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo*» (Éx. 40:34). El tabernáculo de reunión era el templo portátil que construyeron los israelitas en el desierto bajo el liderazgo de Moisés. Esa gloria se refiere a la expresión de Dios, su presencia. Cuando alguien se expresa en la forma en que se expresa, en la forma en que da algo, así lo reciben. Dios se

expresa en su gloria.

La Iglesia expresa la gloria de Cristo

Cuando Dios expresa gracia, es su gloria. Entonces nosotros vamos a expresar alabanza a esa gloria. «*Para alabanza de la gloria de su gracia*». Porque la gracia de Dios es darse a nosotros; Él se da a nosotros; esa es su gracia. Eso tiene gloria. Él se expresa en gracia dándose a nosotros; esa es gracia. Gloria al Señor. ¿Dónde se expresa Dios hoy en día? ¿En cuál tabernáculo se está expresando Dios ahora? Aquel tabernáculo que hizo Moisés ya no existe; el templo de Jerusalén tampoco existe. Pero Dios se está expresando en el tabernáculo que tiene ahora, ese tabernáculo vivo que somos nosotros. Ese es el único tabernáculo en que ahora está expresado su *Shekiná*. «*Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor*» (2 Co. 3:18).

Cuando uno va al original griego del Nuevo Testamento, encuentra que la palabra *gloria* en griego es *doxa*, derivada del verbo *dokeo*, parecer. ¿Qué es parecer? Dar una opinión, una estimación de algo; de donde se tiene que es el honor que resulta de una buena opinión. Cuando a alguien le dan alguna buena opinión de algo, le están dando gloria. Cuando nosotros expresamos cosas lindas de Dios, le estamos glorificando, estamos alabando su gloria, porque Él se está expresando en nosotros; entonces estamos dando nuestro parecer de Él; porque Dios, desde antes de la fundación del mundo, habló bien de nosotros; Dios nos bendijo desde antes de la fundación del mundo; de manera que ahora nosotros debemos decir cosas buenas de Él. Él se place en eso, hermanos, en decir cosas lindas, buenas, positivas, agradables y de buen sentido, de los que le aman,

y oírlas; eso es un placer para Él. Son como dos enamorados; Él se deleita con su amada; y la amada debe deleitarse con su Amado.

La gloria se usa también de la naturaleza y actos de Dios en manifestación de Sí mismo; lo que Él es esencialmente, lo que Él hace particularmente en la persona de Cristo; porque el centro de sus miradas es Su Hijo; ese es su amor; y, claro, todo aquel que esté con Cristo es objeto del amor de Dios, porque el Padre nos mira en su Hijo. Él nos está mirando en su Hijo, en el Señor Jesucristo. Bendito el nombre del Señor.

MANIFESTACIÓN DE LA GLORIA DE DIOS

La gloria de Dios siempre ha resplandecido en Cristo, y siempre resplandecerá la gloria de Dios en su Hijo. Y cuanto más nosotros conozcamos a su Hijo, y cuanto más obedezcamos a su Hijo, y cuanto más se forme Cristo en nosotros, más resplandece la gloria del Señor en nosotros. Es un misterio, pero es así. En la oración sacerdotal del Señor dice: «*Ahora, pues, Padre, glorifícame tú para contigo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.* [24]*Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo,* ***para que vean mi gloria que me has dado****; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo*» (Jn. 17:5,24). ¿Cómo sería ese amor manifestado del Hijo al Padre y del Padre al Hijo? Algo maravilloso. También podemos ver la gloria de Dios exhibida en el carácter y en los actos de Cristo en los días de su carne. «*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó (****tabernaculizó****)*[7] *entre nosotros (y vimos su gloria* [porque es una manifestación, una expresión de Dios en Cristo]*, gloria*

[7] *Tabernaculizó* o fijó tabernáculo sería la traducción literal del verbo *eskenosen*, traducido *"habitó"* por RV60, pues Jesús de Nazaret, el Verbo de Dios hecho carne, es el verdadero tabernáculo o habitación de Dios que vino a hacer morada entre nosotros.

como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Jn. 1:14).

Tenemos también un ejemplo en su manifestación en la bodas de Caná de Galilea. «*Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él*» (Jn. 2:11). Cuántos lo verían en esa manifestación de poder y gloria; me imagino a María dando gracias a Dios por su Hijo; glorificando a Dios por su Hijo. En Caná de Galilea, hermanos, se manifestaron tanto su gracia como su poder, y tanto su gracia como su poder constituían su gloria. Recordemos, hermanos, también la resurrección de Lázaro en el capítulo 11 de Juan. Allí, cuando el Señor resucita a Lázaro, el hermano de Marta y María, sus amigos de Betania, allí se manifestó poderosamente la gloria de Dios. «*Enviaron, pues, las hermanas para decir a Jesús: Señor, he aquí que el que amas está enfermo.* [4]*Oyéndolo Jesús dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella*» (vv. 3,4). Más tarde, cuando ya estaba en la escena de los hechos, ocurre la manifestación de su gloria. «*Dijo Jesús: Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días.* [40]*Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?*» (Vv. 39,40).

LA GLORIA DE DIOS MANIFESTADA EN SU HIJO

También la gloria de Dios se manifestó en la resurrección de Cristo. «*Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva*» (Ro. 6:4). El Señor resucitó por la gloria del Padre, por la expresión del Padre, por la manifestación del Padre; y en nosotros también va a obrar en nuestra resurrección la manifestación de la gloria de Dios.

También se manifestó la gloria del Señor en la transfiguración del Señor Jesús. Como lo comenta Pedro: «*Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia.* [18]*Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo*» (2 Pe. 1:17-18) (cf. Mt. 17:1-13). Ya podemos entender un poquito más. Bendito el nombre del Señor.

Volvamos a Efesios y miremos una frase que está al final del versículo 6 del capítulo 1. El versículo dice: «*Para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado*». Hay versiones bíblicas que traducen esta frase así: «*con la cual nos agració en el Amado*», como la Biblia de Jerusalén. Pero también se puede traducir: «*con la cual nos ha colmado de favores en el Amado*», o «*nos dio gratuitamente en el Amado*».

Recordemos lo visto, que la palabra gracia en griego es *khari, kharitos*. Como el Padre ama infinitamente a su Hijo, entonces el que recibe a su Hijo, recibe todos los favores de Dios; toda la plenitud de Dios la tiene Él volcada sobre el que ama a su Hijo; porque el Padre ama a su Hijo; Él es el centro de su mirada. Por eso ahí lo señala como el Amado. Aleluya. Jesucristo es el Amado del Padre. Miremos algunas citas donde le dice: Mi Amado. La primera es en la ocasión del bautismo del Señor Jesús, cuando dice: «*Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia*» (Mt. 3:17). Es la voz del Padre. Y luego se repite en la transfiguración, que encontramos en Mateo 17:5. Ahí también se escucha la voz del Padre, cuando le dice: «*Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd*».

Hay manuscritos bíblicos que no dicen el amado, sino mi

amado; «*este es mi amado; a él oíd*». Sea mi Hijo amado, o el amado, es lo mismo, porque el amado del Padre es su Hijo; y todos los que estemos en su Hijo también somos los amados del Padre.

Entonces a partir del versículo 7, empieza ya la obra del Hijo, la redención; pero eso lo vamos a dejar para estudiarlo detenidamente en la próxima reunión, Dios mediante. Oramos dándole gracias al Señor. Amén.

5

EL ORIGEN HISTÓRICO DE LA IGLESIA

LA REDENCIÓN DEL HIJO

En la epístola de Pablo a los Efesios, estamos viendo aún la parte doctrinal, lo que corresponde a los primeros tres capítulos, y apenas estamos en el capítulo 1. Efesios l:1-14 son unas afirmaciones doctrinales donde se habla del origen de la Iglesia. Ya hemos visto cómo intervienen en nuestra salvación las tres Personas de la Trinidad de Dios. Primero, en los versículos del 3 al 6 tenemos al Padre eligiéndonos, escogiéndonos, predestinándonos para ser adoptándonos como hijos. Luego en el versículo 7 vemos la intervención del Hijo redimiéndonos; y luego en los versículos 13 y 14, aparece la intervención del Espíritu Santo como el sello, como propiedad que somos del Señor.

Como ya hemos visto la obra del Padre, ahora empecemos a ver la obra del Hijo también a partir del versículo 7, con la redención. El versículo 6 hablaba de que el Padre nos hizo aceptos en el Amado, en Su Hijo, «*en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia*». Recordemos que en Hebreos 9:22 dice: «*Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión*». El perdón de los pecados tiene que ser a través de la sangre. Estudiemos, pues, un poquito la redención, es decir, la obra del Hijo, esa obra histórica de la redención por la cruz de Cristo. Esa obra es la ejecución en el tiempo del decreto divino; ese propósito de Dios se ejecuta en su Hijo. Eso comenzó en un plan eterno desde antes de la fundación del mundo, y hace dos mil años se llevó a cabo lo que es la redención con el Cordero de Dios.

Redimir es pagar un precio por una liberación, que en Colombia ahora está muy de moda lo de los secuestros; entonces los secuestradores piden un valor para poder liberar a la víctima. Para nosotros ser perdonados, en el plan divino estaba estipulado que teníamos que pagar un precio nosotros o un sustituto; si lo pagamos nosotros, eso signifi-

caría morir eternamente, porque la paga del pecado es muerte. «*Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro*» (Ro. 6:23). Entonces vino otro, el mismo Verbo de Dios hecho carne a morir por nosotros en la cruz para poder pagar el precio. Entonces el Señor Jesús dio su vida y derramó su sangre, porque en la sangre está la vida. Entonces un rescate compra para redimir.

LA COMPRA DE LOS ESCLAVOS HECHA POR EL HIJO

Hay un verbo griego que se traduce comprar, que es *exagorazo*. En las antiguas ciudades griegas, esos espacios abiertos públicos, donde solían hacer reuniones públicas, incluso que también los usaban como plaza de mercado, pues allí solían comprar y vender; a todas esas plazas públicas, incluyendo la plaza de mercado, se les llamaba *ágoras*, de manera que comprar allí algo significaba hacer un *agorazo*. Claro, cada plaza pública tenía su sección donde se comerciaba con esclavos, como hay secciones para vender y comprar los diferentes artículos de comercio. Entonces, en el plan divino de salvación es como si esta tierra fuese una ágora gigantesca, donde el Señor de la gloria vino a hacer un *agorazo* con nosotros, porque éramos esclavos. La palabra de Dios declara que éramos esclavos del pecado, del mundo, del mismo diablo, del mismo Satanás. Pero el Señor no vino solamente a hacer la mera compra de los esclavos; el Señor pagó un precio altísimo por esos esclavos. ¿Por qué decimos que el Señor no vino sólo a hacer la mera compra? Porque el Señor, más que un *agorazo*, vino a hacer un *exagorazo*; nos sacó de la plaza de mercado. Eso es lo que declara la Biblia en su original griego. El *agorazo* es la simple compra, y el *exagorado* es la redención completa. Denota comprar un esclavo con miras a otorgarle la libertad. Como dice en Gálatas 4:5: «*Para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de Hijos*». El Señor nos compró y no nos dejó en la plaza, sino que nos sacó; ¿cómo nos sacó? Pues muchos compraban esclavos para seguirlos vendiendo, como el que negocia con papas; pero el Señor no nos compró para seguir vendiendo esclavos, sino para hacernos libres. De manera que Él saca a los esclavos de la plaza. ¿Y a dónde los lleva? Nos lleva a lugares celestiales fuera de esta gigantesca plaza de mercado. Ahora estamos con Cristo en esos lugares celes-

tiales, pues la Iglesia es celestial. A la iglesia la han convertido en terrenal ahora a través de los siglos de su historia, y le están predicando a las personas un evangelio espúreo, un evangelio de echar raíces aquí en esta tierra, un evangelio de la prosperidad económica, un evangelio de las riquezas terrenales y materiales; pero la Biblia dice que nuestras bendiciones son bendiciones espirituales en los lugares celestiales con Cristo. De manera que Él saca, Él hace el *exagorazo* comprando en la plaza, y sacándolos y llevando a la Iglesia a los lugares celestiales; porque aquí solamente somos peregrinos, pero aún tenemos que comer, vestir y demás cosas de lo humano; pero este peregrinaje ha de terminarse, pues nuestra casa no está aquí. Nosotros de un momento a otro nos vamos con el Señor a nuestra casa. Nuestra casa es Cristo. Gloria al Señor.

Juan vio delante del trono de Dios a veinticuatro ancianos que adoraban a Dios. «*Y cantaban un cántico nuevo, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y* ***con tu sangre los***[8] (a la Iglesia) ***has redimido para Dios*** (pagando un precio)*, de todo linaje y lengua y pueblo y nación*» (Ap. 5:9). Gloria al Señor. Él nos ha redimido con su sangre. Lo podemos ver también en Levíticos 17:11, donde la Palabra dice así: *"Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona*». De manera que Él debía derramar la sangre, así como aquel corderito que sacrificaron en los hogares hebreos cuando todavía no habían salido de Egipto, como requisito indispensable para ser liberados; fueron libres porque obedecieron a Dios, y sacrificaron aquel corderito por familia, y su sangre fue untada en el dintel de las puertas de los hogares que habían obedecido la orden de Dios. El hogar que no hubiere obedecido, pasaba el ángel de la muerte, entraba en ese hogar para herir de muerte al primogénito de la familia. Si Dios había dicho algo había que creerle, porque todo lo de Dios se recibe por fe. A Dios hay que creerle, porque Dios es veraz. Cuando se le cree a Dios, hay vida; cuando se le cree a Dios todo es positivo para nosotros. Bendito el nombre del Señor.

[8]En el original griego la palabra es *los*, pues se trata de un canto entonado por los 24 ancianos que están delante del trono de Dios, que son seres celestiales, y por ende ellos no han sido redimidos.

IMPLICACIONES DE LA REDENCIÓN

¿Qué está implicado en la redención? ¿De qué nos ha redimido el Señor? Vamos a ver algunos puntos para ahondar de qué nos ha redimido el Señor.

1) Pago del rescate. En la redención está implicado el pago del rescate mediante la sangre de Cristo. «*Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios*» (1 Co. 6:20). Con ese alto precio nos redimió el Señor. Al decir que Cristo nos compró, lógicamente somos del Señor; el Señor nos liberó de aquella esclavitud, y ahora somos de Él. Él nos compró pagando un alto precio. Es el precio más alto que alguien pueda pagar por otro. Ya lo hemos leído en Apocalipsis 5:9.

2) Redención de la ley. Es la eliminación de la maldición de la ley. «*Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque escrito está: maldito todo el que es colgado de un madero)*» (Gá. 3:13). «*Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, [5]**para que redimiese a los que estaban bajo la ley**, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos*» (Gá. 4:4,5). Arriba vimo lo de la adopción, que es más que una simple adopción legal, porque Él nos hizo sus hijos viniendo Él mismo a vivir dentro de nosotros para impregnarnos de su vida de tal manera que hoy somos más que hijos adoptivos legalmente, pues tenemos en nosotros la misma naturaleza del que nos adoptó.

3) La eliminación de la esclavitud del pecado. Cuando por la redención se elimina en nosotros la esclavitud del pecado, somos aptos para el disfrute de la libertad de la gracia; entramos en una nueva esfera de la vida con Dios en Cristo. Es una nueva dimensión que antes no veíamos; no la podíamos ver «*Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, **no con cosas corruptibles, como oro o plata, [19]sino con la sangre preciosa de Cristo**, como de un cordero sin mancha y sin contaminación*» (1 Pe. 1:18,19). Con el transcurso del tiempo, en la historia de la Iglesia, se fue llenando la cristiandad de corrupción, de tal manera que mucha gente se fue enriqueciendo, volviéndose super millonarios en esas organizaciones eclesiásticas de factura humana, y aún se siguen enriqueciendo algunas vendiendo

la salvación a las personas ignorantes; pero aquí dice otra cosa; aquí dice que fuimos rescatados de nuestra antigua manera de vivir por medio de la sangre preciosa del Hijo de Dios.

FRUTOS DE LA REDENCIÓN

En nuestra antigua manera de vivir nosotros éramos esclavos de una naturaleza caída, heredada de nuestros padres de siglo en siglo; y nadie se podía escapar de esa esclavitud, hermanos. Puede la persona decir y prometerse: Este año sí voy a hacer las cosas correctamente; me voy a proponer; pero puede hacer miles de juramentos. Incluso, hermanos, puede ir a una notaría, jurarle a otra persona con un documento escrito y legalizado, y decirle: Aquí delante de este notario o delante de este juez, te juro firmando este documento, que este año te voy a ser fiel; pero ese mismo año pueden resultar peores las cosas. Porque todo lo que tú quieras hacer sin Cristo, no vale nada; porque no tienes poder para hacerlo. Nosotros sin Cristo en nosotros no cumplimos ninguna palabra porque somos corruptos; solamente la vida de Él dentro de nosotros nos lleva a actuar con bien. Entonces, el Señor, sabiéndolo, es como si nos dijera: Yo quiero que tú seas como Yo; y para eso es necesario meterme dentro de ti, y formarme en ti, para que tú seas como Yo. Para que seamos semejantes a Dios, tiene Dios que meterse dentro de nosotros; y ese es el propósito de Dios, pues Dios quiere que nosotros seamos la imagen de su Hijo, pues su Hijo es la misma imagen del Padre.

Entonces Él se mete dentro de nosotros; y empieza una lucha; yo a no dejarme transformar, a no negarme, y Él como quien va detrás de mí, diciéndome: Niégate, lleva tu cruz; quiero que sea como Yo; tú solo no puedes; tú solo estás derrotado, tu yo es un problema, tu yo está vencido, tu yo te está llevando a la ruina, tu yo te lleva a la derrota; Yo te hago victorioso. Pero no lo queremos creer, hermanos; somos sordos y necios. Él es nuestra sabiduría. Bendito el nombre del Señor. Él derramó hasta la última gota de su sangre para redimirnos, para que no fuéramos esclavos de una herencia de muerte que tiene arruinada a la sociedad. Miren, hermanos, Cristo cuando estaba ejerciendo su ministerio en Palestina, dio muestra claras de que Él no vino ni estuvo interesado en cambiar las instituciones; él no vino a hacer un

cambio social; Él no vino a transformar las políticas ni el *modus operandi* del Imperio Romano; porque si sus intenciones hubiesen sido adelantar un cambio social sin cambiar el corazón de los hombres, eso no hubiera servido de nada. Fijémosnos que cada año cambian los códigos en Colombia, pero eso no hace que se disminuya la criminalidad; lo mismo sucede con la Constitución de 1991; a estas alturas le han introducidos muchas reformas, pero cada día las cosas empeoran, sin embargo, esto va a la deriva.

UNA NUEVA RAZA

¿Por qué? Porque Cristo no vino a cambiar las instituciones; Él vino a cambiar el corazón de los hombres; Él vino a proponer al mundo otra clase de gente, una raza nueva, ante una sociedad donde ya no cabe más corrupción; pero la gente no cree que sólo en Cristo podemos convertirnos en esa raza nueva, sino buscando crear nuevas leyes. Pero todo el que no crea en Cristo llegará a ser parte de la escoria escatológica; llegará el momento en que toda la basura de la humanidad será echada en un gran basureo que es un lago de fuego, para que solamente reine la raza que Cristo está levantando ahora. La humanidad no quiere creerlo, ni aun muchos líderes religiosos, pues muchos están jugando a la religión y al mundo. Bendito el nombre del Señor. Nosotros no venimos aquí a jugar o a reunirnos en un club. Si así fuera, yo preferiría estar descansando en casa. Nosotros venimos a adorar a Dios con la expectativa de saber qué quiere el Señor con nosotros en este momento crucial de la Iglesia. Nosotros tenemos que ponerle cuidado a la Palabra de Dios. Tenemos que entendernos con el Señor, y si no nos entendemos ahora, pues más tarde, cuando estemos delante del Señor en su tribunal, la tendremos amarga. Porque el Señor, cuando Él venga, primeramente va a poner orden en su propia casa, antes de venir a juzgar a todo el mundo. Cuando el Señor venga en su gloria, el primer juicio que va a haber será el juicio de la Iglesia. Esto no se está predicando debido a que esto es impopular. Cuando se anuncia que la Iglesia sí va a pasar por la gran tribulación, muchos se escandalizan. ¿Cómo es posible que tú digas eso? Pero, hermano, no lo digo yo, lo dice la Biblia. Nosotros necesitamos conocer que nuestra vida está en Cristo, y que no debemos tenerle miedo a nada, ni a la muerte. Bendito el nombre del Señor. Que sean sólo palabras; que el Señor nos

ayude; le hemos pedido al Señor que nos dé valor, que nos dé entereza.

LOS PECADOS SON QUITADOS DE LA PERSONA

Volviendo a lo de la redención, nos preguntamos, ¿qué significa el perdón de los pecados? «*En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados*». Perdonar los pecados significa quitarlos, quitar los pecados de la vida de uno. Al ser redimidos quedamos liberados de esa carga. Leamos las palabras de Juan el bautista al respecto. «*El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios,* ***que quita el pecado del mundo***» (Jn. 1:29). En el Antiguo Testamento había una enfermedad que representaba al pecado, que era la lepra, y la lepra tenía que ser quitada (cf. Lv. 13; Nm. 12). Cuando Aarón y María, los hermanos de Moisés, murmuraron contra Moisés por causa de que él había tomado por mujer a una cusita, y pecaron delante de Dios, el resultado visible es que el cuerpo de María se llenó de lepra; y María fue echada del campamento durante siete días, y el pueblo no pasó adelante hasta que se reunió María con ellos, y ella no pudo entrar en la comunión del pueblo de Dios hasta que no fue limpia de la lepra. Perdonar, pues, los pecados por la sangre de Cristo es quitar los pecados; cuando una persona llega a los pies de Cristo, todos sus pecados pasados son quitados; lógicamente que si un creyente peca de nuevo, pues entonces tiene que confesar el pecado, y ser limpiado por la sangre, y Él es justo y fiel para hacerlo. «*Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad*» (1 Jn. 1:9).

LAS RIQUEZAS DE LA GRACIA DE CRISTO

Volvemos a Efesios 1: «*En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia,* [8]*que hizo sobreabundar* (a la gracia) *para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia*» (vv. 7,8).

Dios es rico en gracia. Gracia es lo que Dios hace por nosotros; el Señor se da a nosotros por gracia; no porque nosotros merezcamos nada. Tanto nos ama Dios que la hizo sobreabundar; Dios no escatimó nada; Él nos ha dado lo más precioso que hay, a su propio Hijo y a su propio Espíritu.

Esa es una sobreabundancia; nosotros no tenemos ni idea quién es Cristo. Por eso a veces hay personas que tienen algunos interrogantes muy terrenales. Por ejemplo, a veces se nos puede dar por pensar: ¿Será que cuando estemos allá nos volveremos a casar? ¿Será que en el cielo tendremos mujer, o tendremos esposo? No, hermanos, eso no tiene comparación. Cristo es infinitamente más glorioso, de más sabrosura, de más placer, disfrute y felicidad que todos los matrimonios juntos, que todas las glorias de los hombres, que todo lo que aquí tenga poder de atracción y poder de amarrar a las personas; la sola presencia de Él en nosotros, la abundancia de Él, la plenitud de Él en nosotros sobrepasa todo lo que nos podamos imaginar. Nosotros no tenemos real idea de quién es Cristo.

Dice la Biblia: «*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*» (Jn. 3:16). También nos dice: «*Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él.* [2]*Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es*» (1 Jn. 3:1,2). Es un amor muy grande. Por eso es que nosotros debemos considerar que somos más que super privilegiados, entonces debemos estar super contentos, super agradecidos, super felices. Aleluya. Tanto nos ama Dios, que nos ha dado sus inmensas riquezas sin escatimar nada. «*El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?*» (Rm. 8:32).

Y también dice: «*En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.* [13]*En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu*» (1 Jn. 4:9,13). El Espíritu Santo está en nosotros, y no se va; a veces lo contristamos con nuestras ofensas, pero Él no se va. A veces somos necios, más que necios, pues no estimamos en su justo valor este gran tesoro que tenemos dentro de nosotros. Que el Señor tenga piedad de nosotros, hermanos.

SABIDURÍA PARA CONOCER EL MISTERIO DE LA VOLUNTAD DE DIOS

Dice: «*Riquezas de su gracia, [8]que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia*» (Ef. 1:7,8). Algunos exégetas dicen que se trata de sabiduría de Dios e inteligencia de Dios; lo que también se traduce prudencia; algunos traducen que nos da esa sabiduría y esa prudencia a nosotros; yo personalmente me inclino por lo segundo. Sabiduría en griego es *sophía*. ¿Y qué es *sophía*? Es un conocimiento que penetra hasta el corazón de las cosas; porque uno puede decir que conoce algo, pero en realidad las puede estar conocimiento muy superficialmente; pero con la sabiduría de Dios entramos en el corazón de ellas, en el espíritu mismo de las cosas. Pero ahí también dice inteligencia, es decir, prudencia. Cuando en nosotros hay prudencia, entonces ese conocimiento nos conduce a obrar correctamente. Entonces, ¿para qué esta sabiduría y esta inteligencia? Es por causa de lo que viene ahora, por causa de lo que Dios nos está revelando, para que lo podamos recibir. Dios nos ilumina el entendimiento para que podamos recibir y comprender su propósito. Porque uno suele predicar únicamente que Jesucristo vino a perdonar nuestros pecados y que no vayamos al infierno. En eso no está encerrado todo el propósito del Señor; eso es parte del propósito, pero no es todo el propósito en sí. El propósito de Dios es mucho más amplio. Entendamos esto, con la ayuda del Señor, leyendo los versículos siguientes.

«*Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto a sí mismo, [10]de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra*» (Ef. 1:9,10). Si no tenemos sabiduría e inteligencia (prudencia), no podemos llegar a conocer el misterio de la voluntad de Dios que Él nos está revelando. Misterio aquí es algo escondido en el corazón del Señor; Dios, desde antes de la fundación del mundo, ya tenía ese propósito escondido en su corazón, en el centro de su voluntad; era algo escondido en Él, hermanos. En la Biblia se ve que algo de eso había revelado en el Antiguo Testamento. Por ejemplo, a Abraham le reveló algo cuando le dijo: «*En tu simiente* (en Cristo) *serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mis voz*» (Gn. 22:18). Después siguió diciendo algo de eso, pero no lo reveló con

toda amplitud hasta que llega Pablo, y le revela el misterio. A todo esto que hemos visto, Pablo le llama ***el misterio de su voluntad***. Dios tiene voluntad, Él tiene un corazón, Él tiene un propósito. Dios se goza, hermanos, en que eso se ejecute, en que lo conozcamos; para Él es motivo de mucha alegría el que nosotros, los que hemos recibido esta salvación, conozcamos este misterio, eso que jamás había sido conocido de los hombres, ni siquiera de los ángeles. Este misterio no lo conocía nadie, ni los ángeles del cielo, ni Satanás antes de caer en pecado con todo y que era el mayordomo del trono de Dios, no lo conoció, pues Dios no lo había revelado a criatura alguna.

REVELANDO EL MISTERIO

«*Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley*» (Dt. 29:29). Llega un momento en que Dios nos las va revelando, pero para eso entonces nosotros recibimos sabiduría, pero sabiduría de arriba, no de la Universidad Nacional, sino del conocimiento de Dios. Bendito el nombre del Señor.

El misterio estaba escondido en Dios, y nos lo dio a conocer por medio de su revelación en Cristo. Cristo vino a revelar al Padre; ¿cómo? Por medio de la encarnación del Verbo de Dios, de su vivir humano, de su ministerio terrenal, su crucifixión, su resurrección, glorificación y ascensión de nuevo al Padre; en todos esos actos históricos, Él fue revelando; pero esa revelación se fue dando cuando las cosas iban teniendo su sazón. A un niño que no haya crecido lo suficiente no le pueden enseñar matemáticas, y esto también en un orden. Primero los fundamentos. Entonces el misterio de Dios es Cristo. Cuando Dios revela a Cristo, empieza a revelarse el misterio de Dios. Es cuando Cristo empieza a obedecer, a hacer la obra del Padre, a hacer lo que el Padre le mandó. Él es el misterio de Dios. Dios quiere que comprendamos todo lo que Él nos ha revelado respecto de la persona y obra de su Hijo amado. Nada hay que Dios dé y que Dios reciba, sino a través de Jesucristo. Pero eso, hermanos, todas las religiones del mundo que descartan a Jesucristo, no tienen nada que ver con Dios, ni Dios con ellas. Todos los que descartan a Jesucristo y lo niegan como

Dios que es, no tienen ninguna relación con Dios. No voy a mencionar nombres. Cada quien que asuma su responsabilidad. Aquí no estamos navegando en el ecumenismo, porque la auténtica comunión es con Cristo. Conociendo y viviendo la visión del Cuerpo de Cristo podemos recibir y entender mejor el misterio de Dios en Cristo.

EL MISTERIO DE CRISTO ES LA IGLESIA

Dios nos ha revelado respecto a la persona y obra de Jesucristo, pero el misterio de Jesucristo es la Iglesia. Mirémoslo un poco más adelante en esta misma carta. «*Que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente, [4]leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, [5]misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: [6]que los gentiles* (aquí está el misterio) *son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio*» (Ef. 3:3-6). ¿Cuándo iba un judío a pensar que esto estaba en los planes de Dios? Si nosotros para ellos hemos sido una raza muy inferior, considerados unos perros. ¿Cuándo un judío podía pensar que también nosotros los perros fuésemos también a integrar el mismo cuerpo con ellos, escogidos por Dios como ellos para que eternamente seamos del cuerpo que Dios dice de la persona de su Hijo? ¿Cuándo? Eso no podían admitirlo. Eso ha sido uno de los grandes obstáculos históricos para que los judíos crean que Cristo es el verdadero Mesías. Y por eso el mismo apóstol Pedro se resistía a ir a la casa de un gentil; y el Espíritu mismo tuvo que ordenarle que fuese a la casa de Cornelio. Pedro estaba renuente a obedecer, a menos que fuese una cosa clara; en ese momento aún Pablo no había recibido la revelación de este misterio. Pero el Espíritu le ordenó que fuera (cf. Hch. 10).

Cristo ha hecho de la Iglesia un solo pueblo, pero nosotros los hombres la hemos dividido y subdividido infinitesimalmente; y nadie se quiere dar por enterado de que le estamos desobedeciendo a Dios con tanta divisiones. Si enseñamos esa revelación bíblica, nadie nos cree, o nadie nos quiere creer. Es posible que muchos piensen que todo esto es un invento de nosotros, como si nada de esto estuviera registra-

do en las Escrituras. Pero a pesar de la oposición de los hombres, Dios quiere un solo pueblo, un solo cuerpo unido. Por un lado los judíos no quieren que exista ese solo pueblo de Dios en Cristo, pero lo más triste es que los gentiles de la cristiandad tampoco quieren que exista una iglesia unida como un solo pueblo. Dios dice aquí que Él derribó toda pared intermedia, derribó toda barrera de separación, derribó toda muralla y todo lo que nos estuviera dividiendo de otros pueblos que eran de Él. Dios estableció que en cada localidad hubiese una expresión de esa unidad del Cuerpo de Cristo, y solo una; es decir, todos los santos en Cristo unidos y juntos, con sus obispos y diáconos.

RESTAURACIÓN DE TODAS LAS COSAS EN CRISTO

La Biblia de ninguna manera está apoyando ninguna división de la Iglesia de Jesucristo, porque eso no es bíblico, no es de Dios. Si las personas son de Cristo son nuestros hermanos, pero los sistemas divisivos no los aprueba la Palabra, porque lo que hacen es establecer barreras de separación entre el pueblo de Dios. No tenemos nada en contra de nuestros hermanos, sino del sistema que divide a la Iglesia, porque eso no es de Dios. La Iglesia del Señor es una nueva raza, una raza donde se amen, una raza compuesta de judíos y de gentiles; una raza donde no haya iglesias de blancos, ni de negros, ni de chinos, ni de judíos, ni de arios, ni de ricos, sino donde todos seamos un solo cuerpo, sin divisiones ni barreras. Con una sola fe, un solo Señor, un solo cuerpo, un solo Espíritu, una sola enseñanza, una sola doctrina, un solo rebaño, un solo Dios, un solo deseo, una sola voluntad, una sola esperanza, un solo anhelo. Es lo que quiere el Señor.

En Cristo, Dios nos lo nivela; Dios no hace acepción de personas. El Señor está trabajando en esto, y los hombres se le oponen, le hacen la guerra; pero Dios está trabajando con los pocos que le obedecen. No importa que estemos en las pequeñeces (cf. Zac. 4:6-10); no importa que materialmente no tengamos mucha fuerza; no importa que ahora no tengamos mucha plata y oro; pero tenemos la fuerza del Poderoso y de la Palabra. No abrimos las puertas con dinero, ni nos interesa hacerlo, pero el Espíritu nos la abre con su poder.

CONSECUENCIAS DE LA REBELIÓN DE LAS CRIATURAS

«*Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito* (Dios se place en esto)*, el cual se había propuesto en sí mismo, [10]de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra*» (Ef. 1:9,10). ¿Por qué dice la Palabra que Dios se había propuesto en sí mismo de reunir todas las cosas en Cristo? ¿Es que acaso las cosas han estado dispersas y no han estado reunidas en Cristo? No. Dice Colosenses que todas las cosas fueron creados por medio de Él y para Él (cf. Col. 1:16); pero hubo una rebelión en el cielo, y empezaron las criaturas, bajo el liderazgo del querubín Lucero, a independizarse y desmembrarse de Cristo, a no tenerlo por cabeza (cf. Is. 14:12-15; Ez. 28:12-19; Ap. 12:9); y luego ese mismo querubín, usando la forma de la astuta serpiente, se allegó al hombre, y le inyectó el mismo veneno de la rebelión, de la independencia, y el hombre también se desmembró de Cristo y dejó de tenerlo por cabeza. Mira, come de este fruto que te han prohibido, y verás que serás como Dios, conociendo el bien el y el mal. Como diciéndole: No es bueno que estés en esa actitud sumisa ante Cristo; no, tú eres muy valioso (cf. Gn. 3:1-6). ¿Y cuáles fueros las consecuencias de esta desobediencia del hombre? Que cayó en desgracia y en oscuridad; se hizo esclavo del diablo, y no lo ve. Después de la caída, el espíritu del hombre se llenó de las tinieblas de muerte, y con el tiempo su conciencia se fue cauterizando. Ahora el hombre es prepotente, el hombre ahora se cree muy sabio; el hombre ahora se cree independiente; el hombre ahora piensa que es cursi creer en Dios. Incluso a algunos creyentes, en ciertos círculos sociales, les da como vergüenza declarar que son cristianos. De pronto con eso no estarían muy a tono con las circunstancias. ¿Por qué sucede eso? Porque a la Iglesia también entró un fuerte coletazo de ese mismo espíritu de independencia que tuvo su origen con Lucero.

EL PLAN ETERNO DE DIOS

Pero el Señor en Cristo había ya elaborado un plan para recapitular todo el dominio de las criaturas, y volver a reunir todo en torno a Cristo. Que la cabeza de todo, comenzando por la Iglesia, sea su Hijo; y va a llegar ese día en que toda

rodilla se doblará delante del Señor. Tanto los que están los cielos, como los que están en la tierra y hasta los de debajo de la tierra, se doblarán delante de Cristo, y dirán que Jesucristo es el Señor (cf. Fil. 2:10,11), que Él es la cabeza. En eso está trabajando el Padre con el Hijo y el Espíritu Santo. Nosotros tenemos que entender todo esto; que no solamente han sido perdonados nuestros pecados, y que Él derramó su sangre solamente para que no vayamos al infierno. Hay un trabajo que se está haciendo, y el Señor nos está llamando para que nosotros nos interesemos por ese trabajo, que es la edificación de la casa de Dios. Se trata de su casa, no de edificios que se queman, que se destruyen, que no resisten un fuerte terremoto; pero el verdadero templo de Dios no lo destruye ningún terremoto. Bendito el nombre del Señor. El verdadero templo de Dios fue destruido, pero al tercer día resucitó y fue lleno de la gloria de Dios, y empezó a crecer sobre el gran fundamento resucitado y glorificado.

Entonces, restaurar todas las cosas en Cristo, reunir, recapitular, es el tema central de toda la epístola a los Efesios. Por eso el Señor en su misericordia nos ha guiado a estudiarla, hermanos. Debemos, pues, ponerle mucho cuidado a esta carta. Pero, ¿por qué restaurar? Porque todas las cosas fueron creadas en Cristo. Leámoslo en Colosenses 1:16. Ahí se comprende el por qué reunir, por qué recapitular, por qué está haciendo ese trabajo el Señor; pues todo eso es de Él. «*Porque en él* (en Cristo) *fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él*». Notemos lo que dicen los versos 19 y 20: «*Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, [20]y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz*». Entonces, ¿esa reconciliación por qué? Porque el pecado entró primero en Lucero y sus ángeles, y más tarde en el hombre, y luego desintegró y corrompió todo y llenó al mundo de tinieblas y de caos, y el hombre fue un fracaso; el pecado llenó todo esto de desorden. Entonces el Señor tenía que venir, y ahora es un trabajo también de las Iglesia. Esto es mucho más que asistir a una escuela dominical, es más que saludarnos con mucho cariño. La edificación de la casa

de Dios unificada requiere mansedumbre, dedicación, entrega, sacrificio, humildad y amor de parte de los edificadores.

EL PROPÓSITO CONFORME LA ECONOMÍA DE DIOS

Nosotros tenemos que tener conciencia de que somos el cuerpo del Señor; y ¿qué está haciendo Él? ¿Qué quiere Él de nosotros? Veamos de nuevo el verso 10: «*de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra*». ¿Qué es dispensación? Lo que aquí está traducido *dispensación*, en el griego aparece la palabra *oikonomían*; de *oikos*, casa, y *nomos*, ley, norma; es decir, la ley doméstica, la economía de la casa, administración del hogar. Entonces, ¿por qué dispensación? Porque Dios dispensa, nos da cosas para que nosotros las administremos, que seamos mayordomos de lo que Él nos da, que hagamos de ecónomos, a fin de haya normas en su casa. Dios quiere, pues, que al revelarnos ese propósito que tiene para su casa, haya un cumplimiento, una administración que ahora nos entrega a nosotros. Si el pueblo de Israel le falló, no quiere el Señor que la Iglesia le falle; y la Iglesia le ha fallado, hermanos. Por eso Él quiere levantar ahora un pueblo que realmente se enserie con Él, para que esa economía marche bien en su casa. Si tú recibes algo, administralo bien. Por eso esa palabra, *oikonomían*, a veces es traducida de diferentes maneras. Por ejemplo, en 1 Timoteo 1:3,4 es traducida edificación. «*Como te rogué que te quedases en Éfeso, cuando fui a Macedonia, para que mandases a algunos que no enseñen diferente doctrina, [4]ni presten atención a fábulas y genealogías interminables, que acarrean disputas más bien que* ***edificación*** *de Dios que es por fe, así te encargo ahora*». Aquí está hablando de los disidentes, de los que están enseñando doctrinas raras. Eso no edifica; hermanos, eso no satisface ni cumple la economía de Dios en su propósito eterno, ni la administración de su casa correctamente. Por eso ahí dice: «*ni presten atención a fábulas y genealogías interminables, que acarrean disputas más bien que edificación de Dios*». Esas enseñanzas no le convienen a la casa de Dios, no le conviene al propósito de Dios, no le conviene a la administración de los planes de Dios; eso desvía al pueblo de Dios. Hoy en día el pueblo de Dios está siendo desviado a cosas que no

tienen nada que ver con el plan de Dios; que tienen que ver con planes privados, pero son creídos y obedecidos porque son dirigidos por personas de prestigio eclesiástico, están dentro del sistema diciendo que es la iglesia, pero no es la Iglesia. El Señor tiene sus intereses, y su economía está basada en el Nuevo Testamento.

EL CUMPLIMIENTO DE LOS TIEMPOS

Volvamos al versículo 10: «*De reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra*». ¿Qué significa eso del cumplimiento de los tiempos? Lo que decíamos arriba, que las cosas tienen que tener una sazón. Mientras el alimento no está sazonado y cocinado, no se puede comer; mientras la persona no ha llegado a cierto grado de madurez, no puede recibir determinado conocimiento o responsabilidad. Mientras la humanidad no tuviese la suficiente madurez, no podía el Hijo de Dios encarnarse en una mujer y hacerse hombre; eso tenía que ocurrir en su momento preciso para que la humanidad pudiera recibirlo, pudiera soportarlo, pudiera entenderlo, pudiera alimentarse de Él, pudiera digerirlo y creerlo. Para eso de antemano Él fue apartando y preparando un pueblo monoteísta, diferente de las demás naciones, a quien pudiera irse revelando y preparando el camino para que el Verbo se encarnara, y por lo menos hubiese un pequeño remanente que estuviese esperándolo.

En el cumplimiento de los tiempos vino la redención; y aun así, no dejaron de preguntarle sus discípulos: «*Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? [7]Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el padre puso en su sola potestad; [8]pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra*» (Hch. 1:6-8). Como diciéndole: Señor, nosotros sabemos que tú eres el Rey; ¿te vas y no vas a restaurar el reino de Israel ya? ¿Acaso tú no eres el rey que esperábamos? ¿Tú no eres el Mesías prometido en las Escrituras? Pero el Señor les responde que tiene que haber una sazón para eso; la humanidad no estaba preparada para que ese reino fuese restaurado en Israel. Como diciéndoles: A ustedes ahora no les interese eso. Ustedes

ahora conténtense con ser los testigos míos cuando reciban el poder del Espíritu Santo; al recibirlo vayan por todo el mundo anunciando estas buenas nuevas.

Entonces, antes tenía la humanidad que recibir el mensaje; tenía la humanidad que conocer quién es el Señor; porque, ¿qué tal que Él hubiese restaurado el reino sin que nadie supiera realmente quién era ese rey? Miren lo que dijeron los dirigentes judíos de ese tiempo: Pilato, crucifícale, porque él dice que es el rey de Israel; y ese fue su INRI. De manera que todo el mundo debe saber quién es Cristo, y para ello tiene que pasar veinte siglos de historia de la Iglesia, con todas las herejías, los concilios, las apostasías, la cautividad babilónica de la iglesia, la reacción de Dios con la Reforma, el protestantismo, las grandes divisiones, y todo lo que está ocurriendo en la restauración de la unidad de la iglesia y la predicación del evangelio del reino, para que haya una madurez para que Él regrese a reinar. Ahora incluso vemos que las grandes corrientes de la cristiandad ignoran qué cosa es el evangelio del reino; y mucha gente confunde la salvación eterna con el reino de los cielos.

LOS TIEMPOS Y LAS SAZONES

De manera, hermanos, que esto del cumplimiento de los tiempos tiene una importancia suprema para el desarrollo de la economía de Dios. En griego tiempo es *cronos*, de donde viene cronología, cronómetro, anacrónico; pero en el versículo 10 no dice *cronos*, sino *kairós*. ¿Por qué Pablo no usó la palabra *cronos*? Porque *cronos* se usa para indicar el tiempo de duración de algo, pero en cambio *kairós* es la madurez, es la oportunidad de algo. Cuando la Palabra dice en Hechos 1:7: «*No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones*»; en griego dice: No os toca a vosotros saber los *cronos* o los *kairós*; es decir el tiempo que pase, y el momento preciso en que debe ocurrir, la oportunidad, esa sazón cuando se deben dar las cosas, cuando la humanidad pueda recibirlo, cuando todos puedan verlo, y al verlo, sepan quién está bajando, quién es ese que desciende, para que puedan correr a esconderse debajo de las piedras huyendo de la ira del que viene. ¿Por qué lo harán? Porque ya sabrán quién es; es aquel que han rechazado. Tiene que haber una sazón para que Él venga.

Y la sazón en la Iglesia la debe haber; la iglesia está

desazonada, y el Señor la está sazonando a martillo, con la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es cortante; la Palabra de Dios, hermanos, es eficaz. Entonces *cronos* expresa la duración de un período; en cambio *kairós* destaca su caracterización por ciertas peculiaridades, por ciertos acontecimientos, por cierta madurez que encierra el cumplimiento de los tiempos. También lo encontramos en 1 Tesalonicenses 5:1: «*Pero acerca de los tiempos (**cronos**) y de las ocasiones (**kairós**), no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba*». No todo *cronos* es *kairós*, pues no todo tiempo encierra madurez para algo. Todo tiene su madurez a su debido tiempo, y el Señor lo sabe exactamente. Bendito el nombre del Señor. Vemos, pues, que *cronos* marca la cantidad, la duración del tiempo; en cambio *kairós* determina la calidad, hechos específicos.

Ahora, ¿cuándo se inició ese *kairós* en la economía de Dios? ¡Aleluya! ¿Cuándo fue eso? Veámoslo en Marcos 1:14,15: «*después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, [15]diciendo: El tiempo (**kairós**) se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio*». Ahí empezó el *kairós*, la sazón u oportunidad, con la primera venida del Señor; y empezó, hermanos, a formarse el pueblo que ha de estar con el Señor eternamente. Gloria al Señor. También podemos verlo en Gálatas 4:4: «*Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo (**kairós**), Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley*». Si hubiera sido en tiempos de Nabucodonosor, no hubiera servido, hermanos, pues en ese tiempo no había la madurez necesaria para que el Hijo de Dios se encarnara. Tenía que ser después del regreso del cautiverio babilónico y pasara un tiempo (*cronos*) de unos cuatrocientos años, y se formara el nuevo Israel; y se dieran ciertas condiciones históricas, como que estuviera sobre el poder mundial el imperio romano (la cuarta bestia), que estuviera gobernando el emperador César Augusto, para que naciera en carne el Hijo de Dios de una mujer hebrea. Volvemos al versículo 10: «*De reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra*». De manera que en los cielos también hay cosas que deben ser reunidas en Cristo. Recuerden que la rebelión y el pecado no comenzaron en la tierra, sino en los cielos.

TANTO JUDÍOS COMO GENTILES

«*En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad,* [12]*a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo*». En capítulo anterior ya hemos hablado de la predestinación. Hay varios comentaristas bíblicos que dicen que los versículo 11 y 12 se refieren a los cristianos de origen judío, porque allí dice: «*nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo*», y luego en el versículo 13 se refiere as los cristianos de extracción gentil, porque dice: *"en él también vosotros"*; es decir, nosotros los de raza judía, los que primeramente esperábamos; y luego vosotros también los gentiles. Cuando dice: «*En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad* (significa que Israel no ha sido rechazado), [12]*a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo*». Y es verdad que los que primeramente esperaban a Cristo (al Mesías) eran los judíos. Esa es una realidad; antes que la Iglesia, ellos esperaban en Cristo, según la promesa hecha a Abraham. Entonces los judíos también esperaban al Mesías antes que nosotros ahora como Iglesia. Hay que ver ese nosotros de Pablo en el verso12, él en cuanto hebreo que era.

Pero también a los gentiles nos tocó parte de la herencia por nuestra unión con esa Simiente bendita. «*Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable;* [10]*vosotros* (aquí se refiere a los gentiles) *que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia*». (1 Pe. 2:9,10). Se refiere, pues, específicamente a los gentiles.

EL ESPÍRITU SANTO EN EL PLAN DE SALVACIÓN

Recordemos que el plan de salvación, el plan de redención comenzó, no hace dos mil años, sino que comenzó a ser puesto por obra en el Edén. «*Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.* [21]*Y Jehová*

Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió» (Gn. 3:15,21). Ahí está la primera promesa del Salvador, y también, las túnicas de pieles nos dan a entender las características de la redención, por medio de derramamiento de sangre. Analicemos los dos últimos versículos del estudio de hoy.

»*En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa,* [14]*que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria*» (Ef. 1:13,14). Hemos visto que el Padre nos elige y nos predestina, el Hijo nos redime y el Espíritu Santo nos sella como propiedad de Dios que somos, y nos sella con un sello invisible a los ojos del cuerpo humano.

A decir verdad, el Padre es el que nos sella, pero el sello es el Espíritu Santo, porque dice: «*fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa*»; y la imagen que lleva el sello es la imagen del Hijo, del Señor Jesús. En nuestro sellamiento interviene toda la Trinidad divina. «*Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios,* [22]*el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones*» (2 Co. 1:21-22). Pero, ¿por qué tenemos que ser sellados? ¿Qué importancia puede tener este sello? Analicemos un poco este aspecto, que sí reviste mucha importancia a los ojos de Dios.

IMPLICACIONES DEL SELLO DE DIOS

Veamos las siguientes implicaciones del sello de Dios. Recordemos que ahora somos propiedad exclusiva de Dios; el Señor nos compró. El sello es el mismo Espíritu Santo morando en nosotros, y es una "garantía" para el día de la redención (4:30).

a) ***Protección*** respaldada por una autoridad efectiva, la del Padre. «*Diciendo* (un ángel)*: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios*» (Ap. 7:3). «*Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás,* ***ni nadie las arrebatará de mi mano****.* [29]*Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre.* [30]*Yo y el Padre uno somos*» (Juan 10:28-30).

b) ***Propiedad*** o pertenencia. Es la segunda implicación del sello. Dios es dueño de los creyentes; Él tiene el título de propiedad del creyente. «*Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo; porque fuerte es com la muerte el amor; duros como el sepulcro los celos; sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama*» (Cnt. 8:6). «*Así que, ninguno se gloríe en los hombres; porque todo es vuestro;* [22]*sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro,* [23]***y vosotros de Cristo****, y Cristo de Dios*» (1 Co. 3: 21-23).

c) La ***garantía***, en la forma de arras. «*Fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa,* [14]***que es las arras de nuestra herencia*** *hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria*». «*Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención*» (Ef. 4:30). Ese día será cuando nuestro cuerpo sea redimido y sea transformado en un cuerpo glorioso, como el que ahora mismo tiene Cristo; es una prenda, es una prima, es un depósito que Dios nos ha dado de todas esas riquezas que tenemos en Cristo, y que ahora nosotros no tenemos el suficiente conocimiento de lo que eso implica. «*Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros* (es un sello vivo porque Él mora en nosotros)*, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros*» (Ro. 8:11). Entonces, el Espíritu Santo en nosotros es una garantía de que seremos resucitados, por esas arras, por ese adelanto, por esa vida que nos garantiza la herencia eterna.

Vemos, pues, que las tres Personas de la Trinidad divina siempre trabajan juntos, pero en Su economía vemos al Padre preferentemente creando, al Hijo redimiendo y al Espíritu Santo enviado para morar en nosotros para santificarnos, sellarnos, enseñarnos, guiarnos a la verdad, y ocuparse en la edificación de la Iglesia y la preparación de la esposa de Cristo. En la obra de la edificación también interviene el hombre, pero sin el Espíritu Santo nada podríamos hacer; sin el Espíritu Santo no puede morar Cristo en nosotros, y, claro, no podría haber Iglesia. El Espíritu Santo vino a formar a Cristo en nosotros. Damos gracias al Señor.

6

TRIUNFO Y SUPREMACÍA DE CRISTO

UNA IGLESIA DE MADUREZ ESPIRITUAL

Continuamos el estudio de la carta a los Efesios, esta hermosísima epístola de Pablo. Miren, hermanos, lo que hemos visto hasta ahora, el propósito de Dios con nosotros; también la labor en nuestra salvación del Padre, con su elección, con su predestinación, la redención por el Hijo, y luego el sello del Espíritu Santo como arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida.

Pero ahora, hermanos, vamos a seguir con una *perícopa* que abarca los versículos 15 al 23, que hablan del triunfo y supremacía de Cristo. Hay unas Biblias que tienen un subtítulo en este texto, que dice "Oración por los efesios", pero más que oración es el triunfo y supremacía del Señor Jesús. De manera que vamos a leer desde el versículo 15, tratando de comentar hoy hasta el versículo 23, cerrando así esta *perícopa* del triunfo del Señor que comprende Efesios 1:15-23.

«*Por esta causa* (es decir, por lo que ya hemos visto sobre nuestra salvación y el origen de la iglesia, sobre nuestra elección, sobre nuestra adopción como hijos, sobre nuestro sello por el Espíritu ya como pertenencia de Dios en Cristo) *también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos...*» (v.15). Note que Pablo dice: «*habiendo oído*»; él había permanecido tres años en Éfeso (Hch. 20:31); pero como él después no pudo volver a Éfeso, y fue llevado preso a Roma, y esta carta fue escrita desde Roma, entonces allá le llegaban noticias de sus amados; y por eso dice: «*habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús*»; eso nos dice que se trataba de una iglesia de fe, una iglesia de gente madura, para poder digerir, para poder alimentarse de esta profunda carta. Sigue diciendo: «*y de vuestro amor para con todos los santos, 16no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones*» (v.16). Aquí se destaca la fe de los hermanos en el Señor Jesús; y habla del amor de los hermanos por todos

los santos.

LA FE QUE OBRA POR EL AMOR

De manera que vemos que la fe va ligada al amor. La fe genuina en el Señor se traduce en obras de amor hacia los hermanos, hacia los santos. La fe puede ser intangible, pero debe traducirse en obras concretas; Dios quiere que la fe sea algo positivo, como lo dice Pablo en la epístola a los Gálatas. «*Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión* (no importa qué extracción tengamos; si en el pasado fuimos judíos o gentiles, católicos o musulmanes, protestantes, comunistas, guerrilleros, no importa; en Cristo Jesús nada de eso importa)*, sino* ***la fe que obra por el amor*** (eso es lo que quiere el Señor, que la fe que decimos que le tenemos a Él, obre, haya obras de amor por los santos)*. [13]Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros*» (Gá. 5:6,13).

Que no lo estemos practicando bien, es una verdad; pero digámosle eso al Señor, comenzando por mí, claro. Digámosle: Señor, ayúdame a que la fe mía se traduzca en amor, en obras de amor por los santos. Él me llevará a eso. El amor cristiano tiene a Dios como su fuente y como su principal objeto, porque el amor ágape es parte del fruto del Espíritu de Dios en el cristiano (cf. Ga. 5:22); pero también se ejercita entre los hermanos, no como un mero impulso que provenga de los sentimientos. Amar como el Señor nos ama (Juan 15:12), es con el sublime amor de Dios, es el amor *ágape*. El amor *fileo*, el salido de los sentimientos humanos, es inferior al divino, por muy entrañable que sea.

Ahora yo lo veo con cierta dosis de egoísmo, pero Cristo en mí me llevará a que mi fe se traduzca en amor. Si yo se lo pido, amaré con el amor de Él; ese propósito me llevará allá. No esperemos que los demás nos amen; no esperemos nunca eso, hermanos. Ni estemos pidiéndole al Señor que los demás nos amen. Eso no está bien; nunca está bien. Esa oración nunca la debemos hacer, sino decirle al Padre: Señor, que yo pueda amar, que yo pueda tolerar. Porque es que a nosotros nos gusta que nos amen, que nos consientan; y muchas veces a nosotros se nos olvida amar y consentir a los demás hermanos. Pedirle al Señor que los

demás nos amen no es la oración que al Señor le satisface. «*Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?*» (1 Jn. 4:20).

Nosotros debemos madurar espiritualmente; una oración pidiendo amor de los demás hacia nosotros es muestra de inmadurez. Pablo en esta carta alaba a los hermanos de Éfeso, porque dice: «*Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos,* [16]*no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones*». Esto no era porque ellos pregonaran cuánto amaban ellos a los hermanos, no; el que ama verdaderamente, no lo dice. En cuanto tú más amas, menos estás proclamando ese amor, pues el auténtico amor, más que decirlo, se traduce en obras. Por eso Pablo dice: «*no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones*». Qué lindo que alguien se acuerde de nosotros para orar.

Pero, ¿orar para qué? El apóstol hacía memoria de los hermanos en sus oraciones, ¿para qué? Pablo dice: Voy a orar, estoy orando, hago memoria de vosotros en mis oraciones «*para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él*» (v.17), en el conocimiento de sus propósitos, en el conocimiento de ese misterio que nos está aquí revelando en esta carta; para poderlo comprender. Hermanos, hay mucha gente en la Iglesia que no conoce, no puede abarcar estos misterios.

Ya son cristianos, son nuestros hermanos, son salvos, pero estas cosas todavía nos las pueden manejar. Entonces hay que pedir por los hermanos, para que el Señor a ellos y a nosotros nos dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, de sus misterios, de sus propósitos. Cuando aquí leemos ***espíritu*** *de* ***sabiduría*** *y de* ***revelación***, en el griego esas tres palabras son *pneuma* de *sophía* y de *apocalipsis*.

Con este espíritu de revelación, Él nos quita el velo para que podamos ver lo que Él nos está manifestando; nos va quitando todo velo para que no haya oscuridad en nosotros; de manera que hay un desvelamiento.

UN DESVELAMIENTO

Miremos un poquito acerca de este desvelamiento, acerca de este apocalipsis; pues no solamente se llama apocalipsis el último libro de la Biblia, sino que hay apocalipsis cada vez que el Señor nos revela algo. Veamos los siguientes puntos:

a) En Lucas 2:32 habla de que Cristo aparta el velo de tinieblas que cubría a los gentiles. «*Luz para revelación* (apocalipsis) *a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel*». Eso es parte de una oración profética del anciano Simeón, que encierra una revelación, en la ocasión cuando Jesús fue llevado al templo siendo niño para ser presentado al Señor. Es lo mismo que lo que nos está ocurriendo a nosotros; Cristo apartó el velo para que pudiéramos verlo.

b) También Cristo quita el velo para que nosotros los creyentes conozcamos el misterio, el propósito de Dios en esta edad que estamos viviendo, en la edad de la Iglesia. «*Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación* (apocalipsis) *del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos*» (Ro. 16:25). Dios quita el velo y lo pone a uno a mirar Su misterio; podemos conocer a Cristo y a su Iglesia. «*Que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente*» (Ef. 3:3). Para esto el Señor nos ilumina el entendimiento, para que la mente pueda captar lo que Dios nos revela cuando el velo es quitado; entonces es cuando lo podemos mirar, entender, lo podamos manejar.

c) También ese desvelamiento está relacionado con la comunicación del pleno conocimiento (*epignosis*) de Dios al alma, como lo hemos leído en el versículo 17: «*Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría, y de revelación en el conocimiento de él*». Esto se lo da Dios a letrados, pero también se lo da a personas ignorantes en muchas letras; la condición es que sea creyente y busque al Señor; tenga ese deseo, tenga esa sed; si es así, recibe revelación.

d) Asimismo se aplica este desvelamiento a una expresión de la mente de Dios para la instrucción de la Iglesia. En la primera carta de Pablo a los Corintios, en el capítulo donde habla del don de lenguas, trata de esto, cuando dice: «*Ahora, pues, hermanos, si yo voy a vosotros hablando en lenguas, ¿qué os aprovechará, si no os hablare con revelación* (apocalipsis, revelando algo de Dios)*, o con ciencia*

(conocimiento)*, o con profecía, o con doctrina? [26] ¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación*» (1 Co. 14:6,26). Al hablar en lengua en voz alta en la reunión de la iglesia es para revelar algo de Dios: o que haya ciencia, o que haya profecía, o que haya doctrina; es decir, que se adoctrine, que se instruya la iglesia, para que haya revelación de Dios.

¿Por qué el último libro de la Biblia se llama Apocalipsis? Porque es una revelación; es una predicción de acontecimientos llena de simbolismos relacionados con los juicios escatológicos de Dios. «*La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas, que deben suceder pronto; y la declaró enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan*» (Ap. 1:1). Como es una revelación que el Señor Jesús le está haciendo a Juan, su discípulo amado, entonces el Señor está quitando el velo, y Juan está mirando símbolos y símbolos; y él escribe toda esa simbología. «*Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia*» (v.11). Este libro es una serie de símbolos reveladores; y toda esa revelación está sistematizada en un libro llamado Apocalipsis.

PLENO CONOCIMIENTO DE DIOS

Seguimos leyendo Efesios: «*Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él*» (v.17). Aquí en Reina-Valera 1960 dice: «*en el conocimiento*», pero en el original griego dice *"en el pleno conocimiento"* (gr. ***epignosis***; de *epi*, sobre, y *gnosis*, conocimiento). No es lo mismo *gnosis* que *epignosis*. Vemos que en *epignosis* se le antepone el prefijo *epi* a *gnosis*; pues *epi* significa sobre, por encima de, y *gnosis*, conocimiento. Como ejemplo se suele usar la pirámide, que es un sólido que tiene por base un polígono cualquiera y cuyas caras, tantas en número como lados tanga el polígono, son triángulos que se juntan en un solo punto, llamado vértice. Si una persona se sitúa en una lado de la pirámide, sólo le puede ver una o dos caras, máximo tres; no puede observar toda la pirámide a la vez; pero si se coloca por encima de la pirámide, logra ver todas las caras; puede abarcar y observar todo el sólido, mirar

todos sus detalles; nada se le puede ocultar, porque lo mira todo. Por eso *epignosis* es un pleno conocimiento de determinada cosa. A Dios no basta con conocerle con gnosis; hay que conocerle con *epignosis*, porque hay que conocerle profundamente; como cuando tú estudias algo por encimita, lo estudias con gnosis, y obtienes un conocimiento superficial; pero cuando lo estudias con discernimiento, analizando todo, y llegas a lo profundo, al meollo de lo que estás estudiando, pues entonces estás estudiando con pleno conocimiento, con *epignosis*. De manera que Dios quiere que lo conozcamos a Él con ese conocimiento especial, que profundicemos con Él un conocimiento, una comunión; que nos interesemos por lo profundo del conocimiento del objeto que estamos estudiando; que sea un conocimiento total.

Entonces, hermanos, esa palabra *epignosis* denota discernimiento, denota reconocimiento; una mayor participación y comunión del creyente con Dios. En el capítulo 1 de Romanos, comparemos los versículos 21 y 28. «*Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido*». Ahí habla de que los hombres conocieron a Dios con un conocimiento superficial, *gnosis*. Ahí habla de que los hombres no conocieron a Dios en profundidad, sino superficialmente, y no se interesaron por Dios, ni lo alabaron y no lo tuvieron en cuenta. Luego leamos el 28 para comparar: «*Y como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios* (es decir, conocerlo con conocimiento pleno)*, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen*». Esto sucedió porque al hombre no le interesó conocer a Dios. Muchas veces, entre los hijos de Dios, conocemos a Dios superficialmente, y, claro, no podemos comprender lo que no conocemos, o no nos interesa conocer. Muchas veces nos inclinamos más por obedecer legalismos humanos, y no lo que Dios determina en su Palabra; porque ni siquiera conocemos la Palabra. A menudo no nos interesa conocer, ni mucho menos profundizar, y nos ocurre parecido a lo que dice en Romanos 1:28.

ALUMBRANDO LOS OJOS DEL CORAZÓN

«*Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles*

las riquezas de la gloria de su herencia en los santos» (Ef. 1:18). Si no son alumbrados los ojos de nuestro entendimiento, no podemos saber qué es lo que tenemos, qué son las riquezas que Dios nos ha dado. Ya en el versículo 14 había hablado de una herencia, y de que apenas hemos recibido las arras. Analicemos un poquito este versículo, hermanos. Cuando dice: «*alumbrando los ojos de vuestro entendimiento*», en el original griego no dice entendimiento. En el original griego dice: «*habiendo sido iluminados los ojos (gr.* ***oftalmos****) de vuestro corazón (gr.* ***kardías****)*». De *oftalmos* viene oftalmólogo, y de *kardías* viene cardiólogo.

EL CORAZÓN HUMANO

Entonces, ¿por qué traducen entendimiento y no corazón? Por esto, hermanos. Nosotros los humanos estamos constituidos por tres partes: cuerpo, alma y espíritu (cf. 1 Ts. 5:23). La parte más externa se llama cuerpo; luego un poco más profundo tenemos el alma; es tu personalidad interna, tu yo, tu individualidad; pero hay una parte más profunda incluso que el alma, que es el espíritu. El cuerpo está compuesto por muchos órganos; el alma tiene a su vez tres facultades (o partes) que son el entendimiento o mente, o razón; la voluntad, y las emociones o sentimientos. Pero más íntimamente en nuestro ser, Dios nos dotó de algo con el objetivo de venir Él mismo a morar dentro de nosotros, que es el espíritu humano. El espíritu en un creyente regenerado también tiene tres facultades o partes: La conciencia, la intuición y la comunión. Cuando una persona recibe a Cristo, recibe la vida de Dios, nace de nuevo, y esas tres facultades del espíritu toman vida. Entonces, ¿qué es el corazón humano? El corazón es lo más íntimo de una persona, de cualquier persona humana. El corazón se confunde con el alma; pero el corazón en un creyente está compuesto por las tres facultades del alma (mente, voluntad y sentimientos); pero también el corazón comprende las mismas facultades del espíritu humano.

Si consultas una buena concordancia bíblica, y buscas la palabra corazón, encontrarás que el corazón habla, que el corazón piensa, que el corazón decide, que el corazón ama, que el corazón se entristece, que el corazón reprende (por la conciencia del espíritu), que el corazón adora a Dios (cf. 1 Jn. 3:20,21). ¿Por qué todo eso? Porque es nuestro yo. ¿Por

qué Pablo habla aquí de alumbrar los ojos de vuestro corazón? porque en el corazón está el entendimiento. Entonces algunos traductores pueden usar la palabra corazón, pero más usan entendimiento pensando que muchas personas no lo van a entender. Muchos pueden pensar: ¿Qué será eso de alumbrar los ojos de mi corazón? Pero no sabiendo que el entendimiento está ubicado en el corazón. Gloria al Señor.

La Biblia dice que el corazón del hombre es malo. Esas acepciones morales y espirituales que aparecen en el Antiguo Testamento, siguen vigentes en el Nuevo. Como lo dice en Génesis 8:21: «*Y percibió Jehová olor grato* (del holocausto ofrecido por Noé)*; y dijo Jehová en su corazón: No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud; ni volveré más a destruir todo ser viviente, como he hecho*». Desde el primer libro de la Biblia declara Dios que el corazón del hombre es malo. Bendito el nombre del Señor. También en Jeremías 17:9: «*Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?*» Entonces, en la connotación espiritual y psíquica, el corazón humano comprende todos los atributos del alma y del espíritu humanos. Por esa causa el corazón vino a significar toda la actividad mental y moral del hombre con todos sus elementos racionales y emocionales, que están involucrados en el corazón (cf. He. 4:12). Cuando la Biblia habla de corazón, no pensemos jamás en el músculo que anatómicamente se llama corazón, pues no se trata de eso. Pero, ¿por qué esa relación del corazón como centro de la individualidad con el músculo anatómico? Pues porque el corazón es el órgano principal dentro del cuerpo humano, es el órgano central para el bombeo de la sangre, donde está la vida; por eso corazón en la parte espiritual y moral, es lo central. Por eso se le llama corazón.

MODUS OPERANDI DEL CORAZÓN

Entonces, por eso es necesario que ese corazón sea iluminado, para que pueda conocer y entender a Dios; y la única luz que verdaderamente ilumina es la luz de Dios en Cristo. El Señor dice: «***Yo soy la luz del mundo****; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la*

vida» (Jn. 8:12). Por eso el corazón denota las corrientes escondidas de la vida personal. El corazón de una persona sin redimir es una fábrica ambulante de pecado; el corazón va bombeando los pecados. El mismo Señor lo dice: «*No lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que de sale de la boca* (de lo profundo del corazón)*, esto contamina al hombre.* [19]*Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias.* [20]*Estas cosas son las que contaminan al hombre; pero el comer con las manos sin lavar no contamina al hombre*» (Mt. 15:11,19-20). ¿Por qué sale todo eso del corazón? Porque primeramente la persona lo medita, lo piensa (la mente está en el corazón); luego ese pensamiento invade los sentimientos (que están en el corazón); una vez que lo haya meditado y lo esté sintiendo, entonces decide tomar una determinación, actuar (la voluntad está en el corazón); incluso la misma conciencia puede obrar, pues si no hay luz en su conciencia, ésta no tiene capacidad para orientar a la persona y decirle: esto está mal. La conciencia reside en el corazón. La conciencia se empieza a iluminar cuando recibe la vida de Dios, en el Espíritu; entonces es cuando la conciencia empieza a recibir cada día más luz, y cada vez que recibe más luz, tiene más capacidad para iluminar, para ver las cosas que se están pensando y las que se están haciendo, y por dónde se está caminando; y los sentimientos que también quieren hacerse sentir en esa persona. Y esto es porque la conciencia es iluminada con la luz de Dios.

Como el corazón es lo principal, es el centro de la persona, entonces por eso la Biblia dice que el hombre debe amar a Dios con todo su corazón; es decir, con toda su mente, con toda su voluntad, con todos sus sentimientos, que tenga plena conciencia de lo que está haciendo. Amar a Dios con todo el corazón significa amarlo con toda la persona. «*Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es.* [30]*Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento*» (Mr. 12:29-30). Dios quiere que lo amemos conscientemente, tomando la decisión después de meditarlo; por eso es que el Señor está empeñado en que la mente de nosotros los creyentes debe ser renovada, pues ahí está el centro de todo. Ya vamos comprendiendo por qué Dios ha

depositado en el corazón del creyente el don de su Espíritu. «*Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado*» (Ro.5:5). «*El cual* (Dios) *también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones*» (2 Co. 1:22). «*Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama; ¡Abba, Padre!*» (Gá. 4:6).

También Cristo habita en el corazón del creyente, del hombre santo; mejor dicho, quiere habitar cuando no habita aún; porque hay una oración de Pablo en Efesios 3, donde dice que Pablo está orando por los efesios para que el Padre fortalezca el hombre interior de los hermanos, para que ellos puedan llegar a conocer las dimensiones de Dios. «*Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, [18]seáis plenamente capaces de comprender*» (Ef. 3:17,18). Entonces, ¿por qué dice Pablo *para que habite*? ¿Por qué no dice que ya está habitando? Porque primero debe fortalecerse el hombre interior, la vida de Dios en nosotros, para que la vida de Dios invada al alma; no se quede en el espíritu: invada al corazón y derribe todas esas fortalezas malignas del corazón humano. Porque, hermanos, yo puedo ser creyente, pero yo puedo vivir mi propia voluntad, y no dejo que Dios gobierne mi vida. Nosotros tenemos que ser sinceros con esto. Muchos de nosotros sabemos, estamos conscientes, que Dios no quiere que hagamos algo, o lo contrario, sabemos que Dios quiere que hagamos algo, y hacemos lo que sabemos que Él no quiere que hagamos, y no hacemos lo que sabemos que Él quiere que hagamos. Y así vamos posponiendo disponernos a hacer la voluntad de Dios; como si eso fuese algo secundario. ¿Cuándo será ese día? dirá el Señor. Eso quiere decir que el Señor no habita, no gobierna en nuestro corazón; nuestra vida es gobernada todavía por nosotros mismos y por nuestras inclinaciones naturales heredadas y aprendidas en este mundo. Dios quiere ocupar esta habitación, pero gobernándola Él, sentirse en su casa; donde Él reine, donde Él mande, donde Él gobierne.

LA ESPERANZA DEL LLAMAMIENTO

«*Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles*

las riquezas de la gloria de su herencia en los santos» (Ef. 1:18). Tenemos un llamamiento, y una esperanza de este llamamiento. ¿Qué será ese conocer la esperanza del llamamiento? ¿Para qué nos llama Dios? En el lenguaje de ciertos sectores eclesiásticos suelen usar la palabra *vocación* para indicar el presunto llamamiento de alguien a determinado oficio eclesiástico; por ejemplo, vocación sacerdotal; dando por sentado de que esa "*vocación*" es de parte de Dios. ¿Qué quiere decir vocación? Esa palabra viene del verbo latino *vocare*, llamar; de ahí viene invocar. Si está invocando a alguien es porque lo está llamando. Entonces la vocación es el llamamiento. ¿Para qué nos llama Dios?

a) ***Dios nos llama para ser salvos por la fe***. «*A todos los sedientos: Venid* (aquí hay un llamamiento) *a las aguas; y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche*» (Is. 55:1). La salvación es por fe, no por precio; aquí no compramos nada. Dios nos llama a ser salvos por la fe; pero la fe que se requiere para ser salvo no es una fe ociosa, no es una fe pasiva, sino una fe activa; y es una fe que se reactiva por medio del amor. «*Acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo*» (1 Tes. 1:3). Vemos que hay una obra en la fe; debe haberla; la fe debe producir un fruto.

b) ***Dios nos llama para darnos vida eterna***. El Señor quiere que nos aferremos a esa vida con una firme seguridad de que tú y yo somos hijos de Dios eternamente. Y el Señor quiere que ya tengamos un conocimiento firme como para que ningún predicador, por muy elocuente que sea, me haga tambalear. Soy hijo de Dios para siempre. Si ofendo a mi Padre, si le cometo una falta, el Señor me disciplina, pero sigo siendo su hijo. Gloria al Señor. «*Pelea la buena batalla de la fe,* ***echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo fuiste llamado****, habiendo hecho la buena profesión delante de muchos testigos*» (1 Ti. 6:12).

c) ***Dios nos llama para que le sirvamos***. Para ilustrar esto tenemos la parábola de los dos hijos en Mateo 21:28-31: «*Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y acercándose al primero, le dijo: Hijo, vé hoy a trabajar en mi viña.* [29]*Respondiendo él, dijo: No quiero; pero después, arrepentido, fue.* [30]*Y acercándose al otro, le dijo de la misma manera; y respondiendo él, dijo: Sí, señor, voy. Y no fue.*

[31] *¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Dijeron ellos: El primero. Jesús les dijo: De cierto os digo, que los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios*». Eso nos enseña que el Señor quiere que le obedezcamos. El Señor no se agrada con aquel que vive diciendo que va a hacer algo y nunca hace nada; que hagamos las cosas aunque a veces refunfuñemos.

d) ***Dios nos llama para ser santificados***. Lo santificado es aquello que ya no es común; lo que aparta Dios de lo mundano a lo sagrado. La Iglesia es santa porque el Señor la apartó del mundo para Él, para su servicio, para disfrutarla como su familia. Nosotros éramos de uso común, pero ahora somos de Dios, somos santos. Pero la santificación también es un proceso. Una vez nos apartó, pero ahora nos está santificando poco a poco, porque aún tenemos cosas en nosotros que no le agradan al Señor. Dice el Señor: «*Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad*» (Jn. 17:19).

e) ***El Señor nos llama para hacernos sus hijos***; como lo hemos estudiado en estos días. Dios nos da esa potestad de ser hechos sus hijos. «*Mirad, cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios*» (1 Jn. 3:1). Además de eso, venimos a ser morada de Dios, templo de Dios, familia de Dios; Dios nos llama a ser vencedores en Cristo, y a que reinemos con el Señor en el Reino que se manifestará en el Milenio. Con esto hemos profundizado un poco en lo de conocer la esperanza del llamamiento; pero el versículo 18 que estamos estudiando también habla de conocer las riquezas de la herencia de Dios en los santos.

CONOCER LAS RIQUEZAS DE LA HERENCIA DE DIOS

Hay una herencia de las riquezas de Dios. «*Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa; Tú sustentas mi suerte*» (Slm. 16:5). Significa que nuestra herencia es Dios; por eso nosotros podemos y debemos invertir en la causa de Dios. Pero también tengamos en cuenta que nosotros somos «*el pueblo que él escogió como heredad para sí*» (Slm. 33:12). La heredad es recíproca. Dios es nuestra heredad, pero así también nosotros somos heredad de Dios. Los santos son la herencia dejada por Jesucristo; Cristo poseyó una inmensa riqueza en Su Iglesia. A veces muchos creyentes en el mundo invierten fortunas, incluso enormes fortunas, para

organizar grandes empresas, lo cual puede ser metiéndose en cuantiosos compromisos, habiendo hecho antes de pronto enormes sacrificios en ahorros y austeridad, con el fin de lograr esas ostensibles metas; cuánto más debemos procurar invertir en la causa de Dios. Dios ha invertido mucho en nosotros; ha invertido lo mejor. ¿Qué ha invertido Dios en nosotros? Ha invertido su propio Hijo, su Santo Espíritu, toda su atención, todo su tiempo, todo su amor; Él está invirtiendo todo, porque Él tiene los ojos puestos en la Iglesia. Pero a veces nosotros no queremos invertir en su causa. No se nos olvide que nosotros debemos invertir en la causa de Dios, pues en Él lo tenemos todo. «*Y vosotros estáis completos en él* (en Cristo)*, que es la cabeza de todo principado y potestad*» (Col. 2:10). Para ello, Dios lo ha invertido todo en nosotros. Si vivimos ahora nuestra esperanza, con ello estamos atesorando ahora cuantiosas riquezas. Pero el versículo 19 agrega algo muy importante.

LA GRANDEZA DEL PODER DE DIOS

«*Y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza*» (Ef. 1:19). Hermanos, nosotros no sabemos el gran poder que tenemos entre manos. Para ello es necesario que sean iluminados los ojos de nuestro entendimiento. A veces nos creemos unos debiluchos, unos raquíticos; a veces lloramos solos pensando que nadie nos quiere; nos sentimos abandonados; pero eso es una mentira. Observemos cómo dice el versículo: «*Y cuál* ***la supereminente grandeza de su poder*** *para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza*». Quiere decir que Dios lo está proveyendo todo para nosotros. Este versículo hace hincapié en el poder de Dios. No tengamos miedo de nada. Cuando habla del poder de Dios que está a disposición de los creyentes, la palabra poder en griego es *dunamis*, de donde viene la palabra dinámica, dinamita, dínamo; es la fuerza, el poder de Dios. Es un megapoder, un super-hipermega poder, pues es un poder sobrepujante, es un poder supereminente. Esta palabra es la traducción del griego *hiperballon*, de donde viene la palabra "hipérbole", es decir, lo que sobrepasa toda medida, pues es un poder inconmensurable. Del griego *ballo* también viene la palabra balón, que se relaciona con arrojar, tirar, lanzar un balón más allá de la meta. Eso es poderoso para nosotros, hermanos.

También dice: «*conforme la operación del poder de su fuerza*». Operación en griego es *energeia*, de donde viene energía, actividad. Poder viene del griego *kratos*, lo que significa soberanía, gobierno. Conforme a la actividad de la soberanía de Dios, para los que creen en Él. Porque los que no creen en Él, ¿qué pueden esperar? Pero nosotros lo tenemos, y esto está aquí para nosotros; no figura en esta profunda carta para que nosotros lo pasemos por alto, en caso de que no lleguemos a entenderlo en su justo y legítimo significado; es para que nosotros lo entendamos con la luz que nos trae el Espíritu de Dios. Para que entendamos que todo el poder de Dios lo está aplicando a la Iglesia, porque la Iglesia es de Él, es su tesoro, ese tesoro que pagó por medio de su propio Hijo. ¿Lo entendemos bien? Fue con la sangre de su propio Hijo; aquel que dijo: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*» (Mt. 27:46); y eso sucedió para salvarnos a nosotros. Y el Padre lo dejó solo a fin de que se llevara a cabo cabalmente la redención, y el Señor llevara sobre sí todo el peso de nuestra culpa; y dice la Biblia: «*Y como que escondimos de él el rostro*» (Is. 53:3); y eso fue así, porque Él quería tener su Iglesia a costa de ese alto precio; y por eso el Señor ahora nos dice: No importa; ustedes ahora tienen una herencia, y por el poder mío se les entrega esa herencia a ustedes. Gloria al Señor. Eso tenemos que entenderlo, que vivirlo y darle gracias al Señor por ello. El poder de Dios es el poder dominar con que se impone esa fuerza todopoderosa. Eso no lo debemos dudar. Hablando de esa fuerza Marcos 12:29-30, dice el versículo siguiente:

«*La cual* (la fuerza de Dios) *operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales,* [21]*sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero*» (Ef. 1:20,21). Él muestra esa fuerza en todos los que creemos. Así como operó en Cristo, opera en nosotros ahora. En esos lugares celestiales está la Iglesia ahora. Al Padre le plació. Ven mi Hijo, yo te voy a poner en alto lugar, y allí estará tu Iglesia; y nos ha puesto por encima de todo principado (del griego *arkhé*, principal, el primero; de donde viene jerarquías angélicas y humanas, arquetipo, arquidiócesis), por encima de todas las jerarquías angélicas, por encima de todo mando y autoridad (*exouxía*), poder (*dunamis*) y señorío (*kiriótes*),

de todo título de nobleza que es otorgado. La palabra griega *kirios* significa señor; de manera que un señorío es un *kiriótes*. Cristo está por encima de todos los señoríos, de todas esas jerarquías y poderes tanto terrenales como celestiales. Cristo, desde hace dos mil años ha podido decir: Yo soy el Señor; pero el Señor hace las cosas bien. El Señor Jesús quiere que nosotros intervengamos en esa victoria de Él, y en ese señorío de Él, sobre todo principado y sobre toda potestad, tanto de los que están en los cielos como de los que están en la tierra, y debajo de la tierra. Gloria al Señor. «*Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él*» (Col. 1:16).

CRISTO SUPERIOR A LOS ÁNGELES

El Señor Jesús tiene todo el derecho de que eso sea una realidad; ya el demonio no tiene los poderes que tenía antes de que el Señor fuera a la cruz, porque ahora Satanás está vencido. Dejamos al lector el análisis del siguiente texto. «*Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, [2]en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; [3]el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, [4]**hecho tanto superior a los ángeles**, cuanto heredó más excelente nombre que ellos. [5]Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy, y otra vez: Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo? [6]Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios. [7]Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego . [8]Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino* (aquí está citando el Salmo 45:6,7). *[9]Has amado la justicia, y aborrecido la maldad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros. [10]Y: Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus*

manos. [11]Ellos perecerán, mas tú permaneces; y todos ellos se envejecerán como una vestidura, [12]y como un vestido los envolverás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán. [13]Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? [14]¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?» (He. 1:1-14). Vemos que se refiere sobre todo a potestades espirituales; ángeles de Dios o satánicos. Porque dentro de los ángeles de Dios hay jerarquías, y dentro de los ángeles malignos también hay jerarquías poderosas, y aún tienen ciertos derechos jerárquicos que ellos reclaman; pero Cristo está por encima de todas esas potestades; y lógicamente también la Iglesia lo está.

EL SEÑORÍO DE CRISTO

El Padre sometió a Cristo todas las cosas. «*Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, [23]la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo*» (Ef. 1:22,23). Dice en Salmos 8:6: «*Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies*». «*Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a él todas las cosas*» (1 Co. 15:27). «*El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano*» (Jn. 3:35). «*Y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios*» (1 Co. 3:23). El Padre lo dio por cabeza. «*A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo*» (Ef. 4:12). «*Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos*» (Ef. 5:30). «*Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular»* (1 Co. 12:27). «*Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia. [24]Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia*» (Col. 1:18,24). «*Y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios*» (Col. 2:19). Esas citas reiteran que Cristo es la cabeza. El Señor ejerce señorío sobre la iglesia y sobre todas las cosas. No sólo sobre la

Iglesia; lo que sucede es que en la Iglesia es donde se acata ese señorío, o por lo menos se debe acatar.

LA PLENITUD DE CRISTO

Hablemos un poco sobre la plenitud de Cristo. *«Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, [23]la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo*» (Ef. 1:22,23). Esta palabra traducida aquí plenitud (griego *pléroma*), es un dolor de cabeza para los traductores de la Biblia, o mejor, para los exégetas. Porque a veces se toma como que la Iglesia, su Cuerpo, es la plenitud de Cristo; pero la Iglesia no lo llena a Él, sino que Él llena a la Iglesia. La palabra griega *pléroma*, tiene la connotación de llenar; entonces esa palabra se debe usar en el sentido de que la Iglesia es llenada por Cristo, con todo aquello de que ella está siendo llenada espiritualmente; y quien la llena es Cristo. Entonces al llenarla Cristo es una plenitud de Él en ella.

Pléroma también denota la totalidad de los creyentes que forman el cuerpo de la Iglesia. Cuando ese número se complete, entonces la iglesia será trasladada. También eso es una llenura; Él necesita que su cuerpo esté completo. Pero creemos que la mejor versión de esta importante frase bíblica sería así: «*La plenitud de Aquel que está continuamente llenando para sí* (en la Iglesia) *todas las cosas en todos*». Cristo está llenando para sí, pero está llenando con lo de Él. La Iglesia debe ser el reflejo de Él, la imagen de Él; ella debe reflejar lo que es de Él. Porque si nosotros reflejamos sólo lo nuestro, hermanos, no reflejamos sino nada. Ahí sí reflejamos es pura madera, heno y hojarasca. Por muy brillante que pensemos que lo estamos reflejando, si no es de Cristo, no reflejamos sino lo perecedero, lo malo que pueda todavía haber en nuestro corazón.

Acordémonos, pues, hermanos, que una de las cosas que reflejan esa plenitud en la Iglesia es el amor de Cristo, es su sencillez, es la humildad del Señor. Oramos dándole gracias al Señor. Amén.

7

CÓMO SE PRODUCE LA IGLESIA

UN POCO DE CRÍTICA TEXTUAL

Continuamos en la parte doctrinal de Efesios, que son los tres primeros capítulos. Ya en el capítulo 4 es donde continúa con la parte práctica de esta carta. Aquí comienza lo que es la construcción o edificación de la Iglesia; por eso hoy corresponde el estudio al capítulo 2:1-10, para mirar allí el contenido de esta *perícopa* bíblica, que habla de la posición individual del cristiano. Inicialmente leemos del verso 1 al 3. Luego, los versículo del 4 al 10 ya cambia un poco el panorama de lo que aquí está enseñando la Palabra de Dios. Primeramente miramos la posición individual del cristiano; y comenzamos viendo la condición antigua, es decir, cuando aún estábamos muertos a Dios (vv. 1-3); después el capítulo 2 sigue con la condición actual del creyente: vivos para con Dios (vv. 4-10). «*Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, [2]en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, [3]entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás*» (Ef. 2:1-3). Hay que aclarar que la frase «***él os dio vida***», del versículo 1, no aparece en los manuscritos bíblicos más antiguos; fue una traducción dinámica; entonces se leería: «*Y a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados*». Esta idea continúa en el versículo 5, después del hiato.

Hay comentaristas que piensan que puede ser que del versículo 20 del capítulo 1 se sigue la idea al 2:1; es decir, que los versículos 21, 22 y 23 aparecen como un paréntesis, como una explicación. ¿Por qué? Porque el versículo 20 dice: «*La cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales;*» entonces seguiría: «*y a vosotros cuando estabais muertos en*

vuestros delitos y pecados...» Tenemos, pues, que esa frase, *él os dio vida*, no fue escrita por Pablo. Hay que tener en cuenta esa frase, a fin de que tengamos un mejor entendimiento de lo que estamos estudiando.

LOS ESPIRITUALMENTE MUERTOS

Veamos cómo se produce la Iglesia. Primeramente vemos, hermanos, que cuando dice: «*Y a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados*», significa que estábamos muertos (gr. *necrous*) espiritualmente. ¿Quiénes están muertos espiritualmente? sencillamente las personas no regeneradas, las personas que no han nacido de nuevo, las que no han experimentado el nuevo nacimiento espiritual, como lo explica el Señor a Nicodemo en el capítulo 3 del evangelio de Juan. Son aquellos que no tienen una relación viva y personal con Dios en Cristo Jesús. Son aquellas personas que viven en pecado. Ellos están muertos espiritualmente, como estábamos nosotros antes de conocer al Señor.

El origen de todo esto lo encontramos en la vida de Adán. Recuerden que en Génesis el Señor le dice a Adán: «*De todo árbol del huerto podrás comer; [17]mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás*» (Gé. 2:16,17). Téngase en cuenta que Adán vivió 930 años, como lo dice Génesis 5:5; eso significa que Adán no murió físicamente enseguida. Entonces ¿qué sucedió? Pues que Adán enseguida que pecó murió en el espíritu; fue apartado de la comunión de Dios, e inclusive fue lanzado fuera del Edén; y nosotros, toda la humanidad, espiritualmente murió con Adán; porque así nacemos, muertos espiritualmente. Entonces, al morir nuestro espíritu, la muerte fue lentamente invadiendo todo nuestro ser. Adán murió espiritualmente; luego pasó esa muerte al alma y luego al cuerpo; y empezó el hombre a vivir otra clase de vida, lejos de Dios, sin que tuviera una comunión vital con Dios; porque solamente se puede tener comunión con Dios por el espíritu. Esa es la razón de ser del espíritu. Las otras partes de nuestro ser no pueden conocer a Dios, no pueden relacionarse con Dios, no pueden ver a Dios; no lo pueden escuchar, no pueden tener ninguna clase de entendimiento relacionado con Dios.

PECADO: ERRAR EL BLANCO

Cuando una persona recibe la vida de Dios en Cristo, es regenerado, nace de nuevo, es cuando empieza a tener la luz de Dios, que Él quiere dar por su Hijo. Allí dice: «*Y a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados*». Nosotros nacemos en pecado; lo que en griego se llama *hamartía*, y del que trata una parte de la Teología General llamada ***Hamartiología***, que es todo lo relacionado con el pecado. La traducción literal de *hamartía* es errar el blanco. Cuando la persona no ha nacido de nuevo, siempre está errando el blanco; nunca da en el clavo; nunca hace las cosas bien; siempre se está equivocando, y eso se debe a que no tiene luz, y el que no tiene la luz de Dios no puede andar bien, no sabe por dónde va caminando. De manera que el hombre en tinieblas siempre estará errando el blanco, siempre estará pecando, siempre estará fallando. El hombre siempre está en una distorsión moral, en una corrupción. Aunque se vista muy bien; aunque presente una apariencia moral muy elevada, y una exquisitez en el trato y una alta cultura, pero si no ha nacido de nuevo, siempre está errando el blanco. Gloria al Señor. *Hamartía*, errar el blanco, es la palabra griega que se traduce pecado.

Pecado es un elemento interno productor de malas acciones; es una fábrica de malas acciones con que nacemos nosotros los humanos; es algo abstracto; pero además de abstracto, el pecado es como algo personalizado dentro de nosotros; porque la Biblia habla de que el pecado esclaviza, el pecado me obliga; se habla del pecado como si se tratara de una persona. Entonces es algo abstracto personalizado, algo que se concretiza. Por ejemplo: «*¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado*» (Ro. 3:9). Vemos que aparece como algo abstracto pero personalizado. Al decir que todos están bajo pecado, es como una esclavitud a que es sometido el hombre a ese poder interno con que nace. «*Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte* (como lo decíamos arriba, como si todos hubiéramos muerto con Adán)*, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron* (todos sin excepción, la única excepción es Cristo)*. [13]Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado*» (Rm.5:12-13). Cuando habla de esa fuerza

interna, siempre lo dice en singular.

LA LEY EXPUSO AL PECADO

La ley, que es santa, hizo que la verdadera naturaleza del pecado fuese manifestada a la conciencia. «*Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto*» (Ro. 7:8). La ley le dijo a la conciencia: Mírate el pecado. Seguimos con Romanos 5: «*Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia*» (Ro. 5:20). ¡Aleluya! «*¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? [2]En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?*» (Ro. 6;1,2). Entonces, con Adán todos morimos; pero con Cristo todos nosotros ya vivimos. Morimos al pecado, vivimos para Dios. Es como cualquier persona en nuestro país, que está obligada a cumplir las leyes colombianas, pero si muere, queda exento, ya no puede tener ninguna obligación. Ya nosotros morimos al pecado. «*Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?*» De estas hay muchas citas, pero no las vamos a ver todas, sino las más representativas. «*¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. [8]Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto*» (Ro. 7:7-8). De manera, hermanos, que el Señor vio la necesidad de dar la ley, para que fuera expuesto el pecado a la conciencia de los hombres. Ahí estaba el pecado en el hombre, pero no estaba expuesto, entonces no había transgresión por cuanto no había ley.

Vemos, pues, que el pecado es un principio o poder director; es un poder que tiene una autoridad de la cual sin Cristo no podemos librarnos; el pecado es un principio que está organizado en nuestros miembros, ante el cual, para no obedecerle, tenemos que morir; no hay otra alternativa. Cada creyente murió en la cruz con Cristo, único modo para no obedecer al pecado. «*Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él* (con Cristo)*, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado*» (Ro. 6:6). Gloria a Dios. Tengamos

en cuenta, hermanos, que en el cristianismo hay cierta corriente, de pronto de un reducido número, que dice que ya nosotros no pecamos. Eso no es verdad; nosotros sí pecamos; pero lo que sucede es que no practicamos el pecado; no lo tenemos como práctica; no practicamos la codicia; no practicamos la mentira; no practicamos la inmoralidad, y en fin todos los pecados; pero hasta con un pensamiento podemos pecar, con un enojo prolongado contra alguien, y más allá todavía, pero no lo tenemos como práctica. ¿Por qué? Porque ya no somos esclavos de esa fuerza, de ese poder director organizado que existe dentro de nosotros; porque ha venido una ley superior, ha venido Cristo con su Espíritu, que tiene una ley más poderosa que la ley del pecado; quiere decir que la ley que nos ha traído Cristo por su Espíritu es mucho más poderosa que el poder del pecado. «*Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado e la ley del pecado y de la muerte*» (Ro. 8:2).

PECADORES SANTOS

Me he demorado un poco en esto del pecado, debido a que nuestro texto comienza diciendo que estábamos muertos en nuestro delitos y pecados. Eso es lo que nos mantenía muertos. Hay que tener en cuenta que cuando murió el espíritu, la muerte y el pecado invadieron nuestra alma, invadieron el entendimiento, invadieron la voluntad, invadieron los sentimientos, e invadieron todo el cuerpo. El pecado lo invadió todo. El pecado trajo la muerte al hombre; primero espiritual. El pecado esclavizó al hombre, y el hombre llegó a obedecer sólo los deseos de la carne. Aun cuando quisiera hacer lo bueno, no puede hacerlo (Ro. 7:19). La carne es el asiento del pecado (cf. Ro. 7:14,17,19,21,23,25). Pablo lo dice: «*De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí*» (Ro. 7:17). El pecado mora, habita en la persona humana; no la abandona; ese poder no sale; siempre queda ahí. Todo creyente es un pecador santo; hay pecadores pecadores, y hay pecadores santos. Es un poco diferente, pero no significa que el santo no peque. Hay hermanos que no tienen bien claro el significado de la palabra santo; y dicen: Ojalá yo fuese un santo. Pero todos los hijos de Dios ya somos santos; pero no por eso dejamos de ser pecadores. Hay santos malgeniados, santos irritables, santos mentirocitos. La persona considerada de más crecimiento espiritual que se pueda imaginar, aún es peca-

dora. ¿Para qué lo vamos a negar?

Cuando uno comete un delito aquí en Colombia, es cuando uno se extralimita en sus propios derechos; uno comete un delito cuando se está extralimitando en sus derechos. Uno tiene un límite en sus derechos, y no debe uno pasarse de ese límite. Si me paso siquiera un poquito, ya estoy delinquiendo, pero el pecado es más fuerte que un delito; porque el pecado es más grave; el pecado encierra más corrupción todavía que el simple hecho de cometer un delito. El pecado toca directamente a la ofensa al Señor. No es lo mismo un delito que un pecado. Por eso el texto bíblico los menciona a los dos: «*Y a vosotros, cuando estabais muertos en* ***vuestros delitos y pecados****, [2]en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo (de este* ***cosmos****), conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia*». Ya no andamos en delitos y pecados; a veces pecamos, pero no andamos, que es otra cosa; ya no es nuestra práctica.

EL SISTEMA SATÁNICO DEL MUNDO

Nuestro texto habla de la corrientes de este cosmos, de este sistema, un sistema corrupto, un sistema de oscuridad; vivir de acuerdo con las normas, las tendencias, las voluntades (gr. *thelémata*) de este mundo. Es un sistema satánico. Imagínense ustedes, hermanos, con una carne corrupta, con una naturaleza corrupta en medio de un sistema satánico, ¿cómo será eso? Una carne que quiere y un sistema que le suministra, y que lo invita, y que se lo facilita, y que lo obnubila, y que lo seduce, ahí se encuentra el hambre con la comida. Se ve, pues, que los muertos permanecen bajo el control de Satanás. Hay una palabra dura que el Señor les dijo a los dirigentes religiosos de su tiempo, pero es la verdad. «*Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira*» (Jn. 8:44). Esta palabra es durísima, hermanos; yo como que no soy capaz, pero el Señor sí se los dijo. Porque es que la corriente de este mundo es manejada, es titireteada por Satanás; él es el titiritero mayor. Detrás de todo lo que nosotros vemos, detrás

de bambalinas, está el titiritero. El mundo quiere hacer los deseos del mismo Satanás, así sean religiosos, así sean profesores de moral; pero eso es lo que quiere el mundo. Satanás ha sido homicida desde el principio.

Aquí en la iglesia tenemos un cuadro lindo de jóvenes; y los jóvenes deben de saber que hay un mandato del Señor de no unirnos en yugos desiguales; no solamente en los amores, sino también en las amistades; porque el amigo del mundo sigue una corriente diferente al joven del Señor. Al joven del Señor, el Señor quiere santificarlo, pero el amigo del mundo lo atrae a la corriente del diablo. Yo se los digo claramente. No son palabras de aguafiestas; son palabras de verdad. Gloria al Señor.

EL ENCEGUECEDOR DE ENTENDIMIENTOS

Satanás es el príncipe (gr. *arconta*) de la autoridad del aire. En el aire hay gobernadores, hay potestades, hay principados, toda una jerarquía, y él es el rey; él es el primero, él es el príncipe; él es el que manda toda esa corriente venenosa que lleva a la gente allá al matadero. Cada vez que veo que se está acercando la navidad, veo acercarse una legión de espíritus organizando la navidad. Es un espíritu compuesto por un conjunto de ángeles, atizando a la gente a hacer todo lo que uno ve; y todo eso tiene una apariencia atrayente y bonita a los ojos humanos, claro. Con esa ternura de la fiesta de los niños, los regalos, las luces, los adornos; pero, ¿qué es eso espiritualmente? detrás de eso hay mucho engaño. Pero, ¿creen ustedes que el diablo quiere tener fama de engañador y mentiroso? No, él no quiere eso; él se presenta como ángel de luz; el diablo está jugando a taparnos los ojos para que no veamos la verdad. Nosotros no venimos a este estudio bíblico solamente por cumplir, porque qué dirán los hermanos si no asisto a la reunión de los viernes, no; nosotros venimos a dorar al Señor y a escuchar la Palabra, nosotros venimos a tomar conciencia de lo que el Señor nos está diciendo. El diablo te quiere tapar los ojos; no te los dejes tapar. Aleluya. «*Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto;* [4] *en los cuales* ***el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos****, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios*» (2 Co. 4:3,4).

Por eso leemos en Efesios 2:2: «*en los cuales anduvisteis en otro tiempo* (se supone que ya no)*, siguiendo la corriente de este mundo conforme al* ***príncipe de la potestad del aire****, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia*». Nosotros éramos hijos de desobediencia. Lo que opera es un espíritu, pero ese espíritu es un conjunto de todas esas potestades angelicales malignas gobernadas por Satanás. Hermanos, si uno se pone a mirar con cuidadito en la Biblia, se da cuenta de una cantidad de información acerca de esa organización angélica maligna. Por ejemplo, Colombia tiene un gran príncipe satánico, el cual a su vez tiene sus subalternos, los gobernadores, y éstos mandan sobre potestades, etc., de tal manera que es exactamente como tú vez la organización política del Estado: Presidente, ministros, gobernadores, alcaldes, inspectores de policía, ejército, policía y demás. En las regiones celestiales oscuras hay una organización satánica gobernando e influyendo sobre el gobierno humano. Y por otra parte, en ese gobierno satánico existen especialidades en la maldad; como por ejemplo, unas huestes satánicas se encargan del narcotráfico, otras de la prostitución, otras en el homosexualismo, otras en la violencia, otras de la corrupción administrativa, en el caos, etc.

¿DE DÓNDE FUE SACADA LA IGLESIA?

Es una corriente bien organizada que se está comiendo a la humanidad podrida. De ahí nosotros fuimos sacados para ser una raza diferente, para dar un ejemplo diferente de vida y de testimonio de que somos la luz de Cristo en la tierra. La Iglesia, pues, fue sacada de esa esfera de la muerte, como lo dice el versículo 1; fuimos sacados de ese trasfondo de tinieblas. Nosotros estábamos muertos; nos podían practicar una necropsia (del griego *necrous*, muerto). No veíamos; andábamos como loquitos, lo mismo que todo el mundo. De ahí nos sacó el Señor, de un trasfondo de muerte, de los campos de la muerte, de los caminos de la muerte, para darnos vida, y que podamos mirar un horizonte diferente; que podamos mirar dónde está la línea que limita entre el cielo y la tierra. Eso lo podemos mirar nosotros, porque el Señor nos da esa luz. Nosotros ahora no caminamos ciegos; no se justifica que haya hermanos que caminen ciegos. La Iglesia se compone de antiguos muertos ahora vivificados para formar un organismo vivo ahora; porque sí estábamos

muertos pero fuimos vivificados, donde Cristo puede ahora habitar, donde Cristo se puede manifestar, donde Cristo puede proyectar su luz, donde Cristo puede hacerse conocer; porque el Padre está empeñado en que nosotros seamos la imagen de Cristo; y la imagen de Cristo significa que seamos como Cristo. Que a donde nosotros vayamos, digan: Este es de otra raza; este no es de aquí. Gloria al Señor.

El versículo 3, que completa esa primera parte, dice: «*Entre los cuales* (entre los hijos de desobediencia) *también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás*». Vamos, pues, a ver tres cosas que nos estaban dominando:

1. ***La corriente de este mundo***. La primera cosa que nos dominaba, de acuerdo a esos primeros tres versículos tan importantes, es que todos nosotros seguíamos la corriente de este mundo. En el mundo todos siguen una corriente maligna, como el pez cuando ya muere y queda a merced de las aguas impetuosas del río; se lo lleva la corriente, pues ya no puede nadar. Así nos sucedía a nosotros; estábamos muertos, y la corriente nos llevaba. Lo confirma la Palabra de Dios. «*El cual* (nuestro Señor Jesucristo) *se dio a sí mismo por nuestros pecados* ***para librarnos del presente siglo malo****, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre*» (Gá. 1:4). Lo que a nosotros nos arrastraba era la corriente de este mundo, pero Cristo vino a sacarnos de ahí. «*Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles* (a todos los amigos que teníamos, a todos los compañeros de trabajo; baste ya con todo eso que hacíamos, dice la Biblia)*, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías.* [4]*A éstos les parece cosa extraña* (note esto) ***que vosotros no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución****, y os ultrajan;* [5]*pero ellos darán cuenta al que está preparado para juzgar a los vivos y a los muertos*» (1 Pe. 4:3-5). A ti te desprecian porque tú no sigues esa corriente; a ti te desprecian porque el viernes no corres a hacer las cosas que antes hacías con ellos; porque tal vez más bien los invitas aquí a escuchar la Palabra y a adorar al Señor; y de pronto te dicen que estás fuera de base, que no estás *in*, sino *out*, o que eres un corroncho, como dicen en la Costa; que eres muy

débil porque dizque te dejaste lavar el cerebro.

Pero, ¿cómo nos dice el Señor? ¿de dónde nos sacó? Miren dónde estaba la Iglesia, en medio de esa corriente de los mundanos. «*¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, [10]ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. [11]Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios*» (1 Co.6:9-11).Éramos, pero ya no lo somos. Mira, Señor, que conmigo él lo hacía; pues sí, lo hacía, pero ya no. Dime lo que tú quieras, pero no lo hago. «*Haced morir, pues, lo terrenal* (la corriente de este siglo) *en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; [6]cosas por las cuales* ***la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, [7]en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas***» (Col. 3:5-7). A veces alguien puede pensar que el Señor lo escogió porque desde pequeñito ha sido una persona muy buena; pero no, todos somos malos. A veces hay conductas encomiables, y hay personas que se preocupan por sus padres y por otras personas, pero eso no exime de que todos seamos malos de nacimiento. Entonces lo primero que nos dominaba era que corríamos tras la corriente de este mundo.

2. ***Caminábamos conforme a Satanás***. Caminábamos conforme el príncipe de la potestad del aire; claro que la Biblia dice que él está vencido. El Señor dice: «*Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera*» (Jn. 12:31). De manera que para nosotros, Satanás ya fue juzgado; para nosotros ya no tiene potestad, a menos que nosotros le abramos puertas, y le permitamos deslices con nosotros. Pero ya no tiene potestad sobre nosotros, pues nosotros sabemos nuestra posición que tenemos en Cristo, que es de victoria. «*No hablaré mucho con nosotros; porque viene el príncipe de este mundo, y él nada tiene en mí*» (Jn. 14:30). Significa que el Señor tenía la seguridad de salir triunfante en el conflicto de la cruz, pues allí Satanás iba a prevalecer contra el Señor pero sólo en apariencia. También hemos leído en 2 Corintios 4:4, donde la Palabra lo llama dios de este siglo; y dice así sencillamen-

te porque a Satanás lo tienen como a un dios, lo adoran; incluso hay personas que le ofrecen sacrificios incluso humanos. Aquí en Bogotá hay templos especializados en esa clase de adoración. «*Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte* ***al que tenía el imperio de la muerte****, esto es, al diablo*» (He. 2:14). Él era el príncipe, el rey del imperio de la muerte; ese poder lo recibió y no le ha sido quitado del todo, pero ya está vencido.

«*Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno*» (1 Jn. 5:19). Hay personas que se jactan de que saben mucho, que son profesionales incluso especializados, que son filósofos, y piensan que buscar a Dios es una actitud muy ridícula, pero esa persona no sabe que está bajo el maligno. Son esclavos del demonio por medio del pecado, como lo leímos en Juan 8:44, donde el Señor le dice a los dirigentes religiosos: «*Vosotros sois hijos de vuestro padre el diablo"*. Leamos dos citas más. *"Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado*» (Jn. 8:34). «*Les prometen libertad, y son ellos mismos esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció*» (2 Pe. 2:19). Éramos esclavos del mismo demonio.

3. ***Los deseos de nuestra propia carne***. A nosotros nos dominaban las concupiscencias de nuestra carne. Entonces uno se pregunta, ¿qué es la carne? La carne, más que la materia que compone el cuerpo, es una potencia interna, íntima en nosotros mismos, la cual se maneja conforme a ese espíritu contrario al querer de Dios, que va en contra de la voluntad de Dios; la carne no entiende a Dios. En la carne opera un poder maligno que anida en el hombre y lo arrastra. Recordemos lo que dice en Romanos. «*Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido*» (Ro. 1:21). Vemos que el racionamiento del hombre está entenebrecido, está oscurecido, está corrupto. Luego en Romanos 12:2, el Señor dice qué se debe hacer para remediar esa situación. «*No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*» (Ro. 12:2). La Biblia nos está enseñando sobre el mismo tema, y nos hace como especie de un círculo. Vemos que el

que se conforma a este siglo, su mente está entenebrecida, piensa lo mismo que las demás personas, lo mismo que los gentiles. Hay personas que son débiles, y a veces puede que la persona sea cristiana y tenga cierto contacto con personas sagaces con la palabra hablada, y lo pueden convencer de errores; aun siendo creyentes pueden caer en la trampa. Entonces la mente tiene que ser renovada, santificada, espiritualizada, para que pueda manejar, para que pueda captar, para que pueda digerir, para que pueda entender toda información que proceda del Espíritu de parte de Dios, de la intuición; todo eso tiene que llegar a la mente, y la mente tiene que razonar; pero si no está renovada, no puede entender el mensaje. Puede ser que le llegue algo, y la persona está fuera de onda, y dice: ¿Qué estaré yo pensando? Pero cuando la mente del creyente está debidamente renovada, al llegar el mensaje de Dios, inmediatamente lo capta, y da la orden precisa para obrar conforme a la voluntad de Dios. También lo confirma Colosenses 1:21: «*Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliados*».

ÉRAMOS HIJOS DE IRA

También hemos leído que en el pasado éramos hijos de ira. ¿Y por qué hijos de ira? Porque ahí se refiere a la ira de Dios. La ira de Dios es un atributo de su naturaleza que actúa contra la maldad. Al Señor le da ira ante ciertos hechos de sus criaturas. Por ejemplo, cómo actuó Dios en ciudades antiguas como Sodoma, Jericó y Jerusalén. El Señor se saturó y derramó su ira. En el caso de Jericó no debemos ver el simple hecho de que Dios les entregara a los hebreos esa ciudad; la cosa es más profunda. Él le dio tiempo suficiente a Jericó para que se arrepintiera; pero como no se arrepintió, entonces derramó sobre ella su ira, y la ciudad fue destruida, y fue tomada por los hijos de Israel, el pueblo de Dios. A Jerusalén, hermanos, Dios la esperó mucho tiempo; cuántos siglos detrás de Jerusalén pidiéndoles que se arrepintieran; y por último rechazaron al mismo Hijo de Dios, al Rey que ellos esperaban. Y también fue destruida. En la historia, Jerusalén ha sido destruida varias veces. Y hasta el siglo veinte volvió Jerusalén a manos de los hebreos.

«*El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa* (el que desobedece) *creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él*» (Jn. 3:36). No es que la ira de Dios va a estar sobre el que rehúsa, sino que ya está. «*¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!*» (He. 10:31). Entonces, ¿qué puede esperarle al mundo? Lo dice Romanos 1:18 «*Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad*». También presenta un cuadro muy revelador Colosenses 3:5,6: «*Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría;* [6]*cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia*».

LA CONDICIÓN ACTUAL DEL CREYENTE

Comenzamos aquí la segunda parte de esta *perícopa*. «*Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó,* [5]*aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos),* [6]*y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*» (vv. 4-6).

Aquí dice por qué Dios nos dio vida con Cristo, porque es rico en misericordia, y porque nos amó; por eso nosotros estamos reunidos aquí en este momento. Ahora estamos espiritualmente vivos en Cristo, por la misericordia de Dios manifestada hacia nosotros. La misericordia de Dios (o de sus criaturas) es una manifestación externa de compasión hacia los necesitados, hacia los débiles; y nosotros estábamos profundamente necesitados, entonces Dios se acordó de nosotros los débiles por su amor; por eso lo hizo, hermanos, no porque nosotros tengamos mérito alguno; tenemos vida por medio de Jesús. La vida que Dios nos da es Cristo mismo, como dice en Colosenses 3:4: «*Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria*». Él es la vida de nosotros; estamos vivos porque Él está dentro de nosotros. Esa es la vida. Si hay amor en nosotros, es Cristo en nosotros; si hay humildad en nosotros, es Cristo en nosotros; todo lo que tenemos de bueno, es Cristo en nosotros. No es más nada.

SENTADOS EN LUGARES CELESTIALES

La salvación es por gracia; es un regalo, es una dádiva eterna de Dios. Aleluya. «*Y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús*» (v. 6). Entonces, Dios nos vivificó y nos resucitó, y nos sentó en los lugares celestiales. ¿Qué es eso? ¿Qué significa estar en los lugares celestiales? Es una condición en la cual somos aceptables a Dios; aunque estemos aquí en esta tierra, y tengamos que trabajar y alimentarnos y tengamos que bañarnos, pero nuestra condición y posición está en los lugares celestiales con Cristo; pues somos aceptables a Dios es precisamente en esos lugares, no en la tierra; como le pasó a Pérgamo: «*Yo conozco tus obras, y dónde moras, donde está el trono de Satanás*» (Ap. 2:13a). Como diciéndole: Descendiste de los lugares celestiales a morar donde está reinando Satanás, en la tierra; y así no te quiero; te acepto con mi Hijo. La iglesia debe estar a la altura del Hijo. Ese es el medio donde vivimos, donde resucitamos y donde ascendimos al cielo. Cuando Cristo murió, nosotros morimos con Él; cuando Cristo resucitó, nosotros resucitamos con Él; cuando Cristo ascendió al cielo, nosotros ascendimos con Él. Estamos muy por encima de todos los enemigos de Dios ahora en este momento. Nosotros no tenemos que temblar ante nada. Si Dios me tiene para llevarme mañana, me llevará. No, pues que hoy no voy a salir a abordar ningún vehículo porque se puede accidentar; pues si es mi día, pues otra cosa me sucederá permaneciendo en casa. Gloria al Señor.

TODOS LOS VERBOS EN TIEMPO PASADO

Hermanos, vamos a tomar nota de cómo se podría traducir mejor el texto de Efesios 2:4-6, que es tan importante para nuestro estudio de esta carta; para mejor entendimiento de nosotros. Sería así: «*Dios, por su parte, es rico en misericordia, a causa de su mucho amor con que nos amó, [5]y a pesar de estar nosotros muertos en nuestras caídas pecaminosas, nos vivificó juntamente con Cristo –por gracia estáis hechos salvos–, [6]y juntamente nos resucitó y juntamente nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús*». Ya todo eso ocurrió; todo está en tiempo pasado. Recordemos algunas citas bíblicas.

«*¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados*

*en Cristo Jesús, **hemos sido bautizados en su muerte**? [4]Porque **somos sepultados juntamente con él** para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. [5]Porque si **fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte**, así también lo seremos en la de su resurrección; [6]sabiendo esto, que **nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él**, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. [7]Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. [8]Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; [9]sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. [10]Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. [11]Así también **vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios** en Cristo Jesús, Señor nuestro*» (Rm. 6:3-11).

*«Con **Cristo estoy juntamente crucificado**, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. [21]No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo*»(Gá. 2:20,21).

«***Sepultados con él en el bautismo**, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos*» (Col. 2:12).

Al continuar con el estudio, veamos el siguiente verso: «*Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús*» (v. 7). Eso significa que en el Milenio, durante el reinado del Señor, va a haber un despliegue; Él va a mostrar a todas las naciones esas riquezas de la gracia de Dios. Ahí vamos a estar nosotros. Yo le pido al Señor que por su misericordia estemos allí durante ese tiempo glorioso.

La salvación en Cristo, un don gratuito

Los versículos 8 y 9, que son fundamentales en este estudio, ya nos los sabemos de memoria. *"[8]Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; [9]no por obras, para que nadie se gloríe"*. Aquí habla de la salvación por gracia; la salvación en Cristo es un don gratuito. La gracia de Dios es la obra de

Dios en favor de nosotros; no es la obra de nosotros.

LA GRACIA RECIBIDA POR LA FE

Claro que somos salvos con la intervención nuestra también. Pero tengamos en cuenta que la gracia de Dios obra en nosotros los hombres; la Palabra de Dios cuando es predicada, también obra en el hombre; y el Espíritu Santo también obra convenciendo al hombre de pecado de justicia y de juicio; en consecuencia el hombre activa su voluntad, la pone a funcionar, para decirle sí al Señor; pero el regalo es de Él, y aun la fe es de Él; por la gracia. Es Dios mismo dispensado en nosotros. Aleluya. Somos salvos por gracia mediante la fe. Imagínate un plato de comida. Te sirven un plato de comida y te ponen una cuchara; entonces tú usas la cuchara para comerte la comida. La cuchara no te alimenta, sino la comida. Entonces para entendimiento de esto tenemos que la comida es la gracia de Dios, pero la gracia se recibe por la fe; de manera que la cuchara es la fe. Por la fe tú recibes la gracia. Con la cuchara tú te comes el alimento.

Cuando uno realmente ve la verdad de la Biblia, se da cuenta uno que la fe es la sustantividad de las cosas que no se ven, de las cosas invisibles, como lo dice Hebreos 11:1: «*Ahora bien, la fe es lo que da sustantividad a lo que se espera, la convicción de lo que no se ve*» (Nuevo Testamento, Versión Recobro. L.S.M., Anaheim, California). ¿Qué significa eso? Que debemos darle sustantividad, hacer una realidad (del griego *pragmáton*) toda la obra del Señor a favor de nosotros; lo damos por hecho; lo recibimos como algo tangible para nosotros. Debemos recibir por la fe y darlo por hecho histórico que Dios nos ha dado la vida eterna por la obra de su Hijo, su encarnación, su vida humana, su ministerio terrenal, su muerte en la cruz, su resurrección, su ascensión a la gloria celestial, el envío de su Espíritu a morar en nuestro espíritu trayéndonos la vida eterna que Dios nos ha regalado en Cristo, y la posesión anticipada y garantizada de las realidades celestiales. Todo eso se recibe por fe.

Por último, hermanos, miremos el hermosísimo versículo 10: «*Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas*». De conformidad con el original griego, nosotros somos la obra maestra de Dios.

Todo lo que existe, todo el universo, está encaminado por Dios a crear su Iglesia. Esa es su obra maestra; ese es el clímax de todo el propósito de Dios, el cuerpo de Cristo, su familia, tener con quién habitar, tener dónde habitar, tener con quién compartir su amor eternamente, tener con quién abrazarse y decirle: te amo, y que esas personas también le digan: Señor, yo también te amo. Nosotros tenemos que hacer buenas obras, porque Él las ha hecho todas por nosotros; y vivir una vida que brille para la gloria de Dios. Necesitamos decirle: Señor, concédeme que mi vida brille. Si para brillar es necesario que me pulas, y la pulida me duela, ayúdame a pasar ese dolor; pero necesito brillar con Cristo. No me las voy a dar de héroe, no; es con tu ayuda, Señor. Amén.

LA IGLESIA ES EL POEMA DE DIOS

Cuando en este versículo dice que «*somos hechura suya*», también se puede traducir «*porque somos su obra maestra*», que en el griego es *poeima*. La palabra griega *poeima*, viene del verbo *poieo*, hacer, de donde se traduce *hechura suya*, pero de ahí también se deriva la palabra española ***poema***. *Poeima* en griego significa aquello que ha sido hecho, por ejemplo una obra de artesanía, o algo que ha sido escrito o compuesto como poema. De manera que nosotros, la Iglesia, somos el poema de Dios. Entonces somos la obra maestra de Dios; su poema, su inspiración. ¿Qué es un poema? Poema no es solamente lo que un poeta escribe en pulidos versos; poema es algo que alguien hace con toda su sabiduría, con toda su arte, según un propósito bueno, un propósito de amor, un propósito donde entregue todo su corazón. Eso es su poema. Alguien puede considerar como un poema a un libro bien escrito; o alguien puede decirle a su amada: Tú eres mi poema. Nosotros somos el poema de Dios. Nosotros, la iglesia, somos una entidad nueva en el universo. «*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*» (2 Co. 5:17). Somos el poema de Dios, y nosotros ya no andamos según la corriente del mundo; no estamos muertos en nuestros delitos y pecados; hemos recibido la vida eterna en Cristo, y ahora podemos decir con toda la autoridad que el Señor nos da, que somos los hijos de Dios en Cristo Jesús Señor nuestro. Amén. Gracias al Señor. Oramos.

8

CÓMO SE EDIFICA LA IGLESIA
LA POSICIÓN CORPORATIVA DEL CRISTIANO

LA VIDA DE LA IGLESIA

Estudiando de la carta de Pablo a los Efesios, la vez pasada comenzamos el capítulo 2, donde se habla de la edificación de la Iglesia; y hoy vamos a tomar la parte segunda de este capítulo a partir del versículo 11 hasta el 22, y vamos a ver realmente cómo se edifica la Iglesia, a partir de ese versículo. En la primera parte del capítulo se habla de dónde nos sacó el Señor, dónde estábamos, cómo nos salvó, cómo es la salvación, y para qué lo hizo; y ahora vamos a ver la parte doctrinal de cómo realmente se edifica la iglesia, y en particular la posición corporativa del cristiano. Hay que tener en cuenta que la Iglesia no es una organización sino un cuerpo, un organismo vivo, y la vida de la Iglesia es Cristo.

La vida de la Iglesia está muy lejos de ser asuntos humanos, proyectos humanos, estatutos humanos y permisos de los gobiernos de la tierra. La vida de la Iglesia, la razón de ser de la Iglesia, es la encarnación del Verbo de Dios, su vida humana, su crecimiento como hombre, su bautismo, su ministerio terrenal, su muerte en la cruz, su resurrección, su glorificación y el envío del Espíritu Santo para que more en la Iglesia como vida de Cristo en nosotros. Esa es la savia, eso es lo que nos alienta, eso es lo que nos abre los ojos.

EL DRAMA DEL HOMBRE

Ya habiendo visto la primera parte del capítulo; es decir, habiéndonos salvado Dios por gracia, habiendo hecho de nosotros su poema, su obra maestra en Cristo; es decir, el Padre está regocijado con esta obra maestra, entonces Pablo ahora dice: «*Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles* (porque los hermanos que

vivían en esas ciudades de Asia Proconsular eran sobre todo gentiles) *en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne*» (Ef. 2:11). ¿Por qué será que Pablo repite aquí esto de la carne? Hagamos un poco de historia al respecto. El hombre no fue hecho así como aquí lo pinta esta parte de la Palabra; el hombre fue hecho puro; el hombre fue creado libre y sin pecado; el hombre fue dotado de muchos poderes para ejercer una función de grandes alcances que el Señor le encargó sobre esta tierra. Pero el hombre sufrió una caída, por el pecado. Tras ese drama edénico, el hombre cayó en una esclavitud tan poderosa, como si el mismo Satanás se hubiera metido dentro del cuerpo del hombre; y hubo una transformación total en el cuerpo del hombre; y con el tiempo no solamente el cuerpo se transformó en carne, sino que poco a poco se fue convirtiendo en carne todo su ser; y el hombre fue carne. Así de sencillo lo dice la Palabra en Génesis 6:3: «*Y dijo Jehová: No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; mas serán sus días ciento veinte años*». Vemos, pues, que el hombre se convirtió en carne, en sus concupiscencias, en sus exigencias, hermanos, y no pudo dar la talla para ejercer el propósito para el cual Dios lo había creado; no pudo, la carne no se lo permitió.

Dios creó al hombre con unos poderes grandísimos, y esos poderes aún están en el hombre, pero con la caída quedaron latentes. Hoy en día desafortunadamente, esos poderes son canalizados por el mismo Satanás; y por eso es que hay personas que ejercen poderes que los tiene el alma humana, pero que son incentivados por el mismo diablo, para realizar lo malo. A esos poderes les llaman *parapsicológicos*, y los usan para actos de hechicería, leer el pensamiento ajeno, para la telepatía; hay personas que usan poderes mentales para doblar objetos metálicos, como el famoso hebreo Uri Heller, y muchas otras cosas que practican los brujos con su telepatía, telequinesis, adivinación, quiromancias, cartomancias, hipnotismo y parapsicología. Son poderes que el hombre tiene, pero que son canalizados para el mal, y no para lo que el Señor lo dispuso.

¿POR QUÉ LA CIRCUNCISIÓN?

Entonces. en esas circunstancias en que el Señor no pudo

ya usar al hombre para sus propósitos, Dios dispuso apartar una nación, una raza, para Él; y por eso llamó a un varón llamado Abraham y su descendencia, para hacer de esa nación algo especial de Él, un pueblo que cortara con la carne, que renunciara a la carne. Y por eso un día Dios se dirigió a Abraham para concretar ese propósito. Miremos en Génesis 17:9-11 lo que sucedió entre Dios y Abraham. «*Dijo de nuevo Dios a Abraham: En cuanto a ti, guardarás mi pacto, tú y tu descendencia después de ti por sus generaciones.* [10]*Este es mi pacto, que guardaréis entre mí y vosotros y tu descendencia después de ti: Será circuncidado todo varón de entre vosotros.* [11]*Circuncidaréis, pues, la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre mí y vosotros*» ¿Por qué la circuncisión? Veamos. Dios quería hacer de ellos una nación que debía distinguirse de todas las naciones de la tierra, porque cortaban con la carne; con esto ellos renunciaban a la carne; y por eso es que aquí habla, hermanos, de circuncisión. Noten que Pablo habla en Efesios de «*la llamada circuncisión*». ¿Por qué? ¿Y por qué nos llamaron a los gentiles incircuncisión? Porque en ello radicaba la gran distinción entre la raza hebrea y las demás naciones, porque el resto de las naciones no habían cortado con la carne, sino sólo el pueblo de Israel; esa fue la nación que fue llamada a cortar con la carne.

Entonces la circuncisión simbolizaba la escisión de la culpa y la corrupción del pecado; cortaban con aquello, iban a entrar a obedecer; eran llamados a ser una nación santa; una nación que diera ejemplo y testimonio de que eran de Dios, y que obligaba al pueblo a dejar que el principio de la gracia de Dios penetrara en la vida completa de ellos. La circuncisión no era solamente una señal externa porque sí; como cuando le ponen una marca a un novillo. No, no era solamente una marca en el cuerpo al estilo del ganado. Entonces como Dios creó al hombre puro, y cayó, entonces esa naturaleza maligna de Satanás entró primero al cuerpo y luego a todo su ser, y lo degeneró. Entonces por eso Dios llamó a una raza nueva; pero ellos también se engrandecieron y se enorgullecieron por ser la raza que Dios había llamado para cortar con el mundo, y de tal manera lo hicieron que despreciaron al mundo, y les decían a los demás, los incircuncisos, porque no habían cortado con la carne, no eran de Dios, y los llamaron perros.

Circuncidarse era, pues, renunciar a la carne; y la falta de

circuncisión constituía una separación de cualquier persona con este pueblo, Israel. La circuncisión era una gran distinción. He leído, y hasta en películas se ve cómo en la segunda guerra mundial desnudaban a los judíos para ver cuál era el que se había cortado el prepucio. El mandato de la circuncisión de la raza judía se perpetuó en la Ley de Moisés, como los vemos en Levítico 12:3: «*Y al octavo día se circuncidará al niño*». Eso era algo obligatorio. El Señor Jesús fue circuncidado al octavo día. También lo confirma el Señor Jesús en Juan 7:22,23: «*Por cierto, Moisés os dio la circuncisión (no porque sea de Moisés, sino de los padres* [aquí se refiere a Abraham, a Isaac y a Jacob]*); y en el día de reposo circuncidáis al hombre. [23]Si recibe el hombre la circuncisión en el día de reposo, para que la ley de Moisés no sea quebrantada, ¿os enojáis conmigo porque en el día de reposo sané completamente a un hombre?*»

CRISTO CIRCUNCIDADO POR NOSOTROS

Entonces, viene el Señor Jesucristo y en la dispensación del evangelio, de la Iglesia, de la gracia, que es la estamos viviendo todavía, la circuncisión fue cumplida pero en Cristo; el pacto de Dios con Abraham en Génesis 17 es un pacto perpetuo que es cumplido ahora en Cristo, y nosotros también somos circuncidados, no ya en el prepucio, sino en Cristo. Tengamos en cuenta que el Señor fue circuncidado por nosotros. Nosotros ahora sí somos circuncidados; ya no somos incircuncisión. Notemos lo que dice el apóstol Pablo: «*Por tanto, acordaos de que* ***en otro tiempo vosotros****, los gentiles en cuanto a la carne,* ***erais llamados incircuncisión*** *por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne*». Ya no nos pueden decir incircuncisión. ¿Y por que Pablo dice de la circunsición *la llamada*? Porque, hermanos, la circuncisión que nosotros tenemos ahora es más poderosa que la circuncisión del prepucio. En la dispensación del evangelio no tenemos que circuncidarnos el prepucio, pues ahora se cumple la circuncisión en Cristo, así como aquel cordero pascual que sacrificaban los hebreos por su liberación de Egipto apuntaba hacia el sacrificio de Cristo en la cruz. «*Donde no hay griego* (gentil) *ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos*» (Col. 3:11).

Cuando allí dice «*circuncisión ni incircuncisión*», se refiere

a la circuncisión del prepucio, de la carne, físicamente. «*Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, [14]anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz*» (Col. 2:13-14). Uno de esos decretos era que no éramos circuncidados, y que nos acusaba. No pueden ser de Dios porque ustedes no se han circuncidado.

AHORA LA CIRCUNCISIÓN ES EN EL CORAZÓN

Exigir ahora la circuncisión es volver al legalismo. Hay personas que en cierta forma están volviendo al legalismo. Cuando alguna persona quiere cumplir ciertas cosas del Antiguo Testamento, como guardar ciertas fiestas, o no comer ciertos alimentos, o guardar determinados días, yo pienso que esa persona debe mandarse a circuncidar también. Si Dios nos exigiera a nosotros ahora que nos circuncidáramos el prepucio, pues tendríamos que guardar todo lo del Antiguo Testamento y todas esas leyes ceremoniales y todo ese legalismo.

Entonces, ¿qué pasa con la circuncisión en este tiempo? Que nosotros sí somos circuncidados, pero la circuncisión de la Iglesia es en el corazón. ¿Por qué? Porque nosotros fuimos a la cruz con el circuncidado, y es Cristo. Él se circuncidó por nosotros. Él fue a la cruz y nos llevó, y allí nosotros morimos a la carne; esa es la mejor circuncisión, morir completamente a la carne, no solamente quitarnos el prepucio. Eso lo dice Romanos 2:25-29: «*Pues en verdad la circuncisión aprovecha, si guardas la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión viene a ser incircuncisión. [26]Si, pues, el incircunciso guardare las ordenanzas de la ley, ¿no será tenida su incircuncisión como circuncisión? [27]Y el que físicamente es incircunciso, pero guarda perfectamente la ley, te condenará a ti, que con la letra de la ley y con la circuncisión eres transgresor de la ley. [28]Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; [29]sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios*». Una persona puede estar circuncidada exteriormente, pero su corazón puede que no sea de

Dios. Ahora, como creyente, mi corazón cortó con la carne; ya no nos domina la carne; ya renunciamos a la carne. El Señor quiere ahora una circuncisión del corazón y no del prepucio.

Pero aun cuando era obligatoria, la circuncisión no tenía valor alguno a menos que fuese acompañada por la fe y la obediencia. Hay personas que se jactan de hacer algo, de tener dones del Espíritu; hay personas que de pronto se jactan de que oran por un muerto, y resucita, o de orar por un canceroso y sana, pero a lo mejor no obedecen. En aquel día muchos me dirán: Señor, en tu nombre hicimos muchos milagros, echamos fuera demonios, etc. (cf. Mt. 7:22). Leamos Romanos 3:30: «*Porque Dios es uno, y él justificará por la fe a los de la circuncisión, y por medio de la fe a los de la incircuncisión»*. Todo lo de Dios se recibe por fe, aun la circuncisión. «*Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor*» (Gá. 5:6). «*La circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es, sino el guardar los mandamientos de Dios*» (1 Co.7:19). Gracias al Señor.

Retomamos el texto de nuestro estudio. «*Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. [12]En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo*» (Ef. 2:11,12). Para quien guardaba lo de la circuncisión, y lo tenía como algo sagrado y de Dios, eso era muy importante; y siempre que leo eso de la circuncisión, me acuerdo de un jovencito que todavía no tenía ni siquiera edad de pagar el servicio militar, y fue enviado por su padre a que le llevara algo de comer a sus hermanos que estaban al frente en el lugar de los combates, y encuentra a un gigante retando al ejército del Dios viviente, y dice: ¿Quién es ese incircunciso que está retando al ejército del Señor? (Cf. 1 Sam. 17:12-51); como queriendo decir: Nosotros cortamos con el mundo y la carne y tenemos derecho de hablar así, pero cuando lo tomaban de esa manera.

LA CIUDADANÍA DEL REINO

Nosotros antes estábamos sin Cristo. Cristo es el centro

de Dios; Cristo es el centro de todos los propósitos eternos de Dios. Por eso dice: «*En aquel tiempo estabais sin Cristo*». Estar sin Cristo es estar en nada. «*En aquel tiempo estabais sin Cristo,* ***alejados de la ciudadanía de Israel*** *y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo*» (v.12). Israel, en el Antiguo Testamento, conformaba o daba cierta expresión del reino de Dios. Entonces estar sin Cristo y estar sin la ciudadanía de Israel es estar por fuera del reino de Dios. Esa ciudadanía y el reino es muy importante, pues en el reino se disfruta de muy especiales privilegios otorgados por el único Dios verdadero; eso solamente se disfruta en el reino. Un ejemplo, en la ocasión cuando apresaron a Pablo en Jerusalén, la vez que lo acusaron de haber metido a un gentil en el templo. En el templo de Jerusalén había un muro que dividía el atrio de los gentiles con el atrio de los judíos; ese es un muro tipo del que fue derribado por Cristo. Ante esa falsa acusación, Pablo fue apresado; pero los judíos no le podían hacer nada, y el Señor quiso que fuese entregado a los romanos.

Con el alboroto, las tropas romanas que estaban ahí en la Torre Antonia, inmediatamente se hicieron presentes, y lo apresaron; pero leamos algo de la conversación entre Pablo y el procónsul romano, para que nos demos cuenta lo importante que es tener la ciudadanía de Israel, la ciudadanía del reino. «*Pero cuando le ataron con correas, Pablo dijo al centurión que estaba presente: ¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano sin haber sido condenado? [26]Cuando el centurión oyó esto, fue y dio aviso al tribuno, diciendo: ¿Qué vas a hacer? Porque este hombre es ciudadano romano. [27]Vino el tribuno y le dijo: Dime, ¿eres tú ciudadano romano? El dijo: Sí. [28]Respondió el tribuno: Yo con una gran suma adquirí esta ciudadanía. Entonces Pablo dijo: Pero yo lo soy de nacimiento. [29]Así que, luego se apartaron de él los que le iban a dar tormento; y aun el tribuno, al saber que era ciudadano romano, también tuvo temor por haberle atado*» (Hch. 22:25-29).

Ante esa situación, el tribuno no podía tocar a Pablo, y el apóstol apeló al César. Pablo, aunque fuese de familia hebrea, nació siendo ciudadano romano, porque su padre ya era ciudadano romano. Es posible que el padre de Pablo la haya adquirido por algún importante servicio prestado al imperio.

AJENOS A LOS PACTOS DE LA PROMESA

Nosotros, cuando estábamos sin Cristo estábamos apartados del Reino; no teníamos Dios, sino que teníamos dioses por cantidades, pero no conocíamos a Dios, porque estábamos sin Cristo. No teníamos el privilegio de decirle, Padre, Abba, aquí estoy; no podíamos, hermanos. Dice: "*En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel* ***y ajenos a los pactos de la promesa***». Nótese que no dice las promesas, sino ***la promesa***, en singular. ¿La promesa de qué y de quién? La promesa del Mesías; la promesa del Cristo, que estaba prometido desde Génesis 3:15; era la promesa del Salvador. «*Sin esperanza y sin Dios en el mundo*». *Sin Dios*, en griego es *átheoi*; de *a*, sin, y *Theos*, Dios; sin Dios. Eso no significa que eran ateos, que no creyesen en Dios, que es la connotación de la palabra en castellano, sino que ellos sencillamente no tenían conocimiento de Dios. No significa que ellos se negasen creer en Dios; sencillamente no tenían conocimiento de Dios. Andaban sin Dios; el gentil andaba sin Dios. Nosotros andábamos sin Dios. «*Pues aunque haya algunos que se llamen dioses, sea en el cielo, o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores),* [6]*para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él*» (1 Co. 8:5,6). En sí creían en muchos dioses; o sea que no eran ateos; tenían sus dioses, y los tienen. Particularmente, no creo que haya ateos. Algún dios tiene la gente, y dicen: gracias a Dios. Dicen: Soy ateo, gracias a Dios.

RECONCILIACIÓN ENTRE JUDÍOS Y GENTILES

«*Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.* [14]*Porque él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación*» (Ef. 2:13,14). Significa que Cristo nos trajo; Cristo realmente revolucionó nuestra vida; Él es nuestra paz, que de ambos pueblos, tanto del circunciso como del incircunciso, hizo uno solo. Cristo derribó esa pared intermedia, ese muro que había que separaba ambos pueblos. Cuando Pablo habla del muro, de la muralla de separación, cuando él estaba escribiendo esto, se estaba acordando del muro que en el templo

de Jerusalén separaba el atrio de los gentiles con el atrio de los judíos. Pero Cristo hizo más que eso; el muro era mucho más monumental. Cristo es nuestra paz. Claro que después físicamente, en el año 70, las tropas romanas al mando de Tito, destruyeron el templo del todo; donde, claro, también cayó ese muro; pero ya el Señor había derribado en la cruz la verdadera pared intermedia de separación entre judíos y gentiles, haciendo la paz. En la Iglesia, a Cristo lo adoramos judíos y gentiles juntos.

Cristo es nuestra paz. «*Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz*» (Is. 9:6). «*¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!*» (Lc. 2:14). Cristo es quien nos da la verdadera paz. Él mismo dice: Mi paz os doy, no como el mundo la da; el mundo no da ninguna paz. Se da el caso de que cuando los líderes de las naciones están firmando la paz entre ambos países, en ese mismo momento entre sus súbditos pueden tener algún choque violento. Por la obra de la cruz, Cristo nos da la paz. «*La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo*» (Jn. 14:27). Entonces, hermanos, recordemos esto de la pared intermedia. Ningún gentil podía entrar más allá del muro que separaba el atrio de los gentiles con el atrio de los judíos; pero todo eso fue derribado por Cristo. Hoy los hombres han erigido muchos muros religiosos de separación. La gente adora entre muros carcelarios.

ABOLIENDO LAS ENEMISTADES

«*Aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz*» (v. 15). A veces suelen tomar el nombre del Señor dizque para hacer revolución sangrienta, poniéndolo como un jefe guerrillero. Cristo no vino a intervenir en política, ni a dirigir revueltas y sediciones; Él no vino sino a cambiar rotundamente el corazón de los hombres. ¿Para qué tratan de cambiar las instituciones cuando el corazón de sus organizadores no ha cambiado? Las personas que lo pretendan, no hacen nada. Aquí en Colombia cada cinco años pueden hacer una nueva constitución, y las cosas pueden empeorar-

se si las personas que buscan los cambios no lo hacen a través de Cristo.

Cristo es quien vino a abolir las enemistades. «*Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús*» (Gá. 3:28). Ilustramos esto con una linda historia. «James Finney cuenta de «la conversión de un amor cruel» en Virginia antes de la Guerra Civil. Cierto amo de esclavos invitaba a predicadores metodistas para que vinieran a su plantación y predicaran a sus esclavos negros. Cuando el predicador no aparecía, predicaba Cuff, que era uno de los esclavos. Éste impactaba a negros y blancos con sus oraciones y predicación elocuente. Cuff amaba a su amo y su amo lo amaba a él. Pasado el tiempo, falleció el amo y la plantación pasó a manos de un hijo negligente que pronto perdió la plantación. Se tuvo que vender la tierra y los esclavos. Al vender a los esclavos le explicaron al nuevo amo que Cuff era un hombre excepcional y muy religioso; pero éste comentó que «ya se encargaría de su religión». Una mañana, el nuevo amo llamó a Cuff y le preguntó: «¿Dónde has estado?» Cuff contestó que había estado orando y predicando. El amo le dijo que esto no le era permitido; pero el esclavo respondió que tenía que orar y predicar mientras tuviera vida. El amo de Cuff se enfureció ante tal respuesta y lo castigó dándole 25 latigazos, pero el esclavo insistía en que no podía dejar de hacerlo. El amo quiso darle un buen escarmiento y volvió a darle 25 latigazos más hasta que todo su cuerpo estuvo golpeado y sangrando. Esa noche el amo no podía dormir. Al amanecer llamó a su esposa y le dijo que le parecía como que se estaba muriendo y le pidió que trajera un hombre de Dios para que orara por él. Ante su sorpresa, su esposa mandó a buscar a Cuff. Cuff oró por su amo, quien al ver su fe y su amor se convirtió y lo abrazó como a un hermano en Cristo. Luego le dio la libertad para que siguiera predicando en otras plantaciones también. Cristo derriba las barreras raciales haciéndonos "*nuevas criaturas*"»[9]

EL NUEVO HOMBRE ES CRISTO

Qué lástima que aún en el mundo haya todas esas divisiones, con iglesias de negros, iglesias de blancos,

[9]Citado por Preston A. Taylor en su obra *Efesios, La Gloria Eterna de Dios*. Casa Bautista de Publicaciones, 2002; pág. 63.

iglesias de ricos, iglesias de pobres. Nadie se salva por cumplimiento de ordenanzas y legalismo. Todas esas ordenanzas habían sido instituidas por causa de la carne. La carne arrastra al hombre a esos rudimentos del mundo; y todavía en la Iglesia hay muchos rudimentos de esos incrustados. «*Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo*» (Gá. 4:3). «*Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. [20]Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos [21]tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques [22](en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso?*» (Col. 2:8,20-22). Cuanto más niñez espiritual haya en la Iglesia, hay más rudimentos y ordenanzas de la carne. Mientras somos niños espiritualmente, somos carnales. Cuanto más crecido es uno en el espíritu, menos legalismos tiene, y menos ordenanzas de la carne. Cristo nos libró de eso cumpliendo Él mismo la ley. La salvación es por gracia mediante la fe. «*Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree*» (Ro. 10:4). La ley nos llevó a Cristo, y Él le dio cumplimiento a la ley (Mt. 5:17).

«*Aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz*». ¿Quién es el nuevo hombre? Cristo es el nuevo hombre. Cristo y su Iglesia, su cuerpo, es el nuevo hombre; es el prototipo de la nueva humanidad que el Señor está creando ahora. Míralo tú mismo: «*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*» (2 Co. 5:17). Cristo es el postrer Adán. «*Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante*» (1 Co. 15:45).

LA CREACIÓN DE UN NUEVO HOMBRE

El primer Adán cayó; pero Cristo corta con la carne definitivamente para que la nueva raza ya no herede nada de lo de Adán. Cristo en la cruz dio muerte en Él al primer Adán. A ese Adán corrompido por el pecado Él le dio muerte. De

manera que Cristo está forjando ahora en la humanidad la naturaleza divina; la está forjando ahora; en nosotros la quiere forjar. Él quiere introducir en nosotros sus virtudes. Él dice: Bueno, voy a meter mi humildad en ti; pero para hacerlo, tiene que destruir y derribar en ti la soberbia. Mientras tu soberbia esté ahí, Él no puede llenarte de humildad. Entonces Él nos va despojando de muchos lastres de nuestra vieja naturaleza, y las va reemplazando por sus virtudes, lo de Él. Va sacando lo de la carne para reemplazarlo por lo del Espíritu, del nuevo hombre, de Cristo. Eso es una cosa nueva.

¿Saben una cosa, hermanos? Esto es un acto de creación, pues se trata de algo nuevo. Un hombre nuevo es creado; es un acto que en la primera creación no se había dado; se está dando ahora. Dice: «*para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre*». Dios creó al hombre como una entidad colectiva. Recuerden que dice: «*Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza... Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y hembra los creó*» (Gé. 1:26a,27). Primero habla de la creación del hombre en singular, luego en plural para referirse al mismo hombre; luego el hombre no es necesariamente una individualidad, sino una colectividad. Dios hizo al hombre colectivo.

LA IGLESIA ES UN SOLO CUERPO

«*Y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades*» (v.16). Reconciliar con Dios a ambos, a judíos y a gentiles, en un solo cuerpo. La iglesia es un solo cuerpo. «*Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. [13]Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu*» (1 Co. 12:12-13). Cristo nos ha hecho uno.

Dice: «*Matando en ella las enemistades*». En nosotros ya no hay enemistades. El Señor nos ha reconciliado con Dios y con los hombres. Con Dios es una reconciliación vertical; y con los hombres es una reconciliación horizontal. Primero con Dios. «*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo*» (Ro. 5:1).

Ahí hay reconciliación. Ya estamos justificados por la fe en Cristo, y luego tenemos paz con Dios. Él ha venido a ser todo eso en nosotros. Ya nosotros no podemos darnos el lujo de decir que tenemos un enemigo. El único enemigo que tenemos es Satanás, pues es el enemigo de Dios, y enemigo nuestro; pero entre las personas humanas no tenemos enemigos. Nosotros no nos podemos reconciliar con Dios y andar en enemistades con la gente. La reconciliación es algo que tiene que ser parejo.«*Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; [19]que Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación*» (2 Co. 5:18,19).

La reconciliación horizontal, con los hombres, la encontramos en el verso 15, que ya hemos comentado, y en Gálatas 6:15: «*Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación*».

Sigamos el estudio en el siguiente versículo. «*Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; [18]porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre*» (vv. 17,18). Los gentiles estábamos lejos de Dios, pero los judíos estaban cerca. Hay que ver una cosa, hermanos, y es que el Señor nos ha reconciliado con ellos. Ahora vemos que, tanto ellos como nosotros, por medio de Cristo tenemos acceso al Padre. «*Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, [20]por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne*» (He. 10:19,20). Tenemos acceso al Padre a través de ese camino nuevo y vivo que Él nos abrió. Antes había un velo a través del cual nadie podía entrar al Lugar Santísimo; ya ese velo fue rasgado de arriba abajo. Dios lo rasgó por la obra de su Hijo.

LA FAMILIA DE DIOS EDIFICADA COMO CASA

Ahora entramos en el estudio de una parte muy interesante, lo que corresponde a los versículos 19 al 22, que habla de la familia de Dios que está siendo edificada como casa de Dios. «*Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios*» (v.19). Ya no somos advenedizos, no somos foraste-

ros, no somos extranjeros. ¿Saben cómo es en griego la palabra forastero, lo que Reina-Valera traduce advenedizo? Es la palabra griega *paróikoi*, de donde viene la palabra «parroquia»; claro que ahora a parroquia se le da una connotación diferente; pero la verdadera connotación de la palabra parroquia es el conjunto de feligreses, de fieles, que mientras estamos aquí en esta tierra somos peregrinos, no pertenecemos a esta tierra, gente que vive de paso. «*Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma*» (1 Pe. 2:11). Mientras estamos aquí, somos peregrinos; aquí somos como extranjeros; nuestra ciudadanía está con el Señor en el reino de los cielos; esa es nuestra casa. Por eso yo digo que el creyente no debe tenerle miedo a la muerte, pues con la muerte nos vamos a casa. ¿Por qué tenerle miedo? Eso es como un contrasentido. Tarde o temprano el Señor nos va a llevar a casa, pues es nuestra casa, para estar allí felices. Gloria al Señor. Aquí somos personas que van de paso solamente. Hasta somos mal vistos mientras estamos acá.

Ahora nosotros, como Iglesia, somos conciudadanos de los santos. «*Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo*» (Fil. 3:20). También somos miembros de la familia de Dios; eso denota que hay una casa de Dios; y que Él con su familia está edificando su casa. La casa da por resultado entonces el reino. La familia edifica la casa con el Señor; y edificando la casa hay un reino. Entonces ya no somos extranjeros y advenedizos, sino conciudadanos de los santos; y cuando dice conciudadanos, es porque hay un reino. Somos conciudadanos en el reino y miembros de la familia de Dios. «*Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe*» (Gá. 6:10). «*Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús*» (Gá. 3:26). Somos todo eso y mucho más.

EL FUNDAMENTO DE LOS APÓSTOLES Y PROFETAS

«*Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo*» (v. 20). Nosotros estamos siendo edificados, y también somos edificadores con el Señor. Somos edificadores y a la vez somos piedras para edificar; somos piedras

vivas para edificar la casa de Dios, y a la vez somos familia de Dios; y vamos a vivir en esa casa como la esposa del Señor. ¡Tantas cosas somos! Somos tabernáculo, vivienda de Él, somos sus amores. Aleluya. El fundamento de los apóstoles y profetas es lo que dice el Nuevo Testamento; es lo que ellos oyeron y vieron, es lo que ellos predicaron y escribieron; y todo eso está contenido en el Nuevo Testamento. Dios quiere que volvamos al Nuevo Testamento. Él está trabajando para que la Iglesia entienda que debe volver al Nuevo Testamento, a la Palabra para obedecerla; no a los pareceres de los hombres, no a las innovaciones que se apartan de la verdad bíblica.

Hermanos, el cuerpo necesita crecimiento en vida; estamos creciendo en vida. Cuando dice que somos edificados, uno inmediatamente lo relaciona con la edificación de un edificio, de cómo van construyendo las columnas, pegando los ladrillos, etc. Pero ¿saben qué es ser edificados nosotros en Cristo? Es Él formándose en nosotros cada día; es un desarrollo; cada vez que tú seas más la imagen de Cristo, estás siendo más edificado como casa de Dios. Es Él formándose y forjándose en nosotros. Como lo dice más tarde esta misma carta. Él mismo dio a la Iglesia a unos como apóstoles, a otros como evangelistas, a otros como profetas, a otros como pastores y maestros. ¿Para qué los dio? Para que cada uno de nosotros podamos ser perfeccionados en el ministerio que tenemos, y edificarnos a nosotros y edificar a los demás, hasta que lleguemos a esa plenitud, a esa altura del varón perfecto, de Cristo. Esa es la altura a la que Él quiere que lleguemos en esa edificación. Gloria al Señor.

CRISTO ES LA PIEDRA ANGULAR

Ahora, por un lado el cuerpo necesita crecimiento en vida, por el otro, la casa está siendo edificada; pero ambos conceptos van unidos. Crecimiento y edificación sobre el fundamento de los apóstoles y profetas; y esa revelación recibida por los apóstoles, nosotros la tenemos acá en el Nuevo Testamento. «*Misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora* ***es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu****: [6]que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús*

por medio del evangelio» (Ef. 3:5,6). «*Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca* ***edificaré mi iglesia****; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella*» (Mt. 16:18). «*Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica*» (1 Co. 3:11).

Ese es el fundamento sobre el que se edifica la Iglesia; claro que la piedra angular es Cristo mismo. «*Por tanto, Jehová el Señor dice así: He aquí que yo he puesto en Sion por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure*» (Is. 28:16). ¿Por qué dice piedra angular? Porque la piedra angular es la que le da la fortaleza a esas dos columnas de los gentiles y los judíos. Esa dos columnas se unen por la piedra angular y le da fortaleza al edificio, a la Iglesia, a la casa de Dios. Pero los edificadores judíos lo rechazaron como piedra del ángulo. «*Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo*» (Hch. 4:11). «*Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero para los que no creen, la piedra que los edificadores desecharon, ha venido a ser la cabeza del ángulo*» (1 Pe. 2:7).

EL NUEVO SANTUARIO DE DIOS

«*Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, [21]en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor*» (vv. 20,21). Esa es la verdadera construcción, la verdadera edificación del cuerpo. El edificio crece porque está vivo, y crece hasta llegar a la estatura de la plena madurez escatológica. «*Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo*» (1 Pe. 2:5). Nosotros somos edificados como casa espiritual. No nos interesa edificar templos materiales; eso no está en los planes de Dios, no es de Dios. Tenemos que entenderlo; lo que quiere Dios es que seamos edificados espiritualmente; Él edificado en nosotros, y nosotros edificados en Él. No gastamos ni un peso en comprar un terreno para edificar un templo material. Si el Señor nos quiere dar un salón grande para reunirnos, gloria a Dios; pero no como templo; el templo

somos nosotros. Tenemos que tener eso bien claro.

Y ese edificio crece hasta llegar a la plenitud de esa madurez escatológica; porque según veo, hasta después del Milenio es cuando vamos a ver realmente todo este cuerpo unido; porque incluso algunos no estarán presentes en el reino milenial; estarán por fuera, porque serán vírgenes insensatas. «*Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*» (Ef. 4:13). «*Y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios*» (Col. 2:19).

«*En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu*» (v.22). Entonces. somos el nuevo santuario sagrado de Dios; Cristo en nosotros es la nueva *Shekinah*; la nueva nube, la nueva columna de fuego, la nueva manifestación de Dios; y es porque somos el santuario, el lugar santísimo donde Él mora. Él quiere manifestarse ahora. Por eso dice: «*En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu*».

Esto que estamos leyendo en este momento es la comunión de la Iglesia, la comunión eclesial; que todos nosotros hagamos un solo edificio para morada de Dios, como el santuario sagrado de Dios en Cristo y en el Espíritu; eterno. Lógicamente que está formado de muchas piedras vivas que se ayudan y sostienen mutuamente a pesar de su forma diferente y de que ocupan distintas posiciones en el edificio; pero es una realidad espiritual que tenemos que entender. Ahora mismo nosotros estamos en una apertura, y tenemos que entender qué es la iglesia, cuál es la posición de Cristo en la Iglesia. Entendamos que nosotros estamos lejos de ser una organización de hombres. Dios quiere que entendamos eso; somos un cuerpo vivo; no tenemos nombre diferente del Señor Jesucristo. Estamos ubicados en Teusaquillo, en Usaquén, en Ciudad Bolívar, en Fusagasugá, pero somos, con todos los hermanos, el cuerpo que el Señor está formando ahora. Dios quiere que volvamos a la fuente, al fundamento de los apóstoles y profetas; no somos extranjeros, no somos advenedizos; somos del pueblo santo de Dios donde Él mora y vive eternamente; y nunca se va a salir de nosotros. Si cometemos una falta; pues ahí está Él con su

vara para disciplinarnos, para santificarnos; pero Él quiere que nos esperemos. Somos la casa viva de Dios. No podemos aspirar creer otra cosa; no importa que nos miren un poco con recelo, pero vamos en esa línea.

Para compartir en comunión la vida cristiana, la vida orgánica del cuerpo de Cristo, la expresión de un testimonio de la unidad del cuerpo en la localidad, nunca es saludable un servicio cristiano individualista. Para expresar la verdadera vida comunitaria de la iglesia local única y el cumplimiento de las funciones orgánicas del cuerpo, toda división en la iglesia local es perjudicial para la vida de la Iglesia. Nosotros tenemos que entenderlo; que otros hermanos no lo entiendan, bueno, oremos por ellos, y esperemos en el Señor. Incluso por lógica no se puede construir un edificio único, construyendo partes del mismo en diferentes sitios de la ciudad. Cuánto más el cuerpo de Cristo. No se puede pensar que el cuerpo de Cristo tenga un ojo por allá en San Cristóbal y un dedo por allá en el Chicó. Dios nos dé, hermanos, amor y humildad, y orar para que primeramente nosotros lo vivamos, y lo podamos transmitir en amor. Gracias al Señor. Amén.

9

REVELACIÓN DEL MISTERIO DE CRISTO

POR ESTA CAUSA

Continuando con el estudio de la carta del apóstol Pablo a los Efesios, abordamos Efesios 3:1-13. Recuerden que los tres primeros capítulos de esta carta son los que tratan de doctrina. Vamos a ver la primera parte del capítulo 3; es decir que la *perícopa* de hoy comprende los versículos 1 al 13.

En el capítulo 1 hemos visto que habla del poder de Dios, de las riquezas de las bendiciones de Dios en Cristo; luego vimos en el capítulo 2 que ya habla de la gracia de Dios y del desarrollo de este gran tema del designio de Dios en Cristo; de la asombrosa gracia trayendo a una vida eterna, a una nueva vida a los que estaban caídos y esclavos del pecado. También habla del significado de la reconciliación conjunta de judíos y gentiles para formar un solo cuerpo, un solo pueblo de Dios. Eso que estaba escondido en Dios, que no se sabía en las edades pasadas; ni siquiera los ángeles conocían de esto, hermanos; los profetas del Antiguo Testamento tampoco; y le fue revelado plenamente al apóstol Pablo. Ya en el capítulo 3, que vamos a tratar ahora, habla de la sabiduría de Dios y habla de la revelación del misterio. Por eso es que este capítulo comienza diciendo: *"Por esta causa"*; es decir, por todo lo que hemos visto en los dos primeros capítulos.

«*Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles;* [2]*si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros;* [3]*que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente,* [4]*leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo,* [5]*misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu:* [6]*que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio,*

[7]del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder. [8]A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo» (Ef. 3:1-8).

LA VIDA QUE ENFRENTA UN VERDADERO DISCÍPULO

Este es un capítulo muy importante de la carta a los Efesios; aquí se habla de la mayordomía de la gracia y de la revelación del misterio de Dios. «*Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles*» (v.1). Aquí habla de que Pablo está prisionero, no del emperador, aunque puede que allí aquellas cadenas le pudieran estar permanentemente estorbando para escribir estas cartas o le dificultaban para hablar ciertas intimidades, cadenas que lo ligaban a los soldados que lo custodiaban; sin embargo él dice que no se considera prisionero del mundo ni del poder del imperio, ni de Nerón, sino que se sentía prisionero de Cristo. Somos prisioneros de Cristo. Pablo era prisionero del Señor por predicar el evangelio a los gentiles, por su proclamación del gran misterio de Cristo; y no le importaba, hermanos, si estaba cómodo o no lo estaba, si sentía frío o no, si tenía hambre o no; lo que importaba era que él estaba haciendo la obra del Señor. Eso es lo importante. Nosotros a veces le ponemos mucho énfasis a nuestra comodidad; de cómo y dónde vivimos, qué comemos, qué vestimos, qué manejamos y con quién nos relacionamos; a eso le ponemos más énfasis que llevar el Señor en nosotros; le ponemos más énfasis realmente a lo que la Biblia llama las añadiduras, y ni le ponemos énfasis a buscar el reino de Dios y su justicia (cf. Mt. 6:33). Eso es lo que quiere el Señor. Él vino a eso; Él quiere que su cuerpo también se ocupe de eso.

El Señor no se ocupó de Él mismo, hermanos; a Él no le interesó tener ni siquiera una piedra para recostar su cabeza, y mucho menos un humilde burro para montar; nosotros sí que nos preocupamos de eso.

TRES PROMESAS DEL SEÑOR

Me llamó mucho la atención algo que quisiera compartir con ustedes. Hay un comentarista bíblico, F. R. Malthy, que dice que Jesús prometió a sus discípulos tres cosas, que

relaciono con mis comentarios:

a) Que sus discípulos ***serían absurdamente felices***. El mundo no entiende nuestra felicidad; el mundo nos ve como unos ridículos cuando realmente queremos vivir la vida de Cristo; porque si queremos vivir la vida del mundo es otra cosa. La felicidad del mundo es fantasiosa. A veces queremos darnos ese caché tal vez para no parecer tan ridículos. Pero el Señor nos dice: «*La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo*» (Jn. 14:27).

b) Que el Señor les prometió a los discípulos que ***no le tendrían miedo a nada***. Estamos en Cristo y Él es vencedor; ya Él juzgó a su principal enemigo. «*Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. [7]Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús*» (Fil. 4:6,7).

c) Lo tercero es que los discípulos ***estarían constantemente en dificultades***. Eso no lo queremos entender, y no se está predicando sino lo contrario; se está predicando hoy en día en la cristiandad una doctrina que es extraña al mensaje del evangelio; la cruz es desconocida. El cristianismo que nos rodea poco a poco le ha ido cerrando las puertas a la enseñanza de la cruz. Más bien pregonan: Disfruta (en el mundo) todo lo que puedas. Pero dice el Señor: ¿Alguno quiere venir en pos de mí? Niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (cf. Mt. 16:24). «*Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. [19]Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece*» (Jn. 15:18,19). «*El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará*» (Jn. 12:25).

Cuando Pablo escribió esta carta, estaba en Roma, durante su primera prisión. Por eso dice: «*Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles*». Él no eludió aquello. Pablo no eludió el sufrimiento, si eso era necesario para hacer la obra del Señor. Recuerden cuando iba camino a Jerusalén. Por todo el camino el Espíritu le decía: Pablo, en Jerusalén te va a suceder algo bastante difícil; y él confiaba; debo ir a Jerusalén. Y allá lo

prendieron. Se llevó un compañero de Éfeso, a Trófimo, y pensaron que lo introducía a un lugar del templo vedado para los gentiles, y lo agarraron, acusándolo de que introducía griegos en el templo; y a no ser por las tropas romanas, lo matan. Este fue su primer arresto y prisión.

LA MAYORDOMÍA DE LA GRACIA

Seguimos el estudio de Efesios. «*Si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros*» (v.2). Recuerden, hermanos, lo hemos dicho muchas veces, esa palabra, ***administración***, en el original griego es ***economía***, de *oikos*, casa, y *nomos*, norma, ley; la ley de la casa. Cuando una persona administra bien su casa, está aplicando principios de la economía del hogar; y precisamente el Señor está formando su hogar, y Él tiene su propia economía de su casa, y entonces Él pone sus mayordomos para que administren la gracia que Él nos da. Miren cómo lo dice: «*Si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros*». El apóstol recibe la gracia y la ministra a los demás; no la vende; a la gracia la da de gracia. La buena administración de la gracia es dispensar la gracia de Dios a su pueblo. Él lo quiere así. Veamos algunas citas bíblicas al respecto. «*Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios*» (1 Pe. 4:10). Esa palabra *multiforme* sugiere la idea de policromía. La gracia se refiere a las riquezas de Cristo que Dios nos ha dado, como lo dice el versículo 8 del capítulo que estamos estudiando: «*A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de* ***las inescrutables riquezas de Cristo***». Aquí Pablo dice que era el más pequeño de todos los santos; pero en 1 Corintios 15:9 dice que era el más pequeño de todos los apóstoles, y en 1 Timoteo 1:15 dice que es el primero de los pecadores.

El administrador de la gracia de Dios debe ser hallado fiel. «*Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios. [2]Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel«* (1 Co. 4:1-2). Eso lo hace un buen mayordomo, un buen administrador de la gracia de Dios. Administrar los misterios de Dios, eso conlleva la administración de la gracia de Dios.

«*Porque es necesario que el obispo sea irreprensible, como administrador de Dios; no soberbio, no iracundo, no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas*» (Ti. 1:7). Vemos que en la iglesia local, en el candelero, los administradores de la gracia de Dios son los obispos. Y en el terreno de la obra, esto corresponde a los apóstoles.

REVELACIÓN DEL MISTERIO DE CRISTO

«*Si es que habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros; [3]que por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente*» (vv. 2,3). Hay un propósito de Dios escondido, pero que ahora ha sido revelado (*apocalipsis*); ha sido quitado un velo, en su economía eterna y divina, para que la Iglesia pueda conocerlo mediante sus hombres escogidos y llamados para eso, como el apóstol Pablo. Al quitar ese velo, uno puede mirar el contenido de este misterio que había estado escondido en Dios; para que se pueda llevar a cabo ese propósito revelado. ¿Para qué es revelado ese misterio? Para que se produzca la Iglesia. Ese es el gran propósito de Dios; incluso la misma creación del universo está hecha por causa de la Iglesia; la misma creación de todas las galaxias existentes, la razón de ser de las galaxias es para que en este planeta llamado tierra pudiera haber condiciones de vida, para que el hombre pudiera vivir, a fin de que Cristo, con base en la creación del hombre, pudiera crear una casa viviente donde habitar, que somos nosotros los que hemos creído en Cristo.

El gran propósito, mejor dicho, el centro, el cenit del propósito de Dios es el cuerpo de Cristo; ese es el meollo del misterio escondido; ese es un plan salvador de Dios que ahora llega a su culminación histórica con Cristo encarnado, con Cristo habiendo crecido como hombre, con Cristo en su ministerio terrenal, con Cristo crucificado, con Cristo resucitado, con Cristo glorificado, con el envío del Espíritu Santo, con la formación de la Iglesia desde el día de Pentecostés hasta la segunda venida de Cristo y se complete el número de los redimidos, y Él termine la edificación de su casa. Ahí está el propósito revelado. Los judíos pensaban que ellos eran los únicos; ningún profeta judío podía imaginarse que existiría lo que hoy nosotros conocemos como la Iglesia; ese es un misterio.

«*Leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, [5]misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu*» (vv. 4,5). Dios es un misterio; y por eso es que dice la Biblia que al venir Jesús de Nazaret como la imagen de Dios, entonces el Verbo encarnado también es un misterio; Jesús es el misterio de Dios; pues a Dios no lo conocemos sino en parte; quien pueda conocer a Dios plenamente, es Dios. A Dios lo vamos conociendo poco a poco pero a través de Cristo Jesús, lo que Cristo nos ha revelado por su Espíritu; y en la medida en que conozcamos a Cristo, vamos conociendo más de Dios; pero eso será un conocimiento progresivo y que no se acabará nunca. «*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*» (Jn. 17:3). Esa es la vida, conocerlo a Él.

LA IGLESIA ES EL MISTERIO DE CRISTO

Cristo es Dios corporificado, que lo expresa; entonces es el misterio de Dios. «*Para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, [3]en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento*» (Col. 2:2,3). Cristo es el misterio del Padre, de Dios, pues Él es la imagen del Padre, pero la Iglesia es la imagen del Hijo, luego la Iglesia es el misterio del Hijo. Esa es una cadena. La Iglesia es el misterio del Hijo, y el Hijo es el misterio del Padre. Gloria al Señor. La Iglesia es el cuerpo de Cristo que lo expresa; es el misterio de Cristo. Hermanos, ¡qué dicha, qué bueno, qué importante es que podamos entender esto! Que podamos entender qué es la Iglesia. En la cristiandad se ha confundido, se ha tergiversado, se ha salido de lo que es bíblico, qué es la Iglesia. ¿Qué es la Iglesia? Hay muchos nombres que dicen: Aquí es la iglesia; aquí bajo esta personería jurídica. Sí, esas son organizaciones eclesiales donde hay hermanos; muy bien; pero la Iglesia es más que eso. La Iglesia es viva. La vida de la Iglesia no se la proporciona una personería jurídica. La vida de la Iglesia es Cristo; y Cristo no le pide permiso al gobierno imperial ni a ningún gobierno terrenal para que su cuerpo viva; pues la vida del cuerpo es la vida de la Cabeza; la Iglesia existe por encima

de todo permiso oficial estatal. Bendito el nombre del Señor.

Hay que entenderlo, hermanos. Esto es más profundo; esto es más trascendental. Entonces, ¿cuál es el gran secreto? Miren qué carta tan importante. ¿Cuál es el gran secreto? Este misterio de la economía de Dios, es que Cristo se ha incorporado en su pueblo escogido; que Él se meta dentro de su pueblo escogido, para que Dios tenga una expresión corporativa aumentada. Cada día se está aumentando Cristo. Dios quiere un Cristo aumentado; Dios quiere una casa grande; que su Hijo ocupe inmensidades, millones de personas. Él es la cabeza, y esos millones de personas son su cuerpo. Eso quiere el Padre que tenga su Hijo. Gloria al Señor. «*Misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu*» (v.5). Nunca antes ningún hombre lo había recibido, menos los ángeles. Lo reveló a sus apóstoles. La palabra apóstol significa enviado; luego lo reveló a sus enviados, a sus comisionados. El Señor está restaurando a los apóstoles ahora, en este tiempo. El Señor está restaurando el verdadero gobierno de la Iglesia en este tiempos. «*Y por quien recibimos la gracia y el apostolado, para la obediencia a la fe en todas las naciones por amor de su nombre*» (Ro. 1:5). El apostolado lo recibimos del Señor, no de los hombres. No es apóstol aquel que es enviado por los hombres; es apóstol el que es enviado por Dios. El Padre tuvo su Apóstol, que es el Hijo; el Hijo tuvo doce apóstoles, que fueron los doce apóstoles del Señor, que Él mismo escogió; y el Espíritu Santo también tiene sus apóstoles. Por ejemplo en Hechos 13:1-3, habla de que estaba reunido el presbiterio de la iglesia de Antioquía, entre los cuales estaban Pablo y Bernabé, y habló el Espíritu Santo, y dijo: «*Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado*». De manera que las tres Personas de la Trinidad divina tienen sus propios apóstoles. Y el Espíritu Santo está restaurando ahora el apostolado, en este tiempo que vivimos. Gloria al Señor. Era necesario restaurar el apostolado bíblico, pues no se puede restaurar la legítima iglesia bíblica sin que se restaure el legítimo apostolado bíblico. La restauración de la unidad y de la vida de la iglesia bíblica conlleva la restauración de todo lo que enseñan los apóstoles en el Nuevo Testamento, y que en la historia se fue perdiendo.

REVELACIONES PARCIALES VETEROTESTAMENTARIAS

Entonces, los apóstoles recibieron esta revelación. ¿Cuál revelación? «*Que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio*» (v. 6). En este versículo está el meollo del misterio. Veamos qué decía la Escritura en el Antiguo Testamento. «*Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y* ***la simiente suya****; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar*» (Gn. 3:15). Le dice el Señor a Abraham: «*Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y* ***serán benditas en ti todas las familias de la tierra***» (Gn. 12:3). Vuelve a decirle: «***En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra****, por cuanto obedeciste a mi voz*» (Gn. 22:18). Le dice el Señor a Jacob: «*Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y* ***todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente***» (Gn. 28:14). Le revela el Señor al profeta Isaías: «*Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz*» (Is. 9:6). Ésto era un misterio, pero algo de ello había revelado Dios; veladamente, pero algo había revelado; que no sólo los hebreos eran los únicos, lo exclusivos. Lo que sucede es que, como lo decíamos la vez pasada, el hombre pecó, cayó y se volvió carne, como dice Génesis 6:3, entonces Dios optó por escoger y apartar una nación que se comprometiera a cortar con la carne, cuya señal externa era cortar el prepucio; era una nación de circuncidados. De manera que los hebreos eran los circuncidados, y a los demás los consideraban unos perros incircuncisos, que no podían tener las promesas de Dios. Pero Dios sí tenía planes y propósitos de romper esa barrera de la circuncisión del prepucio, para ser nosotros ahora circuncidados en el corazón; porque fuimos a la cruz con Cristo Jesús. Bendito el nombre del Señor. Entonces ahora nosotros rompimos con la carne; y este misterio es ahora revelado a los apóstoles y profetas.

MINISTRO POR EL DON DE LA GRACIA

Ahora, pues, tanto judíos como gentiles hacemos en la iglesia un solo cuerpo, por medio del evangelio, y Pablo dice:

«*del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder*» (v.7). La connotación bíblica de ministro es que es un diácono, un servidor, uno que sirve, uno que administra los bienes recibidos a favor de los hermanos; como cuando el dueño de la casa se sienta a comer, y el servidor le trae la comida a la mesa y se la sirve. Así también el fiel ministro de Cristo lleva a la gente la comida que le ha dado el Señor; es para administrar la gracia, para administrar ese misterio. Eso tenemos que entenderlo, hermanos. Un ministro del evangelio sirve el evangelio a la gente; es servirle a los demás; no es servirse a sí mismo. La gracia no es nuestra; la gracia es Dios mismo. Es a Dios, a Cristo mismo que le vamos a servir a los demás. El don de la gracia es la capacidad y es función producida al disfrutar de la gracia de Dios. Es poder también; nosotros recibimos un poder para distribuir la gracia, pero por gracia.

La salvación es por gracia, no es por un rito. Eso lo inventaron en el comercio religioso. En el mundo millones de personas piensan que la salvación es por un rito religioso; pero la salvación es por fe, la salvación es recibiendo una gracia que alguien se la administra ahora. Gloria al Señor. Dice Pablo: «*A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo*» (v.8). Cuando dice que es el más pequeño de todos los santos, no significa que él esté tratando de dárselas de humilde, pues esto es lo que menos hay en Pablo, sino que significa que el más pequeño de los santos puede recibir la gracia de anunciar el evangelio u otras cosas. Aquí el más pequeño de los santos puede recibir del Señor la gracia y distribuirla.

Inescrutable significa que no se puede conocer, que no se puede sondear, no se puede llegar al fondo, no se puede investigar; es algo que es impenetrable; las riquezas de Cristo sobrepasan a todo entendimiento humano; eso es insondable; no se le puede seguir la pista. Alguien que se ponga a investigar cuáles son las riquezas inescrutables de Cristo, se da contra la pared. No la puede conocer; no se puede sondear. El Señor es rico en muchas cosas, en muchas; es rico en perdón, en amor, en misericordia, en conocimiento, en humildad; en cuántas cosas es rico el Señor. Y en cada cosa su riqueza es inmensa, infinita. No se

puede, hermanos, llegar a conocer ni siquiera una faceta de las inescrutables facetas de las inescrutables riquezas del Señor; no se puede. Es Dios; y todo lo de Dios se recibe por fe; lo de Dios no se cuestiona. Traemos otras citas bíblicas relacionadas con este versículo 8 en torno a la declaración de Pablo, así: «*Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios*» (1 Co. 15:9). «*Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero*» (1 Ti. 1:15).

LA ECONOMÍA DEL MISTERIO ESCONDIDO

«*Y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas*» (v.9). La palabra *dispensación* es lo mismo que *administración*. Cuando aquí dice:*« de aclarar a todos cuál sea la* ***dispensación*** *del misterio escondido*», se puede cambiar, y decir: «*de aclarar a todos cuál sea la* ***economía*** *del misterio escondido*». La economía del misterio escondido es un designio; algunas versiones bíblicas lo traducen diciendo: «*cuál sea el designio*». Economía implica distribución. Cuando a alguien lo posesionan de ecónomo, en sus funciones ese ecónomo distribuye algo de lo que recibió. Hay algo curioso en esto de la economía. En el original griego en Juan 10:9, la palabra pastos es *nomen*; y aquí a la palabra economía (*oikonomía*), lo único que le anteponen es la raíz *oikos*, casa; es decir, que economía se relaciona con distribuir el pasto, el alimento, a las ovejas. De manera que vemos que es un manejo económico, es la administración de familia, es el gobierno familiar; y, claro, también es una dispensación, un plan, un propósito; es una economía para administrarla, para distribuirla. Dios revela que este fue su designio desde el principio de la creación; desde antes de la fundación del mundo Él tenía ya este propósito. Porque aquí mismo en esta carta Dios dice que desde antes de la fundación del mundo Él nos conoció, y Él nos eligió. El plan es eterno.

LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA

Entendámoslo, Dios se dispensa a su pueblo en Cristo su Hijo, para tener una casa para vivir, para tener un cuerpo que

lo exprese. Gloria al Señor. El misterio lo recibe Pablo, y lo administra. Esta administración de Pablo se centra en la economía de Dios; él no se sale de allí, hermanos; Pablo no está administrando lo de él; está administrando lo de Cristo; no lo vende. Lo que recibimos de Cristo no lo podemos vender. Y por estar administrando lo de Cristo, va a la cárcel. «*Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia; [25]de la cual fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios*» (Col. 1:24,25). Siempre es lo mismo; él no se sale. Pablo recibe algo que debe administrarlo y ministrarlo. Un apóstol es un servidor de la iglesia. Cuando en Efesios 4:11 dice que «*él mismo constituyó a unos, apóstoles*», en el original no dice que los constituyó, sino que los dio como regalos de Dios para la iglesia, para que sirvan a los hermanos, para que los alimenten; como dice en el siguiente versículo, para que estén perfeccionando a los santos; porque todos, absolutamente todos somos llamados a trabajar en la edificación de la Iglesia, no solamente los pastores, los profetas, los maestros, los apóstoles y los evangelistas; todo el cuerpo debe estar en función de la edificación de la Iglesia.

No hemos sido llamados para estar de ociosos en la Iglesia; hemos sido llamados para trabajar. La economía de Dios es un asunto de fe, en la esfera espiritual. Cuando nosotros hablamos algo, lo hacemos en la esfera espiritual. Nosotros no hablemos nada material; la iglesia es un cuerpo espiritual. ¿Qué es la edificación de la iglesia? Es Cristo formándose en nosotros. Esa es la edificación de la Iglesia del Señor. Si yo no soy edificado, ¿entonces qué? si Cristo no es formado en mí, yo no soy edificado. Y si Cristo es formado en mí, yo debo interesarme en que sea formado en mi hermano. Y a la vez mi hermano crece, y Cristo se forma en mi hermano, él debe interesarse por ministrar lo que está recibiendo, para que Cristo sea formado en otros. Esa es la edificación de la Iglesia. Si nosotros vamos a edificar otra cosa, edificamos en asuntos meramente humanos, que se queman, como la madera, el heno y la hojarasca. Todo lo humano se quema y no queda sino cenizas. Pero cuando Cristo se forma en nosotros y es edificado el cuerpo de Cristo, la morada de Dios en nosotros, eso es eterno; porque

eso permanecerá durante el reino milenial, e irá hasta la Nueva Jerusalén, la ciudad de Dios. Hasta allá no llegan los edificios esos que nosotros hacemos aquí. Allá llegará el verdadero edificio, al mismo trono de Dios, de donde saldrá un río limpio de agua de vida (cf. Ap. 22:1).

LA IGLESIA ENSEÑA A LOS ÁNGELES

«*Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales* [11]*conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor*» (vv. 10,11). Cuando habla de la multiforme sabiduría de Dios, la palabra multiforme en griego es *polupoíkilos*, policroma, riquísima en matices. «*¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!*» (Ro. 11:33). Tenemos que entenderlo, hermanos. La iglesia desde la tierra sirve como instrumento para dar a conocer a los mismos ángeles la multiforme sabiduría de Dios. Con la iglesia, los ángeles están aprendiendo cosas que nunca les fue revelado a ellos, sino que nos ha sido revelado a nosotros. Ellos aprenden con nosotros. Lo que ha sido dispuesto desde el cielo y ordenado desde el cielo, nosotros ahora lo estamos enseñando a los habitantes del cielo. Cuando dice: «*Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales*», más que todo se refiere a los ángeles de Dios.

Ahora, los ángeles son un poco superiores a los hombres; eso es verdad; pero son inferiores en cuanto a la gracia. Veamos algunas Escrituras: *"Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra"* (Sal. 8:5). «*Pero alguien testificó en cierto lugar, diciendo: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que le visites?.../...* [16]*Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham*» (He. 2:6,16). «*Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo*» (He. 1:14). Los ángeles anhelan; pero estas cosas no la supieron claramente ni los profetas veterotestamentarios. «*A éstos se les reveló que no para sí*

mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; ***cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles***» (1 Pe. 1:12). «*Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues* ***hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres***» (1 Co. 4:9).

Hermanos, la iglesia es algo grande para Dios. ¿La revelación a quién fue dada? A Pablo, no a los ángeles, «*conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor,* [12]*en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él*» (vv. 11,12). Dios tiene un propósito eterno en torno a su Hijo; y todo lo recibimos por medio de la fe en Él, en quien tenemos franqueza, en quien tenemos libertad, porque tenemos una confianza; ahora con Él podemos hablar cara a cara; tenemos el atrevimiento, tenemos la osadía, el denuedo, pero también tenemos la confianza. Que yo quiera hablar cara a cara con el Señor es un atrevimiento, pero también es una confianza. Y Él me dice: Acércate al trono de la gracia. Está abierto el camino para que nosotros, amados hermanos, podamos entrar. «*Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro*» (He. 4:16). Tenemos acceso (*prosagogué*, introducción), derecho de entrada, como en 2:18; también tenemos confianza (*pepoiéthesis*); aunque es redundancia, le añade un tinte más personal, pues el medio es la fe en Jesucristo (2:8); como en Romanos 5:1: «*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo*».

Veamos el verso 13. «*Por lo cual pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria*»; es decir, no se preocupen por eso; no se vayan a afanar porque yo estoy en la cárcel, no; esto es vuestra gloria. Este versículo se puede parafrasear con J. Leal: «Porque mis cadenas son fruto de mi apostolado a favor vuestro, porque entran en el misterio salvador de Dios, en su plan de salvar a todos los hombres, particularmente a vosotros los gentiles, no debe desalentaros mi prisión... Podéis gloriaros de mis persecuciones y alegraros, pues obedecen al plan salvador de Dios sobre vosotros».

Las cadenas, los sufrimientos de nosotros, las pruebas

que tenemos, las hambres que podamos padecer, los fríos, y otras muchas cosas, están dentro del plan de Dios para cada uno de nosotros. No debemos de rehuir lo que Dios tiene para nosotros, cuando esto nos ayuda a crecer, a conocerlo más, a que nuestra espiritualidad sea perfeccionada cada día. Nuestra carne a menudo dice: No, no quiero; pero el Señor sabe que tenemos necesidad de pasar por ciertas estrecheces y ciertos problemas. A nosotros se nos ha enseñado mal, pero la Biblia tiene el mensaje correcto para nosotros. Esa palabra, «*por lo cual pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria*», significa: Estoy aquí porque Cristo me tiene; Él es poderoso para haberme liberado desde el día en que me apresaron en Jerusalén, incluso usando un escuadrón de ángeles. Pero Dios quiso que tuvieran preso a Pablo dos años en Cesarea; y después declaró su ciudadanía romana, y apelando al Cesar, fue llevado a Roma. Fue un plan de Dios. Abramos los ojos, y miremos lo que Dios está haciendo en este tiempo con nosotros. Oramos. Amén.

10

FORTALECIMIENTO DEL HOMBRE INTERIOR

LA SÚPLICA DE PABLO

Entramos a estudiar la última *perícopa* del capítulo 3. «*Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre, [15]de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra,* (la frase *"de nuestro Señor Jesucristo"* fue añadida; no aparece en los manuscritos bíblicos más antiguos) *[16]para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; [17]para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, [18]seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, [19]y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. [20]Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, [21]a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén*» (Ef. 3:14-21).

En esta *perícopa* vamos a ver el fortalecimiento del hombre interior de los santos, que es el tema central acá, y para qué ese fortalecimiento. Vemos aquí una oración de Pablo pidiendo bendiciones espirituales. Siempre recalcamos que las bendiciones para la Iglesia son de tipo espiritual, porque lo demás son añadiduras, que el Señor se ha comprometido dárnoslas si nosotros buscamos primeramente el reino de Dios y su justicia; el Señor se encarga del resto, de lo que necesitamos. Claro que si nosotros nos afanamos por las añadiduras, entonces el Señor nos deja en nuestros afanes; pero si buscamos el reino de Dios y su justicia, dándole prioridad, y obedeciendo al Señor, entonces Él cumple su parte; lo demás vendrá por añadidura. ¿Qué es lo demás? Todo, todo lo que nosotros vivimos en esta tierra. Entonces la Iglesia recibe bendiciones espirituales.

Fíjense, hermanos, en que cuando uno comienza a leer el capítulo 3, que dice: «***Por esta causa*** *yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús*», el apóstol nos enseña sobre la revelación del misterio de Cristo, y de pronto vuelve a repetir en el verso 14, «***por esta causa*** *doblo mi rodilla*»; luego nosotros vemos aquí que hay como un texto parentético; Pablo hace como especie de un paréntesis, y vuelve a retomar, y dice «*por esta causa*». Vemos que Pablo al comienzo de esta carta se afana porque nosotros conozcamos lo que es la Iglesia; y luego aquí su carga es que conozcamos lo que es Cristo. Ya la Iglesia está revelada; ya el misterio de Dios y el misterio de Cristo están revelados; ahora nosotros debemos conocer al mismo Cristo; y para eso necesitamos que Dios fortalezca nuestro hombre interior, donde Él ha venido a morar desde el momento en que creímos y que fuimos regenerados.

NUESTRA RELACIÓN CON EL PADRE

Cuando aquí dice: «*Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre, [15]de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra*», se refiere sobre todo a la familia de los creyentes, la familia de la fe; como lo dice Gálatas 6:10: «*Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe*». Y esa familia toma nombre del Padre. Se refiere a todos aquellos que están espiritualmente relacionados con Dios el Padre; siendo Él el autor de esa relación espiritual, porque el Padre toma la iniciativa para salvarnos, para redimirnos; y ahora somos hijos suyos; ahora quedamos unidos a Él por una comunión de tipo familiar. Nótese que el versículo 14 no habla de Dios sino del Padre, para referirse precisamente a esta relación familiar con la Iglesia. Dios es el Padre de la familia de la fe. La palabra griega de donde parte este parentesco, de donde toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, es *patria*, palabra que está relacionada con *páter*, padre. Esa patria que tenemos ahora en Cristo, deriva o desciende de un solo Padre. La palabra griega *patria* se traduce ascendencia, linaje, en un sentido más amplio que *oikos*, casa. Significa que un padre da una descendencia, que es más que una mera tribu; nosotros, la iglesia, somos redimidos de todo linaje y lengua y pueblo y nación (cf. Ap.5:9), pero Dios en Cristo ha hecho de nosotros una sola familia, una familia especial de Dios (cf. Ef. 2:19). Nosotros somos la familia de Dios que descendemos de un solo Padre.

PADRE DE TODO EL LINAJE HUMANO

También tenemos que Dios como Creador es asimismo Padre de toda familia en los cielos y en la tierra; porque todas las familias de la tierra tienen su ascendencia, tienen su linaje en un sentido más amplio que la mera casa; porque nosotros somos la casa (*oikos*) de Dios que deriva de un solo Padre; pero *patria* tiene un sentido más amplio que el mero *oikos*; Él como Creador es Padre de todo el linaje humano, de toda la raza humana y de toda familia en los cielos y en la tierra. Hablando de la genealogía de Cristo, dice: «*Hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios*» (Lc. 3:38). Ahí vemos que todas las familias tienen una ascendencia de un mismo Padre; porque a Adán lo creó Dios. Además Él es Padre de Israel. «*Pero tú eres nuestro Padre, si bien Abraham nos ignora, e Israel no nos conoce; tú, oh Jehová, eres nuestro Padre; nuestro Redentor perpetuo es tu nombre*». Eso se relaciona con Israel. «*Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro Padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros*» (Is. 64:8). Y la Biblia declara que Dios es también Padre de los ángeles. «*Un día vinieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, entre los cuales vino también Satanás*» (Job 1:6). Estos hijos de Dios se refiere a los ángeles; como Dios los creó, Dios es su Padre. Cada vez que el Antiguo Testamento habla de hijos de Dios, se refiere a los ángeles. Ya el Nuevo Testamento al nombrar los hijos de Dios, se refiere a la Iglesia.

Por eso cuando leemos aquí en Efesios: "*Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre, [15]de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra*», ya comprendemos por qué lo dice así. Ahora, en este momento si nos referimos a la Iglesia, parte de la Iglesia está en los cielos, porque está en el Paraíso, y el Paraíso, conforme 2 Corintios 12:2-4, está en el tercer cielo; entonces parte de la familia de Dios en cuanto a la Iglesia está en el Paraíso, y parte está aquí en la tierra.

EL PROCESO DEL FORTALECIMIENTO INTERIOR

Pablo dobla sus rodillas delante del Padre. El doblar las rodillas aquí significa oración; que Pablo oraba por los creyentes y lo hacía de rodillas; es la forma más conveniente de orar. Ojalá todos nos acostumbremos a orar de rodillas,

porque se trata del Señor. Bien, ¿para qué dobla Pablo sus rodillas? «*para que os dé* (a los creyentes; lo dice a los hermanos de Éfeso), *conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu*». Recuerden que la otra vez decíamos que la gloria de Dios es la manifestación de Dios, su presencia; y todo Él es una riqueza inconmensurable. Ese fortalecimiento del hombre interior es un proceso; eso no sucede de un solo golpe. Es un proceso metabólico (del griego *metabolé*, cambio). Así como va creciendo un niño, que normalmente debe ir creciendo, así también nosotros vamos siendo fortalecidos (en el original griego el verbo está en presente continuo), y vamos creciendo, y vamos conociendo más al Señor; sus riquezas se van haciendo parte nuestra también; porque el Espíritu de Él vino a morar en nuestro espíritu el día que creímos. Por eso es que dice aquí: «*para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu*». Ya en ocasiones pasadas hemos hablado del poder de Dios; Dios es poderosísimo, hermanos.

Recordemos, además, que la gloria es la expresión de Dios; y en eso subyace una riqueza que nosotros no tenemos capacidad para comprenderla ni medirla; es inmensurable en todos los sentidos, en todas las dimensiones. Sabemos que a Dios lo expresa Cristo; Dios es expresado por su Hijo. Eso tenemos nosotros que manejarlo bien; y la Iglesia, cuando está llena de Su plenitud, también lo expresa; porque a Dios lo expresa Cristo, y la Iglesia expresa a su Hijo, en ese orden; pero para que la Iglesia exprese la gloria del Hijo de Dios, tiene que estar llena de la plenitud de Dios, así como está el Hijo. Por eso es que el Señor quiere fortalecernos en nuestro hombre interior; ese es un propósito de Él para que lo podamos comprender. En cierta forma las demás familias que hemos mencionado, también lo expresan, pero en un grado ínfimo; porque la creación misma expresa la gloria de Dios; lo dice la Escritura. Los ángeles también la expresan; pero la Iglesia está llamada a expresarlo en una forma extraordinaria. Dios está empeñado en eso, y Él mismo lo dice: Vosotros sois la luz del mundo; vosotros sois la sal de la tierra. Dice Pablo: Oro al Padre para que fortalezca vuestro hombre interior por su Espíritu; porque el Espíritu de Dios ya mora en nosotros; el Espíritu de Cristo está en nosotros, y quiere fortalecer el hombre interior.

LA ESTRUCTURA DEL HOMBRE INTERIOR

Algunos hermanos no tienen bien claro esto. Analicémoslo un poco mejor. Nosotros somos formados de tres partes: espíritu humano, alma y cuerpo; como templo de Dios que somos, tenemos tres partes, al igual que el tabernáculo que construyó Moisés en el desierto. Nosotros somos el verdadero tabernáculo de Dios. El cuerpo es la parte más exterior, el alma ya es un poco más íntima, es nuestro yo, y el espíritu, que en una persona natural está muerto (cf. 1 Ts. 5:23). Por eso las gentes en el mundo suelen decir que una persona solamente tiene cuerpo y alma; es decir, relacionan al hombre con un órgano (cuerpo humano) y una parte espiritual (alma humana), que es la vida y persona (ego). En el mundo casi nunca dicen espíritu; o confunden el alma con el espíritu; y aun hay muchos creyentes que confunden el alma y el espíritu. Y al no discernir y diferenciar lo que es el alma y el espíritu, entonces no pueden comprender muchos textos bíblicos que a menudo se refieren con la salvación, el reino, el tribunal de Cristo, los galardones, etc.

El alma a su vez está compuesta de tres partes (o funciones): El entendimiento (mente, razón), la voluntad (para tomar las decisiones) y las emociones (sentimientos); también el espíritu regenerado (de un creyente) está compuesto de tres partes (o funciones); cuando ya la vida del Señor está en nosotros y el creyente ha recibido vida eterna; esa partes activas del espíritu regenerado son: la conciencia, que es la parte principal, la intuición, con la cual Dios nos habla, y la comunión. Eso lo necesitamos conocer para poder entender lo que es el hombre interior y lo que es el hombre exterior, en un creyente. Como les decíamos, normalmente se tiene que un hombre está compuesto de un alma y un cuerpo. Pero en un creyente no ocurre esto; está bien definido que un creyente tiene cuerpo, alma y espíritu. El espíritu es donde ya viene a morar el Espíritu de Dios, al traernos la vida eterna.

Una vez que ya recibimos el Espíritu de Dios, las cosas cambian. Antes teníamos un hombre exterior que era cuerpo y alma, pues el espíritu estaba muerto; pero el alma era la vida y persona de ese individuo, y el cuerpo era su órgano, para realizar lo que alma le ordenaba; aunque el cuerpo es quien le dicta los deseos al alma en el hombre natural, pero el alma es quien toma las decisiones. Pero cuando recibimos a Cristo, empezamos a sentir dentro de nosotros algo así

como otro ser; porque al recibir vida nuestro espíritu, empieza ahí una actividad nueva, un mover que antes no teníamos, y es cuando se forma dentro de nosotros un hombre interior también formado por dos partes: una vida y persona que es nuestro espíritu regenerado, y el alma, que viene a ser el órgano del hombre interior.

De manera que el alma viene a desempeñar doble función: órgano del hombre interior y vida y persona del hombre exterior; vemos entonces que el alma es un perfecto mayordomo en el ser humano del creyente. Cuando el alma, como órgano del hombre interior, recibe una orden de lo más profundo, entonces puede, como vida y persona del hombre exterior, ordenarle al cuerpo (su órgano) que realice lo concerniente a esa orden. Pero para ello es necesario que el hombre interior sea fortalecido, para que la vida de Dios, bien fortalecida en nosotros, pase al alma, y la empiece a renovar, a "espiritualizar", y empiece una verdadera metamorfosis en nuestro entendimiento, en nuestra voluntad y en nuestras emociones.

LA ESTRUCTURA DEL CORAZÓN

Entonces, ¿para qué quiere Dios fortalecer y santificar nuestro hombre interior? *"17Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones"*. Eso significa, que Dios quiere hacer de nuestro corazón su propia casa, su hogar. Entendido lo anterior podemos mirar, de acuerdo con muchos textos de la Biblia, de que el corazón es el centro de una persona humana.[10] El corazón de una persona es su alma (mente, voluntad, emociones) más las diferentes funciones del espíritu humano, que son la conciencia, la intuición y la adoración.

«*Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón*» (He. 4:12). Entonces el corazón piensa (tiene mente) y toma decisiones (tiene voluntad); claro que también tiene emociones, pues el corazón ama, odia, etc. Entonces el corazón está compuesto del alma y del espíritu. En este corazón, que es el centro de la persona, ahí quiere morar Cristo, como lo

[10]Para una comprensión de las dimensionas bíblicas del corazón humano, recomiendo la lectura de mi libro «*Las profundidades de nuestro enigmático corazón*».

vamos a ver ahora. Ahí Él quiere ser el Rey, quien lo rija todo. Pero también en el campo de nuestro espíritu.

«*Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él; [20]pues si nuestro corazón nos reprende* (significa que el corazón tiene conciencia para reprender)*, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. [21]Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios"* (1 Jn. 3:19-21).

«*Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; [23]pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros*» (Ro. 7:22,23). Hay un hombre interior que quiere, pero hay un hombre exterior que se resiste. «*Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día*» (2 Co. 4:16). El hombre exterior se va desgastando, se va enfermando, se va envejeciendo, pero el hombre interior se va fortaleciendo. Con esto hemos ilustrado lo que es el hombre interior y el hombre exterior. El hombre interior debe ser fortalecido. Esta es una enseñanza importantísima. Todos los días debemos pedirle al Señor que nos fortalezca nuestro hombre interior, y el de los hermanos. En el creyente que permanece espiritualmente como un niño, que no madura en su vida espiritual, el hombre exterior prevalece sobre el hombre interior; pero en el creyente espiritualmente maduro, el hombre interior prevalece sobre el hombre exterior.

EL VERDADERO HOGAR DE CRISTO

Repetimos la pregunta: ¿Para qué quiere Dios que nuestro hombre interior sea fortalecido? «*Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor...*»; es decir, Cristo quiere hacer de nuestro corazón, del centro de nosotros, su verdadero hogar, su morada. Miren, hermanos, que Cristo haga su hogar en los corazones de los santos, ¡qué maravilloso es eso! Es maravilloso también registrar que desde la venida de Cristo, desde que Juan lo bautizó y estuvo tres años y medio predicando y obrando el bien, y el Señor fue a la cruz, y el Señor resucitó, desde que todo eso aconteció, Dios no habita en templos hechos de mano humana. Quisiera que tengamos bien presente esta aseveración. Vamos a leer

algunas citas bíblicas importantes sobre eso; porque como estamos rodeados de templos hechos con manos humanas, y a esos templos les llaman iglesias, y ya sabemos cuál bíblicamente es la Iglesia, entonces nosotros vamos a ver en la Biblia que el Señor no habita en esos templos. Cuando el joven diácono Esteban estaba hablando ante el Sanedrín, él dice entre otras cosas: «*Mas Salomón le edificó casa; [48]si bien el Altísimo* ***no habita en templos hechos de mano****, como dice el profeta: [49]El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor; ¿O cuál es el lugar de mi reposo?*» (Hch. 7:47-49).

DIOS NO HABITA EN CASAS DE MATERIALES

Esas declaraciones fueron desastrosas para aquellos señores del Sanedrín, y sobre todo salidas de la boca de un jovencito tenido por muy insignificante. También veamos las palabras de Pablo ante el Areópago en Atenas; el apóstol le dice a estos sabios: «*El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra,* ***no habita en templos hechos por manos humanas***» (Hch. 17:24). Eso está claro; Dios no habita en lo que los hombres llaman templos. Cuando Salomón hizo el templo de Jerusalén, él sabía que Dios no habita en una simple casa material. Veámoslo: «*Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?*» (1 Re. 8:27). Salomón lo sabía perfectamente. Salomón era un sabio con sabiduría de Dios; pero era necesario construir ese templo debido a que Dios había ordenado hacerlo a fin de seguir revelando la Iglesia. El templo que construyó Salomón era un tipo de la Iglesia (cf. He. 8:5; 9:23). *«Mas, ¿quién será capaz de edificarle casa, siendo que los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerlo? ¿Quién, pues, soy yo para que le edifique casa, sino tan sólo para quemar incienso delante de él?*» (2 Cr. 2:6). En la cristiandad han construido basílicas y templos que son verdaderas joyas arquitectónicas; pero ni una de ellas, ni todas juntas con toda su belleza le interesa al Señor.

Fíjense en algo importante. Cuando sus discípulos, mostrándole los edificios del templo, como queriéndole decir: Señor, ¿ves esta maravilla de templo? Ellos tal vez pensaban que Él les iba a decir: Estoy muy orgulloso de todo esto;

me complace que me hayan obedecido; pero no les dijo eso, ni palabras parecidas, sino que les dijo: «*¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada*» (Mt. 24:2). Como diciendo, esta gloria manifestada en este edificio no le llega ni por los tobillos a la verdadera gloria de la verdadera casa mía. Él se quiere manifestar gloriosamente en su casa viva, que es la Iglesia. Primero en Jesús, que es el verdadero templo de Dios, y segundo en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Esa es su casa; esa es la casa de Dios. Por eso dice que es necesario que el Señor fortalezca el hombre interior, para que por la fe viva Cristo en nuestros corazones. Que nosotros no nos vayamos, hermanos, a guardar nada para nosotros; que todo se lo entreguemos. No tengo nada que guardarme, Señor; no tengo escondites. Como si nuestro corazón fuera una casa; entonces todos los rincones, todos los escaparates, todos los baúles, todo lo que hay en este corazón es tuyo, Señor, y tú lo vas a manejar de ahora en adelante. No me quiero guardar nada. Entonces Él va en un proceso. El Señor nos pregunta: ¿Tomo tu corazón? Y nosotros le decimos: Tómalo, Señor. Entonces, vamos a trabajar; vamos a limpiar esta casa y la vamos a adornar, y llenarla de oro, de plata y de piedras preciosas. Gracias al Señor.

UNA MORADA VIVA Y ETERNA

Entonces, hermanos, cuando aquí dice: «***Para que habite Cristo*** *por la fe en vuestros corazones*», el verbo usado en griego es *katoikeo*, que indica una residencia fija, no temporal; es residencia permanente, sentirse en casa, hermanos; posesionarse el Señor de su casa. Eso es lo que Él quiere. Nosotros debemos entregarle a Él todo, y decirle: Señor, esta es tu casa; yo no me guardo nada; no quiero tener en mi vida ningún secreto. Dicen algunos: ¡Ah, pues yo tengo mi vida privada! Dios me hizo libre, y Él me respeta. Pero, hermanos, ¿cuál respeto de parte del Señor? Todo es tuyo, Señor. Sí, hermanos, algunos dicen: Dios respeta la libertad que me dio. Pero, hermanos, leemos en la Palabra que ahora somos siervos del Señor. Más bien digámosle: Señor, lo que tú hiciste de mí, es tuyo. Porque fue grande el precio, hermanos, y es grande el amor que nos tiene. Amén. Gloria al Señor.

Entonces, hermanos, vemos que por desobedecer, su

verdadera casa ignora que es la casa; en este momento mucha gente ignora que es la casa de Dios; y lo peor es que tienen al Señor por fuera. «*He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo*» (Ap. 3:20). Este versículo lo han tomado para evangelizar a las gentes del mundo; pero este versículo no es para el mundo, es para la iglesia. Quiere decir que al Señor no lo tienen en cuenta en su propia casa; está por fuera de la Iglesia. Se necesita que el Señor esté adentro, y no solamente adentro, sino que el Señor viva en nuestro corazón como en su propia casa. Cristo es el dueño de la Iglesia. ¿Cómo va el Señor a estar por fuera? Y si la Biblia dice que está por fuera, es porque está por fuera. Él necesita estar por dentro de su casa. Tenemos que ponerle mucho cuidado a esto, hermanos.

Sobre esto me llamó la atención un testimonio que nos compartía la hermana Myriam Iafrancesco. En estos días nos contaba la hermana Myriam que ahora que estuvo por el Brasil y Paraguay se enteró de que un pastor había tenido una revelación, en la cual fue llevado por los aires por un ángel del cielo. El ángel portaba una tacita con un poquito de incienso; y el pastor le preguntó, diciéndole: ¿Qué tienes en esa tacita? Esas son las oraciones de los santos. ¿Pero por qué tan poquito incienso? Como el hermano era pastor, entonces el ángel le dijo: Observa allá ese salón, donde tú pastoreas; están reunidos. El pastor observaba cómo oraban, cantaban, predicaban, pero solamente le veían desde arriba la mímica; nada salía de ese salón; no se les escuchaba nada. Cuando ya todo el servicio terminó, una niña de pocos años, dijo: Gracias, Señor, amén. Esa fue la única oración sincera que llegó hasta el Señor. Lo demás era pura pantomima. Esa oración cortita de la niña, era el incienso que estaba en la tacita.

PRIMERO EL SEÑOR VIVE EN NUESTRO ESPÍRITU

Por la regeneración del Espíritu Santo, Cristo entró en nuestro espíritu, cuando nosotros creímos y fuimos regenerados; pero el Señor debe extenderse a nuestro corazón. «*El Señor Jesucristo esté con tu espíritu. La gracia sea con vosotros. Amén*» (2 Ti. 4:22). Él está viviendo en nuestro espíritu; pero Él no quiere quedarse solamente en el espíritu allá relegado; Él quiere traspasar los límites del espíritu; Él

quiere invadir toda nuestra persona; pero para ello debe ser fortalecida esa parte íntima donde Él está, en el hombre interior. Cristo quiere crecer dentro de nosotros, y pasar esos límites hacia nuestra alma; quiere hacerse sentir, hermanos, y extenderse hacia nuestro corazón. Una vez que haya tomado posesión del alma, entonces empieza a renovar la mente, a renovar la voluntad, a renovar las emociones; luego todo eso lo une con la conciencia del espíritu, y poco a poco va tomando posesión, mando, habitación de su casa, y al mismo tiempo todo lo nuestro va menguando, y Él va creciendo. Señor, quiero que tú me des paciencia. A partir de ese momento hay un proceso, y la impaciencia nuestra va muriendo, va siendo martillada, y el campo que va dejando la impaciencia al morir, lo va llenando la paciencia del Señor; el desamor nuestro también empieza a morir, y el amor de Él va llenando todo vacío. En la medida en que nosotros morimos, Él va creciendo; nosotros nos opacamos, y Él va iluminándonos; nosotros decrecemos y Él va creciendo, hasta que llegue un día en que Él realmente logre habitar en su casa por la fe.

Cuando nos preguntamos: ¿Para qué quiere Dios que nuestro hombre interior sea fortalecido? La Palabra de Dios nos responde: «*Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que,* ***arraigados y cimentados en amor****...*», tenemos un símil con los árboles y con los edificios. Un árbol, para no caerse por la acción de los fuertes vientos o con las inundaciones y tempestades, debe arraigarse; es decir, agarrarse fuertemente de la tierra con muchas raíces; esto le sirve tanto para no caerse como para crecer y dar abundante fruto. Lo mismo le sucede a un edificio. Cuanto más grande sea una edificación, mayor será el cimiento; la base será más profunda. Y vemos que en la 1 Corintios dice que somos labranza de Dios y edificio de Dios. «*Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios*». Por eso es que aquí dice arraigados y cimentados; ahí van las dos ideas. «*Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús*» (1 Ti. 1:14). Más abundante; porque aquí lo que estamos estudiando en este momento en Efesios dice: «*Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor,* [18]*seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la*

altura», y todo eso es por la fe. También en Colosenses 2:6,7 nos lo confirma: «*Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; [7]arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias*».

COMPRENDIENDO LAS DIMENSIONES DE CRISTO

Recordemos que la fe, de acuerdo con Hebreos 11:1 es darle sustantividad a las cosas que no vemos; hacer en nosotros algo real de las cosas que esperamos. Para que se forme en nosotros Cristo por la fe, nosotros debemos creerlo en amor; nosotros debemos darlo por sentado. Debemos conocer al Señor, pues si no lo conocemos, no avanzamos. Ahí lo dice: «*Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, [18]seáis* ***plenamente capaces de comprender*** *con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura.[19]y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios*». ¿Qué es comprender con todos los santos? Individualmente no podemos comprender las dimensiones de Cristo; para ello necesitamos a todos los demás creyentes cristianos de nuestra localidad, pues somos un cuerpo vivo, somos el cuerpo de Cristo, y todos los miembros del cuerpo se necesitan mutuamente.

Para ser lleno de toda la plenitud de Dios es necesario que ocurran dos pasos: estar fortalecidos en nuestro hombre interior y estar unidos los hermanos como un solo cuerpo; y para ello es necesario que por lo menos haya esa aptitud, esa disposición en nosotros. Es necesario, pues, que los santos comprendan todas las dimensiones de Cristo; que los santos conozcan el infinito amor de Cristo, y que los santos sean llenos hasta la medida de la plenitud de Cristo. Para que esto ocurra se necesita la comunión de todos los santos. El sectarismo y las divisiones se contraponen a esta experiencia. No es posible comprender las dimensiones de Cristo, Su amor y ser llenos de la plenitud de Dios, en forma individual. La Iglesia es corporativa. El modelo bíblico de la Iglesia es una sola iglesia en cada localidad. Cuando se rompe la unidad del cuerpo de Cristo no puede haber llenura de toda la plenitud de Dios. Si alguien no se reúne con nosotros y no hay comunión práctica con otros hermanos,

por lo menos debemos estar abiertos a esa comunión. Si alguien es de Cristo, es mi hermano. El Señor necesita la expresión de la unidad de Su cuerpo, para que el mundo crea que Cristo fue enviado por el Padre (cf. Jn. 17:21).

«*Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor,* [18]*seáis* ***plenamente capaces de comprender*** *con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura.* [19]*y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios*». Ahí hay cuatro dimensiones de Cristo; más que las dimensiones de Cristo, tenemos las dimensiones de su amor. Cuando habla de la anchura, es porque Él extiende su amor a toda las razas de la tierra, a todas las tribus más primitivas e insignificantes según los hombres; Él los ama, y de allí también saca parte de su Iglesia. El mundo en su ceguera ha sido escenario de cosas horribles; ha habido muchos muertos por odios raciales aun dentro de los llamados cristianos, hermanos. Tanta injusticia racial, tanta persecución, a veces en nombre de la religión.

Pero en todo eso no está Cristo. Cristo es amplio, muy amplio, tanto que nadie lo puede abarcar. El amor de Cristo es tan alto, que nadie lo puede alcanzar; y allá somos llevamos nosotros con Él, en su amor, a las alturas celestiales. Y es profundo; inclusive cuando Él fue sepultado bajó, y en las partes más bajas de la tierra expuso su mensaje; es profundísimo el amor del Señor. Nosotros somos muy angostitos; nosotros vemos a las personas con una amplitud muy mezquina, y pretendemos que Cristo también los mire así. Al que a mí no me pase mucho, creo que al Señor tampoco; pero el Señor es amplísimo y quiere que también nosotros lo seamos. Hermanos, somos tan mezquinos, y nos imaginamos de la personas unas cosas, y damos por hecho que el Señor lo calcula así de igual. Lo ponemos a Él como si fuera mezquino como nosotros. La longitud del amor de Cristo significa de eternidad a eternidad.

Pero el Señor dice: Es necesario que sea fortalecido ese lugar donde yo vivo, para que tú me conozcas, y puedas tú ser como yo. Hijo, tú puedes ser como yo, dice el Señor. Gloria al Señor. Comprender y apropiarnos del amor de Cristo es como agarrarnos y aferrarnos a ese amor. Como lo hemos visto, es un amor tetradimensional. Tenemos las cuatro dimensiones del amor de Cristo, que sobrepasan todo

entendimiento. Eso es lo que Él quiere, que nosotros le vivamos, que sea nuestro, que nos podamos aferrar a Él.

LA PLENITUD DE DIOS

«*Y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios*». Esto debe ser con todos los santos; no solos por ahí. La plenitud en griego es *pléroma*; y esa plenitud es de amor, de fe, de gloria, de poder, de conocimiento, de gracia, de justicia, de santidad, de paciencia. El amor de Cristo es Cristo mismo. Una persona para ser llenada del amor del Señor, debe ser llena de Cristo. Cuanto más Él crece en nosotros, somos más llenos de su amor; más conocimiento tenemos de su amor, más vivimos su amor, porque lo vivimos a Él; porque Él está a sus anchas viviendo en su propia casa. Él es el amor; es la manifestación de su amor.

Hermanos, en la medida en que nosotros seamos llenos de ese conocimiento, somos llenos de esa plenitud, de esa *pléroma* de Dios. Si nosotros somos llenos de la plenitud de Dios, es como podemos ver la Iglesia, pues la Iglesia es su plenitud; de otra manera nos es difícil ver la Iglesia. Ya lo hemos visto, que la Iglesia es la plenitud de Cristo, como Cristo es la plenitud del Padre. Claro que nosotros no llegamos a satisfacer eso plenamente; que llegara un momento que pudiéramos decir: ya completamos la plenitud, no; eso sigue. ¿saben por qué continúa eso? Porque Dios es infinito. ¿Cuándo llegamos a estar completos en la plenitud de Dios? Nunca; pero Dios quiera que eso sea constante en nosotros, recibir cada día su plenitud, sus riquezas, de su amor, de su poder, de su gracia, de su justicia, de su paciencia, de su gozo. Eso cada día, hermanos, porque somos la plenitud de Dios. Esa es la expresión corporativa de Dios; Él quiere que seamos solidarios, que no vivamos solos, que vivamos una expresión de cuerpo, como Iglesia; de otra manera no la recibimos, hermanos.

LA PLENITUD DE DIOS SON SUS RIQUEZAS

La plenitud de Dios son sus riquezas expresadas primero en Cristo y luego en la Iglesia. Sustentamos esto con la Palabra. «*Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia«* (Jn. 1:16). Eso no se acaba; eso es perenne,

permanente, primero en Cristo, y luego en la Iglesia. *"Por cuanto agradó al Padre que en él* (en Cristo) *habitase toda plenitud*» (Col. 1:19). «*Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, [10]y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad*» (Col. 2:9,10). «*La cual* (la Iglesia) *es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo*» (Ef. 1:23).

La plenitud de Dios es un conocimiento superior al humano, e incluso al espiritual. Veámoslo en las Escrituras. «*En cuanto a lo sacrificado a los ídolos, sabemos que todos tenemos conocimiento.* ***El conocimiento envanece****, pero el amor edifica*» (1 Co. 8:1). «*Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy*» (1 Co. 13:2).

Si mi conocimiento del amor de Cristo se desvanece o sufre deterioro en la experiencia diaria, en penas y alegrías, en las pruebas y sufrimientos, eso significa que no lo he alcanzado aún. La madurez no se pierde. La madurez se adquiere mediante un proceso doloroso. Ese amor y esa plenitud deben hallar expresión en formas demasiado profundas para ser escrutadas por la mente humana o para ser expresadas por el lenguaje humano. La mente humana es demasiado limitada para que pueda profundizar el amor y la plenitud de Dios; y el lenguaje humano se queda aun más corto para expresarlo. Recordemos que Dios es infinito; por eso es que la plenitud divina en la Iglesia siempre será limitada. Por eso insistimos en que la llenura debe ser continua; recordemos siempre que Dios es una fuente inagotable.

DOXOLOGÍA

Los siguientes versículos son una doxología. En la Biblia encontramos varias doxologías. Doxología es una fórmula de alabanza a Dios. A veces encontramos doxologías para alabar la Trinidad Divina. Esta que encontramos aquí es una alabanza. «*Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, [21]a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén*».

Cuando en esta doxología leemos que dice: «*Y a Aquel*

que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos», no se trata de bendiciones temporales; se refiere a bendiciones espirituales. Porque cuando leemos de «*Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos*», inmediatamente se nos llena la mente de imaginaciones bastantes terrenales y temporales.

Por ejemplo, cuando leemos por allá «*Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*» (Fil, 4:13), inmediatamente se piensa en cosas que no debemos pensar; el contexto de esta cita bíblica no me da pie para que yo me meta en embrollos, porque todo lo puedo en Cristo que me fortalece. Allí lo que Pablo enseña, lo enseña de su propia realidad, diciendo que ya en la madurez espiritual, si no se tiene abundancia se recibe bien, si se tiene escasez, también se contenta uno, si se tiene hambre lo soporto igual. Porque si yo tengo hambre, y el Señor quiere hacer que me llegue ya un pavo relleno, es ya que viene; pero Él no lo hace, hermanos, porque Él quiere que yo esté confiando en Él. Vivimos por fe, no por vista. Todo lo puedo en Cristo.

Si tengo abundancia, bien; y si no la tengo, me da lo mismo que si la tuviera. Esa es la posición de un cristiano vencedor, porque todo lo puedo en Cristo que me fortalece. Hasta esa altura llegó el apóstol Pablo; y a eso es lo que quiere el Señor que todos nosotros lleguemos, a vivir en ese nivel. Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.

De esta doxología tenemos que sacar esa lección. Otro nivel de menos altura no agrada a Dios. En el versículo 21 dice que la gloria de Dios ha sido forjada en los santos. Dice: «*A él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos*». A Él sea la gloria en la Iglesia. Para nosotros glorificar a Dios, ha tenido esa gloria que ser forjada en nosotros; porque nosotros no podemos dar nada de lo que no hayamos recibido. Tenemos que manifestar la gloria de Dios cuando la recibimos; y para recibirla tenemos que ser fortalecidos en nuestro hombre interior, donde vive el Señor, y que Él habite por la fe en nuestros corazones, y que ya nosotros mismos no habitemos, sino Él. Y así podemos manifestar la gloria de Dios.

Gloria a Dios porque estoy saciado; gloria a Dios porque tengo hambre; gloria a Dios porque solamente tengo dos

vestidos; gloria a Dios porque me regalaron una docena de vestidos; gloria a Dios por todo. Eso es lo que dice el Señor. No permita el Señor que estas palabras se las lleve el viento, sino que empecemos a vivirlas. Amén. Gracias al Señor. Oramos.

11

LA UNIDAD DE LA IGLESIA

EL LLAMAMIENTO EXIGE DIGNIDAD EN LA CONDUCTA

Al continuar el estudio de la carta de Pablo a los Efesios, primeramente recordemos que los tres primeros capítulos de esta carta se refieren a la parte doctrinal, y los tres últimos capítulos tratan sobre la vida práctica en la iglesia en torno a esa doctrina. Como hoy vamos a comenzar el estudio del capítulo cuatro, luego comenzamos a estudiar la parte práctica de esta epístola. En los tres primeros capítulos ya vimos los privilegios de la Iglesia, las bendiciones que recibimos de Dios, la posición del cristiano en el Señor, y partir de este capítulo, vamos a ver los deberes de nosotros, nuestro vivir con Él, la conducta del creyente, como dice en el versículo 1, una conducta digna de nuestro llamamiento. «*Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados*» (Ef. 4;1). Aquí Pablo dice que estaba «*preso en el Señor*», en cambio en el 3:1 dice que era «*prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles*»; eso significa que era prisionero de Cristo por predicar el evangelio del Mesías, pero ahora dice que era prisionero en el Señor; es decir, por serle fiel, por obedecer al Señor, a la cabeza natural de la Iglesia.

Cuando se nos dice que andemos como es digno de la vocación con que fuimos llamados, la palabra *vocación* tiene estrecha relación con el llamado, pues viene del verbo latino *vocare*, que significa llamar; esa vocación es el llamado que nos hace el Señor. Dice que andemos como es digno; digno en el griego es *axios*, de donde procede la palabra castellana *eje*, a través del latín *axis*, el eje permite que haya equilibrio en algún engranaje, alguna máquina, de manera que ese eje (andar dignamente) proporciona un equilibrio entre la conducta del creyente y la vocación o llamamiento (*klésis*) que el Señor nos ha hecho. Nuestra conducta es nuestra respuesta a ese importante llamamiento de que hemos sido objeto. En griego la palabra llamamiento es *klésis*; recuerden que la palabra iglesia es *ekklesia*, de *ek*, fuera de, y *klesis*,

llamamiento, la asamblea de los llamados aparte, llamados a salir del mundo para ser santos en el Señor, apartarnos de lo mundano, apartanos de la antigua conducta que vivíamos, apartarnos de las costumbres de la naturaleza adámica en que marchábamos antes de conocer al Señor. Entonces debe haber un equilibrio entre ese llamamiento y nuestra conducta que hoy debemos practicar. Es el honor de Cristo lo que está en juego en la vida de la Iglesia; debemos tener bien presente eso, hermanos; no es cuidar necesariamente nuestro propio honor, sino el del Señor. No importa realmente que nosotros seamos vejados, que seamos ridiculizados, pero siempre y cuando el honor de Cristo vaya siempre en alto. Lo que el mundo, los hombres, los ángeles y hasta los demonios deben ver en nosotros es al Señor Jesús. Gloria al Señor.

¿Cómo debe ser la respuesta de nuestra conducta a ese llamado? El versículo 2 hace una relacioncita de unas virtudes morales. Hoy estamos viendo la unidad de la Iglesia, pero antes de entrar a tratar la unidad del Cuerpo de Cristo, la Palabra revela que previamente debe haber unos requisitos en la vida nuestra para que se pueda expresar la unidad. «*Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor*» (v.2). Con toda humildad y mansedumbre; si no hay humildad en nosotros no se puede gardar la unidad y mucho menos unanimidad. Porque cuando uno es altivo, corta la unidad, la destruye; la altivez me hace a mí parecer mejor que los demás; la altivez erige barreras entre los hermanos; hay muros que se llaman altivez; la humildad más bien nos une. Debemos soportarnos en amor. Esta carta es reiterativa en cuanto al amor; por muchas partes repite: «*en amor*». No se trata del amor de nosotros, pues nosotros no tenemos amor; es el amor del Señor en nosotros.

CUATRO DISPOSICIONES PARA LA UNIDAD

Hoy vamos a hablar de la unidad, pero la unidad no se hace, la unidad se guarda, y más que guardarla, se salvaguarda; la unidad es un trabajo del Espíritu en nosotros. El día que nosotros creímos en Cristo, el Espíritu que vino a morar dentro de nosotros, nos unió con el resto de la Iglesia, pero esa unidad hay que salvaguardarla. La unidad es un asunto de la obra de Dios. La unidad de la Iglesia se preser-

va cuando se vive en estos cuatro aspectos que vamos a ver a continuación; es importante que le pongamos mucho cuidado a esto. Estas cuatro disposiciones van unidas por el amor y como consecuencia de la inhabitación de Cristo en nuestros corazones. Son:

a) ***Humildad***. Humildad es colocarse en una posición inferior a la del hermano. El Señor nos ilustra la humildad en Mateo 18:1-4: «*En aquel tiempo los discípulos vinieron a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos? [2]Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, [3]y dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. [4]Así que, cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos*». Seguramente los discípulos habían tenido alguna pequeña controversia en torno de quién sería mayor en el reino de los cielos, pues así es la naturaleza humana; siempre estamos pensando qué posición vamos a ocupar en cualquier lugar, y aun con Cristo. Cuanto más niños espiritualmente somos, más pensamos así. Y en cuanto a la capacidad de humillarse, un niño aún no tiene su corazón cargado de malicia y de rencor, y por lo general no es su intención la venganza ni de imponerse más que los demás. Tú puedes ver dos niños pelearse ahora, y dentro de media hora ya están jugando juntos otra vez; ya ni se acuerdan que se ofendieron y se pegaron, porque todavía tienen un corazón sencillo y humilde; en cambio una persona ya mayor, no; empieza a carcomerle los deseos de venganza. Tenemos que ser, pues, como los niños.

El mismo Señor nos da ejemplo en Mateo 11:28,29; allí nos dice cómo es Él. «*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. [29]Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas*». Eso no es de boca; porque uno puede venir a la reunión y decirle: Señor, venimos delante de ti humildemente; y es fácil decirlo; pero cuando verdaderamente hay humildad en una persona, eso no hay para qué decirlo; pues cuanto más decimos que somos humildes, es muestra de que somos altivos; hay soberbia en nuestro corazón. Es una muestra de soberbia el decir que somos humildes. De acuerdo con la Palabra, la humildad nos hace descansar; la soberbia nos exalta y nos puede producir hasta infarto

cardíaco.

Entonces, hermanos, ¿qué es humildad? Humildad es colocarse en una posición inferior frente a cualquier hermano. Si vives pensando sinceramente que los demás son mayores que tú por causa de Cristo, por la gracia de Dios, por el poder de Dios, vas en camino de la humildad. Pero si tú estás pensando que ocupas una posición un poquito más elevada, eres soberbio. En Filipenses 2:3 dice algo importante para nosotros. «*Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo*». A todos los hermanos debemos tenerlos como superiores. En esta cita para la palabra humildad el griego usa el término *tapeinofrosune*, que se traduce mentalidad humilde, sentimiento de pequeñez. ¿Por qué? Porque se compone de *tapeinos*, lo que no se levanta mucho de la tierra, lo humilde, lo de baja condición, y *fren*, que significa mente (de donde viene esquizofrénico). De manera que vemos que la humildad es un asunto interior, no hay que afectar humildad; es una virtud que se desarrolla cuando Cristo se forma en nosotros. Es Cristo en nosotros. Humildad es la primera disposición para que se exprese y se viva la unidad en la Iglesia.

b) ***Mansedumbre***. La mansedumbre es hija de la humildad; el que es humilde va camino a ser manso. En Mateo 5:3,5, en las bienaventuranza habla de la mansedumbre. «*Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.* [5]*Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad*». Vemos, pues, que la humildad, la pobreza en espíritu y la mansedumbre se relacionan estrechamente; van de la mano. Es manso, sumiso el que se coloca bajo el control de otro. Lo podemos relacionar con aquellos caballos salvajes que son capturados y amansados por expertos vaqueros. Eso es una tarea muy difícil, les cuesta mucho amansarlos; pero cuando ya lo logran, entonces el caballo se vuelve sumiso, y se deja controlar por el que lo amansó. Nosotros no somos caballos, pero a veces somos peores que los caballos salvajes. Gloria al Señor. Nosotros somos fuertes, hermanos. No se nos olvide que ser humilde es permanecer en un nivel bajo, y ser manso significa no defenderse, no pelear por uno mismo. El Señor lo reitera en la Palabra, que nos guardemos en paz, que no nos defendamos, que le dejemos la venganza a Él; Él está ahí para defendernos cuando descansamos en Él.

c) ***Longanimidad***. En nuestra versión bíblica Reina-Valera de 1960 no aparece esta palabra longanimidad, pero sí está en el original griego. En el versículo 2 de la versión RV.1960, dice: «*Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor*». Ahí vemos que no aparece la palabra longanimidad; pero en griego aparece la palabra *makrothumías* (anchura de ánimo), de *makro*, largo, y *thumos*, temperamento, ánimo. Vemos que la longanimidad conlleva la idea de un temperamento amplio, aguantador. Tener longanimidad es sufrir el mal trato; es una virtud que se debe ejercitar en nuestro constante trato con nuestros hermanos. Por eso hay hermanos que temen pedir al Señor que les dé longanimidad por miedo al sufrimiento por no resistir el maltrato de los demás. Pero es importante pedirle al Señor que nos dé esa capacidad. Si tú le pides esto, seguramente que el Señor empieza a tratar contigo y prontito vas a experimentar un maltrato de otro al comienzo un poco suave; pero no se te olvide que el Señor empezó ya a darte esa oportunidad, esa capacidad; acuérdate que tú le pediste al Señor que tratara eso en tu conducta.

d) ***Aguante***. En nuestra versión bíblica traducen muy elegantemente como *paciencia*, pero es mejor traducirla *aguante*; capacidad de aguante; lo que se opone a la intolerancia. Y debemos entender que no sólo nos debemos tolerar, sino que también nos debemos sobrellevar los unos a los otros. Le pido al Señor en esta hora que estas palabras no se las lleve el viento, sino que se hagan una práctica en nosotros. Estamos viendo la parte práctica de la carta a los Efesios. Todos sabemos que hay hermanos que causan problemas; los hay. Yo mismo a lo mejor causo a veces ciertos problemas; pero a esos hermanos hay que sobrellevarlos en amor; y no sólo a nuestro pequeño grupo de amigos cercanos, a nuestro "*combo*", a nuestra rosca, sino a todos. Ahora, ¿por qué hay que sobrellevarlos en amor? Porque la vida de Cristo está en nosotros. Si tú dices: Bueno, ahora sí me voy a proponer sobrellevar a los hermanos en amor; si tú te propones, no lo lograrás nunca. Eso sólo se logra cuando es Cristo en nosotros.

Por eso la vez pasada leíamos en la parte final del capítulo tres de esta carta, esa oración de Pablo pidiéndole al Padre que fortalezca el hombre interior de los hermanos; ¿para qué? Para que habite Cristo en el corazón de nosotros; haga su morada en lo más profundo de nuestro ser; y

morando Cristo en el corazón de nosotros, es cuando se empiezan a desarrollar en nosotros estas cuatro disposiciones en nuestro corazón; la humildad, la mansedumbre, la longanimidad y el aguante; eso no se encuentra en nuestra humanidad natural, eso no lo heredamos de Adán; nuestra vieja naturaleza carece de esas virtudes, las desconoce, porque son cosas de Dios, de la moral de Dios, de Cristo en nosotros; son cosas que sólo se encuentran en la persona de Cristo, en su humanidad. Por eso es que la Iglesia es un cuerpo diferente, es un linaje distinto que el Señor propone al mundo, es un cuerpo formado por personas totalmente diferentes al mundo.

GUARDAR LA UNIDAD DEL ESPÍRITU

Leemos en Efesios 4:3: «*Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*». Ya viviendo en la práctica las anteriores disposiciones, entonces sí podemos estar solícitos en guardar la unidad; nótese que no dice en hacerla, sino en guardarla. Eso es totalmente diferente a los tratos y conversaciones humanas para elaborar la unidad. Alguien puede tener ese deseo en su mente; viendo tantos grupos que dividen la Iglesia del Señor, que despedazan el cuerpo de Cristo; entonces empieza a hablar con uno y con otro hasta que se ponen de acuerdo para citar en determinado lugar a una gran asamblea de líderes cristianos con el fin de dar los primeros pasos para que haya unidad. Una vez reunidos eligen una directiva con un coordinador general para la asamblea. ¿Cuál es el objeto de esa gran asamblea? Pues que nos propongamos hacer la unidad; hay algunos acuerdos afirmativos, se dan los primeros pasos, se elabora un acta de los principales temas tratados y de las conclusiones; se firma. Es posible que esa unidad acordada consista en que cada mes se reúnan los líderes eclesiásticos, hagan ciertos compromisos que no comprometan la estabilidad de sus respectivas organizaciones; pero la unidad no llega porque aquello no es de Dios; sería una unidad artificial y superficial, porque esa clase de unidad no la está elaborando Dios; no está contemplada en la Biblia. El Nuevo Testamento habla de una unidad orgánica, no organizacional.

EL VERDADERO VÍNCULO DE LA PAZ

La verdadera unidad está hecha; lo que hay es que

guardarla, pero con humildad, con la mansedumbre, con la longanimidad y con esa paciencia que estamos llamándole *aguante*. La unidad de la Iglesia no es artificial. Gloria al Señor. Ahora, guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, eso es un lenguaje desconocido para el alma humana; el alma humana desconoce eso de vínculo de la paz. El vínculo de la paz sólo se logra si antes tenemos humildad, mansedumbre, longanimidad y aguante. Volvamos a Filipenses 2:1-4: «*Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna* ***comunión del Espíritu****, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia,* [2]*completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor,* ***unánimes, sintiendo una misma cosa****.* [3]*Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad,* ***estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo****;* [4]*no mirando cada uno por lo suyo propio* (esta frase es una locura para los hombres)*, sino cada cual también por lo de los otros*». Alguien dirá: No, yo no puedo llegar a ser así, eso es imposible para mí; bueno, tú no puedes, pero el Señor si puede lograr hacerlo en ti; porque es una obra de Dios en nosotros. Por eso lo artificial no es unidad, ni lo respalda la Palabra. Nosotros somos malos, pero Cristo es bueno. Gloria al Señor.

Miren, hermanos, cómo está dividida la Iglesia del Señor. Ya la Iglesia no aguanta más división. Eso está haciendo un inmenso daño al testimonio cristiano. Hay disensiones por doquier, contiendas, porque cada quien quiere sobreponerse sobre los demás. Las divisiones y disensiones encierran barreras que nos dividen; y las disensiones muestran que hay diferentes niveles de amor y de crecimiento espiritual. Mucha gente divide la iglesia pensando que es muy maduro y que no debe estar bajo el gobierno de otro. Cuando permanecemos en la cruz, hermanos, entonces es cuando podemos decir que vamos camino a tener el verdadero vínculo de la paz. La cruz es la que nos lleva a la paz; si no hay cruz no hay paz; si no hay cruz no hay humildad; si no hay cruz no hay mansedumbre; si no hay cruz no hay longanimidad ni aguante. La cruz nos lleva allá.

Cuando en la Iglesia hay unanimidad, eso nos lleva a una misma centralidad. Si no hay unanimidad en el Señor, no puede haber centralidad. La palabra centralidad a muchos les parece algo raro. ¿Qué será centralidad? De pronto para un sacerdote católico, centralidad la relaciona con el papa de

Roma, y no se acuerda de Cristo, de su Palabra y del Espíritu. Y para muchos líderes cristianos, ¿qué será eso de la centralidad?

SIETE FACTORES EN LA UNIDAD DE LA IGLESIA

Ahora vamos a estudiar siete bases o factores indispensables para la unidad de la iglesia. Esas siete bases para la unidad de la Iglesia son indispensables todas; no pueden ser seis, ni cinco, ni mucho menos cuatro. Si no se llegaren a cumplir las siete, no puede haber expresión de la unidad de la Iglesia, de la auténtica, legítima y única Iglesia del Señor. No pueden ser más, pero tampoco menos; son siete, los podemos contar: 1) un cuerpo; 2) un Espíritu; 3) una esperanza; 4) un Señor; 5) una fe; 6) un bautismo, y 7) un Dios y Padre. Lo leemos en Efesio 4:4-6: «*Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; [5]un Señor, una fe, un bautismo, [6]un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos*». No debemos olvidar que es indispensable preservar y promover la unidad de la iglesia. Entremos un poco en los detalles de cada uno de esos factores. En estos siete factores está comprendida la Trinidad de Dios (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo), y se dividen en tres elementos o grupos, así:

1. ***Tres elementos constituyentes (es el grupo del Espíritu)***. Con estos elementos se constituye la Iglesia; son los tres elementos del Espíritu, que son: Un cuerpo, un Espíritu y una esperanza.

a) ***Un cuerpo***. En la cristiandad se desconoce lo del cuerpo; casi ningún creyente sabe que la Iglesia es el cuerpo de Cristo. Si la cristiandad tuviera conciencia de que la Iglesia es el cuerpo de Cristo, muchas cosas e instituciones se derribarían; tendrían su fin muchas organizaciones eclesiásticas cuyas bases o fundamentos lo constituyen grandes liderazgos, "ministerios", doctrinas, estatutos, legalismos de factura humana. Cuando uno tiene conciencia de que la Iglesia es el cuerpo de Cristo, y ve que el cuerpo de Cristo no debe estar dividido, empiezan a derribarse muchas cosas que hoy en día le están perjudicando a la Iglesia.

Nosotros, en los tres primeros capítulos, estudiamos de ese Cuerpo, de ese misterio revelado que jamás antes había

sido conocido por ningún profeta; ningún hombre de Dios había conocido ese misterio, de que el Cuerpo de Cristo iba a ser constituido por los judíos, pero también por los gentiles que llegaran a creer de todas las razas, de todas las naciones y linajes del mundo. La unidad comienza, pues, con la membresía en el cuerpo de Cristo. Cuando uno que haya creído en Cristo, inmediatamente ya es miembro de la Iglesia y es parte del cuerpo; de ese cuerpo vivo. «*Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; [13]soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. [14]Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. [15]Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos*» (Col. 3:12-15). Al leer esta cita, parece que estuviéramos leyendo Efesios. No puede haber la expresión de la unidad del cuerpo de Cristo, sin que nos soportemos, sin que seamos humildes, sin que no nos dividamos, sin que no nos amemos, nos ayudemos, y sin que estemos pendientes, no de lo nuestro necesariamente, sino también de lo de los otros. ¡De cuántas cosas tendremos algún día que dar cuenta! Dios nos guarde, hermanos. La Iglesia es un cuerpo; la Iglesia es el cuerpo de Cristo. «*Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. [13]Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu*» (1 Co. 12:12-13). Nosotros estamos en Cristo porque el cuerpo es de Cristo. Gloria al Señor. Esto lo está restaurando el Señor en este tiempo, que la Iglesia conozca que es un cuerpo vivo y viva en consecuencia.

b) ***Un Espíritu***. Eso significa que tengamos el Espíritu de Cristo. Leemos lo siguiente en la oración sacerdotal del Señor. «*Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste*» (Jn. 17:21). Es indispensable expresar la unidad para que el mundo crea que el Padre envió a Cristo, y que nosotros somos los portadores, la morada del Señor Jesús. Leamos un texto en romanos

que nos da mucha luz sobre esto. «*Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él (*la unidad está basada también con este factor importantísimo)*. [11]Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros. [14]Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios*» (Ro. 8:9,11,14). A nosotros no nos guía otra cosa, sino el Espíritu Santo. Si falta la expresión de la unidad del Espíritu, ¿qué sucede? ¿Saben, hermanos, qué hacen las personas religiosas cuando falta la unidad del Espíritu, cuando la unidad es otro factor diferente del Espíritu? Cuando falta la unidad del Espíritu, entonces la unidad se trata de hacer en torno a *"cabezas visibles*" en muchos sectores de la cristiandad; entonces, en ese caso, las personas están pendientes y dependientes, no de lo que el Espíritu está haciendo y hacia lo que nos está guiando, y lo que nos está hablando, sino de lo que dice la *"cabeza visible*" de la organización, pequeña o grande, de la cristiandad. Cuando falta el Espíritu es necesario que haya cabezas visibles; pero cuando la unidad es del Espíritu, como las que conocemos, no tienen importancia.

b) ***Una esperanza***. «*Como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación*». Hay una esperanza en nosotros. Nosotros deseamos estar con el Señor en la gloria; esa es nuestra esperanza; y nosotros, para estar con el Señor, tenemos la esperanza de ser resucitados y tener un cuerpo glorioso como el que Él tiene ahora. Esa es nuestra gran esperanza. Dice Colosenses 1:27: «*A quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de Gloria*». Esa esperanza es Cristo en nosotros; Él resucitó y Él nos va a llevar a nosotros también a la gloria, como dice en Filipenses 3:20,21: «*Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; [21]el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas*». Esa es la verdad de nuestra gran esperanza. Sin esa esperanza no puede haber unidad en la Iglesia. Nosotros tenemos que

esperar una misma cosa. La unidad de la iglesia está también basada en esa esperanza de nuestra vocación. Para qué nos llamó Dios, ¿para fundar una religión? En estos días he escuchado a varias personas que me han dicho sus opiniones al respecto, diciendo que en todas las religiones hay gente honesta, gente buena; como diciendo, todas las religiones son buenas. Eso he escuchado. Pero eso no tiene ninguna relación con lo que estamos hablando; estamos hablando de Cristo; estamos hablando de nuestra salvación eterna, estamos hablando de la vida de Cristo en nosotros; estamos hablando de por qué Él tomó carne en una mujer; estamos hablando de por qué el Hijo de Dios se hizo hombre y creció como hombre; estamos hablando de por qué Él se sometió a todo lo que se sometió aquí con toda humillación, y por qué se sometió a la cruz, pero Dios le resucitó poderosamente, y lo glorificó para que Él diera vida de sí mismo, y hubiera lo que se llama la Iglesia hoy en día. No estamos hablando de una religión; el Señor no vino a hacer ese juego. Por eso estos primeros son los tres elementos constituyentes, o grupo del Espíritu.

2. ***Tres elementos fundantes (es el grupo del Señor)***. Son elementos fundantes debido a que en ellos la Iglesia tiene su fundamento; el Señor es el fundamento y piedra angular de la edificación.

a) ***Un Señor***. Sin el Señor no hay Iglesia. El Señor es el que ostenta la posesión de poder y de autoridad. Nótese que ahora no está hablando del Hijo, ni está hablando del Mesías (el Cristo), sino del Señor. Ya la Iglesia existe, ya no estamos esperando al Mesías. Ya no somos del mundo; ahora somos la Iglesia. Cuando éramos del mundo, el Padre nos dice: «*Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna*» (Jn.3:16). Pero ahora no está hablando del Hijo; ya como Hijo vino, se hizo carne y murió en la cruz por nosotros, murió, resucitó y fue glorificado, y a quien el Padre hizo Señor y Cristo. Hay solamente un solo Señor. «*Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús* (primero aparece el nombre como hombre) *a quien vosotros crucificasteis,* (a este hombre) *Dios le ha hecho Señor y Cristo*» (Hch. 2:36). Él es el Señor; y Él es Señor nuestro debido a que Él pagó un precio por nosotros, nos compró con el alto precio de su propia sangre. «*Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues a Dios en*

vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios» (1 Co. 6:20). Aquí no aparece la palabra Señor explícitamente pero sí tácitamente, porque Él nos compró, y ahora somos siervos del Él; somos sus *doulos*, sus esclavos, y Él es nuestro amo.

Como lo vamos a ver, Él llevó cautiva la cautividad. Antes éramos cautivos del diablo, ahora somos cautivos de Cristo. En Filipenses 2:11 también aparece esa manifestación gloriosa, donde dice: «*Y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre*». Jesucristo es el Señor, y cuando no se acata la autoridad del Señor, como cabeza de la Iglesia, si no se acata la autoridad de la Cabeza, como Señor que es, entonces hay división; pues no se pueden poner otras autoridades, ni estatutarias ni legales, por encima de la autoridad de la Palabra del Señor. En ese caso las personas acatan otras cabezas, otras autoridades, otras leyes, otras disposiciones, y no lo que dice la Cabeza, el Señor. No pueden existir dos *kurios* a la vez. No se puede servir a dos señores. En la iglesia primitiva, el César romano era el *kurios* de las personas mientras no habían conocido a Cristo. Claro, el señorío de Cristo eliminó al señorío del emperador en cada creyente; de manera que el César no pudo llegar a ser el señor de la Iglesia. Después surgieron otros señores que han querido dominar a la iglesia, pero el Señor está restaurando su pleno señorío en toda su Iglesia, como fundamento de la unidad de su cuerpo.

b) ***Una fe***. ¿Cuál es esa fe? La fe de que Jesús es el Hijo de Dios, y la fe que una vez fue dada a los santos (cf. Jud. 3), la fe en todo lo que nosotros debemos creer. ¿Qué debemos creer? «*Jesús le dijo* (a Tomás)*: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*» (Jn. 14:6). Si todos tenemos esa fe, y creemos en que Él es el único camino, la única vida, la única verdad, eso nos une. «*Porque hay un solo Dios, un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, [6]el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo*» (1 Ti. 2:5,6). Eso hace parte del depósito de nuestra fe, que nos une. Es la fe común de la congregación cristiana. Pero, ¿qué ha sucedido en la historia de la Iglesia? «*Estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente* (eran creyentes pero se estaban alejando de la fe que nos une)*. [7]No que haya otro, sino que hay algunos que*

os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. [8]*Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema.* [9]*Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema*» (Gá. 1:6-9).

Incluso nosotros aquí hemos tenido comunión y hemos compartido con hermanos muy queridos, y hoy no están con nosotros; se apartaron, de manera que con ellos, y con muchos otros, ahora no nos une una sola fe, porque se han interpuesto diferentes vientos de doctrinas. No hay que tomar una parte de la Palabra, sino toda la Palabra, la que contiene todo el depósito de Dios. «*La suma de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia*» (Salm. 119:-160). «*Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia,* [17]*a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra*» (2 Ti. 3:16,17). Entonces debemos tener una sola fe, creer lo mismo y vivir lo mismo, tener una conducta lo más nivelada posible; pues fe y conducta van siempre de la mano.

c) ***Un bautismo***. Este es el último de los elementos fundantes. Uno dice: Pero, ¿cuál es el verdadero bautismo? Ahí podemos pensar en dos connotaciones: El bautismo en las aguas, y el bautismo en el Espíritu, el que nos introduce en un solo cuerpo. La Biblia es clara en cuanto al bautismo en las aguas; nosotros no tenemos que ponerle mucho misterio. ¿En el nombre de quién somos bautizados? Algunos se preocupan por la "fórmula" bautismal, y muchos se inclinan por lo que tiene que ser en el nombre de Jesucristo, pues es lo que dice Hechos 2:38; otros prefieren hacerlo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, conforme Mateo 28:19. Téngase en cuenta que en Hechos 2:38 la Palabra no nos da la "fórmula" sino la persona con quien nos identificamos; además, en Mateo 28:19 no dice en los nombres, sino *en el nombre* (singular), pues las tres Personas de la Trinidad son una en esencia y calidad. Dios Padre envió a Dios Hijo; fue el Hijo quien murió en el Calvario; y el Padre y el Hijo enviaron al Espíritu Santo, quien sella a cada creyente y mora en él.

De manera, pues, que, en últimas, la fórmula bautismal no es lo esencial. Que sea en el nombre de Jesucristo, o en el nombre de la Trinidad; lo importante es que la persona es

bautizado en Cristo. Miremos lo que Pablo le dice a los hermanos corintios; es una frase que jamás nosotros nos ponemos a meditar. «*¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?*» (1 Co. 1:13). Lo importante es saber en el nombre de quién fuimos bautizados. Sí, es verdad que algunos llamados unitarios prefieren hacerlo como dice Hechos 2:38, pues ellos creen encontrar allí la "fórmula"; también es verdad que las congregaciones llamadas trinitarias prefieren hacerlo como dice Mateo 28:19; y hay hermanos que prefieren combinar las dos formas, diciendo más o menos: Yo te bautizo en el nombre de Jesucristo, bautizándote en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; me da la impresión de que lo hacen así por si las dudas, o por darle satisfacción tanto a los trinitarios como a los unitarios. La iglesia cristiana siempre ha sido doctrinalmente trinitaria, afirmando que Dios es eternamente uno en esencia, pero existe en tres Personas. Tengamos presente que los cristianos al bajar a las aguas para ser bautizados, nos identificamos con Cristo. No es bueno hacer doctrina aparte con Hechos 2:38, pues eso divide la iglesia.

También vemos que la Biblia dice que el bautismo es literal y es por inmersión; lo de rociar o asperjar agua a las personas, eso no es bautismo. El Señor Jesucristo bajó a las aguas en el río Jordán para ser bautizado; no es como lo pintan. Vemos cuadros de pintores famosos, donde Juan el Bautista le echa al Señor un poquito de agua con una vasija. Eso no es verdad. El Señor fue sumergido. Gloria al Señor. Ahora, aquí, más que eso, se trata del bautismo interior, el bautismo que aplica el Espíritu Santo en nosotros. «*Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu*» (1 Co. 12:13).

3. ***Un elemento trascendente (es el grupo del Padre)***. Un Dios. «*Un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos*». Es un solo Dios. Es un elemento trascendente debido a que Dios es más grande de lo que yo me puedo imaginar. Trascendente es lo que está más allá de los límites de cualquier conocimiento posible. Mi mente no puede explicar ni comprender a Dios en toda su dimensión, eso jamás lo podrá lograr la mente humana. Jamás llegaremos a penetrar en lo que es Dios; porque Él es trascendente. El conocimiento que tenemos de Él es por revelación, y todo

eso lo recibimos por fe. Vemos que en este versículo se expresan tanto la trascendencia como la inmanencia de Dios. La inmanencia de Dios significa que aunque Dios es diferente de la creación, ésta, no obstante, subsiste en Él, que Dios lo sustenta todo, y que Él sostiene y preserva y mantiene el ser de todo lo que existe. ¿Creemos en el mismo Dios personal y sobrenatural como nuestro Padre? Ese es un factor determinante para que se manifieste la unidad de la Iglesia del Señor.

Esos son los siete aspectos o factores básicos de la unidad de la Iglesia. Nadie puede dejar de lado ninguno de estos factores. No pueden ser menos, como tampoco pueden ser más. Para que haya verdadera y legítima expresión de la unidad en la Iglesia, es necesario que se cumplan los siete. Así, pues, que sigamos estudiando esta maravillosa carta de Pablo.

GRACIA COMO DON QUE CAPACITA

Pero tras los siete vínculos de la unidad de la Iglesia, tenemos luego la diversidad dentro de esa necesaria unidad; pero es una diversidad dentro de esa unidad. «*No obstante a cada un de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo*». Algunos dicen que el don es por la gracia, y otros dicen que la gracia depende del don; de todas maneras, hermanos, el Señor a todos nosotros nos otorga un don, que se puede decir, un talento, para poder nosotros servir en la iglesia; pues el don que Dios me da no es para yo dármelas de dotado y de interesante, sino para servir, y para eso me da cierta cantidad de gracia. A unos da más, a otros, menos. A uno le dio cinco talentos, a otro le dio dos, y a otro uno; cada uno tiene una capacidad determinada por Dios. No debemos jamás desear ser como determinado hermana o hermano. Cada quien es lo que Dios está haciendo con esa persona. Qué tal que nuestro cabello nos viva insistiendo que quiere ser ojo; no, es cabello; ahí estás bien en tus funciones de cabello; y el ojo sigue siendo ojo. Gracias al Señor. Entonces, hermanos, recibimos gracia como don que capacita a la persona para servir en el cuerpo. Lo ilustramos leyendo Romanos 12:3-8: «*Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura,* ***conforme a la medida***

de fe que Dios repartió a cada uno. [4]*Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función,* [5]*así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros.* [6]*De manera que, teniendo diferentes dones,* ***según la gracia que nos es dada****, si el de profecía, úsese conforme a la medida de la fe;* [7]*o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza;* [8]*el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside, con solicitud; el que hace misericordia, con alegría*». Esta cita habla de algunos dones.

EL SEÑOR LLEVÓ CAUTIVA LA CAUTIVIDAD

«*Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres*» (v.8). Aquí Pablo está citando el Salmo 68. Lo podemos leer en los versículos 17 y 18; es un Salmo de David. Allí está hablando del Dios de Sion de sus alturas. «*Los carros de Dios se cuentan por veintenas de millares de millares; el Señor viene del Sinaí a su santuario.* [18]*Subiste a lo alto* (al monte Sion)*, cautivaste la cautividad* (la ganó, se la trajo, se la arrebató al que la tenía cautiva, al enemigo, pero a su vez se la llevó cautiva)*, tomaste dones para los hombres, y también para los rebeldes, para que habite entre ellos Yahveh Dios*». Cuando dice: Subiste a lo alto, ahí se refiere al monte de Sion. El santuario de Dios es Sion; el Señor viene en victoria; viene de ganar la batalla, ya tiene la victoria. Cuando el Señor llega victorioso, Él trae botín de la guerra, y de ese botín reparte entre la cautividad; incluso hay una parte de la Biblia que dice que las mujeres reciben de sus esposos parte del botín, y luego ellas reparten entre los vecinos de ese botín. Entonces el Señor toma la cautividad, pero antes, para poder tomarla, baja del cielo, de lo alto, se encarna en una mujer hebrea, y ya como hombre desciende a las partes más bajas, se hace humilde, se humilla, se somete a la muerte en la cruz, antes de poder conquistar y llevarse la cautividad cautiva a las alturas; pero luego que la lleva cautiva, le da dones a los hombres; de ese mismo botín da dones, como lo vamos a ver ahora.

Entonces, ¿cuál es el precio de la unidad de la Iglesia? Como le hemos leído en el Salmo 68, haber descendido a la tierra el Dios de la gloria, habiendo dejado su gloria, como lo dice Filipenses 2, se despojó de aquello tan hermoso, y vino

y descendió a la tierra, hermanos, y por su obra redentora arrebató a los que estaban bajo el cautiverio del diablo, nos liberó de la esclavitud, y de ese botín distribuyó dones a los hombres.

EL DESCENSO DEL SEÑOR AL HADES

Claro, también descendió a las partes más bajas de la tierra, como lo leemos en el siguiente versículo. «*Y eso de que subió, ¿Qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra?*» (V.9). Eso significa que el Señor descendió al Hades; pues todo hombre al morir debe ir al Hades, pero el Señor descendió para que nosotros, los salvos, no tuviéramos que ir. Y, claro, allá predicó también a los cautivos. Tenemos, pues, dos connotaciones de ese descender del Señor. «*Porque por esto también ha sido predicado el evangelio a los muertos, para que sean juzgados en carne según los hombres, pero vivan en espíritu según Dios*» (1 Pe. 4:6). El Señor también descendió al interior de la tierra (a las partes infernales, o inferiores) antes de ser glorificado. El Señor descendió al Hades, en espíritu; eso fue antes de resucitar y luego subir a las alturas gloriosas y llevase cautiva la cautividad. También esa cautividad incluye todas aquellas personas que esperaban al Mesías, pero que ya muertas estaban en ese lugar del Hades llamado «Seno de Abraham», pues Abraham es el padre de los justos, de manera que con él estaban todos aquellos que esperaban en Dios, todos los que habían creído: Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, Daniel, Lázaro (cf. Lc. 16:19-31), todos; y luego de sacarlos de allí, se los llevó al Paraíso, ubicado en el tercer cielo (cf. 2 Co. 12:1-4). Allí está ahora esa cautividad. «*El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo*» (v. 10). Primero Cristo estaba en el cielo, y al encarnarse baja a la tierra; al morir, desciende de la tierra al Hades; al resucitar sube del Hades otra vez a la tierra; y al ser glorificado, sube obra vez de la tierra a la gloria que había tenido antes con el Padre. Gloria al Señor.

DONES DE CRISTO A LA IGLESIA

«*Y él mismo dio los unos, apóstoles; los otros, profetas; los otros, evangelistas; los otros, pastores y maestros*» (v. 11). En el griego del Nuevo Testamento no dice constituyó a

unos..., sino dio los unos. Esos ministerios, llamémosles ministerios, por llamarles de alguna manera, son dones que el Señor repartió a la Iglesia. Cristo da hombres dotados, capacitados, a la Iglesia. Los capacita y los regala a la Iglesia para que le sirvan a la Iglesia. Los nombres de esos dones en griego son:

Apóstoles (gr. *apóstolos*); que son los que son enviados (de *apo*, de; *stello*, enviar). Esta palabra se usa del Señor Jesús, como enviado del Padre (He. 3:1); de los doce discípulos elegidos por el Señor para recibir una instrucción especial (Lc. 6:13; 9:10); de Pablo, Bernabé y todos los que han sido enviado posteriormente (Hch. 14:4; Ro. 16:7; 1 Co.9:1). Son enviados a predicar el evangelio y establecer la iglesia bíblica en cada localidad.

Profetas (gr. *profetes*). Son los que hablan pública y abiertamente, son los proclamadores del mensaje de Dios; son personas que tienen una relación inmediata con Dios, denotando a uno a quien le es comunicado el mensaje de Dios para su proclamación, o a uno a quien se le comunique cualquier cosa secretamente.

Evangelistas (gr. *evangelistes*). Son los mensajeros de la buena nueva, los portadores de buenas noticias; del griego *eu*, bien, y *ánggelos,* mensajeros; es un predicador del evangelio incluso donde ya haya sido predicado y haya iglesia local.

Pastores (gr. *poimen*). Son los que guían; eso está tomado de los pastores de las manadas, de los rebaños de ovejas; eso también se aplica a los que guían y supervisan (obispos) a la iglesia del Señor. Los pastores conducen a la grey y la apacientan. Son varios en cada iglesia local.

Maestros (gr. *didáskalos*). Son los doctores, los que tienen doctrina que enseñar, los maestros. A veces una sola persona puede ser pastor y maestro a la vez. «*Los ancianos* (gr. ***presbúteros***, obispos, pastores) *que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar* (la Palabra) *y enseñar (**didaskalía**)*» (1 Ti. 5:17).

Los que son dados, estos que reciben estos cinco ministerios, no se trata de una posición de dominio, sino de servicio, lo cual es honroso (cf. 1 Ti. 3:13). Lo que hay en la cristiandad de nicolaísmo, lo han recibido como herencia de la iglesia católica. En la iglesia católica romana, la “iglesia” está

compuesta por unos príncipes de «alta alcurnia», que suelen vestirse de púrpura, que viven en lujosos palacios, meten sus narices en todo, y ostentan un gobierno no recibido de Dios, un gobierno muchas veces perverso en la historia, y a quienes los simples mortales tienen que besarle hasta los pies. Eso está condenado por la Palabra de Dios. Leámoslo en 1 Pedro 5:1-4: «*Ruego a los ancianos* (esta palabra anciano es lo mismo que obispo) *que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: [2]Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; [3]no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. [4]Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria*».

EDIFICACIÓN DEL CUERPO DE CRISTO

¿Para qué son estos dones a la Iglesia que aparecen en el versículo 11? Los responde el siguiente versículo: «*A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo*» (v, 12). En la Iglesia hay un solo ministerio; ¿cuál es ese ministerio? La edificación de la iglesia. La edificación del cuerpo de Cristo es un trabajo del Señor con todos los hermanos. Los hermanos que se clasifican allí como apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, están dados para capacitar a toda la iglesia, para que toda la iglesia se ocupe de ese trabajo de la edificación; los santos reciben capacitación, y el Señor les da talentos para que lleven a cabo esa edificación, como dice en Efesios 2:20: «*Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo*». Nosotros estamos siendo edificados; se trata de un edificio que el Señor está ahora construyendo, como lo dice Pedro: «*Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo*» (1 Pe. 2:5).

HASTA LLEGAR A LA UNIDAD DE LA FE

¿Hasta cuando estaremos edificando el cuerpo de Cristo?

«*Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo*» (v. 13). El trabajo de esta edificación es continuo, es progresivo, no lo para nadie, hasta que todos lleguemos a esa unidad de fe, hasta que todos lleguemos a creer lo que todos debemos creer, hasta que todos lleguemos a pensar lo mismo. Esa unidad de la fe elimina toda fisura denominacional; todo lo que huela a división en la iglesia lo elimina la unidad de la fe. Cuando todos creamos en este fundamento de los apóstoles y profetas contenido en el Nuevo Testamento, llegaremos a la unidad, la fe nos va a llevar allá, y el Señor está trabajando en cada mente sobre eso. «*Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y al* ***epignosis****, al pleno conocimiento del Hijo de Dios*»; es un pleno conocimiento no sólo doctrinal sino también experimental del Hijo de Dios. Nosotros tenemos que conocer lo que la Biblia dice acerca del Hijo de Dios, y llegar a experimentar en nuestras vidas todo ese conocimiento; y Dios quiere que todos en su iglesia lo logremos plenamente; no con un conocimiento parcial, no con un conocimiento medio soslayado, sino pleno de quién es Cristo en nosotros. La iglesia es la plenitud de Cristo; esa plenitud es todo lo que colma a Cristo, todo lo que lo llena, pues Él es la cabeza. Ahora la cabeza está completa, pero es como si todavía tuviera un cuerpo raquítico que no se equilibra aún con el tamaño de la cabeza. Tenemos que llegar a ese varón perfecto; el cuerpo tiene que ir desarrollándose hasta que llegue a tener una uniformidad con su cabeza. Cuando vemos algo así en la realidad humana, pues lo que vemos es un fenómeno; pero el Señor no quiere que haya fenómeno, que el desarrollo del cuerpo no tenga tropiezos, sino que lleguemos a la plenitud de Él, que lleguemos al nivel de su estatura. Como dice Juan: «*Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es*» (1 Juan 3:2). Llegará, pues, el momento, que se manifestará en toda su gloria.

LAS ARTIMAÑAS DE LOS TAHURES

¿Para qué es necesario que lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios? «*Para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo*

viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error» (v. 14). Cuando uno no ha crecido, es niño; para tener madurez hay que crecer, y cuando somos niños entonces cualquiera nos puede enredar y convencernos de algo que apenas media hora antes se nos había advertido de que no estaba bien; y de pronto ese mismo día se nos puede convencer de una tercera versión. ¿Por qué sucede eso? Porque se trata de un niño que no tiene discernimiento, que no tiene conocimiento, que no tiene madurez para manejar las cosas. Y también se asemeja a un barco cuando no está anclado, y vienen esos vientos tempestuosos que levantan esas olas terribles, que amenazan con zozobrarlo, con hundirlo, desviarlo hacia otras latitudes diferentes de las del Señor.

Ese versículo habla de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error. Artimañas, astucia, estratagemas, de todo eso ha estado infestada la historia de la Iglesia. La palabra estratagema denota jugar a los dados. Viene del griego *kubéia*, de donde se deriva la palabra *kubos*, cubo, para el juego de los dados; y, claro, de ahí, metafóricamente, fraudes, trucos, estratagemas, pues los dados suelen tener sus trampas para engañar al oponente. Son esas astucias los trucos empleados por los tahures. Eso es lo que se relaciona aquí. El diablo tiene un sistema engañoso; usa a los hombres para que desvíen a la Iglesia con sus artimañas y sus astucias, para no obedecer a la Cabeza, para no obedecer al Padre, para que nadie quiera obedecer a Cristo ni a la Palabra. Gloria al Señor.

AFERRÁNDOSE A LA VERDAD EN AMOR

Ahora para terminar esta *perícopa*, leamos los dos últimos versículos. «*Sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, [16]de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad (**energéia**,* dinamismo, operación, poder, potencia) *propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor*» (vv. 15,16). Debemos aferrarnos a la verdad en amor; hay que amar la verdad de Cristo. No es un a ver si me convencen y puedo entender el llamado. En el versículo 15, Pablo nos expone la receta para no caer en los peligros expuestos antes. Si tú amas aferrarte a la verdad de

Cristo, nadie logra desorientarte.

El versículo 16 expone el dinamismo de la unidad de la Iglesia. En nosotros, como en el cuerpo humano, cada miembro, cada órgano está en su sitio, y está ligado con los demás como debe ser. Al estar correctamente unidos todos los miembros del cuerpo, se pone en actividad la energía de cada uno de los miembros que han sido unidos por las coyunturas; y hay actividad de vida en el cuerpo, porque hay unidad. Gloria al Señor.

Algunos intérpretes dicen que esas coyunturas que aparecen aquí son los ministros enumerados en el versículo 11; es decir, los apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros, porque ellos son los encargados de perfeccionar a los santos; otros no opinan así. De todas maneras ahí habla de coyunturas que unen a los miembros del cuerpo único de Cristo. La meta es el crecimiento de ese cuerpo en amor. La Iglesia tiene una Cabeza, que es Cristo, y nosotros debemos amar esa unidad que el Señor nos ha enseñado. Oramos.

12

LA IGLESIA COMO EL NUEVO HOMBRE CORPORATIVO

LA NEGACIÓN DEL YO

En el estudio de la carta de Pablo a los Efesios, ahora vamos a ver la parte que corresponde a la *perícopa* del capítulo 4:17-24; es la porción bíblica que en algunas versiones la subtitulan: Normas morales de la iglesia; otros, la nueva vida en Cristo; pero nosotros la vamos a llamar: ***La Iglesia como el nuevo hombre corporativo***; porque la Iglesia es el nuevo hombre. Cristo es el nuevo hombre, y todo el que está en Cristo hace parte de ese hombre nuevo; porque Cristo y la Iglesia conforman el nuevo hombre. Cristo es la cabeza, y la Iglesia es el cuerpo de Cristo.

Antes de empezar a estudiar la *perícopa* de hoy, recordemos, hermanos, en Mateo 16, después de aquel incidente en que Pedro le reconvino al Señor de que no fuera a permitir someterse a padecer de los líderes religiosos de Israel, y a la muerte en la cruz, y en fin, que tuviera compasión de sí mismo, la respuesta del Señor fue tajante, y sin que mencionara el nombre de Pedro, se dirigió directamente a Satanás, pues Satanás era el que estaba usando a Pedro; a continuación le dijo a todos los discípulos, no sólo a Pedro, las siguientes palabras que a menudo no se meditan con la seriedad con la que las debiéramos meditar. «*Entonces Jesús dijo a sus discípulos* (es decir, se lo está diciendo a la Iglesia)*: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame*» (Mt. 16:24). Ese versículo lo hemos tratado ampliamente en muchas ocasiones; lo hemos estudiado por todos los ángulos, en todas las formas; hemos visto eso ilustrándolo con gráficas. En muchos de los estudios de la Palabra se ha mencionado y se ha explicado este versículo. «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo*», niegue a su yo, niegue su alma, niegue su modo de pensar natural heredado de la vieja naturaleza, niegue su forma de actuar, niegue sus sentimientos. Muchas veces los sentimientos nos esclavizan. Todo eso está

llamado a ser negado por el creyente, para que sea Cristo formándose y creciendo en nosotros, y poniendo en nosotros su propio carácter, su propia manera de pensar y de actuar y de sentir; Él en nosotros formándose cada día más. Y luego dice «*y tome su cruz*»; lo principal que encierra el llevar la cruz es la obediencia y muerte de nuestro hombre viejo.

¿Por qué decimos esto? Porque vamos a ver un tema en que se necesita la negación de nosotros mismos, y de llevar nuestra cruz cada día. La iglesia como el nuevo hombre corporativo necesita que sea Cristo formado en cada uno de nosotros; y no sólo individual, sino también corporativamente.

«*Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente,* [18]*teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón;* [19]*los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza*» (Ef. 4:17-19).

NO ES UNA UNIDAD ECUMÉNICA

En la primera parte del capítulo 4 hemos estudiado la unidad de la Iglesia, que fue cuando comenzados a estudiar la parte práctica de esta epístola, pues en los tres primeros capítulos estuvimos estudiando la parte doctrinal de la carta. Antes de empezar a estudiar la parte práctica estuvimos viendo el origen de la Iglesia, que el Padre nos predestinó, que el Hijo nos redimió, que el Espíritu Santo nos selló, que nos dio las arras de nuestra herencia; de cuál fue el origen de la Iglesia; entonces, al comenzar la parte práctica, Dios enseña sobre la unidad de Su Iglesia, de que se exprese la unidad intrínseca de la Iglesia; y da entonces las directrices de cuáles son esos parámetros divinos, siete en total, para que haya la verdadera unidad de la Iglesia. Y no se trata de una unidad ecuménica, pues el ecumenismo eclesiástico no es bíblico. ¿Por qué se los digo, hermanos? Porque a veces, cuando nuestros hermanos que tienen una trayectoria denominacional nos preguntan dónde y cómo nos estamos reuniendo como iglesia, y les contestamos en pocas palabras dándoles razones sobre la restauración de la iglesia bíblica y sobre la unidad del cuerpo de Cristo, de que el Señor no quiere su iglesia dividida, muchos piensan que

somos ecumenistas. Pero nosotros no somos ecumenistas; Cristo no es ecumenista; porque el ecumenismo es tratar de unir en una las diferentes vertientes de la cristiandad, pero sin que se deteriore la existencia y la continuidad de cada una de esas partes.

Lo que trata el ecumenismo es que de cierta manera superficial se unan los líderes de las diferentes facciones de la cristiandad; que tengan alguna manera de "entendimiento" pero por encima de sus divisiones. Por ejemplo, cierto hermano me decía en estos días que allá en la localidad de Kennedy, muchos pastores congregacionales se están reuniendo determinado día del mes, como en especie de un club, para intercambiar pareceres y tomar el té juntos; pero eso es un ratito en el mes, pero siguen persistiendo en la división. Es como cuando los dueños de dos fincas vecinas, son amigos y se saludan por encima de la cerca. Son amigos y se ayudan y se saludan, pero: Amigo, esta es mi finca, y más allá de esta cerca es tu finca. Eso es lo que podríamos llamar un cuasi ecumenismo; aunque en el verdadero ecumenismo futuro, los líderes religiosos, sin quebrantar su división, sin embargo se someterán a una cabeza eclesiástica, que será la gran apostasía babilónica. Ecumenismo es la edificación sin el fundamento legítimo. Ecumenismo es tratar de edificar la casa de Dios en Babilonia y no en Jerusalén, para usar la tipología.

Pero el Señor no quiere ecumenismo, el Señor quiere que en cada ciudad, en cada municipio, en cada localidad, como las veinte que componen a Bogotá, el Distrito Capital de Colombia, haya la manifestación de la iglesia como un solo cuerpo, donde todos nos amemos, donde todos nos sirvamos, donde todos nos conozcamos, donde todos vivamos al hombre corporativo. Tengamos en cuenta que localidad es cualquier municipio de cualquier nación del mundo. Por ejemplo, Belén en Palestina, Villavicencio en Colombia, Cuernavaca en México.

LA VANIDAD DE LA MENTE HUMANA

La parte de Efesios que vamos a estudiar son asuntos morales, asuntos de vida de nosotros los creyentes.«*Esto, pues,* (ya después de hablar de la unidad) *digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente*». ¿Por qué dice otros

gentiles? Porque Éfeso era una ciudad de gentiles, de cultura griega, aunque era la capital de la provincia romana de Asia Proconsular y eran gentiles, aunque había hermanos judíos, porque Pablo primero predicaba en la sinagoga de los judíos, y algunos judíos creían y se salían de la sinagoga; luego predicaba a los gentiles y se formaba la iglesia en la respectiva ciudad de Éfeso, Corinto y demás; pero ahí les habla como a una iglesia gentil. Pablo habla de los otros gentiles que andan en la vanidad de su mente; es decir, una vez que nosotros somos creyentes, ¿qué? ¿qué sigue? Lo que comúnmente se piensa es: Bueno, ya recibí a Cristo; ya no voy al infierno. Pero, hermanos, eso apenas es el comienzo, es una parte. Ahora nosotros somos creyentes, ¿y qué? ¿qué sucede con nuestra vida? ¿seguir yendo a misa? Perdón, ¿seguir yendo a la escuela dominical? ¿Entonces qué pasa? Ya fui a la reunión, ya le cumplí a Dios (o al pastor, de pronto). Pero es más profundo; nosotros como creyentes debemos sustituir la anterior manera de vivir por una nueva conducta; que lo debe ver nuestra familia, nuestros vecinos, nuestros compañeros de estudio o de trabajo, y todo el entorno social donde nos movamos. Que ya no vean en nosotros al que antes conocieron; es un hombre nuevo; y como nos ven nuevos, piensan que hemos cambiado hasta el modo de caminar. «*Que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente*». Lo que piensa el mundo es pura vanidad, hermanos; así sea un filósofo; y grandes filósofos están dirigiendo hoy a la juventud; pero si esos filósofos y sabios no tienen a Cristo, piensan vanidades. Tú puedes ver, hermano, un conferencista de mucho prestigio internacional, de mucha sabiduría, de aparente alto nivel moral; pero busca conocerle su vida privada. ¿Qué hay en su vida privada? ¿Qué hace? ¿Cómo se conduce? ¿Qué piensa? Cuanto más conozcamos la vida privada de alguien, sabremos cuan corrupta puede ser la vida de la persona; por muy brillante que al mundo le parezca.

LA SEMILLA DE SATANÁS

Pero nadie ve la brillantez y la gloria de Cristo. A Cristo le desprecian; para el mundo, Cristo es cursi; pero para nosotros Cristo es la gloria, el poder, Cristo es la verdad, la bondad, es el tesoro; es lo más grande que pueda existir. Eso recibimos del Padre. Bendito el nombre del Señor. La

vanidad de la mente humana encierra vanas filosofías, encierra todo lo confuso que vive la gente. Uno piensa a veces que las personas son felices; pero sin Cristo no hay felicidad. Gloria al Señor. Este tema guarda mucha afinidad con el capítulo 1 de Romanos; por ejemplo: «*Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido*» (v. 21). En el jardín del Edén, Satanás se lo dijo al hombre: «*Sabe Dios que el día que comáis de él* (del fruto)*, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal*» (Gé. 3:5). Con eso le quiso decir que se independizara de Dios, para que no tuviera la necesidad de estar dependiendo de Él. Por eso el hombre hoy es muy independiente. Por ejemplo, lo vemos en los adolescentes; ellos, en su inmadurez, creen que piensan mejor que el papá, y eso se debe a que tienen un espíritu de independencia. Pero cuando ya van madurando un poquito, es cuando se van enterando poco a poco de su error. Y eso ¿de dónde procede? De eso que le sembró el diablo al hombre, independencia. Y las gentes no quieren someterse a Cristo, ni leer la Palabra de Dios. ¿Por qué? Porque piensan que si dan ese paso entonces eso les coarta su libertad. ¡Qué pesar! Porque cuanto más lejos estemos del Señor y de la Palabra, más esclavos somos del pecado, del mismo diablo, de nosotros mismos, de la basura que hay en el mundo y de toda la vanidad. Porque el mundo es basura, hermanos; todo lo que vemos sin Cristo es basura. Leamos en el Salmo 2 sobre las consecuencias de esa semilla independentista.

LA VANIDAD ES CONTRA DIOS

«*¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? [2]Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: [3]Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. [4]El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos*» (Salmo 2:1-4). Eso sucede porque la humanidad lejos de Dios piensa cosas vanas. Hagamos lo que hagamos, nuestros actos tarde o temprano nos van a alcanzar. Si hacemos ahora lo correcto, si buscamos del Señor y nos humillamos, y no nos contentamos nada más con ser creyentes, y buscamos lo que busca el Señor en nuestras vidas, eso nos alcanza; pero si no hacemos lo que

debemos hacer, también nos alcanza, con el resultado consecuente.

«*No comas pan con el avaro, ni codicies sus manjares;* [7]*porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él. Come y bebe, te dirá; mas su corazón no está contigo*» (Pr. 23:6,7). El pensamiento de una persona sin Cristo es diferente del pensamiento del que anda con Cristo. Por eso es que la Biblia dice que no nos unamos en yugo desigual; no solamente en los amores, o en el matrimonio, sino también en amistades, en los negocios, en sociedades; eso no nos conviene, hermanos; pues nosotros, cuando desobedecemos al Señor, y nos unimos en yugo desigual con los incrédulos (cf. 2 Co. 6:14), el Señor no nos respalda, y no vamos a convencer a nadie de la verdad. ¿Por qué? Porque estamos en desobediencia. Más bien nos hace daño el desobedecer al Señor. Puedes decir: No, pues, me estoy enamorando de alguien, claro que esa persona no es cristiana, pero yo la llevo a Cristo. ¡Cuidado! En vez de llevarla a Cristo, esa persona te puede llevar a otra parte, y alejarte del Señor. No le debemos dar lugar al diablo, ni mucho menos desafiarlo para ponerlo en jaque. Satanás está vencido por la sangre que Jesucristo derramó en la cruz del Calvario, y nosotros no tenemos nada que ver con él, ni él con nosotros. Gloria al Señor. El mundo gira en la vanidad de su mente.

ENTENDIMIENTO ENTENEBRECIDO

«*Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón*» (Ef. 4:18). El entendimiento entenebrecido significa una mente sumida en oscuridad. Quien anda en oscuridad ignora hacia dónde encamina sus pasos; no puede saber por dónde anda. ¿Por qué? Porque está ajeno de la vida de Dios. Cuando una persona está lejos de Dios, está en oscuridad; por la ignorancia que hay en esa persona; y la prolongación de esa ignorancia trae como consecuencia que el corazón se va endureciendo cada día más. La Biblia dice que Satanás ha entenebrecido el entendimiento de los hombres. «*Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto;* [4]*en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria*

de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2 Co. 4:3,4). Siempre hay que tener en cuenta que es Satanás quien entenebreció el entendimiento de los hombres. El evangelio está encubierto entre los que se pierden. Así se trate de religiosos. Hay personas muy religiosas, pero si desconocen el evangelio, ahí está encubierto. Una persona puede ser muy religiosa, y empecinarse en no escuchar el evangelio; hay personas que le cierran su puerta al evangelio. Tal vez pueden alegar que su religión es muy buena, muy antigua, donde asisten más personas, donde tienen mejores y ricamente dotados templos, donde cuentan con un brillante clero y doctores en divinidades e ilustres maestros; y todo lo que hacen les parece apoteósico y vistoso; pues toda esa apariencia externa de muchas religiones es llamativa. Entonces piensan que no necesitan del evangelio. Esas personas pueden hasta burlarse de los que creemos en el evangelio, hermanos, como se burlaron de Cristo, y se siguen burlando todavía.

¿CUÁL ES MI PROPIO CENTRO?

Eso significa ausencia de Dios en esas personas; están muertos en el pecado, pero no al pecado. «*Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro*» (Ro. 6:11). Este versículo nos da luz sobre lo que estamos tratando. Notemos la relación que existe entre este versículo, y el que leímos al comienzo. *»Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo"*; negarse a sí mismo es estar muerto al mundo, al pecado, a sus antiguas costumbres. Si yo me niego a mí mismo, es Dios el que vive en mí; si ya no vivo yo, es el Señor Jesús el que vive en mí. En la Iglesia hay personas que sufren mucho, aun siendo cristianos, debido a que su centro es su propia persona.

Cuando mi centro es mi propia persona, yo sufro mucho. ¿Por qué? Porque si alguien no me mira bien, yo sufro; si alguien no me saluda, yo sufro; si no me felicitan y me regalan en mi cumpleaños, yo sufro. Pero yo no debo mirarme a mí mismo, porque mi yo debe estar continuamente negado, relegado a un segundo plano, pues mi centro debe ser Cristo. Digo *debe ser*, pues porque muchas veces no lo es.

Si mi centro es Cristo, entonces no me interesa ni que me

amen, ni que me tengan en cuenta, ni nada que alimente el ego; a mí lo que me interesa es amar, a mí lo que me interesa es servir; a mí lo que me interesa es vivir la vida de Cristo; mejor dicho, que Cristo viva su vida en mí, sin que yo le estorbe con mis pretensiones. ¿Y esto por qué? Pues ya el centro no soy yo, sino el Señor. Si alguien aún tiene ese problema del egocentrismo, dígale: Señor, hasta el momento mi centro soy yo, y eso me está haciendo daño, y está perjudicando a la iglesia. Ayúdame. Entonces el Señor empieza a ayudarte a fin de que el centro sea Cristo. ¿Por qué peleamos con las personas? ¿Por qué disgustamos incluso con las personas que creemos amar? Si el centro es Cristo, pues entonces no hay disgustos; pero si el centro eres tú mismo, hay disgustos, porque la gente te ofende, y tú no lo toleras. En esas condiciones no puedes resistir nada que presuntamente atente contra tu ego. Vivámoslo, hermanos. Apersonémonos de eso. Gloria al Señor.

LA IGNORANCIA QUE ENDURECE

«*Los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza*» (Ef. 4:19). Miren a dónde fue llegando el hombre. Habíamos leído que el entenebrecimiento hace de los hombres que sean «*ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón*». Eso fue llevando al hombre a perder toda sensibilidad. A veces esa ignorancia de que habla aquí no significa necesariamente la falta de conocimiento objetivo de las cosas, de la Biblia; muchas personas en el mundo leen la Biblia. A veces hay ciertos conocimientos en las personas que no los exime exactamente del significado de la palabra ignorancia, porque esta ignorancia que aquí dice la Palabra, más que falta de conocimiento involucra una renuencia en cuanto a conocer lo relacionado con Dios y su Cristo. No quieren conocer; esa es su posición. Cierran las puertas. Mira lo que aquí dice la Biblia. Sí, sí, ya yo lo he leído. Pero leen la Biblia con ojos velados. Entonces ahí esa palabra ignorancia es más que la falta de cualquier conocimiento; es una renuencia, hermanos.

HOMBRES DE MENTE REPROBADA

Cuando las personas quieren decirle no a Dios, se

empecinan; y eso las va llevando poco a poco a la dureza del corazón; el corazón se va endureciendo. Miren el caso del faraón en tiempos de Moisés y la liberación de Israel en Egipto. Eso fue un proceso, hasta que el corazón del faraón quedó como una mole, una piedra. Esa dureza del corazón impide el conocimiento de Dios. Entonces, ¿qué hizo Dios? Dios tuvo que tocarlo profundamente con algo sensible, algo que lo despertara y pudiera reaccionar hacia la voluntad de Dios: la muerte de su hijo primogénito y la de todos los primogénitos de todas las familias en todo su reino. ¡Qué cosa tan tremenda! Y antes los magos, Janes y Jambres, estaban empecinados en resistir a Moisés, y con sus encantamientos hicieron también algunos de los prodigios que Dios hacía por medio de Moisés, como el caso de las varas convertidas en serpientes, la conversión del agua en sangre y lo de las ranas (cf. Éx. 7:11,22; 8:7). Pero ¿dónde estaban los magos cuando hubo el derramamiento de sangre? El corazón del faraón estaba totalmente endurecido. La dureza del corazón impide al hombre conocer a Dios.

Existen creyentes que tuvieron un corazón tan endurecido, que sólo pudieron conocer a Dios tras haber primero que pasar en sus vidas por amargas tragedias; y eso por la misericordia de Dios. Porque el fruto sería lo contrario. «*Y como ellos no aprobaron tener en cuenta Dios, Dios los entregó a una mente reprobada, para hacer cosas que no convienen*» (Ro. 1:28); Dios no les aprobó lo que ellos pensaban. Todo lo que los hombres iban pensando, era dirigido en una dirección que Dios no aprueba; eso salía de una mente reprobada. Dios le dice al hombre: Nada de lo que tú pienses me sirve. Y esto, en parte, se metió en la Iglesia. En la historia de la Iglesia vemos cómo se fueron metiendo espíritu extraños, doctrinas de hombres y de demonios, acerca de Dios, de Cristo y del Espíritu, acerca de la estructura de la Iglesia, acerca del gobierno de la Iglesia y la unidad del cuerpo; cosas que Dios jamás ha aprobado. Y la gente cree que muchas de esas cosas son de Dios, porque hace mil años, quinientos años, lo están haciendo; pero su origen no es de Dios.

Hay muchas cosas que pasan en la cristiandad, que son de ese tipo; por ejemplo las muchas divisiones que sufre la iglesia, y cuántas otras cosas que no son de Dios. Si uno se pone a comparar la iglesia del primer siglo con la del siglo octavo o quince, son dos cosas diferentes; y si comparamos

la iglesia de los primeros siglos con la iglesia del siglo XXI, es totalmente diferente. Y el Señor ahora está trabajando para volver a que su Iglesia sea lo que Él dejó que fuese; a que su Iglesia sea según los parámetros que encontramos en el Nuevo Testamento; conforme los requerimientos de la Palabra del Señor. Gloria al Señor.

CORAZÓN INSENSIBLE

«*Los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza*». Allí habla de un corazón insensible, un corazón que no siente nada. «*Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.* [27]*Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra*» (Ez. 36:26-27). Nosotros teníamos un corazón de piedra, lo mismo que los demás. Recordemos lo que es el corazón. Uno dice: Te quiero con todo mi corazón y con toda mi alma; o, te odio con todo mi corazón. Entonces esas cosas se pueden hacer con el corazón, con el alma, con la mente, y con todo el ser. Entonces, ¿qué es el corazón? El corazón humano es el alma (con su mente, su voluntad y sus sentimientos); también es la sede del espíritu humano, con su conciencia, su intuición y su adoración. Dice la Biblia que el corazón piensa, que el corazón toma sus decisiones, que el corazón siente (ama, se entristece, se llena de amargura, se alegra); pero también el corazón adora y reprende (cf. 1 Jn. 3:19-22). El corazón puede decirte lo que no está bien en tu vida; o aprobarte lo que está bien. Ese es el corazón. Pero el corazón se endurece y pierde sensibilidad.

Recuerden que el hombre fue creado en inocencia, pero fracasó, y después de la caída, el Señor le dejó alguna luz en su conciencia para que pudiera ser guiado y que el pecado no profundizase en su corazón y no se pudriera del todo. Fue el tiempo de lo que han llamado una dispensación de la conciencia en el hombre; pero también fracasó, porque se le endureció el corazón, y no logró ser victorioso durante ese tiempo en que lo regía su conciencia. Eso lo aclaran los capítulos 1 y 2 de la carta a los Romanos. El Señor le dejó alguna luz en la conciencia del hombre, pero el hombre no la

aprovechó. Habiendo el hombre conocido a Dios, se olvidó de Dios, y empezó su corazón a volvérsele una roca. «*Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos*» (Ro. 1:24). Cuando hay insensibilidad, y hay dureza de corazón, eso trae como consecuencia una ola de inmundicia y de concupiscencia de los corazones de los hombres. Los hombres en ese estado ya no escuchan razones.

Quien ha perdido la sensibilidad no obedece a la conciencia, no la siente; y como consecuencia la conciencia se cauteriza. «*Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; [2]por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, [3]prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos...*» (1 Ti. 4:1-3a). Esto sucede en el comercio de las religiones. Incluso en ese ámbito, cuando las conciencias todavía tienen algo de luz, y ya no pueden más y gritan, entonces en las religiones suelen aconsejar hacer obras de caridad, y las personas procuran hacer obras de caridad, como para calmar un poco la conciencia; es como un paliativo.

LA NUEVA VIDA EN CRISTO A RAÍZ DE LA CONVERSIÓN

«*Mas vosotros (lo que vimos antes del mundo, de los otros gentiles) no habéis aprendido así a Cristo*» (Ef. 4:20). Nosotros ahora somos discípulos. Recuerden que dice: «*Por tanto id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; [20]enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén*» (Mt. 28:19-20). Nosotros ahora nos estamos discipulando; estamos aprendiendo a Cristo; porque Él es nuestro modelo; Él es nuestro maestro. El Señor está trabajando para que seamos la imagen de su Hijo. Así como el Hijo es la imagen misma del Padre, la Iglesia está llamada a ser la imagen del Hijo de Dios. «*Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos*» (Ro. 8:29).

HECHOS A LA IMAGEN DE CRISTO

Cristo es nuestra vida, pero además de nuestra vida, es nuestro ejemplo. Vosotros no habéis aprendido así a Cristo. El Señor mismo dice: «*Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis*» (Jn. 13:15). Fue en la ocasión cuando, en la última sena, el Señor le lava los pies a sus discípulos. También Pedro lo dice. *«Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas*» (1 Pe. 2:21). Cristo nos deja ejemplo en esto; gracias al Señor. También dice el Señor: «*Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas*» (Mt. 11:29).

Dios está trabajando en nosotros; pero nosotros también debemos ver cómo es la imagen nuestra; es decir, que Él trabaja con nosotros para que seamos la imagen de su Hijo. No es Él solo trabajando en nosotros, como cuando yo me tomo un medicamento, para que ese medicamento empiece a sacarme el mal, no; Él trabaja en mí, pero yo veo quién es la imagen, cuál es la imagen, de quién es la imagen que el Padre está haciendo en mí, que es la de Cristo. No basta con aprender acerca de Cristo; porque a Cristo hay que conocerle íntimamente; a Cristo hay que vivirle. Recordemos lo que dice Pablo en su experiencia propia: «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*» (Gá. 2:20). Pablo no era mejor que nosotros; pero él empezó a conocer a Cristo, y vio que sí vale la pena, hermanos, que Él viva en nosotros, y no nosotros mismos. A veces nosotros no queremos dejar de ser nosotros; a veces se nos da por pensar que somos perfectos. La filosofía del mundo enseña que nosotros los hombres somos muy importantes; pero lo importante en nosotros no somos precisamente nosotros; lo importante en nosotros es Cristo. ¿Para qué vamos nosotros a decir que somos muy importantes?

Hermanos, a Cristo hay que vivirlo; a Cristo hay que hacerlo en nosotros una experiencia personal; hay que experimentarlo; y claro, mucha gente no quiere experimentarlo porque piensan que van a sufrir; porque cada vez que seamos mejor la imagen de Cristo, vamos a sufrir más. Pero ¿quién sufrirá más? Más sufre una persona sin Cristo.

Hermanos, más sufre un creyente derrotado que un creyente vencedor. Cuando a un creyente vencedor le vienen las pruebas, entonces cuanto más vencedor es, cuanto más espiritual es, menos le importan las pruebas; menos le hacen mella. No es que esté diciendo que las pruebas son muy agradables, pues no serían pruebas; pero lo importante está en ver qué es lo que el Señor está haciendo con esas pruebas en nosotros. ¿Qué actitud tomó Cristo frente a los sufrimientos y la misma cruz? ¡Estaba manifestando temor a medida que se acercaba la cruz? No; más bien decía que quería hacer la obra del Padre, «*que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día*» (Mt. 16:21). Él quería hacerlo, hermanos.

«*Si en verdad le habéis oído* (a Cristo)*, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús*» (Ef. 4:21). Hay una vanidad en el mundo que es mentira, pero hay una verdad en Cristo. Él mismo lo dijo: «*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*» (Jn. 14:6). No hay dos verdades; hay solamente una verdad, que es Cristo. Algunas personas piensan que están en la verdad; pero si no están en Cristo, no están en la verdad. No es que nosotros nos la queramos dar de únicos, no; es que la verdad es Cristo. Cristo es la realidad frente a las vanidades de los hombres. Una cosa son las vanidades de los hombres, que son puras mentiras, y otra cosa es la verdad de Cristo. Tenemos que tener eso bien presente. «*Si en verdad le habéis oído , y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús*».

DESPOJÁNDONOS DEL VIEJO HOMBRE

«*En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, [23]y renovaos en el espíritu de vuestra mente, [24]y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad*» (Ef, 4:22-24). Para nosotros vestirnos del nuevo hombre tenemos primero que despojarnos del viejo; como cuando nos bañamos por la mañana; primero nos despojamos de la ropa sucia, para vestirnos de la limpia. A nadie se ocurre vestirse de ropa limpia sin despojarse de la sucia. Así también, tenemos que despojarnos del viejo hombre para vestirnos del nuevo. Pero miren

que entre los versículos 22 (despojarse del viejo hombre) y 24 (vestirse del nuevo hombre), hay que algo que se necesita para eso, y es el verso 23 que dice: «*y* ***renovaos en el espíritu de vuestra mente***». Aquí en la mente (en el alma) comienza todo. No podemos vestirnos del nuevo hombre sin antes despojarnos del viejo, del heredado de Adán, de la vieja naturaleza. Algunas personas piensan, hermanos, que una persona cuando ya es creyente, ya ha recibido a Cristo, ya no peca. No, eso no es verdad. El creyente ya es salvo; eternamente es salvo en su espíritu, pero en su alma aún siguen todos los resabios del viejo hombre. Por eso es que el Señor dice a los creyentes, a los que son salvos: «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame*». Quiere decir que hay creyentes que no se niegan a sí mismos, y que hay creyentes que no toman su cruz. No quieren; están acostumbrados a ciertas enseñanzas que han recibido, como aquello de que no tenemos que llevar ninguna cruz, porque ya Cristo la llevó y sufrió todo por nosotros, para que nosotros no tengamos ahora que sufrir, sino pasarla de lo mejor. Porque como ya somos hijos del gran Rey.

Algunos piensan que nosotros, como somos hijos de Dios, tenemos que gozar aquí y allá; que tenemos que echar raíces aquí, y tenerlo todo aquí y tenerlo todo allá; ser reyes aquí y reyes con Él allá; tener aquí abundancia de todo, y también gozar del Señor allá. Y la Biblia no dice eso. La Biblia dice que nos despojemos del viejo hombre, ese que piensa mal, el que no está de acuerdo con Cristo, ese que te lleva al pecado, ese que te lleva a la vanidad; despójate de todo eso, y revístete del nuevo; es decir, llénate de Cristo. Él es el nuevo hombre en ti, con sus virtudes, con su fruto. ¿Cuál es el fruto de Cristo? «*Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe,* [23]*mansedumbre, templanza*» (Gá. 5:22,23). Es el Espíritu de Cristo en nosotros. Cuando en nosotros se está perfeccionando la paciencia de Cristo, eso significa que está desalojando a la vieja impaciencia; cuando en realidad se está haciendo sentir en nosotros la paz del Señor, eso significa que está siendo desalojada la ira, el enojo que nos hacía tanto daño. Y así vemos cómo se está posesionando Cristo en nosotros. Es Cristo mismo en nosotros, es la presencia del Señor. Para vestirnos del hombre nuevo tenemos que despojarnos del viejo. Pero notemos que esto comienza en la mente, en la renovación

de la mente.

EL VIEJO HOMBRE FUE CRUCIFICADO

Hay algo que tenemos que tener muy presente, y es que ya fuimos crucificados con Cristo; ahí, en el Calvario, fue crucificado nuestro viejo hombre. «*Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado*» (Ro. 6:6). Pero esa crucifixión tenemos que vivirla; esa crucifixión que experimentamos con Cristo, vivámosla ahora. Ya que el viejo hombre murió, ¿para qué entonces queremos tenerlo vivo con nosotros, si ya está muerto? No lo retengamos en nosotros; vistámonos del hombre de vida en resurrección. No vivamos en la muerte, sino en la vida de resurrección.

«*En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre,* ***que está viciado conforme a los deseos engañosos***». ¿Saben cómo dice en el original griego? *Viciado conforme el engañador*, conforme el engaño; como si se tratara de una persona que tuviéramos ahí metida. Claro que aquí la traducen como si estuvieran dorando un poco la píldora, cuando dice: «*conforme a los deseos engañosos*»; pero no son meros deseos engañosos, sino deseos del engaño; el hombre viejo vive en engaños; y nosotros tenemos que despojarnos de eso.

LA RENOVACIÓN DE NUESTRA MENTE

Entonces, para nosotros vestirnos del nuevo hombre tenemos que ser renovados en el espíritu de nuestra mente. Ahora, no es que la mente tenga un espíritu, pues la mente es una facultad del alma, sino que a lo que quiere referirse es al talante de una situación que va adquiriendo la mente en la medida en que el Espíritu Santo, que ya está en nuestro espíritu regenerado, la va renovando. ¿Para qué el Espíritu Santo va renovando la mente? ¿Por qué tiene nuestra mente que ser renovada? Porque si la mente de un cristiano no ha sido renovada, no entiende los mensajes de Dios que recibe en la intuición del espíritu. Dios reside en nuestro espíritu regenerado, y ahí en nuestro espíritu nos habla por la intuición; pero si la mente no ha sido renovada, no tenemos la capacidad espiritual de captar el mensaje. Como lo dice en

1 Corintios 2:12-16: «*Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, [13]lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. [14]Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. [15]En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. [16]Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo*». Una mente carnal no entiende las cosas de Dios; no tiene capacidad para entenderlas. El creyente tiene que tener una mente espiritual, una mente renovada, para que cuando el mensaje llegue a la razón, uno pueda comprenderlo, uno pueda digerirlo, uno pueda manejarlo, y esté en capacidad de dar una respuesta; pueda decir el alma: Bueno, vamos a actuar; y le ordena al cuerpo que actúe en consecuencia; porque el mensaje viene de dentro, del espíritu, donde está Dios; para que el alma entonces la pueda razonar, traducir, y le ordene a la voluntad para actuar.

CREYENTES CARNALES Y CREYENTES ESPIRITUALES

Claro, por esa razón hay hermanos que dicen: Dios no me habla; no comprendo por qué le habla a otros, y a mí, no. Seguramente que el Señor sí te quiera hablar, y de seguro ya lo ha intentado. Pero tú no tienes la capacidad para captar esos mensajes de Dios en tu espíritu. Dios puede hablarte aun en medio de mucha gritería, pues el mensaje viene desde lo más profundo de tu ser.

El hombre natural es aquel que no conoce a Dios; pero cuando ya uno conoce al Señor, entonces ya uno es creyente, y es o carnal o niño en la fe, o es un creyente espiritual, maduro en la fe. La Biblia no dice que todos los creyentes somos espirituales. Ahí mismo lo podemos constatar en la primera carta de Pablo a los Corintios. Pablo les dice que ellos aún son niños, que estaban queriendo dividir la iglesia, el cuerpo de Cristo, en una actitud carnal. Dice Pablo: «*De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. [2]Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais*

capaces, ni sois capaces todavía, [3]porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? [4]Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales?» (1 Co. 3:1-4). He querido alimentarlos con viandas, con alimentos sólidos, doctrinas profundas, pero no he podido, pues encuentro que ustedes no las reciben, aún son una niños; de ahí que tengo que darles lechecita. De manera, hermanos, que hay hermanos en la iglesia que aún son unos niños y otros que son ya maduros, de ahí que el niño en la fe tiene una mente parecida a la del hombre natural, entonces la mente del niño en la fe no puede captar, no puede recibir los mensajes que Dios le quiere dar desde lo profundo del espíritu, donde mora el Espíritu Santo.

El Espíritu Santo mora en nosotros; así sea en un creyente que esté comenzando; ahí está el Espíritu Santo, y nunca se va. El Espíritu Santo quiere desarrollarse dentro de nuestro espíritu humano. Entonces debemos siempre orar: Señor, llénname de tu Espíritu; fortalece mi hombre interior, donde Tú vives, para que Cristo more en mi corazón, centro de todo mi ser; haga de mí su casa, su habitación. Y Cristo ordene en mí, y Él sea el Señor de mi vida.

PARA SER LA IMAGEN DE CRISTO DEBEMOS TENER LA MENTE DE CRISTO

Ahora, todo cambio en la vida ha de reflejarse primeramente en una nueva mentalidad. Lo que tú piensas es lo que tú haces, es lo que tú eres, es lo que tú hablas. La conducta de nosotros refleja lo que estamos pensando; lo que vivimos pensando. Eso se va reflejando en nuestro actuar cotidiano. Entonces Cristo quiere que nuestra mente sea renovada, que no nos conformemos a la corriente del mundo; que nuestra mente sea conformada a Dios. Dice Pablo: «*No os conforméis a este siglo* (recordemos que los hombres tienen una mente vanidosa)*, sino transformaos por medio de* ***la renovación de vuestro entendimiento****, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*» (Ro. 12:2). Una mente renovada por Cristo es el reflejo de la mente de Cristo. Si nosotros los creyentes no tenemos una mente renovada, no podemos comprobar cuál sea la buena voluntad de Dios; se nos hace difícil, por no

decir que imposible, saber cuál es el objetivo de Dios; no podemos saber qué quiere hacer Dios conmigo y con la Iglesia; y eso se debe a que nuestra mente no lo puede manejar; a menos que tenga una mente renovada; una mente renovada puede recibir los mensajes de Dios desde el espíritu, y saber cuál es la voluntad de Dios, agradable y perfecta. Una mente sin renovación anda desorientada en cuanto a los propósitos de Dios.

OCUPÉMONOS EN LA SALVACIÓN DE NUESTRA ALMA

Repetimos sobre todo por causa de los hermanos nuevos, que nosotros recibimos la regeneración en el espíritu; nuestro espíritu es el que es regenerado, pues allí ocurre el nuevo nacimiento en Cristo, cuando creímos; pero cuando ocurre el nuevo nacimiento en el espíritu, apenas el alma es cuando empieza a ser renovada. Si así no fuera, ¿para qué diría el Señor por medio de Pablo estas palabras en Romanos 12:2? Si todo mi ser ya fuera salvo, y todo mi ser ya estuviera completo en Cristo, pues estas palabras sobrarían. El día que yo creí, mi espíritu fue salvo eternamente; mi salvación no se va a perder, pero tengo que ocuparme diariamente de la salvación de mi alma, de mi yo, en donde muchas cosas me están estorbando, las cuales me llevan a ofender a Dios. Por eso en Filipenses 2:12 dice: «*Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia,* ***ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor***». ¿A qué salvación se refiere aquí? A la salvación de mi yo, de mi alma, de mi *psiquis*, que todavía está allí con lastres de la vieja naturaleza.

LA SALVACIÓN DEL ALMA Y EL REINO

El día que toda mi alma esté salva, entonces es cuando verdaderamente vivo la vida de resurrección en el espíritu, y una vida de resurrección en el alma; y cuando el Señor venga y levante la Iglesia, entonces tendré la resurrección del cuerpo; y entonces gozaré de un espíritu resucitado, un alma resucitada y un cuerpo resucitado; y eso es lo que se llama una resurrección completa. Pero si yo muero con el alma todavía sin renovar, sin que viva una vida de resurrección, ¿qué pasa? Que viene la resurrección de la Iglesia en el día postrero, cuando el Señor regrese, y yo soy resucitado,

pero a mi alma le falta todavía completar su salvación; y ¿qué va a hacer el Señor conmigo, si yo morí siendo aún un mentiroso, un irresponsable, un desobediente, alguien que toma muchas cosas del Señor livianamente? ¿Qué es lo que va a hacer el Señor conmigo? Ya lo dice la Palabra de Dios. Cuando Él venga va a juzgar a su Iglesia en su tribunal, y muchos no entrarán a gozar del Señor en su reino milenario. A algunos, a los vencedores, les dirá: «*Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor*». Pero a otros ¿qué les dirá? «*Y al siervo inútil echadle en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes*» (cf. Mt. 25:23,30). También dice el Señor: «***No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos****, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. [22]Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? [23]Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*» (Mt. 7:21-23). No pierden su salvación eterna; pero la no salvación de su alma les impedirá gozar del Señor y reinar con Él durante la dispensación del reino milenial, o parte de él. Esto es sumamente serio y digno de tenerlo muy en cuenta.

¿Cuándo ocurrirá todo esto? Cuando el Señor regrese y establezca su tribunal para juzgar a su Iglesia; porque el Señor va a arreglar las cosas primero con su propia casa. «*Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen el evangelio de Dios?*» (1 Pe. 4:17). Lo dice Pablo en 2 Corintios 5:10: «*Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo*». Ahí no se está juzgando la salvación, pues la salvación es un regalo incondicional de Dios, y no es por obras; la salvación no depende de nuestra conducta; nuestra salvación no depende de un hilo, de que si pecamos, de que si no pecamos, no; no nos confundamos con esto; lo dice el apóstol Pablo en su carta a los Efesios que la salvación no es por obras, para que nadie se gloríe (cf. Ef. 2:8-9). Ahí lo que el Señor estará juzgando es la vida de nosotros, el testimonio de nosotros, la obra de nosotros, la conducta de nosotros como creyentes. Si yo, en mi andar terreno, todavía

tengo y arrastro culpabilidades, si le soy infiel al Señor, si he pecado y no me arrepiento, no lo busco a Él para confesarle mis culpas y que Él me perdone, y me llegare a morir así, entonces en el tribunal escatológico de Cristo, en el gran día del Señor, todo eso va a ser juzgado; y eso me traerá como consecuencia que seré apartado a las tinieblas de afuera, donde recibiré la proporcional disciplina hasta que eso sea corregido en mí; hasta que mi alma sea renovada, hasta que mi alma sea salvada, hasta que mi alma llegue a vivir una vida de resurrección, y entonces sí ya pueda yo regresar a la comunión con toda la iglesia y gozar de la presencia del Señor por toda la eternidad.

LA IGLESIA ES EL NUEVO HOMBRE CORPORATIVO

Desafortunadamente uno a menudo comete el error de que cuando está leyendo o incluso estudiando la Biblia, y no entiende algunos textos, los pasa por encima sin que uno se interese por saber el significado de aquello; o se contenta con la exégesis de alguien que a lo mejor no lo tiene lo suficientemente claro, y uno es desorientado respecto de temas de suma importancia en la Biblia. Eso es ser irresponsables para con el Señor, para con los demás y para con nosotros mismos. Debemos aplicarnos a saber lo que el Señor nos quiere hablar en toda la Biblia. Por eso, y con esta aclaración, volvemos a nuestros estudio de Efesios.

«*En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre* (eso significa que hay creyentes que no se han despojado del viejo hombre), *que está viciado conforme a los deseos engañosos, [23]y renovaos en el espíritu de vuestra mente, [24]y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad*» (Ef. 4:22-24). Cuando dice «*vestíos del nuevo hombre*», la iglesia es el nuevo hombre corporativo; por eso es que quiere Dios que vivamos como un cuerpo en la realidad. La iglesia es como una nueva humanidad; la iglesia es como una nueva raza que Dios propone a la humanidad. Ninguna raza le fue fiel a Dios; ni aun la raza hebrea, entonces Dios, con la Iglesia, propone una nueva raza. La iglesia es una propuesta de Dios al mundo; y esa raza va a estar con Dios, y esa nueva raza va a reinar con Dios en Cristo; y esa raza desde ahora tiene que dar un ejemplo como la familia de Dios que es. Somos la familia de Dios. ¿Cómo dar ese ejemplo ante el mundo? Dios

no es mentiroso; Dios no es irresponsable; Dios llega a su hora a trabajar; Dios no se va del trabajo antes de la hora; Dios no roba; Dios no está engañando. Dios es fiel a sí mismo y a sus propósitos. Dios quiere que seamos como Él, y para ello se ha manifestado en su Hijo Jesucristo, para que seamos hechos la imagen del Hijo de Dios.

¿Lo relacionamos? Los hijos santos deben seguir el ejemplo del Padre santo. Entonces con nuestra vida y con nuestro testimonio tenemos que decir que somos los hijos de Dios; que Dios está en nosotros en Cristo; que nosotros reflejamos la luz de Él; así nos cueste, así nos despidan del trabajo. Porque a veces en el trabajo nos proponen ciertos negocios turbios, ciertas componendas, ciertos cohechos; y si nosotros no aceptamos porque somos hijos de Dios, entonces nos pueden «buscar la caída». Pero si somos fieles al Señor, Él nos puede sostener con todo su poder: Ahora, si Él quiere llevarnos a otra parte a laborar, pues nos lleva y nos abre otra puerta; pero seamos fieles a Él en todo momento.

Oramos y damos gracias al Señor; que esta palabra se haga vida en nosotros. Bendito el nombre del Señor. Amén

13

LA IGLESIA COMO EL NUEVO HOMBRE CORPORATIVO

SEGUNDA PARTE

LA ASAMBLEA DE LOS SANTOS

Continuamos nuestro estudio de Efesios, ahora con la última parte del capítulo 4, del versículo 24 hasta el 32. Estamos tratando el tema de la Iglesia como el nuevo hombre corporativo; que debemos despojarnos del hombre viejo y vestirnos del nuevo hombre, que es Cristo y la Iglesia.

«*En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos,* [23]*y renovaos en el espíritu de vuestra mente,* [24]*y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.* [25]*Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros.* [26]*Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo,* [27]*ni deis lugar al diablo.* [28]*El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad.* [29]*Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.* [30]*Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.* [31]*Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia.* [32]*Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo*» (Ef.4:22-32).

La vez pasada, en uno de los estudios, hicimos una lista de lo que aparece en esta carta referente a lo que es la Iglesia, y comenzamos con lo que significa la palabra iglesia, que significa asamblea de los que han sido llamados a salir. Eso es lo primero que es la Iglesia, una asamblea llamada a salir del mundo para Dios. Una asamblea santa. Pero también ya somos ciudadanos del reino de Dios; eso es la

Iglesia; pero también somos miembros de la familia de Dios. Esto es algo así como una escala ascendente; pero más que todo esto, somos miembros del cuerpo de Cristo; la Iglesia es el cuerpo de Cristo.

VESTIRNOS DEL NUEVO HOMBRE

Pero hay otro concepto todavía superior al del que la Iglesia sea el cuerpo de Cristo, y es que la Iglesia es el nuevo hombre en Cristo. Claro, como cuerpo de Cristo necesitamos la vida de Cristo, pero como el nuevo hombre necesitamos la persona de Cristo. De manera que estaremos recalcando lo de la Iglesia como el nuevo hombre. Somos el nuevo hombre en Cristo y con Cristo. Por esa razón, y habiendo ya visto lo anterior, hoy comenzamos analizando el versículo 24: «*Y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad*». Decíamos que para podernos vestir del nuevo hombre, tenemos primero que despojarnos del viejo hombre. No nos podemos vestir con una ropa nueva y limpia sin que antes nos despojemos de la viejas y sucias. Tenemos, pues, que despojarnos del viejo para vestirnos del nuevo. Sabemos que el viejo hombre se relaciona con Adán, y el nuevo está íntimamente relacionado con Cristo. La Iglesia es el nuevo hombre corporativo: la Iglesia es la nueva humanidad. «*Aboliendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en sí mismo* (en Cristo) *de los dos* ***un solo y nuevo hombre****, haciendo la paz, [16]y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades*» (Ef. 2:15,16). Estas no son simples palabras, como dice un canto por ahí: palabras, palabras, palabras. Esta es la Palabra de Dios que nos dice que el Señor ya realizó eso; derribó la muralla intermedia, derribó todo lo que nos dividía, y nos hizo un solo hombre. Posteriormente, en los siglos subsiguientes a sus gloriosos comienzos, los hombres somos los que hemos dividido la Iglesia; y aún lo estamos viendo, aún lo estamos estudiando, aún lo estamos viviendo, y sin embargo hay hermanos ahora que quieren seguir dividiendo la Iglesia como en una carrera loca de desobediencia.

MIEMBROS LOS UNOS DE LOS OTROS

La Palabra declara: «*De modo que si alguno está en*

Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas» (2 Co. 5:17). En Cristo todo es nuevo. «*No mintáis los unos a los otros,* ***habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos,*** [10]***y revestido del nuevo****, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno,* [11]*donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos*» (Col. 3:9-11). Colosenses 3 es un capítulo paralelo al que estamos viendo en Efesios; porque las cartas a los Efesios y a los Colosenses tratan más o menos los mismos temas, sino que Efesios los explica con más detalles, con más profundidad. Por ejemplo, notemos cómo se relaciona Colosenses cuando dice: «*no mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre*», con Efesios 4:25: «*Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros*». Son textos paralelos.

Pero, ¿qué tiene que ver el ser miembros los unos de los otros con no mentirnos los unos a los otros? Pues es como en el cuerpo humano; en el cuerpo humano los órganos no se mienten. Por ejemplo, los ojos miran una serpiente que se les está acercando a los pies, inmediatamente los ojos mandan el informe al cerebro, y el cerebro manda la orden a los pies y a todo el cuerpo: ¡Cuidado, ahí viene una serpiente! Quita los pies; muévete. No le puede decir una mentira; no le puede decir: Tranquilo; ahí lo que viene es un inofensivo ratoncito. Un órgano del cuerpo no le puede mentir a los demás órganos; seria fatal y desastroso. Lo mismo sucedería con la boca con relación al estómago. La persona va a tomarse algo, y la lengua percata que aquello es amarguísimo, puede ser venenoso, entonces la lengua no le va a mentir al estómago diciéndole que lo que está tomando es algo muy agradable y saludable, pues le haría un gran daño al organismo. Entonces inmediatamente que lo prueba le manda la información al cerebro, y éste ordena que aquello no se ingiera.

Entonces, nosotros, como somos miembros los unos de los otros, si nos mentimos, estamos haciéndole daño al cuerpo de Cristo; tenemos, pues, que tener conciencia de lo que estamos haciendo, de cómo estamos viviendo. Nosotros a veces folclóricamente le mentimos a los hermanos, y creemos que eso es pasajero, que el Señor no nos va a

inculpar por decir algunas mentiritas. Digamos siempre la verdad; aprendamos siempre a diferenciar la verdad de la mentira.

Vemos, entonces, que la Iglesia es la asamblea de los santos, que somos los ciudadanos del reino, que somos la familia de los hijos de Dios, que somos un cuerpo para Cristo, pero sobre todo que somos el nuevo hombre, cuyo objetivo es lograr el propósito de Dios. Como el antiguo hombre con Adán no lo pudo lograr, él falló y cayó y se independizó de Dios, y le fue desobediente e infiel a Dios, entonces el Señor tenía ya un plan para que surgiera un nuevo hombre: Cristo y la Iglesia. Con este nuevo hombre es con quien Él va a realizar su propósito eterno; y nosotros, hermanos, estamos en esa mira; no podemos desviarnos.

EL MISMO ESPÍRITU DE RESTAURACIÓN

«*Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros*» (v. 25). ¿Qué significa prójimo? El que está próximo a nosotros, y los que están próximos a nosotros son los hermanos, es la iglesia. La iglesia está más próxima a nosotros que los mismos familiares en la carne. A veces los familiares en la carne están muy lejos de nosotros; pero el que está allí es tu hermano en la fe; él está siempre allí. Entonces tenemos que comportarnos con nuestros hermanos en todo según la verdad cristiana; y tengamos en cuenta que esto de no mentir es más que cumplir un mandamiento al estilo del Antiguo Testamento. No mentir. esto que estamos leyendo es más profundo todavía, pues desechar la mentira y hablar verdad cada uno con su prójimo es más que dejar de decir simples mentiritas. Esto está tomado de Zacarías. Hay un principio relacionado en Zacarías 8:16: «*Estas son las cosas que habéis de hacer: Hablad verdad cada cual con su prójimo; juzgad según la verdad y lo conducente a la paz en vuestras puertas*». Este capitulo de Zacarías trata de la intención de Dios de restaurar a Jerusalén; y ahora precisamente estamos trabajando con Dios en la restauración de la expresión de la unidad del cuerpo, en la restauración de la iglesia bíblica legítima conforme la Palabra. De ese mismo espíritu de que habla Zacarías, es del mismo al que se está refiriendo Pablo. Y por eso Zacarías habla así al finalizar el capítulo 8 de su libro profético;

con el mismo lenguaje. La verdadera restauración de la Iglesia bíblica no puede involucrar mentiras.

EL NUEVO HOMBRE SIEMPRE DICE LA VERDAD

La verdad es Jesús. Él dice: «*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*» (Jn. 14:6). *«Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo*» (Jn. 1:17). En el Antiguo Testamento hubo una sombra de la verdad, una maqueta de la verdad, una verdad tipológica; pero ahora tenemos la pura verdad, una verdad hecha realidad. Porque, por ejemplo, Marlene camina hacia la cocina y la luz de aquel bombillo hace que se proyecte su sombra; la sombra por ella proyectada es verdad, pero sigue siendo sombra de la verdadera Marlene; la verdad es Marlene. Así ocurre con el Antiguo Testamento; no es que sea mentira lo que dice, pero todo es la sombra, es el tipo, pues la verdad vino con Cristo y la Iglesia. El Antiguo Testamento revela la sombra proyectada por Cristo y la Iglesia. Algunos creyentes en el mundo viven todavía en la sombra de la verdad. Muchos en la cristiandad están viviendo apenas el tipo de la verdad, la mayoría vive la maqueta; y por eso vemos a muchas organizaciones cristianas construyendo maquetas de la verdadera iglesia, pero no viven la realidad de la iglesia ahora mismo; no viven la unidad del cuerpo de Cristo. Gloria al Señor.

Entonces, nosotros, al vestirnos del nuevo hombre, el nuevo hombre debe hablar siempre la verdad. ¿Por qué? Porque somos miembros los unos de los otros. Si yo hablo mentira a Maximino, hermanos, a mí mismo me estoy haciendo mal, y a todo el cuerpo; porque somos miembros de un solo cuerpo. Eso todavía encierra algo de misterio. ¡Que yo sea miembro contigo del mismo cuerpo y que somos el cuerpo de Cristo! Eso es como misterioso, pero es la realidad. Si el Señor nos diera un equipo espiritual avanzadísimo de ecografía o de rayos X, con el que le pudiéramos tomar radiografías a la iglesia, lo veríamos. Pero así lo vemos, exactamente lo vemos, por el Espíritu. Por eso me ha llamado la atencón los libros del hermano Rick Joyner, como *“La Búsqueda Final”* y *“El Llamado”*; mientras los leo es como si estuviera viendo la ecografía de la iglesia; ahí se observa la iglesia por dentro, cómo se mueve, cuál es la vida

de ella, cómo corre la vida por la iglesia, cuál es la relación mía con los hermanos, y del uno con el otro, cómo nos alimentamos, qué fallas estamos teniendo, la guerra espiritual que se está librando. Son profecías-radiografías.

AIRAOS, PERO NO PEQUÉIS

»Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo [27]ni deis lugar al diablo" (vv. 26,27). Existen iras que se pueden tener; el Señor tuvo iras, pero como Él nunca pecó, entonces fueron iras justificadas. Por ejemplo, cuando Él vio que estaban comerciando en el templo de Jerusalén, la casa-maqueta, donde muchos señores compraban y revendían los lotes de ovejas destinadas para los sacrificios, cambiaban las monedas extranjeras para las ofrendas y demás, haciendo un pingüe negocio en medio de los judíos que llegaban de todas partes del mundo civilizado a las fiestas judías en torno al templo de Jerusalén. Viendo todo eso, cómo profanaban el templo, el Señor se llenó de inconformidad, y volcó todas esas mesas de los cambistas, y desató todos esos animales (cf. Mt. 21:12,13). Pero Él no pecó; Él estaba obrando en justicia. Pero nuestras iras aveces son muy prolongadas e injustas. Por eso dice aquí: «*no se ponga el sol sobre vuestro enojo*»; es decir, no se dilate tu enojo. ¿Por que? Porque puede suceder lo que dice en el versículo siguiente, que le podemos dar lugar al diablo. Si un enojo nuestro se prolonga, y se acuesta uno con ese enojo, y se levanta con el enojo, y el enojo se empieza a convertir en amargura, con eso uno le está abriendo un espacio y un lugar al diablo, para que el diablo le inyecte veneno, y la cosa se nos crezca.

«*Ni deis lugar al diablo*». Sí, hay cosas por las cuales uno se puede enojar, pero sin pecar. Hermanos, el nuevo hombre no debe airarse hasta llegar al pecado. Claro, esto de que no se ponga el sol sobre vuestro enojo, no significa literalmente eso; lo que significa es de que tú trates de no demorarte en tu enojo. Eso es relativo. Por ejemplo, los esquimales durante el año tienen tres meses en que no se les pone el sol; entonces un hermano esquimal podría darse el lujo de durar tres meses con el mismo enojo. Ahí lo agarraría el diablo y lo zarandearía. Lo que significa es que no debemos prolongar ningún enojo. La ira misma de por sí no es pecado, sino que el nuevo hombre debe controlar el enojo, porque

Cristo está en nosotros. Cristo está aquí controlando este ser. Claro que yo lo debo controlar, porque la ira prolongada da lugar al diablo. El hombre nuevo no debe dar lugar a que Satanás opere en su vida. El diablo quiso hacer de Cristo lo que él quería, pero Cristo no se lo permitió nunca; y Cristo conversó con El, pero no se dejó convencer. Cada vez que el diablo le recitaba la Biblia al Señor, porque el diablo se la sabe también, entonces el Señor le contestaba también con la Escritura, y el Señor se mantuvo en la obediencia y en la Palabra. El Señor no le dio lugar al diablo. Gloria al Señor.

TRABAJAR PARA COMPARTIR CON EL NECESITADO

«*El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad*». Pablo le dice a los tesalonicenses: «*Y que procuréis tener tranquilidad, y ocuparos en vuestros negocios, y trabajar con vuestras manos de la manera que os hemos mandado, [12]a fin de que os conduzcáis honradamente para con los de afuera, y no tengáis necesidad de nada*» (1 Ts. 4:11,12). Hay unos conceptos del mundo totalmente opuestos a los conceptos de Dios en su Palabra. A veces vemos que en ciertas corrientes de filosofía "cristiana" dar se convierte en el motivo para conseguir. Dice allí la Palabra que trabaje; no me lo estoy inventando yo. ¿Trabaje para qué? «*Para que tenga qué* ***compartir con el que padece necesidad***». Porque el que roba en el mundo, roba por avaricia, o también por pereza, o por vicio. Hay personas que son perezosas y roban; hay otras que son avaras y quieren llenarse y llenarse; son unos tanques sin fondo, y viven robando también. Unos viven por la calle del Cartucho, pero otros son de cuello duro. La gama es amplia. Pero ¿qué dice la Biblia? Trabaja para que puedas darle al que no tiene. «*Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe*» (Gá. 6:10).

Ahora, tú no te vas a poner en el partido de los que esperan que otros trabajen para que les estén dando, no; eso es para todos; que todos trabajemos para que tengamos qué compartir con los otros. Hermanos, de pronto algunos de ustedes van a pensar en por qué yo estoy diciendo eso; pues yo lo digo porque lo dice la Palabra de Dios. Es que esto que estamos tratando es como una locura para la mente huma-

na; pero esto sale de Dios para sus hijos; esto está en el carácter de Dios; y Él quiere que sus hijos practiquen esto. Por eso no debemos hacernos los conchudos y esperar que sean los otros los que nos den. Dile: Señor, quiero trabajar, para mis gastos y también para tener cómo dar, conforme tu Palabra. Dame la oportunidad. Como lo dice Pablo: «*Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma*» (2 Tes. 3:10).

Entonces, el hombre nuevo debe trabajar para poder ayudar a los demás. El ejemplo nos lo pone el Señor: «*Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan: [38]Cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él*» (Hch. 10:37,38). Eso estuvo haciendo el Señor en su ministerio terrenal; y si nosotros estamos en Él, también debemos hacer lo mismo. Somos un hombre nuevo. Claro, traíamos una vida como la traen todos los hombres en este mundo; pero desde el momento en que empezamos con Cristo y somos renacidos y experimentamos la regeneración y somos hijos de Dios, es un desarrollo hasta alcanzar la vida que Él quiere que vivamos; y uno de los medios es conociendo la Palabra por el Espíritu. No se nos olvide este versículo. Ah, pero a mí no me gusta mucho ese versículo, puede pensar alguien; me gusta más aquel que dice: «*Clama a mí, y yo te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces*» (Jer. 33:3). Pero no podemos discriminar parte de las Escrituras; debemos recordar todos los versículos bíblicos, pues todos son igualmente importantes. Si hay un versículo que no es muy apetecido, pues, decirle: Señor, yo también quiero vivir ese versículo. ¿Por qué? Porque está en la Palabra; así de sencillo.

A veces tenemos nuestros versículos favoritos; de pronto cuando hablan de promesas y de cosas para mí. «*Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar*» (Jn. 9:4). Esto lo dice el Señor. Nosotros, hermanos, no escojamos en la Biblia lo que nos gusta; porque si nosotros llevamos esa política, delante del Señor vamos a dar cuenta que aunque conociendo otras cosas, no nos interesamos por ellas, pues de pronto somos todavía egoístas, o egocéntri-

cos, o ególatras.

PALABRAS EDIFICADORAS

«*Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes*» (v. 29). Observemos que este versículo no dice *gracias*, sino gracia. La gracia del Señor se manifiesta por medio de su Hijo; es Cristo en nosotros. Entonces cuando nosotros hablemos, hablemos palabras que edifiquen; es decir, que Cristo sea formándose en ti cada día, y que tus palabras también edifiquen a otros. Sí, nosotros somos humanos, y se nos da por tergiversar las cosas, por hacernos los sabios, o los chistosos, o lo que sea; tenemos mucho todavía de esa vieja herencia adámica. Pero pidámosle al Señor que nos quite todo eso; pongámosnos de acuerdo con Él. Y que lo que hablemos sea para edificación, a fin de que Cristo se forme en nuestros hermanos cuando nos escuchen. Toda palabra sabia es bien pensada. Uno entre más habla es menos sabio; y cuanto menos hable es más sabio. El creyente cuanto más prudente es, es más sabio.

Hermanos, el que mucho habla, se enreda y dice muchas necedades. «*No lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que sale de la boca, esto contamina al hombre*» (Mt. 15:11). Hay personas que sacan veneno de su boca; incluso pueden ser personas creyentes. Y en vez de edificar, le hacen daño a las personas; les sirven de tropiezo. Sí, hermanos, la boca expresa la corrupción de un corazón pervertido y podrido; o lo contrario, expresa lo que hay en un corazón que sea habitación de Cristo. Entonces, expresa vida y expresa edificación. La maldad, el vicio, la envidia, todo eso lo que hace es corromper. Se corrompe más la persona, y trasmite corrupción a los demás. Todos nosotros, ¿que no dijimos en la vida? Pero ya es tiempo de que nuestro vocabulario se corrija. El hombre nuevo debe hablar de tal manera que sea ayuda a los demás, hermanos. Sustentemos con la misma Palabra lo que estamos enseñando. «*Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él. Come y bebe, te dirá; mas su corazón no está contigo*» (Pr. 23:7). Recuerden que el corazón piensa; tiene entendimiento; porque el alma hace parte del corazón; pues en el alma está el pensamiento, está el intelecto, está la razón. Por eso

es que aquí dice que el corazón piensa. Una persona es lo que está pensando. ¿Y qué piensa? Lo que hay en su corazón; no puede pensar en otra cosa. Si tiene un corazón corrompido, lo que piensa es pura cosa corrupta. Si tiene un corazón alimentado solamente de inmoralidad, eso es lo que piensa. Una persona así va hablar, y uno tiene que apartarse para que no lo unte todo a uno de esa pestilencia. Pero si la persona tiene un corazón renovado, un corazón donde habita Cristo, de eso habla. Gracias al Señor.

EL PECADO CONTRISTA EL ESPÍRITU

«*Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención*» (v. 30). ¿Qué significa contristar el Espíritu Santo? Contristar al Espíritu Santo es disgustarlo, entristecerlo. Una persona puede estar disgustada y estar triste. Una conversación sobre cosas corruptas disgusta y entristece al Espíritu Santo, porque Él vive en nosotros. Hermanos, al Espíritu Santo lo entristecemos porque muchas veces no tenemos lugar para Él en nuestra vida. El nuevo hombre es la morada del Espíritu Santo.

«*Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: [17]el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros*» (Jn. 14:16,17).

Hay muchos pecados, entre ellos las conversaciones corruptas, que contristan al Espíritu Santo. Ir en contra de la voluntad de Él, eso contrista al Espíritu Santo. «*Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; [4]para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros,* ***que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu***» (Ro. 8:3,4). Si nosotros andamos conforme al Espíritu, somos compañeros eternos; sabemos que Él está ahí siempre. Hermanos, no creamos que estamos solos; el Espíritu de Dios está dentro de nosotros, y en cualquier momento que nos descuidemos, le podemos contristar. Eso no se nos debe olvidar.

NUESTRO CONSOLADOR

Claro que fuera de nosotros a veces también hay otros compañeros invisibles, que son los ángeles. La Biblia dice que hay ángeles que nos están ayudando; pero también hay demonios en nuestro entorno. De manera que nos acompañan, en primer lugar el Espíritu Santo, ángeles de Dios, y demonios que están allí viendo todo lo que estamos haciendo. Y si estamos hablando solos, peor. Claro, los demonios no nos pueden leer la mente; el Espíritu Santo sí, claro. Pero si me pongo a hablar todo lo que estoy pensando, ahí sí que los demonios están escuchando todo y tomando nota.

Ahora, miren, hermanos, el hombre nuevo agrada al Espíritu Santo, y no olvidarse que Él es nuestro morador; Él es nuestro ayudador. A veces en la Biblia se le llama al Espíritu Santo el *Paracleto*. ¿Qué significa la palabra *Paracleto*? Esa palabra viene del griego *para*, al lado de, y *kletos*, el llamado, de *kaleo*.llamar; de donde viene la palabra *ekklesia*, los llamados fuera. Entonces Paracleto es el llamado al lado de; el que es llamado a que nos ayude, a que nos consuele, por eso también se traduce Consolador. Por ejemplo, el prefijo *para*, al lado de, también se usa en palabras como paramédico, el que ayuda al médico; también se supone que el paramilitar hará lo mismo con el militar. Paracleto, pues, es el Espíritu, porque es llamado al lado nuestro para que nos ayude y nos consuele. Cuando esta palabra se aplica a Cristo, las versiones bíblicas la traducen abogado; ¿por qué? Porque el abogado es el que viene al lado de otro para ayudarle en sus problemas jurídicos. Hay personas que contratan los servicios de abogados para que las defiendan y las ayuden cuando tienen problemas jurídicos de distinta índole, y las personas no saben cómo actuar y defenderse. Eso es lo que hace el Espíritu Santo, porque Él es nuestro Paracleto; por lo tanto debemos tener la delicadeza de no ofenderle.

EL ESPÍRITU COMO AGENTE DEL PADRE Y DEL HIJO

El Espíritu Santo es el agente del Padre y del Hijo presente en nosotros; y como agente viene a obrar por el Padre y el Hijo en la Iglesia, en nosotros. No os dejaré huérfanos; os enviaré otro Consolador (cf. Jn. 14:16,18,26; 15:26; 16:7). Ahora, l Espíritu Santo es quien ahora mismo está limpiando y decorando la casa de Dios. La casa de Dios está en

construcción; pero para construir la casa de Dios hay que demoler unas construcciones viejas; así como están demoliendo en Bogotá muchas construcciones, casas y edificios, para poder ampliar las avenidas donde estará funcionando el transporte urbano llamado Transmilenio. Ahora el Señor está en nosotros demoliendo la construcción vieja. A nosotros nos habían enseñado desde la niñez, que la iglesia era el edificio más bonito del pueblo, con un campanario, a donde a veces íbamos a misa los domingos, y llevábamos a los niños para que los bautizaran, donde era el centro de la fiesta pagana del patrono del pueblo, y ya. Y todavía escuchamos por la radio y vemos por la televisión y por los medios escritos de comunicación cuando los jerarcas eclesiásticos hacen declaraciones, diciendo: Nosotros, la Iglesia; y tanto en el catolicismo romano como en el protestantismo, sus líderes se afanan por recaudar fondos para construir, ampliar y reparar esos edificios que ambas corrientes les siguen llamando iglesias. Pero nosotros ahora, por el Espíritu y por la Palabra, sabemos que eso no es la Iglesia. La legítima Iglesia es la que Cristo compró con su sangre, que somos nosotros; y que también ahora el Espíritu Santo está con nosotros trabajando, metiendo el hombro en su edificación, limpiándola y decorándola, porque es la casa de Dios. Una casa viva para un Dios vivo. El Espíritu Santo está en el espíritu de los creyentes avanzando hacia el alma para renovarla, a fin de que todo lo que haya en nosotros del viejo hombre, muera, salga, sea acabado, y sea edificado lo que es de Cristo en nosotros. Es lo que está haciendo ahora el Espíritu Santo, hermanos.

El Espíritu Santo también es nuestro maestro. «*Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho*» (Jn. 14:26). Asimismo el Espíritu Santo es nuestro compañero de oración. «*Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.* [27]*Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos*» (Ro. 8:26,27). Y si yo lo contristo andando en mentiras, en conversaciones corruptas y demás, ¿qué me va a ayudar? En esas circunstancias nos deja que nos levantemos solos en nuestras caídas. El Espíritu Santo está aquí; Él

es precioso, Él es santo; Él nos ilumina; Él nos comunica las cosas profundas de Dios.

VICIOS DEL VIEJO HOMBRE

«*Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia*» (v. 31). Eso está en el viejo hombre; pero en el nuevo está lo siguiente: «*Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo*» (v. 32). Primero encontramos una lista de vicios del viejo hombre; en cambio en el versículo 32 hay una lista de virtudes del nuevo hombre, que es Jesús. Estos versículos conforman a manera de un epílogo de la enseñanza de hoy. Para vivir la vida sobrenatural del nuevo hombre, necesitamos un poder sobrenatural. La vida de la iglesia es sobrenatural, en cambio la vida que vivíamos antes era natural, pues la habíamos heredado; pero ahora en Cristo heredamos la vida sobrenatural de Cristo; necesitamos el poder de Cristo.

La lista del versículo 31 son vicios que oscurecen al creyente: «***Amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia***». También dice la Palabra: «*Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados;* [16]*no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura.* [17]*Porque ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no hubo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas*» (He. 12:15-17). La amargura y otros sentimientos negativos contaminan, pero más la amargura. Esaú, el hermano de Jacob, venía cansado, hambriento y sediento, del campo, de buscar qué cazar, y encontró a Jacob preparando un guiso de lentejas. Al llegar le importó más saciar su hambre que la primogenitura. Jacob, dame de comer. Si me vendes la primogenitura, a cambio te doy de comer. Claro, te la vendo; dame ese plato de lentejas (cf. Gn. 25:27-34).

Cuando Esaú había satisfecho su estómago, seguramente pudo meditar un poquito sobre el alcance de su precipitada decisión. ¿Yo qué he hecho? He tirado por la borda lo mejor que he recibido, la primogenitura en mi familia. Entonces Esaú se fue llenando de ira, y se fue prolongando su enojo,

y, claro, se le convirtió en amargura en su corazón. Y esa amargura tuvo consecuencias negativas sobre su hermano Jacob y sobre otras muchas personas, y hasta para sus descendientes hasta el día de hoy. Seguramente que entre los que están en guerra contra los descendientes de Israel, están los descendientes de Esaú, y eso por la venta de la primogenitura por un plato de lentejas. Claro que la mayoría de los que se enfrentan hoy con Israel son los descendientes de Ismael, el hijo de Abraham con la egipcia Agar, pero también allí hay descendientes de Esaú; y en cierto grado algo continúa de aquellas viejas pugnas de Israel con las tribus filisteas. Y ese es el ejemplo que nos trae la carta a los Hebreos respecto de Esaú.

UNA EMOCIÓN EXPLOSIVA

Entonces, hermanos, despojarnos del viejo hombre es dar muerte al yo, de lo cual hemos hablado ampliamente, no sólo en el estudio de la carta a los Efesios; dar muerte al yo. Pensemos un poquito sobre esto del yo, empezando porque lo nombramos mucho. Señor, quisiera retirar de mi vocabulario tanto **yo**. ¿Por qué? Porque debemos procurar darle muerte al yo, al ego, atacándolo por todos los flancos. En el yo es donde están todos esos vicios, que a veces son vicios ancestrales. Bendito el nombre del Señor.

Por ejemplo, ¿qué es amargura? Amargura es un sentimiento, que es como un espíritu resentido que rehúsa la reconciliación. En Nehemías tenemos un ejemplo que se refiere al pueblo hebrero. «*Mas ellos y nuestros padres fueron soberbios, y endurecieron su cerviz, y no escucharon tus mandamientos.* [17]*No quisieron oír, ni se acordaron de tus maravillas que habías hecho con ellos; antes endurecieron su cerviz, y en su rebelión pensaron poner caudillo para volverse a su servidumbre. Pero tú eres Dios que perdonas, clemente y piadoso, tardo para la ira, y grande en misericordia, porque no los abandonaste*» (Neh. 9:16,17). Ese es Dios. Nosotros sí le damos motivos para que no sea tardo para la ira; sin embargo, dándoles tantos motivos, Él es tardo para la ira y grande en misericordia. Pero Dios es tan grande, hermanos, que nos perdona y nos salva, y nos limpia; y nosotros pagamos mal, y nos llenamos de amargura contra un hermano, y a veces nos queremos ensañar, debido a que nos hacemos los pequeños dioses. Sí, hermanos, ustedes

saben que cuando uno está enojado se debe a que nuestro temperamento queda fuera de control . El enojo es un temperamento fuera de control. El enojo es como una emoción explosiva; como decía nuestro querido hermano Celso Machado del Brasil el otro día, durante una visita que nos hizo, hablando de la fórmula de la pólvora; y nos decía que hay hermanos bombas. ¿Saben por qué, hermanos? Porque la ira del hombre, al llegar a una situación en que no se pueda controlar, no obra la justicia de Dios, como dice Santiago. «*Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse;* [20]*porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios*» (Stg. 1:19,20). El enojo de Cristo obró para deshacer pecados; en cambio nuestro enojo los fabrica. Uno cuando está enojado no obra en justicia; nosotros explotamos.

Hay otra palabra que estamos estudiando acá en Efesios 4:31, que es maledicencia, y que está ubicada después de gritería. Yo creo que el enojo y la ira cabalgan juntos, y da como resultado la gritería. Esa es una de las manifestaciones externas de la ira; la ira explota en gritería; pero no hablemos ahora de la gritería; hablemos de la maledicencia, la que le sigue. Esa palabra, maledicencia, viene del griego *blasphemía*, que a veces es traducida calumnia. Claro, de esa palabra se deriva la palabra castellana blasfemia. ¿Y qué encierra eso? Encierra difamación con malicia. Entonces si tú difamas de un hermano, que es un siervo e hijo de Dios, en cierta manera estás blasfemando contra el Señor. El diablo se llama Satanás, ¿saben por qué? Porque él es el acusador de nuestros hermanos. «*Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él.* [10]*Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche*» (Ap. 12: 9,10). Malicia, hermanos es una mala inclinación que conduce a producir daño al prójimo.

CUALIDADES DEL NUEVO HOMBRE

Miremos también, rápidamente, las cualidades del nuevo hombre. Aparece acá en el verso 32 una lista de virtudes que

se oponen a los vicios del viejo hombre que aparecen en el versículo 31. «*Antes* (por el contrario) *sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo*» (v. 32). Recuerden que la benignidad es un fruto del Espíritu; es decir, es un fruto del nuevo hombre. «*Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia,* ***benignidad****, bondad, fe,* [23]*mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley*» (Gá. 5:22,23). Ese fruto del Espíritu es el resultado de la nueva vida en Cristo, porque hemos sido «*sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos*» (Col. 3:12).

La benignidad también se refleja en nuestro comportamiento amable y servicial; debemos continuar demostrando nuestra bondad con los hermanos. Ahí donde dice misericordioso, puede decirse que es bondadoso, que se tiene unas buenas entrañas. Uno es misericordioso con otra persona cuando le da más allá de lo que merece; recuerden que justicia es darle a cada quien lo que merece; pero la misericordia pasa esos límites del merecimiento; porque sale de una persona con buenas entrañas, y es misericordiosa. Yo creo que el corazón del Señor y sus entrañas, es algo precioso; porque ¿qué merecemos nosotros, hermanos? Garrote; y Él tiene tanta paciencia con nosotros; Él tiene compasión, Él nos perdona. El perdón en la vida del hombre nuevo es clave. Figura entre los principios para los cristianos vencedores en el Sermón del Monte. «*Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial;* [15]*mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas*» (Mt. 6:14,15). También Pedro nos habla así: «*Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables*» (1 Pe. 3:8). Y el Señor en Mateo 18:21-22 es contundente sobre esto: «*Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?* [22]*Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete*».

Para terminar, leamos Colosenses 3:9-14, que es como una lectura paralela. «*No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos,* [10]*y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo*

creó se va renovando hasta el conocimiento pleno, [11]donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos. [12]Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable (habla de entrañas) *misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; [13]soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. [14]Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto*».

Recordemos que la humildad es considerar a los demás como superiores a nosotros mismos. Si nosotros no consideramos a los demás como superiores a nosotros mismos, no somos humildes jamás. Seamos misericordiosos. Ahora, yo solo no lo puedo lograr; pero por lo menos pidámosle al Señor. Señor, haz de mí un hijo tuyo misericordioso, que puedan los hermanos ver en mí tu mano, Señor. Oramos y terminamos. Amén.

14

EL ANDAR DEL CRISTIANO

UNA CONEXIÓN TEXTUAL

Hermanos, continuamos el estudio de la carta del apóstol Pablo a los Efesios. *La perícopa* de hoy corresponde a la primera parte del capítulo 5; es decir, 5:1-21, hasta donde dice *"Someteos unos a otros en el temor de Dios"*. El estudio de hoy lo hemos titulado el andar del cristiano. El tema de hoy tiene estrecha relación con la última parte del capítulo 4, que fue el tema del viernes pasado, pero con una pequeña variación.

«*Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. [2]Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante. [3]Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos; [4]ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. [5]Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. [6]Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. [7]No seáis, pues, partícipes con ellos. [8]Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz [9](porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad), [10]comprobando lo que es agradable al Señor. [11]Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas; [12]porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto. [13]Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiesta todo. [14]Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo. [15]Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, [16]aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. [17]Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor. [18]No os embriaguéis con vino, en lo*

cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, [19]hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; [20]dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. [21]Someteos unos a otros en el temor de Dios» (Ef. 5:1-21).

Recordemos que a partir del capítulo 4 de Efesios, corresponde a la parte práctica de esta carta de Pablo. También tengamos en cuenta que esta carta, como el estudio que hace el hermano Nee, dice que nosotros estamos sentados, reposando ante esta gran salvación en Cristo, que debemos andar como corresponde a hijos de Dios (esta es la parte de ese andar), y después habla de estar firmes en la victoria de Cristo, que corresponde al capítulo 6.

DIOS ES NUESTRO MODELO

Notemos que en 4:17 la carta nos dice *"que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente"*. De manera que ahora estamos estudiando cómo debe ser nuestro andar ahora con el Señor, conforme a lo que Él ha hecho con nosotros. Y al comenzar el capítulo 5, encontramos una conexión: «*Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. [2]Y andad en amor, como también Cristo nos amó*» (vv. 1,2).

Vemos, pues, una continuación. Ese *pues* que encontramos en el versículo 1 se refiere a todo el contenido que ya hemos estudiado. Ya que somos hijos de Dios, ya que el Padre nos eligió, ya que el Hijo nos redimió, ya que el Espíritu Santo nos selló, nos ha llenado de Él, nos ha traído la vida eterna, la vida divina, ya que todo eso ha pasado en nosotros, «*sed, pues, imitadores de Dios*».

Si Dios ha hecho de nosotros sus hijos, andemos como hijos de Dios; imitémoslo a Él; no necesariamente una imitación objetiva, sino una imitación subjetiva, porque Él vino a vivir dentro de nosotros, que es diferente a uno querer imitar a otro. Como hemos dicho, si yo quiero que alguien sea exactamente como yo, entonces de alguna manera tendría que meterme dentro de esa persona. Eso es lo que ha hecho Dios con nosotros en Cristo y por su Espíritu.

SOMOS HIJOS DE DIOS

«*»Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados”*. Porque Él nos ama, y Él nos ha redimido, y Él nos ha dado su vida, y ha venido a morar dentro de nosotros, y Él ha venido a hacernos la imagen de su Hijo; por eso somos amados, porque todo lo ha hecho por amor. Somos hijos de Dios. Siempre es bueno sustentar todo lo que estudiamos con otras partes de la Palabra: por ejemplo en Juan 1:12,13: «*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre,* ***les dio potestad de ser hechos hijos de Dios****;* [13]*los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios*». Y como hijos de Dios, al ser Él nuestro modelo, debemos de ser perfectos, como Él es perfecto. En el contexto de Mateo 5 viene hablando de la ley del amor; viene hablando de que el amor con el que debemos amar ahora es el amor de Cristo; pues venía diciendo que el Padre, que está en los cielos, hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos, etc., porque si sólo amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también así los gentiles? Si todo esto hace Dios, entonces: «*Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto*» (Mt. 5:48).

Aquí no quiere decir que ya nosotros los creyentes no pequemos o cosas por el estilo; lo que quiere decir es que nosotros vayamos alcanzando esa madurez, ese objetivo, ese propósito que el Padre se ha propuesto con nosotros; cuál es la voluntad del Señor, que nosotros vayamos en ese camino de la perfección. Mientras estemos aquí nunca lograremos la perfección; pero el Señor quiere que vayamos por ese camino, el camino de la perfección, el camino de la imitación a Él subjetivamente. la palabra *perfecto* (gr. *téleios*) deriva de *telos*, que significa *objetivo* o *meta* o *límite*; de manera que Dios quiere que nos propongamos alcanzar el objetivo que Él se ha propuesto; que avancemos hacia lo completo, hacia lo maduro.

Por ejemplo, en el asunto del amor, el Señor quiere se asemeje más a Dios en el amor desinteresado, en la práctica de la bondad hacia los demás, aunque no lo merezcan. Es una actitud del corazón donde habita Cristo; es vivir en esa intención de Dios.

UNA IMITACIÓN SUBJETIVA

También lo leemos en Lucas 6:34,36, en el texto paralelo, cuando está hablando de la ley del amor. «*Y si prestáis a aquellos de quiénes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Porque también los pecadores prestan a los pecadores, para recibir otro tanto*»; etc., que amemos a nuestros enemigos así como Dios ama a buenos y malos, y todo eso; de repente dice en el versículo 36: «*Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso*». Cuando está hablando del carácter y la perfección de Dios, entonces nos dice: Sed, pues, así. Que nosotros imitemos lo que hace nuestro Padre. Repetimos; no se trata de una imitación objetiva, externa, sino profunda, subjetiva, interior.

¿Quién es el gran imitador de Dios? Cristo, Jesús de Nazaret es el gran imitador de Dios. Veámoslo en la Palabra, cómo Él mismo lo dice cuando conversa con uno de sus discípulos: «*Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. [9]Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? [10]¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. [11]Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras*» (Jn. 14:8-11). Eso quiere el Señor, que el que nos vea a nosotros, vea a Dios, vea a su Hijo. Él quiere hacernos la imagen de su Hijo, exactamente como el Hijo es la imagen del Padre.

SACRIFICIO Y OFRENDA

Entonces ese versículo, «*sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados*», tiene una razón por la cual el Señor nos lo dice. Y en ese andar, luego nos dice: «*Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante*» (v. 2). Andar en amor; Él lo hizo por amor. Y la Palabra nos dice a nosotros que nos ofrezcamos en sacrificio. Cuando en el libro de Levítico habla de las ofrendas y sacrificios, allí empieza con ofrendas vegetales, pero también habla de sacrificios cruentos, holocaustos. Aquí leemos que Cristo «*se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante*»; la ofrenda está relacionada con la

comunión, con la amistad entre las personas. Cuando nosotros le llevamos ofrenda a Dios significa que tenemos comunión con Dios. Las ofrendas, cada una, en Levítico tipifican parte de la obra de Cristo; pero también habla de sacrificios y de holocausto. Incluso Levítico comienza hablando de la ley del holocausto. Cuando Cristo se ofrece como ofrenda, significa que se da para que nosotros tengamos comunión con el Padre, y cuando habla de sacrificio, de holocausto, entonces habla de redención. Él mismo se ofreció en sacrificio para redimirnos, para justificarnos delante del Padre. La Biblia también nos pide a nosotros que también nos ofrezcamos, como en Romanos 12:1: «*Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional*». Nosotros, al imitar a Dios y andar en amor como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante, significa que nosotros también debemos ofrecernos al Señor como ofrenda y sacrificio.

Ahora se predica que no, que todo ya sucedió en Cristo, que Él se ofreció a sí mismo; pero la Biblia recalca que nosotros nos debemos ofrecer, porque somos parte de Cristo, somos el cuerpo del Señor. Nosotros no podemos andar por un camino y el Señor por otro. Lo que es Cristo, somos nosotros. Si Cristo fue a la cruz, nosotros fuimos a la cruz; si Cristo sufre, nosotros sufrimos, y debemos estar llevando nuestra propia cruz cada día, y negarnos. La negación, hermanos, es dolorosa; en nosotros es muy dolorosa, pues hurgar nuestra propia idiosincrasia, es como vulnerar nuestro temperamento particular y nuestro carácter distintivo. Pero sólo así es un sacrificio.

SUSTITUIR LAS TINIEBLAS CON LA LUZ

Pero al imitar a Dios, entonces hay unas cosas negativas que no debemos hacer, y otras positivas que sí debemos hacer. Por eso sigue diciendo Efesios: «*Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos*» (v. 3); como conviene a gente apartada por el Señor. Entonces ahí empezamos a ver que hay que sustituir las tinieblas con la luz. Aquí empieza hablando de la fornicación, pues la fornicación no es como cualquier otro pecado; aunque todo pecado es grave, pero

son pecados que se cometen fuera de nosotros, pero la fornicación es algo muy dentro de nosotros, que nos involucra íntimamente. Y eso es peor. Todo pecado es grave, pero la Biblia hace hincapié en que nosotros evitemos esta clase de pecados por encima de muchas cosas. «*Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos*». Debemos apartarnos de la maldad; la palabra santo significa separados del mundo, de lo malo, de lo común, de lo sucio; ahora somos del Señor; ahora el Señor está limpiando su casa, la está adornando; ahora el Señor está trabajando para que su casa sea algo digno, limpio y santo.

GUARDADOS DEL MAL

El mismo Señor Jesús en su oración sacerdotal, le dice al Padre lo siguiente: «*No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal*» (Jn. 17:15). Es hermosísimo lo que Él le pide al Padre. Sucede que en la historia de la Iglesia, algunos pensaron que yéndose al desierto a vivir solitarios, como los anacoretas, con eso iban a agradar a Dios, pues con eso pensaban que no se estaban contaminando con el mundo; pero eso no es lo que quiere la Palabra. Si nosotros nos vamos al desierto a vivir una vida contemplativa, ¿a quién le vamos a predicar? ¿Cómo adelantaríamos la obra del Señor? Le predicaríamos a los arenales y a las dunas del desierto. Tenemos que estar en el mundo; le gente tiene que mirar en nosotros algo diferente; somos de Dios; somos santos. Vamos en un camino, hermanos, de peregrinaje hacia el descanso, que es el Señor, hacia la tierra prometida; y lo vamos conociendo en medio de las pruebas, y eso nos va madurando; y vamos caminando y de pronto pensamos que ya vamos muy bien. Pero no sabemos que de un momento a otro se manifiesta algo de lo viejo que hay en nosotros, y en pleno desierto se nos da por pensar: Y a este Moisés, ¿quién lo pondría ahí? Aquí hay gente mejor que Moisés. Y se forman unas terribles revueltas en el desierto, hermanos, y de pronto los espíritus son descubiertos, y entonces uno se da cuenta cómo va el pueblo, cómo va uno mismo; si uno ha crecido o no ha crecido en la vida espiritual. ¿Por qué lo permite el Señor así? Por la misericordia de Él; para que nosotros sigamos la marcha. Si no pasamos ese examen, sigamos estudiando, pues ya vendrán las habilitaciones, pero para eso hay que estudiar; debemos conocer

mejor al Señor y a nosotros mismos. Cada prueba es un examen para constar cómo anda uno. Gloria al Señor.

Entonces, ahí dice que no es que nosotros seamos quitados del mundo, sino guardados del mal; porque tenemos que dar un testimonio. El Señor no le dijo al pueblo hebreo: Bueno, alístense que los voy a llevar a vivir a la luna, no. Los voy a llevar a vivir en una tierra en medio de una cantidad de naciones idólatras, que no me conocen, que tienen costumbres inmorales; pero allí ustedes van a dar testimonio de que son una nación del Dios único, que ha hecho los cielos y la tierra. Ustedes darán testimonio de que son la nación de Dios, una nación santa; y ellos lo van a ver. Pero, ¿por qué los israelitas tuvieron tantos problemas? Porque se olvidaron de esas advertencias; y en vez de dar un testimonio de santidad para que las naciones vecinas los imitaran, más bien ellos empezaron a imitar lo malo de sus vecinos. Y pensar que la naturaleza humana no ha cambiado. En todas las épocas hay pecado. Yo creo que comparadas con esta época, Sodoma y Gomorra pueden quedar mejor paradas.

¿CÓMO MANEJAR LA INMORALIDAD?

Leía yo en estos días la declaración de un prominente evangelista norteamericano contemporáneo: «Si Dios no juzga a Estados Unidos de América, entonces tendrá que pedirle disculpas a Sodoma y Gomorra» (citado por Preston A. Taylor, op. cit.). Y eso se debe a que la naturaleza humana no ha cambiado; y es posible que entre tanto que el tiempo corre, esta generación está sobrepasando a Sodoma y a Gomorra en la perversidad. Llegará el momento en que Sodoma y Gomorra serán meros principiantes frente a lo que estamos nosotros viviendo. Estamos viviendo ya lo último.

Hermanos, ¿cómo se podrá manejar en este momento la inmoralidad sexual? ¿Cómo será eso? Nosotros por ahí medio vemos los coletazos en la televisión, por el cine, el internet y otros medios modernos; los escándalos familiares, en los colegios y universidades; en el congreso debatiendo leyes para legalizar las inmundicias humanas; pero más allá de ese mundo que podríamos imaginar, es todo una locura. Miremos lo que dice Proverbios 6:26-29: «*Porque a causa de la mujer ramera el hombre es reducido a un bocado de pan; y la mujer caza la preciosa alma del varón.* [27] *¿Tomará el*

hombre fuego en su seno sin que sus vestidos ardan? [28]¿Andará el hombre sobre brasas sin que sus pies se quemen? [29]Así es el que se llega a la mujer de su prójimo; no quedará impune ninguno que la tocare». ¿Jugará el hombre, jugará la mujer con lo que no debe jugar, cuando sabe que se está ardiendo? ¿Se quemará o no se quemará? De pronto se quema, pues la naturaleza humana no ha cambiado ni un ápice; al contrario, va descendiendo al fondo del abismo; los hombres todavía están buscando fondo; nada satisface; y todos van hacia la oscuridad más densa.

¿Saben una cosa, hermanos? Que hoy en día la humanidad ha perfumado muchas actividades que de por sí degradan y arruinan la vida misma de la sociedad y de las personas. Y a lo malo, a lo maloliente y putrefacto, hoy se le dice bueno y agradable. Muchos reclaman sus derechos para hundir más la sociedad moderna en la cloaca. En los países de una cultura desarrollada dentro de la historia de la humanidad, como los europeos, hay llamados "ministros" del evangelio, que se ufanan de los años que llevan practicando la homosexualidad. De manera que la cosa se está cepillando, adornando, aromatizando. No hay que mirar ese aspecto solamente en la farándula. Esto se generalizó, y la sociedad se vio invadida por el cáncer de la depravación. Todos los tejidos de la sociedad están invadidos.

LA FORNICACIÓN Y LA AVARICIA

Estamos hablando de la fornicación, y de toda inmundicia y avaricia. En griego la palabra fornicación es *pornéia*, inmoralidad sexual; de donde viene pornografía. Ahora a la pornografía se le llama desnudo artístico, a la prostitución se le llama trabajo sexual; ahora es ridículo que una niña guarde su virginidad para su esposo. Hablando de la castidad, dice Pablo a los corintios: «*Todas las cosas me son lícitas, mas no todas convienen; todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna. [13]Las viandas para el vientre, y el vientre para las viandas; pero tanto al uno como a las otras destruirá Dios. Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. [14]Y Dios, que levantó al Señor, también a nosotros nos levantará con su poder. [15]¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? De*

ningún modo. [16]*¿O no sabéis que el que se une con una ramera, es un cuerpo con ella? Porque dice: Los dos serán una sola carne.* [17]*Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él.* [18]*Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornica, contra su propio cuerpo peca.* [19]*¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?* [20]*Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios*» (1 Co. 6:12-20).

Esto lo estamos viendo porque estamos estudiando el andar del cristiano. En el versículo 3, que estamos estudiando, también aparece la palabra *avaricia*. ¿Qué relación tendrá la avaricia con la fornicación y la inmundicia? Porque es que la avaricia y la codicia van de la mano, y uno codicia lo que está prohibido. Yo creo que nadie confiesa este pecado de la avaricia; este pecado jamás se confiesa. Nadie quiere admitir que es avaro y codicioso. Cuanto más es avara una persona, menos piensa que lo es; nadie piensa que está codiciando algo. ¿Qué es codiciar? ¿será solamente anhelar algo? Pero codiciar tiene raíces más profundas que el mero y romántico anhelar. Codiciar es un fuerte, y casi incontrolable deseo por lo prohibido. Una cosa está prohibida, y alguien lo está incontrolablemente deseando, pues la está codiciando. Pero algo que no está prohibido, y yo lo necesito, la puedo desear, pero plantearle al Señor, que si es Su voluntad, me la dé; que sea algo que yo necesite, mayormente si eso me sirve para el servicio al Señor. ¿Qué dice Santiago? «*Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís.* [3]*Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites*» (Stg. 4:2,3). Hay cosas que creemos legítimamente que debemos tener, pero que Dios no dice que no las debemos tener; de pronto nos perjudica tenerlas.

LA EMBRIAGUEZ DE LAS ILUSIONES

El fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal era prohibido; ¿y qué dice la Biblia? Que se volvió muy codiciable, muy apetecible. Fue como si Satanás hubiera cogido a Eva y le hubiera aplicado una inyección de codicia intraveno-

sa; enseguida que fue inyectada sintió el deseo de comer de ese fruto prohibido. Es como si el mismo diablo se hubiera metido dentro de Eva; y ella sintió que aquello era irresistible, no importándole que Dios lo hubiese prohibido con advertencia de peligro de muerte. Y comió; y miren, hermanos, las consecuencias que hasta ahora la humanidad ha sufrido y sufrirá. «*Pero fornicación y toda inmundicia, o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos*»; vuelve y advierte la Palabra: como conviene a personas que ya están apartadas de todas esas viejas costumbres heredadas por nuestra vieja naturaleza.

El pensamiento de uno vuela, hermanos, y sueña en tantas cosas, y va uno sin abrir los ojos, y uno sigue caminando en esas ilusiones; y uno puede seguir caminando dominado y aveces embriagado en medio de esas ilusiones. Y uno sigue borrachito pensando en esas cosas; atado a ellas.

PALABRAS DESHONESTAS

Bien; sigamos analizando. «*Ni palabras deshonestas, ni necedades, ni truhanerías, que no convienen, sino antes bien acciones de gracias*» (v. 4). Primero nos habla el capítulo de acciones; ahora nos habla de palabras. Algunas versiones bíblicas, en vez de decir truhanerías, dicen bufonerías, ni chistes groseros; como la **NVI**; es lo mismo que la **RVR**, pero un poco más explicativo. Estas palabras deshonestas significan hablar tonterías, tener conversaciones necias; y a veces las tenemos. Cuando vas al original griego de la Biblia, se te amplía más el conocimiento de lo que estás estudiando. En griego encuentro la palabra *morología*. La palabra *morología* se descompone en *moros*, estúpido, ignorante, menso, y *logos*, palabra. Entonces *morología* se relaciona con palabras estúpidas, palabras mensas; es cuando uno habla necedades, y está uno perdiendo el tiempo, y uno se está contaminando; y a veces se nos da por quererlo hacer. Señor, líbranos de seguirlo haciendo, o siquiera intentándolo. De ahí que a uno se le ocurra estar hablando necedades.

Entonces, cuando en esta versión, **RVR**, dice truhanerías, en el original griego es *eutropelia*, de *eu*, bien, y *trepo*, girar; significa, pues, de fácil giro. Esa palabra era usada por los griegos para significar ingenio, ligereza, agudeza, versatili-

dad, pero también vemos que tiene una connotación un poco más negativa. De manera que yo puedo tomar una cosa buena y darle un giro, y convertirla en una broma pesada, de doble sentido. Entonces vemos que el significado de la palabra *eutropelia* se lo fueron cambiando, y cuando hace una broma grosera significa que coge uno algo bueno de alguien, se le da un giro, y se le hace un chiste bastante grosero a la persona; y nosotros ya no estamos para esa clase de chistes. A veces el diablo te puede susurrar y decirte: ¿Te acuerdas de aquel chistecito? Bien, relátaselo a Juan Pablo. Entonces el Señor por su Espíritu te dice: ¡Cuidado! Eso no está bien. Olvídate de ese chiste. A veces eso es una lucha dentro de nosotros, pero somos hijos de Dios. Bromear, pues, es tomar aquello que es bueno y convertirlo en algo maligno. Aunque hay bromas sanas; tampoco es que siempre seamos los caraduras; pero siempre debemos estar vigilantes y saber qué es lo que se está hablando. Este versículo termina diciendo, que en vez de conversaciones necias más bien tengamos acciones de gracias (gr. *eukharistoúntes*, de donde viene eucaristía), pero no se trata de la Misa católica romana.

«*Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén*» (1 Pe. 4:11). Esto lo vamos adquiriendo poco a poco; no es de la noche a la mañana. Esto es una lucha, es un proceso. Dios está haciendo en nosotros un trabajo de santidad. Pero debemos ponerle mucho cuidado. Ya hay motivos para que en esta misma noche oremos, y le digamos al Señor: Señor, hasta el día de hoy verdaderamente mi vocabulario tenía unas palabras que no te agradan; que desdicen de un hijo de Dios como yo. Ayúdame, Señor, y convierte mi hablar en algo que a Ti te glorifique. Que los que escuchen el hablar de tu siervo o de tu sierva, glorifiquen a Jesucristo, porque vean en mí a un hijo o a una hija de Dios. Gloria al Señor.

PELIGRO DE PERDER EL REINO DE CRISTO

Estamos hablando del andar del creyente, del cristiano. «*Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y*

de Dios» (v. 5). Este versículo, tomando los tres pecados del verso 3, da una razón por la cual no debemos andar en esos pecados; esos pecados, fornicación, inmundicia y avaricia traen unas consecuencias. ¿Saben una cosa, hermanos? Que el pecado en nosotros roba la herencia de nosotros los creyentes en el reino. Hay que tener en cuenta esto, hermanos, que no es lo mismo el reino de Dios que el reino de los cielos. ¿Qué es el reino de Dios? Miremos algo de la conversación del Señor con Nicodemo. «*Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo,* ***no puede ver el reino de Dios****.* [5]*Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere* (quien no es regenerado) *de agua y del Espíritu,* ***no puede entrar en el reino de Dios***» (Jn. 3:3,5). La regeneración, el nuevo nacimiento, hace que nosotros entremos pero en el reino de Dios. Cuando el Señor empezó su ministerio terrenal, el reino de los cielos se empezó a acercar. Él mismo dijo: «*Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado*» (Mt. 4:17). Cuando alguien es nacido de nuevo puede entrar en el reino de Dios; éstos son los hijos de Dios; pero todavía no es el reino de Cristo.

El reino de Dios es desde la eternidad hasta la eternidad; pero los hombres no lo conocen, ni lo ven, ni pueden entrar en él a menos que se arrepientan y crean en el Señor Jesús; pues los hombres «*profesando ser sabios, se hicieron necios,* [23]*y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles.* [24]*Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos,* [25]*ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén*» (Ro. 1:22-25).

Ahora, el reino de Cristo, que es el mismo reino de los cielos, es una parte del reino de Dios, que ahora lo vive la Iglesia y que se va a manifestar cuando el Señor venga en su gloria, como dice en Mateo 16:27-28: «*Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras.* [28]*De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino*». Cristo vendrá a instaurar su reino. Eso

es instaurar en la tierra un gobierno del reino de Dios, pero el Rey es Cristo; entonces es una parte del reino de Dios en la tierra que la maneja el Hijo. Por eso se llama el reino de los cielos en la tierra. El Señor ya empezó a sujetar lo que no estaba sujeto, y se llama el reino de Cristo. Digo que ya empezó porque la Iglesia ya hace parte del reino de los cielos; ya con la Iglesia de Cristo hay una realidad del reino, aunque en el futuro haya una manifestación.

Entonces, si nosotros, que ya estamos en el reino de Dios, porque hemos creído y hemos sido regenerados, lo hemos recibido como un regalo, ¿cómo entramos en el reino de Cristo? Esto es algo que tenemos que saberlo; debemos estar seguros de lo que dice la Palabra sobre esto. Ya entramos; es un regalo entrar en el reino de Dios (cf. Ef. 2:8,9; Jn. 3:16: 10:27,28); pero para entrar al reino de Cristo hay que trabajar, hay que vivirlo desde ahora (cf. 2 Co. 5:10; 1 Co. 3:12-15; Mt. 5:3; Ro. 14:10); y el pecado nos roba el reino de Cristo (cfr. Mt. 7:21-23), el reino de los cielos. Toda persona que es creyente en Jesucristo está en el reino de Dios eternamente; nunca el Señor lo echará de su reino, pero puede que no entre en el reino de Cristo, en el reino de los cielos, porque para entrar en este reino, es por obras. Entrar en el reino de Dios no es por obras; la salvación eterna no es por obras. Pero el entrar en el reino de los cielos, el reino milenial es un premio de acuerdo a la obediencia y a la conducta del creyente. Esto lo repetimos por causa de que hay hermanos que todavía están comenzando, y aún no lo pueden entender muy fácilmente.

Lo podemos ver cuando el Señor manifiesta: «*Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*» (Mt. 5:3). Para tener la vida eterna sólo se necesita recibirla por fe; es una regalo de Dios que se llama la vida eterna; pero para poder entrar en el reino de los cielos hay que ser pobre en espíritu, por ejemplo. Quien no sea pobre en espíritu no puede entrar en el reino de los cielos. Y no pierde la salvación. ¿Qué sucede entonces? Mientras tanto se queda en las tinieblas de afuera (cf. Mt. 25:30). La cuestión está en el andar del cristiano. ¿Qué dijo Jesús a los creyentes? «*Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos* (líderes religiosos)*, no entraréis en el reino de los cielos*» (Mt. 5:20).

Miremos otras citas bíblicas. Dice Pablo: «*¿No sabéis que*

los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el ***premio****? Corred de tal manera que lo obtengáis.* [25]*Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible.* [26]*Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire,* [27]*sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado*» (1 Co. 9:24-27). Todos vemos en Pablo a un gran vencedor, y de hecho lo era; un hombre que fue tratado bien fuerte por Dios, y miren cómo habla refiriéndose a su propia entrada en el reino de los cielos. Hay que correr, hay que luchar para entrar en el reino de los cielos. Pablo aquí no se está refiriendo a la salvación. De manera que vemos que el reino de los cielos es un premio. Todo el que lucha, de todo se abstiene. ¿De qué nos debemos abstener nosotros? De fornicación, de inmundicia, de avaricia y de tantas otras cosas. Pablo no habla de ser eliminado de la salvación, porque la salvación es un regalo, sino del reino de los cielos, que es un galardón. ¿Sabes tú distinguir un regalo de un premio?

También habla de perder el reino de los cielos cuando nos dice Pablo: «*¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones,* [10]*ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios.* [11]*Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios*» (1 Co.6:9-11). Cuando aquí habla del reino de Dios, se refiere a una parte del mismo, al reino de los cielos; porque de todas maneras el Milenio es parte del reino de Dios. Tengamos en cuenta que quien mejor diferencia entre el reino de Dios y el reino de los cielos es Mateo; a fin de que podamos distinguirlos bien.

LA AVARICIA Y LA IDOLATRÍA

«*Porque sabéis esto, que ningún fornicario, o inmundo, o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios*» (v. 5). Al volver a retomar el estudio del versículo 5, vemos que aparece de nuevo la palabra avaricia, pero aquí

le añade otra cosa, pues dice que la avaricia es idolatría; es decir que un avaro es idólatra. ¿Eso por qué será? Se dice que la avaricia es una pasión; una persona se apasiona con algo, y esa pasión la arrastra, y a medita que la pasión te arrastra, tú vas haciendo un ídolo del objeto que te apasiona, ídolo que te aparta de Dios, pues lo estás poniendo por encima de Dios. Eso es algo fuerte y tenaz; de manera que la avaricia es idolatría debido a que rinde a las criaturas un culto que se debe rendir sólo a Dios, convirtiéndolas en ídolos. Puede ser el dinero, puede ser el sexo, un vicio; hay muchas cosas que una persona puede poner por encima de Dios. A veces ocurre que puedes poner por encima de Dios a tu cónyuge, o a tus propios hijos. A veces tus hijos son más importantes para ti que Dios; también el trabajo, la profesión. Jóvenes que están estudiando música, deben tener mucho cuidado porque ese mundo los puede absorber y descuidar su relación con Dios. ¿Por qué? Porque empiezan a ver un entorno de vanidad que nunca habían vivido; mucho aplauso, dinero y muchachas bonitas. Pero tú que estás ahora estudiando tu música, pídele desde ahora al Señor por tu profesión, que no se convierta en un ídolo para ti, sino que la pongas al servicio del Señor, en primer lugar; entonces el Señor te bendice tu profesión de tal manera que te produce para vivir bien y te sirve para alabar a Dios y para que tu vida rinda culto a Dios y no a los programas a donde tu profesión te pueda llevar. Lo decimos con la mejor sana intención. Porque estamos hablando del andar del cristiano.

«*Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia.* [7]*No seáis, pues, partícipes con ellos*» (vv. 6,7). Vuelven las palabras. Eso nos dice que si no le ponemos resistencia a las palabras vanas, eso puede ser como una corriente que nos lleva . Hay personas que tienen mucha facilidad para engañar. Hay creyentes que me han dicho: Hermano, tal día fui a acompañar a un hermano por allá a donde él asiste, a la congregación tal; y te cuento que si no me agarro con el Señor, me confunden. ¿Tú qué fuiste a hacer allá? Si no vas a dar, mejor no vayas a ninguna parte. A veces algunos lo hacen por curiosidad, pero la curiosidad es peligrosa. Y lo peor es que a veces las persuasiones no son encaminadas ni siquiera para asistir a alguna reunión cristiana, sino a participar en lo que radicalmente no conviene. Cuando alguien se deja persuadir, tendrá el mismo fin miserable que

les espera a aquellas personas que te quieren convencer. Si tú te dejas convencer, tendrás ese mismo fin. Hay personas tan obstinadas y cerradas en sus errores, que llega un punto de la vida en que es mejor no decirles más nada. Dejarlos que se los lleve la corriente; que los alcance el pecado; que los alcance Dios. Uno cumple hasta cierto punto. Cuando ya eso lo quiere arrastrar a uno, pues hasta aquí llego yo; vete tú solo. Por eso aquí dice: «*Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. [7]No seáis, pues, partícipes con ellos*». El mundo está lleno de vanidad, y aun en las esferas religiosas, mis amados hermanos.

LA CONDUCTA DE LOS HIJOS DE LA LUZ

«*Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz*» (v. 8). No es solamente que andábamos en un mundo de tinieblas, sino que éramos tinieblas. Pero, ¿ahora qué nos dice el Señor? Vosotros sois luz. No es que ustedes ahora están en la luz, no. Sois luz. Antes éramos tinieblas. Antes eramos tinieblas por naturaleza, y ahora somos luz por naturaleza. ¿Saben por qué? Porque la naturaleza de Dios está en nosotros; y la naturaleza del Señor es luz, porque Él es luz. Ahora somos la luz del mundo en Cristo; somos portadores de la luz del evangelio. Eso lo dice en muchas partes. Dice el Señor: «*Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. [15]Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. [16]Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*» (Mt. 5:14-16). Eso está bien contundente, bien claro. Un almud era un recipiente para medir granos, como un celemín, al cual le cabían aproximadamente unos 8.7 litros. Era bastante grande como para tapar una lámpara. Esto significa que nuestra vida debe brillar; que brille en nosotros la gloria del Señor. ¿Y qué simboliza la luz? Simboliza la santidad, simboliza la sabiduría, simboliza el conocimiento. Quien esté en luz, sabe las cosas, las puede mirar convenientemente.

HERMANOS CON POCA LUZ

Si dos personas están asociadas, pero la una es tiniebla

y la otra es luz, la que está en tinieblas habla barbaridades a la otra, y la que está en luz sabe cuántas barbaridades está hablando la otra. Porque las sabe, las conoce bien; y cuanto más conozcamos a Cristo, más luz somos, y más sabiduría tenemos, y más conocimiento tenemos, y más santidad hay en nosotros. No es que andemos en luz, hermanos, sino que lo somos. Claro, hay hermanos que no pueden ver qué tanta luz tienen. ¿Saben por qué? Porque casi no tienen aceite y su luz es muy opaca. ¿Recuerdan de la parábola de las diez vírgenes? Cinco eran insensatas y cinco eran prudentes. Las insensatas tenían luz porque eran salvas; pero la tenían casi que imperceptible, y eso se debía a que tenían muy poco aceite en sus lámparas; la vida de Dios no se había desarrollado en ellas y no estaban llenas del Espíritu. De todas maneras aunque imperceptiblemente eran luz. En cambio las otras estaban llenas de aceite tanto en sus lámparas (el espíritu) como en sus vasijas (el alma), y su luz brillaba y resplandecía; de manera que cuando sonó la trompeta y anunció la venida del Señor, todas despertaron y se miraron; las que estaban llenas de luz lógicamente se vieron en qué condiciones espirituales estaban; pero las otras contemplaron su deprimente estado espiritual, y les gritaron a las prudentes: Mirad, casi se apagan nuestras lámparas; dadnos de vuestro aceite. No, no podemos darles de nuestro aceite; esa no es la manera de ser llenos de aceite. Vayan a comprarlo, a pagar un precio. La cosa es pagando un precio. Para que la gloria de Dios brille en nosotros, hay que pagar un precio; y mucha gente no lo quiere pagar. Porque es que hay que dejar muchas cosas; hay que abandonarlas; con la ayuda del Señor, claro.

Hermanos, nosotros ahora estamos viviendo nuestro cuarto de hora. Cada quien tiene su cuarto de hora en la vida, y nosotros ahora lo estamos viviendo. El Señor ahora nos está dando la oportunidad de que nos llenemos de su gloria, y de que seamos testigos de Cristo; que aprovechemos el tiempo.

EL FRUTO DE LA LUZ

El verso 9 es una parte parentética. Del versículo 8 va directo al 10. Pero en el 9 a Pablo se le ocurrió escribir una frase explicativa, que dice: «*(porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad)*». En los manuscritos más

antiguos no dice el fruto del Espíritu, aunque encaja bien, sino que dice: «*porque el fruto de la luz...*». Así aparece en le **NVI**. Entonces es: «*(porque el fruto de la luz es en toda bondad, justicia y verdad)*». ¿Qué produce la luz espiritual? Esa luz *pneumática* produce bondad, produce justicia y produce verdad. Produce excelencia moral; porque hay luz, y no cualquier luz; es la luz del Señor. Es Cristo brillando en nosotros. Qué belleza que Cristo cada día crezca más en nosotros; y cuanto más crezca más luz somos; más bondad hay en nosotros, más justicia hay en nosotros, más excelencia moral hay en nosotros, más verdad hay en nosotros.

Antes la carta recalcaba la verdad y gracia, y ahora recalca el amor y luz. Porque, ¿qué es la verdad? La verdad es Cristo. ¿Qué es la gracia? El amor manifestado de Dios. ¿Qué es amor manifestado de Dios? Cristo. Tú puedes reiterarle a alguien que lo amas, pero ¿qué muestras de tu amor le están dando a la persona que le dices reiteradamente que la amas? Tienes que darle una muestra de tu amor, pues si no, ese amor es pura palabra. Pero si tú se lo demuestras con algo, ¿sabes como se llama lo que tú le das? Se llama gracia. Eso es lo que ha hecho Dios con nosotros. Él nos ha dicho que nos ama, pero ese amor se nos manifestó por medio de su gracia, Cristo en nosotros. Entonces nosotros ahora, ya con Cristo tenemos la verdad. «*Pues la ley por medio de Moisés fue dada, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo*» (Jn. 1:17). La gracia vino porque se manifestó el amor de Dios, y se manifestó en la verdad, en Jesús, en la luz.

UNA MENTE RENOVADA

Luego, empalmando el verso 8 con el 10, leemos: «*Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz* [10]*comprobando lo que es agradable al Señor*» (vv. 8,10). Y así es en todos los gremios. En la milicia, por ejemplo, un soldado se entrena intensivamente para hacer parte del cuerpo élite del ejército; ese soldado especial entonces es llevado al terreno de la demostración; ese soldado debe demostrar que verdaderamente pertenece a ese cuerpo especial, no con palabras sino con los hechos. Así también nosotros debemos andar como hijos de Dios que somos, para comprobar lo que es agradable al Señor; nosotros tenemos que comprobarlo,

hermanos. Si somos hijos de luz, comprobemos que andamos como hijos de luz, y que andamos haciendo lo que le agrada al Señor. Ya nos hemos referido a Romanos 12:2: «*No os conforméis a este siglo, sino transformaos* (que suframos una metamorfosis) *por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta*». Una mente sin renovar es una mente que todavía no tiene la luz suficiente de Dios para poder recibir sus mensajes y entenderlos y saber qué es lo que el Señor quiere con nosotros. Y es lo que Pablo repite aquí: *"[10]comprobando lo que es agradable al Señor"*. ¿Cómo? Con una mente renovada, con una mente llena de luz.

DORANDO LA PÍLDORA

«*Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas; [12]porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto*» (vv. 11,12). Las obras del mundo no dan ningún fruto bueno. Reprender esas obras infructuosas es exponerlas, denunciarlas. Entre la luz y las tinieblas no puede haber nada en común; o hay luz o hay tinieblas. No podemos andar el viernes en la luz y el sábado en las tinieblas; ciertas vacanciocitas son veneno para nosotros. «*No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas? [15]¿Y qué concordia Cristo con Belial? ¿O qué parte el creyente con el incrédulo? [16]¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. [17]Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor, y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, [18]y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso*» (2 Co. 6:14-18). No podemos asociarnos con los incrédulos porque nos va a ir mal. ¿Saben una cosa, hermanos? ¿Saben por qué nos va a ir mal? Porque entramos en el terreno de la desobediencia. Tú te puedes encontrar con una persona que esté en tinieblas, y el Señor te la pone para que tú la ayudes, le presentes el evangelio, le des buen testimonio, le hables, la cultives, etc., pero no que tengas asociación de amistad íntima, ni de noviazgo, ni de compañerismo, ni de comercio, ni de nada que te pueda enredar. Eso es lo que no

quiere el Señor. ¿Entonces, qué sucede? Que si hay una relación más estrecha de lo conveniente, esa persona te puede ir contaminando y ensuciando la casa de Dios que eres tú.

Más bien esas obras infructuosas de las tinieblas hay que redargüirlas, denunciarlas, exponerlas a la luz llamándolas por su nombre, sin dorarlas con nombres bonitos; ahora a los pecados los están dorando con nombres bonitos; la sociedad le ha cambiado la etiqueta a los pecados, dándoles unos nombres muy llamativos; ahora los pecados ya no son pecados. Pero la Palabra dice: «*porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto*». Este versículo habla por sí mismo; se explica por sí solo.

"[13]Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas; porque la luz es lo que manifiesta todo" (v. 13). Ya lo ha dicho el Señor en el evangelio de Juan. «*Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. [20]Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. [21]Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios*» (Jn. 3:19-21).

LEVÁNTATE TÚ QUE DUERMES

Ahora entramos en lo que parece que era un himno antiguo. «*Por lo cual dice: Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo*» (v. 14). Algunos comentaristas lo toman como sacado de Isaías 60:1, pero todo parece indicar de que se trata de un himno que usaban en ese tiempo en la iglesia con ocasión de los bautismos; pero de todas maneras necesitamos despertar a los muertos espirituales.

«*Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios*» (v. 15). Aquí vuelve a recalcar el andar del cristiano, de todo hijo de Dios. Ya hemos hablado de las tinieblas. Las tinieblas simbolizan el pecado, simbolizan la ignorancia y simbolizan la necedad. Se sabe que etimológicamente un filósofo es amigo de la sabiduría, porque en griego *sophía* es sabiduría, y *sóphos* es sabio; pero ¿saben de qué palabra se traduce necio? del griego *ásophos*; es decir, sin sabiduría, sin entendimiento cabal de las cosas.

«*Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios (**ásophos**) sino como sabios (**sóphos**),* [16]*aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos*» (vv. 15,16). Debemos siempre estar rescatando el tiempo; aprovechando toda oportunidad que Dios nos dé para hacer lo bueno; para hacer la voluntad de Él, mientras nosotros estamos en esta tierra.

«*Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor*» (v. 17). Insensatos es la traducción de la palabra griega *áphrones*, sin seso; de *a*, sin, y *phroneo*, pensar, tener en mente. Una persona insensata es una persona falta de seso, no pensante. Debemos ser entendidos y pensar cuál se la voluntad (gr. *thélema*) de Dios en todo momento, lo que Dios quiere, cuál es el propósito de Dios, cuál es su meta.

LA VIDA LLENA DEL ESPÍRITU

«*No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu*» (v. 18). Miren la relación que hay entre la borrachera con vino y la llenura del Espíritu. A las bebidas alcohólicas le dicen bebidas espirituosas, las cuales saturan al cuerpo y controlan al borracho; es exactamente lo que hace el Espíritu. En vez de tener alcohol en el cuerpo, entonces se tiene al Espíritu en el espíritu; y el Espíritu controla el andar de la vida del creyente. por eso esa relación. «*No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución* (las personas embriagadas se vuelven disolutas)*; antes bien sed llenos del Espíritu*». Se refiere al Espíritu de Dios, claro está. Debemos estar llenos del Espíritu. «*Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?*» (Lc. 11:13). «*Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne.* [27]*Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra*» (Ez. 36:26,27).

Cuando recibimos a Cristo recibimos al Espíritu, pero hay que tener una llenura permanente; siempre estar llenos del Espíritu. Debemos pedirle al Señor. Señor, lléname de tu Espíritu. Después de recibir a Cristo, el siguiente paso es librarnos de todo lo que impida que su Espíritu nos esté

llenando plenamente cada día, y pedir y buscar la plenitud de Dios. Esa es una orden: Sed llenos. Continuamente estar llenos; eso significa que no todos los creyentes están llenos, y el que no está lleno del Espíritu Santo vive una vida espiritual vencida, derrotada; en cambio el cristiano vencedor vive lleno del Espíritu. El vencedor quiere que el Espíritu guíe su vida. Eso es lo que quiere el Señor que el Espíritu Santo guíe la vida de nosotros. «*Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios* (Ro. 8:14). El Espíritu Santo es, pues, la verdadera ayuda que nosotros necesitamos; por eso debemos ponerle mucha atención; no tratar de llevarle la contraria ni ofenderlo. «*No apaguéis al Espíritu*» (1 Ts. 5:19). A veces nosotros nos hacemos los de la vista gorda.

Y ¿cuáles son las consecuencias de estar llenos del Espíritu Santo? Lo dice los versículos siguientes: «*Hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; [20]dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. [21]Someteos unos a otros en el temor de Dios*» (vv. 19-21). Hablar entre nosotros con salmos, es cantarle al Señor, estar felices. Se llaman salmos porque eran los cantos acompañados con salterios, un instrumento musical de la época. Eran cánticos espirituales (*pneumáticos*), no del alma (psíquicos). Cuando nosotros alabamos al Señor, debe ser con el corazón; es decir, que nuestra mente no esté vagando por otros rumbos, que nuestra mente también esté con el Señor; el espíritu y el corazón. Señor, te ofrezco mi alabanza, me gusta alabarte, me gozo alabándote con todo mi ser; pero lo importante es que Tú te goces. «*Por lo cual, el que habla en lengua extraña, pida en oración poder interpretarla. [14]Porque si yo oro en lengua desconocida, mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto. [15]¿Qué, pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento*» (1 Co. 14:13-15).

Del Espíritu Santo recibimos esa gracia, y recibimos poder. «*Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra*» (Hch. 1:8). También recibimos sabiduría del Espíritu Santo; el Espíritu Santo nos prepara para testificar, y nos da mucho

gozo. «*En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.* [38]*El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva.* [39]*Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado*» (Jn. 7:37-39).

«*Someteos unos a otros en el temor de Dios*» (v. 21). Este es el último versículo de la *perícopa* de hoy. Ya llenos del Espíritu Santo se nos facilita el cumplimiento de este sometimiento. Y todo el resto del capítulo es también una consecuencia de esta llenura espiritual. Los jóvenes deben someterse a los mayores, pero los mayores también deben someterse a los jóvenes. ¿Por qué un hermano mayor debe someterse a un joven? Por temor a Dios; porque el joven tiene al Señor, es templo del Espíritu Santo: eso lo debemos considerar, pues si no lo hacemos, le faltamos al Señor, porque esta es una orden que el Señor nos da. Ahora, si nosotros no estamos llenos del Espíritu, como que eso no nos suena mucho; pero si estamos llenos del Espíritu, le decimos: Señor, ayúdame, que yo me quiero someter a todos mis hermanos con amor, con respeto y con cariño, por temor a Ti. Amén. Oramos.

15

EL MISTERIO DEL MATRIMONIO DE CRISTO Y LA IGLESIA

EL HOGAR CRISTIANO

Hermanos, al continuar con el estudio de la carta del apóstol Pablo a los Efesios, vamos a tratar uno de los temas más hermosos e interesantes de esta importante epístola. El Espíritu Santo guió a Pablo a escribir un paralelo entre un matrimonio cristiano, la unión de una pareja de cristianos, con la unión de Cristo con la Iglesia. La *perícopa* de hoy comprende Efesios 5:22-33:

«*Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; [23]porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. [24]Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. [25]Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, [26]para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, [27]a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. [28]Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. [29]Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, [30]porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. "[31]Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. [32]**Grande es este misterio**; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia*».

Hay algo curioso en el contexto anterior de Pablo comparado con el de Pedro en 1 Pedro 3:1-7, y es que Pablo escribe sólo tres versículos de obligaciones de la mujer frente a ocho para los hombres, mientras que Pedro le dedica seis a las mujeres y uno a los hombres. ¿A qué se deberá eso? Algunos suponen que puede ser porque Pablo

era soltero y Pedro casado. Al iniciar el estudio de hoy, vemos que este sometimiento, como todos los sometimientos en la Iglesia, de que hablan los versículos 21 y 22, es una consecuencia de la llenura del Espíritu de que habla el versículo 18, cuando dice: «*No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu*», pues el verso 22 dice: «*Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor*». Los manuscritos más antiguos omiten las palabras *estén sujetas*, pero se sobreentiende del versículo 21. Sin llenura del Espíritu Santo en el creyente no hay sometimiento, no hay humildad, no hay armonía, no hay verdadero amor, pues la carne no conoce esta forma de vida.

El texto paralelo lo encontramos en Colosenses 3:18-19: «*Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor.* [19]*Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas*». Vemos que las características de la vida familiar en un hogar cristiano son en especial la sumisión mutua, el servicio mutuo, la sensibilidad mutua y sacrificio mutuo; repito la palabra *mutuo* para resaltar la reciprocidad. Hablando de las ancianas en la iglesia local, Pablo le dice a Tito que las ancianas «*enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos,* [5]*a ser prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada*» (Ti. 2:4-5). Vemos que la Palabra de Dios insiste en que la mujer esté sujeta a su propio marido. ¿Por qué eso de la sujeción? Es que en la historia, y sobre todo antes del Señor Jesús, aunque después se ha visto también que la cosa aflojó un poco, pero no mucho, pero sobre todo antes del Señor Jesús la mujer era muy subestimada; incluso hoy en día hay culturas, como las árabes, por ejemplo, en las cuales la mujer es tratada en una forma muy vil.

Dice la hermana Jessie Penn-Lewis que a la mujer se le manifiesta desprecio y maltrato en aquellos países donde Satanás tiene más dominio. ¿Esto por qué? Porque Satanás ha desplegado una verdadera guerra contra la mujer en venganza al veredicto del Edén (cf. Gn. 3:14-15); pero en las naciones llamadas cristianas, Satanás ha engañado a las mujeres por medio del método del Edén. ¿Cuál es el método del Edén? El método del Edén consiste en mal interpretar la Palabra de Dios, insinuando en la mente del hombre que Dios ha pronunciado una "*maldición*" sobre la mujer, cuando

en realidad ha sido perdonada y bendecida (Jessie Penn-Lewis, «*Guerra contra los santos*», CLIE 1985; pág. 11.).

La idea o el pensamiento del Señor en la Biblia en cuanto a esta sujeción, es para que haya un orden en el gobierno, como lo vemos en la Palabra, que Dios es la cabeza de Cristo, Cristo es cabeza del hombre (además de ser cabeza de la Iglesia), y el hombre es cabeza de la mujer; pues siempre debe haber un orden. ¿A quién creó Dios primero? Al hombre, y luego del hombre formó a la mujer y se la entregó al hombre; claro, no como una sierva ni como una esclava, no; sino como una ayuda idónea, como una persona que está al lado de otra para ayudarle, asistirle, como el paramédico al médico; además, para complementarlo. Una ayuda idónea no necesariamente quiere decir que se le tenga que subestimar. Por ejemplo, la palabra que en la Biblia se traduce Consolador es *Paracleto*, que es el que ha sido llamado al lado para ayudar, para consolar; entonces, con el perdón del Señor, si esa misma palabra la pusiéramos en femenino, podríamos decir que la mujer con relación al hombre sería llamada a ser una *paracleta*, una ayuda idónea al hombre. Entonces la sujeción se debe a que es necesario que en el hogar, como en toda comunidad organizada, haya alguien que tenga el primer lugar, el liderazgo, el gobierno delegado por Dios, a fin de que haya un orden, para garantizar de que las cosas marchen, desterrando las palabras servidumbre o tiranía, o cosas por el estilo, que es lo que se ha dado en la historia, y que todavía nosotros vemos en muchas culturas; y aun en la nuestra vemos los coletazos del machismo, de la injusticia y de la violencia intrafamiliar. Bendito el nombre del Señor.

EL MARIDO ES CABEZA DE LA MUJER

Entonces, el marido es cabeza de la mujer, porque debe haber un orden de gobierno en el hogar. «*Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo*» (1 Co.-11:3). Si el mismo Cristo, que es Dios, se somete, cuánto más nosotros; y Cristo, por someterse, no significa que es esclavo de Dios. El Señor es obediente, y vemos en la Palabra que Cristo continuamente repetía que Él no había venido a hacer su propia voluntad, sino la voluntad del que le envió; y lo hacía con todo el amor. Así debe ser la relación

entre marido y mujer en un hogar cristiano. Siempre repito la palabra cristiano, porque se supone que cuando es un hogar cristiano las cosas son diferentes a los hogares mundanos.

«*Las casadas* (gr. *gunaikes,* mujeres) *estén sujetas a sus propios maridos* (gr. *andrasin), como al Señor; [23]porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador*» (vv. 22,23). La Iglesia está sujeta a Cristo. Yo personalmente quisiera estar más sujeto cada día al Señor; que el Señor me diera esa capacidad de sujetarme más a Él. Esto es muy hermoso; Cristo es cabeza de la Iglesia, y a la vez es su Salvador. »*Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo*» (Ti. 2:13). ¿Saben cuál es la esperanza bienaventurada de los creyentes? La esperanza bienaventurada de la Iglesia y de todo creyente es la segunda venida de Cristo, y con ella todos los eventos escatológicos que tienen relación con las bodas del Cordero, el reino y toda la eternidad con el Señor. ¿Por qué? Porque Él es nuestro Salvador. Él nos salvó y viene por lo que Él ha salvado. Gracias al Señor. Aleluya.

SUJECIÓN DE LA MUJER AL MARIDO

«*Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo*» (v. 24). Exactamente igual, pues siempre la mujer es tipo de la Iglesia. Así como Adán era tipo de Cristo, Eva era tipo de la Iglesia. Si uno estudia el romance que hay en El Cantar de los Cantares, uno puede que lea acerca de una sulamita en amores con Salomón, pero en verdad es el romance de la Iglesia con Jesucristo. «*Morena soy, oh hijas de Jerusalén, pero codiciable como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón*» (Cnt. 1:5). Dice el libro de Génesis que la mujer fue formada de la costilla del hombre, del lado del marido, de cerca del corazón del hombre (cf. Gn. 2:20-24); por eso la mujer está muy cerca de los afectos del hombre, y también la mujer es ayuda y complemento del hombre.

Leamos el texto de Pedro al que hemos hecho alusión: «*Asimismo vosotras, mujeres* (también empieza con las mujeres)*, estad sujetas a vuestros maridos; para que también los que no creen a la palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, [2]considerando*

vuestra conducta casta y respetuosa. [3]Vuestro atavío no sea el externo de peinados ostentosos, de adornos de oro o de vestidos lujosos, [4]sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios. [5]Porque así también se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que esperaban en Dios, estando sujetas a sus maridos; [6]como Sara obedecía a Abraham, llamándole señor; de la cual vosotras habéis venido a ser hijas, si hacéis el bien, sin temer ninguna amenaza. [7]Vosotros, maridos (Pedro sólo le dedica a los maridos este versículo)*, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo*» (1 Pe. 3:1-7). Esto nos dice que cuando un creyente está de pleito con la esposa, ¿para qué ora? De pronto esas oraciones tienen estorbo; mejor es contentarse a tiempo, antes que se oculte el sol, como veíamos la vez pasada en Efesios 4:26.

La obediencia y sujeción de la mujer al marido tiene unos límites. Cuando el marido te obliga a ir en contra del Señor, a desobedecer al Señor, no necesariamente tienes que obedecerle. Podemos ilustrar esto con un ejemplo bíblico. El libro del profeta Daniel narra la historia de los tres amigos y compañeros de Daniel, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que en determinado momento de su cautiverio en Babilonia, debido a que sus enemigos políticos les querían hacer caer del favor del rey, les querían obligar a serles infieles al Señor al adorar a una estatua del rey babilónico construida entre otras razones para ese motivo; pero ellos, sin dejar de someterse al rey, no obedecieron esta orden oficial de idolatría.

Leámoslo para ver el espíritu de la Palabra: «*Entonces Nabucodonosor dijo con ira y con enojo que trajesen a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Al instante fueron traídos estos varones delante del rey. [14]Habló Nabucodonosor y les dijo: ¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que vosotros no honráis a mi dios, ni adoráis la estatua de oro que he levantado? [15]Ahora, pues, ¿estáis dispuestos para que al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua que he hecho? Porque si no la adorareis, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiendo; ¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos? [16]Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron*

al rey Nabucodonosor, diciendo: No es necesario que te respondamos sobre este asunto. [17]He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. [18]Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado. [19]Entonces Nabucodonosor se llenó de ira, y se demudó el aspecto de su rostro contra Sadrac, Mesac y Abed-nego, y ordenó que el horno se calentase siete veces más de lo acostumbrado. [20]Y mandó a hombres muy vigorosos que tenía en su ejército, que atasen a Sadrac, Mesac y Abed-nego, para echarlos en el horno de fuego ardiendo. [21]Entonces estos varones fueron atados con sus mantos, sus calzas, sus turbantes y sus vestidos, y fueron echados dentro del horno de fuego ardiendo. [22]Y como la orden del rey era apremiante, y lo habían calentado mucho, la llama del fuego mató a aquellos que habían alzado a Sadrac, Mesac y Abed-nego. [23]Y estos tres varones, Sadrac, Mesac y Abed-nego, cayeron atados dentro del horno de fuego ardiendo» (Dn. 3:13-23). Miren que ellos no obedecieron al decreto real porque eso iba en contra de Dios, pero ellos seguían sujetos al gobierno de Nabucodonosor.

Muchas veces las hermanas se preguntan, y le preguntan a los hermanos más maduros espiritualmente qué hacer cuando les está ocurriendo algo parecido; cuando sus esposos las quieren obligar a hacer algo que ofende al Señor; pero según la Palabra de Dios, la sujeción de la mujer al marido no llega hasta allá. Yo se los digo sinceramente, hermanos; no lo vayan a tomar a malo; hay que obedecer primeramente a Dios antes que a los hombres (cf. Hch. 5:29). Si eso ocurre así, Dios honra a la mujer. En el caso de Babilonia, Nabucodonosor era la suprema autoridad, y los amigos de Daniel optaron por obedecer primero al Señor.

LA ESPOSA DE CRISTO

Bien; a partir del versículo 25 de Efesios 5 empieza ya a haber una relación entre el matrimonio cristiano terrenal, y el celestial, el de Cristo con la Iglesia, y la relación de la Iglesia con Cristo en cuanto a que la Iglesia está llamada a ser la esposa del Señor. Digo que está llamada a ser la esposa porque todavía no han llegado las bodas del Cordero; entonces todavía somos la novia; entonces dice la Biblia que

llegará el día en que se realizarán las bodas del Cordero con la Iglesia, como lo dice en Apocalipsis y otros libros bíblicos. Entonces, el carácter de la Iglesia como esposa de Cristo es de una condición supremamente especial, como lo dice Pablo a los corintios: «*Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo*» (2 Co. 11:2). Como Pablo era apóstol, y había predicado el evangelio en Corinto, y ellos habían conocido al Señor por la predicación del apóstol de los gentiles, entonces ellos ya eran parte de la Iglesia de Cristo. Cuando uno conoce a Cristo, inmediatamente empieza esa relación; es como si ya estuviéramos desposados con Él; tenemos ese compromiso, y nos unen muchos lazos con el Señor. Entonces Pablo cuando escuchó de todas las cosas que estaban cometiendo los hermanos en Corinto, les envía este par de cartas a fin de ayudarles a resolver muchos de esos problemas; y ante el peligro de falsos maestros que merodeaban por los lados de Corinto, les dice que estaba celoso; que los celaba con celo de Dios, pues podían ser engañados y extraviados de la sincera fidelidad a Cristo.

En el Antiguo Testamento hay un tipo de la Iglesia como esposa del Señor, que es Israel. Israel es presentado en el Antiguo Testamento como esposa de Dios. Tenemos el caso del profeta Oseas. Oseas en su libro presenta a Israel como infiel a Dios, y recibe la orden del mismo Señor de casarse con una prostituta, a fin de que el profeta viviera en carne propia lo que iba a predicar; para que él constatara personalmente cómo era ver que la esposa le es infiel al marido, y así pudiera denunciar exactamente lo que estaba sucediendo entre Israel y Dios. «*El principio de la palabra de Jehová por medio de Oseas. Dijo Jehová a Oseas: Ve, tómate una mujer fornicaria, e hijos de fornicación; porque la tierra fornica apartándose de Jehová*» (Os. 1:2). Y eso también lo dice la Palabra para nosotros; la Iglesia le ha sido infiel al Señor en la historia.

CONSECUENCIAS DE LA INFIDELIDAD

Miren ustedes la parábola de las diez vírgenes. Leámosla en Mateo 25:1-13: «*Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo.* [2] *Cinco de ellas eran prudentes*

y cinco insensatas. [3]Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; [4]mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. [5]Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. [6]Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! [7]Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas. [8]Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan. [9]Mas las prudentes respondieron diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas. [10]Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. [11]Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! [12]Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco. [13]Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir». Recuerden que el número diez es el número de las naciones; entonces la Iglesia es tomada de todas las naciones; el Señor está salvando gente de todas las razas, de todas las etnias, ricos y pobres, negros, amarillos, blancos, de todos los confines de la tierra somos muchos salvos y somos parte de la Iglesia. Significa que las diez vírgenes es toda la Iglesia de Cristo.

De esas diez vírgenes, cinco estaban llenas del Espíritu Santo; allí dice que tomaron aceite en sus vasijas (sus almas), juntamente con sus lámparas (sus espíritus) (cf. Pr. 20:27); pero cinco eran insensatas, eran imprudentes, y no se proveyeron de aceite; no tenían ni las lámparas llenas, ni mucho menos la vasijas. Esas vírgenes insensatas vivían una vida derrotada espiritualmente; no habían crecido, eran carnales; eran unos niños en la fe, no importaba el tiempo que llevaran como creyentes. El Señor no podía contar con ellos. Hay millones de hermanos en los que el Señor no puede contar; no les tiene confianza el Señor por su carnalidad. El Señor no les puede encomendar ninguna tarea, porque no obedecen ni entienden; no reciben ningún mensaje del Señor debido a que no lo entienden (cf. 1 Co. 3:1-3). ¿Por qué sucede eso con tantos creyentes? Porque no han sido tratados; su mente, su entendimiento no ha sido renovado; hay muchos creyentes que rehuyen toda responsabilidad, y no se disponen a ser renovados. Entonces, apenas si el Espíritu está ahí porque son salvos, pero no

conocen la llenura del Espíritu, y muchos menos la guía del Espíritu de Dios, y así les llega la muerte, pues todas cabecearon y se durmieron.

Entonces llega el día de la resurrección, y ese día todos nos vamos a ver exactamente cómo estamos espiritualmente; ya no habrá apariencias de piedad ni nada que se le parezca. Nosotros mismos nos veremos en esa realidad que ahora queremos camuflar. Veremos si estamos llenos, si somos vencedores, y toda la Iglesia lo verá; pero si somos unos derrotados y vacíos espiritualmente, eso lo veremos nosotros mismos, y todo el grueso de los hermanos también lo verá. Entonces muchas vírgenes insensatas, que vivieron acá su propia vida regalada y descuidada, al ver que sus lámparas tienen muy poquito aceite, correrán detrás de las prudentes a pedirles aceite, pues sus lámparas parece que ya se les apaga. ¡Qué vergüenza! Pero las vírgenes prudentes les responderán que eso no se puede hacer así, pues el Espíritu Santo no se traspasa de una persona a otra; ese no es el medio ni la forma de llenarse uno del Espíritu Santo, y mucho menos a última hora. Hay que pagar un precio; hay que tener responsabilidad delante del Señor; hay que valorar que el Espíritu Santo es un tesoro que Dios nos ha dado.

NO TODA LA IGLESIA ENTRARÁ A LAS BODAS

Vayan, paguen el precio. Pero cuando las vírgenes insensatas volvieron de tratar de pagar el precio, ya la puerta se había cerrado. ¿Las puertas de qué? De las bodas. «*Pero mientras ellas iban a comprar* (a pagar el precio; porque si no lo pagamos aquí, entonces lo pagaremos en las tinieblas de afuera cuando venga el Señor) (cf. Mt. 8:12; 25:30)*, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta.* [11]*Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos!* [12]*Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco.»* Esta parábola habla del esposo, pues se refiere a las bodas al comienzo del reino milenial. ¿Quiénes van a entrar a las bodas? Se sabe que mucha gente está predicando que toda la Iglesia va a entrar a las bodas; y no es así; no toda la Iglesia estará en las bodas. «*Y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta*».

Una muchacha se va a casar, y ella misma empieza a alistarse; si la familia puede, la ayudan a prepararse. Pero de

todos modos ella es la primera interesada; ella hace sus ahorros, hace su vestido de bodas y demás preparativos para ese gran acontecimiento. Le pone todo su empeño. Pero para las bodas del Cordero, quien prepara la novia es el Señor; es la llenura de Él; es el aceite de su Espíritu lo que produce luz en mi vida para conocer mejor a nuestro prometido; de modo que para poder entrar a las bodas, la preparación debe comenzar aquí y ahora; si dejo el pago del precio para después, ya no podré entrar a las bodas, y el precio entonces es más alto. Debe ser antes de que gustemos el sueño de la muerte. «*Y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta*». Puerta que Dios cierra, nadie la abre; pero puerta que Dios abre, nadie la cierra. «*Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos!*» ¿Por qué dicen así y están ahí? Porque son salvas. «*Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco*». Es decir, no les apruebo como vivieron. El Señor nos dice: «*Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir* (por su esposa)*»*.

AMAR CON EL AMOR ÁGAPE

Sigamos el estudio en Efesios 5: «*Maridos, amad a vuestras mujeres,* (miren cómo dice que las amen) *así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella*». ¿Cómo nos ama Cristo? Cristo no nos ama eróticamente; pues abundan los maridos que aman a sus mujeres solamente con la carne. Tampoco el Señor nos ama con amor psíquico (*fileo*), que más bien es un afecto entrañable entre las personas incluso que no conocen al Señor. El Señor nos ama con amor eterno, con amor infinito, que se llama amor ágape. Es el amor del más alto grado de excelencia. El Señor nos amó (gr. *agapao*) tanto que dio su vida por nosotros; y entonces con el mismo amor con que nos ama Cristo, debe el marido amar a su mujer, porque ya somos cristianos. «*Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella*»; dando su vida. Esa es la relación que debe haber entre marido y mujer. El amor llegó a tener su perfecta expresión entre los hombres en Cristo; fuera de Cristo no la puede tener. «*Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron*» (2 Co. 5:14). Ese mismo amor es el amor que el Señor dice que

el esposo debe sentir por la esposa. Con ese mismo amor se deben amar los cónyuges; el marido no debe regir sino amar; que cuando el esposo llegue a la casa, eso sea motivo de gozo y no de pánico; que no sea el tirano de la casa.

Cristo se entregó por la Iglesia. «*Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él*» (2 Co. 5:21). «*Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados*» (1 Pe. 2:24). Esos versículos son muy importantes, y los repetimos aunque su contenido suene como muy conocido. Pero, hermanos, ¿cuando nos cansaremos de pregonar que Cristo derramó toda su vida, toda su preciosa sangre para que la Iglesia existiera? La Iglesia no existe porque algún personaje histórico la fundó, como ocurre con tantas corrientes religiosas del mundo, no. Cristo vino a morir para salvarnos; y hoy todos los salvados somos la Iglesia. Nosotros le pedimos al Señor que todos los que estamos aquí podamos prepararnos desde ya para participar de las bodas.

EL LAVAMIENTO DEL AGUA

«*Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, [26]para santificarla, habiéndola* ***purificado en el lavamiento del agua por la palabra***». Esto no necesariamente se refiere al bautismo en agua; aunque algo de eso hay, pues el bautismo en agua es importante; pero en este texto va más allá del mero bautismo en agua. Veamos unos textos al respecto. «*¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?*» (Ro. 6:3). Ahí aparecen dos connotaciones: el bautismo en agua y también el bautismo del Espíritu, que nosotros somos introducidos en Cristo, de manera que vivimos y somos lo que vive y es Cristo. Si Él fue crucificado, nosotros fuimos crucificado; si Cristo fue sepultado, nosotros también fuimos sepultados, si Él fue resucitado, nosotros fuimos resucitados, y ahora vivimos una vida de resurrección; de manera que el simple zambullirnos en el agua no responde enteramente a la afirmación de Romanos 6:3; va más allá. «*Porque por un solo Espíritu* (el Espíritu Santo) *fuimos todos bautizados en un cuerpo* (en el cuerpo de Cristo)*, sean judíos o griegos,*

sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu» (1 Co. 12:13). En el versículo 12 viene hablando de lo que es el cuerpo; y luego en el 13 dice que fuimos introducidos en él. De modo que el agua bautismal es símbolo del bautismo interior. El día que nacimos de nuevo ocurrió eso. Porque para ser de la Iglesia hay que nacer de nuevo; no es llevándole a uno a practicarle un mero rito, sino creer en Jesucristo como el Salvador de la vida mía y la vida tuya, y ser bautizado en su cuerpo. Gloria al Señor.

Entre los griegos, cuando se unían en matrimonio, ellos acostumbraban tener un baño nupcial; es decir, la pareja se bañaba, como una ceremonia corriente dentro de las bodas. Cuando Pablo escribía la carta a los Efesios, unos hermanos de cultura griega, la escribió de tal manera que los destinatarios inmediatamente captaban el significado de las palabras «*para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra*». Esto tiene que ver un poco con las ceremonias nupciales de los griegos, y sobre todo con lo que había hecho Cristo con los hermanos. Entonces, si los griegos tienen en sus bodas un baño nupcial, nosotros también lo tenemos, pero un baño espiritual.

LA SANTIFICACIÓN DE LA IGLESIA

Ahora, hermanos, a la mujer se le pide sumisión y respeto al marido; pero al marido se le pide amor y sacrificio por la mujer; no tiranía, no machismo; no tener a la mujer como algo inferior, sino como a igual; y si somos de Cristo, esto es todavía más profundo. Cuando allí dice: «*para santificarla*», nos preguntamos, ¿qué es santificar? Santificar no es convertirnos en estatuas; eso no es santificar. Ahora hay almacenes de artículos religiosos donde venden unas estatuas que le llaman santos. Pero en la Biblia no dice eso; aquí dice que Cristo santifica su Iglesia. Significa que hay un objetivo escatológico en Cristo en la redención que nos hizo, y lo primero que hizo es separarnos para Él. Él no nos va a dejar, hermanos, en la contaminación en que veníamos. Cristo nos separa, y al separarnos (santificarnos) empieza el trabajo desde adentro. No se trata de que nos lleven a un convento donde desde el primer día nos vistan de monjes, no; el trabajo lo hace el Señor desde adentro; Él empieza a santificarnos desde lo más profundo de nuestro ser, y sigue trabajando en nosotros hasta cambiar nuestro modo de

pensar; porque si yo no cambio de modo de pensar, pues sigo pensando en la basura que antes solía pensar, y así no estoy siendo santificado.

Entonces. el Señor empieza un trabajo de limpieza de su casa; lo cual encierra un doble aspecto. Esa santificación de apartarme para Él, es su aspecto positivo; Él tiene su objetivo eterno, escatológico; no se trata solamente de que yo no vaya al infierno, sino que el fin de la Iglesia es en las alturas, vivir con Él porque somos su cuerpo, y Él es nuestra cabeza. Pero entonces también habla de la santificación en un aspecto negativo, y es el de purificarnos con el lavamiento. ¿Por qué es un aspecto negativo? Porque tenemos muchas manchas, elementos sucios que traemos; a veces todavía nuestro pensamiento se deleita en recuerdos y deseos sucios; entonces el Señor nos dice: Tenemos que seguir trabajando con tu pensamiento; debemos seguir renovándolo.

UN LAVAMIENTO ESPECIAL

Pero hay algo importante que debemos estudiar en esto del lavamiento del agua por la Palabra. Dice el Señor en Juan 15:3: «*Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado*». Aquí encontramos un lavamiento por la palabra. El Señor le venía hablando a sus discípulos; tres años y medio con ellos, y salía de su boca pura palabra de Dios, entonces ellos iban siendo limpiados; y les dice: «*Ya vosotros estáis limpios*»; pues estos son capítulos de hechos próximos a su pasión. Pero el término griego que usa aquí Juan que es traducida *palabra*, es *logos*. «*Ya vosotros estáis limpios por el* ***logos*** *que os he hablado*». Cuando se está leyendo la Biblia, se está leyendo *logos*; pero cuando uno lee Efesios 5:26, que dice: «*Habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra*», aquí *palabra* no es *logos*; aquí el griego usa la palabra *rhémati*, de *rhema*, para significar palabra como expresión concreta de algo. Cuando el Señor necesita tratar con nosotros algo, entonces no usa la palabra *logos* sino la palabra *rhema*, una palabra que necesitamos para algo específico, para un lavamiento especial de algo que nosotros necesitamos que se nos trate, y el Señor la tiene en la ocasión precisa.

El Señor va haciendo un trabajo de purificación espiritual de toda contaminación en nosotros; nos va purificando

espiritualmente; porque la contaminación que traemos de Adán es muy fuerte; entonces Cristo nos va saturando de sí mismo, y en la medida en que nos va saturando, lo nuestro va saliendo; tiene que salir. Y todos nosotros vinimos cargados. A veces no sabemos cuándo se nos sale algo de lo que nos queda del viejo hombre; y hasta nos maravillamos de que eso ocurra, pues ya pensábamos que íbamos muy avanzados en nuestro crecimiento espiritual. Pero a veces nos enfrentamos con pensamientos un poco pretenciosos de nosotros mismos.

Leamos 1 Pedro 1:23: «*Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre*». Recuerden que nosotros hemos sido renacidos, hemos nacido de nuevo; hemos experimentado un nuevo nacimiento. Así como un día nacimos de nuestros padres terrenales para vivir en este mundo, con Cristo nacimos para entrar a vivir en un mundo espiritual en el reino de Dios, que no es reino de este mundo; ese nacimiento ocurre una sola vez también; no se vuelve a repetir. El primer nacimiento fue de simiente corruptible; pero el segundo nacimiento es de simiente incorruptible. No se corrompe jamás; así seamos vírgenes insensatas. Y eso es por la Palabra de Dios. Así no sea *rhema*, pero tú estás leyendo todos los días la Palabra de Dios, y te va limpiando, te va santificando y te va dando fe, porque vas conociendo al Señor; el Señor te va revelando qué hay dentro de ti; el Señor te va revelando en qué mundo vives, en qué medio te mueves. Todos los días tú vas leyendo y eso va siendo, hermano, un motor para que tu vida vaya asemejándose cada día más a Cristo, obedeciéndole mucho más.

PREPARACIÓN DE LA IGLESIA PARA LAS BODAS

«*A fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha*». Esta santificación, este lavamiento, esta purificación que aparece en el verso 26, ¿para qué es? Para presentársela (a la Iglesia) a sí mismo. Él mismo la prepara para el matrimonio; prepara una iglesia gloriosa. Una Iglesia saturada de Dios, es una Iglesia llena del Espíritu. Cuando estamos llenos del Espíritu, cada día somos más gloriosos; es una Iglesia de gente guiada por Cristo; porque la gloria es la presencia de Él, es la expresión

de Él. Esa es la gloria del Señor. Leamos en Apocalipsis 19:7-8: «*Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado.* [8]*Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos*». Esa es la preparación de que estamos hablando. Y esa preparación se trasluce por un vestido de bodas de lino fino, limpio y resplandeciente que son las acciones justas de los santos. Las acciones justas son las acciones con Cristo; Él en nosotros y nosotros en Él. Si obramos sin Él, no son justas nuestras acciones. La cosa es obedeciéndole a Él, guiados por el Espíritu, haciendo su voluntad, y así nos estamos preparando para las bodas.

También Apocalipsis 21:2: «*Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido*». Uno mira en Efesios 5:27 que dice: «*que no tuviese mancha ni arruga*»; las manchas quedan de la suciedad, pero el Señor está en nosotros limpiándonos de todas esas manchas; las arrugas tienen que ver con la vejez; una persona va envejeciendo y se va arrugando. ¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? Que el hombre viejo está lleno de arrugas, y el Señor quiere que ya no seamos hombre viejo, sino hombre nuevo, sin arrugas. «*A fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha*».

La sangre redentora nos lava de nuestros pecados, de todas esas manchas. «*Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*» (1 Jn. 1:7). En el tabernáculo, después de pasar por la cruz, pasamos por el lavacro, donde somos purificados espiritualmente de toda contaminación; y luego Cristo nos satura de sí mismo. Ese lavacro (gr. *loutron*) es la misma agua de vida de Juan 7:37-39: «*En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba.* [38]*El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva.* [39]*Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado*». Esa agua de vida nos lava de los defectos, de las manchas de la vida natural de nuestro viejo hombre; y van desapareciendo las arrugas de nuestro viejo hombre.

Aunque siempre tenemos defectos, pero en Cristo cada día los tenemos menos acentuados. Para las bodas del Cordero, Él mismo prepara a la novia; Él está preparando a la Iglesia por medio de la santificación, por medio de la preparación, por medio de la saturación de Él en la Iglesia, por medio de la transformación, una metamorfosis que está haciendo en nosotros, por medio del crecimiento espiritual y por medio de la edificación; todo eso entra en la preparación de la novia.

MIEMBROS DE UN MISMO CUERPO

«*Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama*». Es un mismo cuerpo. Nosotros somos miembros de un mismo cuerpo. «*Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo*» (1 Co. 12:12). Cristo es la cabeza; eso es un misterio que el Señor empezó a revelar a Pablo. Que tú y yo seamos del mismo cuerpo, y que seamos el cuerpo de Cristo, es algo que todavía tiene algo difícil de entender para nosotros; pero somos del mismo cuerpo. Que el marido y la mujer sean uno, es difícil entenderlo, pero así lo dice la Biblia. Dice que si tú te unes a una ramera, te haces uno con ella. Nosotros somos uno, y el que ama a su mujer, a sí mismo se ama.

«*Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia*». Así como nosotros diligentemente sustentamos nuestra carne y cuidamos de ella, y así como el Señor nos cuida y nos alimenta de Él porque somos Su cuerpo, asimismo el marido debe cuidar de su mujer y velar por ella con tierno amor; es necesario que la mujer goce en su marido un dulce y confortable descanso; que haya en ella una confianza que se traduzca en felicidad. Cristo sustenta y cuida a la Iglesia; debemos alimentarnos de la Palabra. La Palabra de Dios es alimento para nosotros. Cuando en el verso 18 leemos que debemos ser llenos del Espíritu, esa llenura debemos buscarla diariamente; y pedirle al Padre que nos llene; y pedirle al Padre que fortalezca nuestro hombre interior; y pedirle al Padre que nos alimente del maná escondido. Al pedirle, no usar retahílas de frases hechas, como el que reza frases aprendidas de memoria, no. Es algo íntimo con Él; decirle: Señor, aliméntame de tu Hijo, del maná escondido,

de la llenura de tu Espíritu; yo amo tu llenura, Señor.

«*Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos*». Esto fue exactamente tomado por Pablo en Génesis 2:23-24, Pablo tomó esta cita casi que literalmente; ¿por qué? Porque se quiere referir a eso. «*Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. [24]Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne*». Eva procedió de Adán, de su carne y de sus huesos. En el versículo 30 de Efesios 5, en los manuscritos más antiguos no aparece la frase *de su carne y de sus huesos*; eso fue interpolado después; sino que aparece «*porque somos miembros de su cuerpo*», y algún copista le interpoló de su carne y de sus huesos, como para complementar y concordar con Génesis 2:23-24; de modo que vemos que Eva procedió de Adán, y la Iglesia procede de Cristo; la vida de la Iglesia está en la vida de Cristo. Eva tenía la misma naturaleza humana que Adán, la Iglesia tiene la misma naturaleza divina que Cristo. Nosotros, cada día, vamos siendo transformados, metamorfoseados, para ser exactamente la imagen de Cristo. Como cabeza, Cristo debe confiar que su cuerpo le obedece, que su cuerpo es santo como Él, que su cuerpo es poderoso como Él lo es, que su cuerpo experimenta a diario un crecimiento espiritual normal; porque es la vida de Él la que sale a irrigar todas las partes de su cuerpo. Todos los días nosotros debemos buscar ese alimento; alimentarnos para que seamos fortalecidos con la verdadera vida del Señor.

«*Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. [32]Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia*». Este es un misterio, y grande; es un secreto de Dios que es ahora dado a conocer. Eso lo tenía Dios en su corazón sin que lo hubiera revelado a nadie; por eso los judíos estaban convencidos que ellos eran una exclusividad para Dios; pero había un secreto en Dios, un secreto que Dios había retenido, y un día quedó revelado, y se lo reveló mayormente a un judío, a un hebreo de hebreos llamado Pablo de Tarso.

Cuando leemos en nuestra versión *«grande es este misterio*», la palabra misterio en griego es *mystérion*, y denota aquello que, estando más allá de la posibilidad de ser

conocido por medio naturales, sólo puede llegarse a saber por revelación divina, y se hace saber de una manera y en un tiempo señalados por Dios, y sólo a aquellos que están iluminados por su Espíritu, y llega así a ser una verdad revelada. Como dice en Colosenses 1:26: «*El misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos*». Respecto de esta palabra hay un dato curioso que deseo compartir con los hermanos. Hay una versión latina de la Biblia llamada la *Vulgata Latina*, que es la Biblia oficial del catolicismo romano. Se llama así porque es una versión de los originales hebreo y griego de la Biblia traducida al latín del vulgo, latín que hablaba el pueblo, y no al latín clásico, ese que usaba por ejemplo Cicerón en Roma. Esta traducción fue efectuada por un varón de Dios llamado Eusebius Hieronimus, más conocido como san Jerónimo de Jerusalén, quien vivió entre los años 345 al 419; pero el caso es que Jerónimo, a esta palabra griega *mystérion*, la tradujo al latín *sacramentum*, de modo que la Vulgata dice: «*grande es este sacramento*». ¿Entonces qué pasó? Que de ahí deriva la idea de que el matrimonio es un sacramento; pero en el contexto de Efesios dice: «*Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia*». Que la Biblia declare que la mujer sea hueso de los huesos y carne de la carne del hombre, eso verdaderamente es un misterio; que eso mismo diga el Señor respecto de la Iglesia, verdaderamente eso es un misterio muy grande.

El gran misterio es la unión de Cristo con la Iglesia. Cristo y la Iglesia hacen una unidad; Cristo es la cabeza y la Iglesia es el cuerpo. La unión del hombre y la mujer es apenas un símbolo de la unión de Cristo con la Iglesia. Por eso vemos esa perfecta armonía en la similitud que hace el Señor de la unión y relación del hombre con la mujer y de la unión y relación de Cristo con la Iglesia en estos versículos 22 al 33 de Efesios 5. El perfecto matrimonio entre creyentes es un símbolo de la perfecta unión de Cristo con la Iglesia. El matrimonio cristiano, por ser un matrimonio entre cristianos, debe ser un matrimonio sobrenatural, porque el amor que une al marido y a la mujer cristianos vencedores y maduros, es un amor ágape, que en otro matrimonio común no se encuentra; en otros matrimonios existen otras clases de amores diferentes al ágape.

«*Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su*

mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido». Este versículo es como un resumen; como un pequeño epílogo de todo el capítulo, y en particular del tema del matrimonio. En el original bíblico, más que respeto, la mujer debe tenerle temor al esposo; pero no se trata de un temor de miedo, sino un temor como el que los creyentes le tenemos al Señor, un temor de respeto, un temor reverencial; como cuando Sara trataba a su esposo Abraham y le decía: mi señor, y ella amaba a su esposo y era amada por su esposo, y le guardaba un temor reverencial, un respeto que no está reñido con el amor, y mucho menor con la confianza íntima que uno debe tener entre esposos. Gracias al Señor. Oramos. Amén.

16

CRISTO EN EL HOGAR Y EN EL TRABAJO

«*Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor.* [21]*Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten.* [22]*Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios.* [23]*Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres;* [24]*sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís.* [25]*Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas.* [1]*Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos*» (Col. 3:20-4:1).

RELACIONES EN UN HOGAR CRISTIANO

Hermanos, siguiendo el estudio de la carta de Pablo a los Efesios, hoy entramos en el tema de la primera parte del capítulo 6, que es lo relacionado con Cristo en los hogares de la iglesia, Cristo en las relaciones sociales y laborales entre patronos y empleados, que aparentemente es un tema sencillo, pero es profundamente importante para nosotros conocer lo que la Palabra nos dice al respecto. De manera, hermanos, que, para irnos introduciendo en el tema por el Espíritu, como hemos orado, vamos a leer lo correspondiente a Efesios 6:1-9:

«*Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo.* [2]*Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa;* [3]*para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra.* [4]*Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.* [5]*Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo;* [6]*no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios;* [7]*sirviendo*

de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, [8]*sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre.* [9]*Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas*».El tema de hoy es muy hermoso. La primera parte tiene que ver con la relaciones en un hogar cristiano. Hay que tener en cuenta, hermanos, que esta palabra es para creyentes, para hogares cristianos, pues el mundo no conoce a Dios, no conoce a Cristo y no conoce la Palabra de Dios; de manera que eso es para nosotros. Esa relación de los hijos para con los padres, y de los padres con los hijos, los siervos con los amos y los amos con los siervos, y en este caso hoy sería los empleados u obreros con sus patronos y los patronos con sus empleados. Esto es para los empleados cristianos, y asimismo para los patronos o empleadores cristianos.

MÁS CONSECUENCIAS DE LA LLENURA DEL ESPÍRITU

Recuerden cuando leíamos en el versículo 18 del capítulo 5: «*No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu*». Y como consecuencia de la llenura del Espíritu en nosotros sigue una serie de versículos, y todavía el tema de hoy es consecuencia de esa llenura del Espíritu. Observemos cuando en el versículo 21 comienza diciendo: «*Someteos unos a otros en el temor de Dios*», y luego sigue el sometimiento de las casadas a sus respectivos maridos, y luego sigue cómo deben los maridos tratar a sus respectivas mujeres, y esa relación que hay entre el Señor Jesucristo y la Iglesia, etc.; y cuando aquí comenzamos la *perícopa* de hoy, es todavía el mismo tema: cómo debemos vivir nosotros si estamos llenos del Espíritu Santo, llenos de Dios. Y por eso este tema se refiere a un cristiano normal, un cristiano que vaya experimentando un crecimiento espiritual normal, un cristiano que sea guiado por el Espíritu. A esos cristianos, a esos jóvenes, a esos hijos, les dice: «*Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo*».

Para uno cumplir la Palabra, para uno obedecerla, para uno vivirla, debe ser lleno del Espíritu; de lo contrario eso no funciona; estos son, pues, más efectos de la llenura del Espíritu en nosotros. Nosotros estamos llamados a una vida,

y nuestra vida debe reflejar la vida de Dios, y la debe reflejar de tal manera que tenga proyección en toda la Iglesia. Si nosotros queremos que la iglesia sea algo glorioso, que la iglesia vaya cada día a la obediencia de la Palabra, eso debe comenzar en la vida de cada uno de nosotros. Hermanos, la vida de nosotros debe ser guiada a ese requerimiento.

DAR OÍDO ES SOMETERSE

Empecemos a analizar el primer versículo: «*Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo*». Aquí la Palabra no se dirige a los hijos de los hogares del mundo, pues los hijos del mundo no entienden este lenguaje; aunque en el mundo hay gente obediente a sus padres, y demás; pero nosotros estamos comprometidos con el Señor; nosotros estamos conociendo cada día más al Señor; nosotros sabemos que somos una raza diferente; nosotros sabemos que el Padre está haciendo de nosotros la imagen misma de su Hijo, y al hacernos la imagen de su Hijo, está restaurando en nosotros la misma imagen de Dios en el hombre, por Cristo.

Esa obediencia de los hijos a sus padres, ese obedecer es en el Señor, pues cuando un hijo está obedeciendo a sus padres, está obedeciendo al mismo Dios. «*Obedeced en el Señor*». Esta palabra *obedecer*, obediencia (gr. *hupakouo*) en el griego significa algo más profundo; significa un escuchar bajo autoridad, un dar oído, y al dar oído, someterse; al dar oído es como uno empieza a obedecer. Es como si dijera. Escucha, hijo mío. Esa palabra es más profunda que el mero obedecer. Este tema que estamos viendo hoy, cada versículo tiene su paralelo en Colosenses. Recordemos que la carta a los Efesios es una ampliación de la enseñanza a los Colosenses. El paralelo de este versículo: «*Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo*», es Colosenses 3:20: «*Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor*».Este versículo complementa con la frase: «*porque esto agrada al Señor*». En Efesios dice: «*porque esto es justo*». Es un mandato. «*Oye a tu padre, a aquel que te engendró; y cuando tu madre envejeciere, no la menosprecies*» (Pr. 23:22).

Ahora, ¿por qué esta obediencia? ¿Por qué los hijos deben obedecer a los padres? Porque es justo; son obras de justicia. Ya lo dice el Señor en el sermón del monte: «*Mas*

buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mt. 6:33). Eso es buscar el reino de Dios y su justicia; es justo que los hijos obedezcan a sus padres; pues de no obedecer a nuestros padres tendremos que dar cuenta delante del Señor. Son obras de justicia; es recto y santo en un hogar cristiano que los hijos obedezcan a sus padres. Eso le agrada al Señor. Esa obediencia en el Señor trae muchas bendiciones; es para agradar al Señor. Los padres han sido puestos en el hogar como cabeza; ellos cumplen la voluntad del Señor. Un padre cristiano cumple la voluntad de Dios; está allí puesto por Dios; y han sido esos instrumentos preciosos que Dios determinó para que nosotros pudiéramos tener existencia. La existencia nos la ha dado el Señor pero a través de nuestros padres naturales. Y Dios sabe por qué eligió a esas personas para que fuesen nuestros padres. A veces me pongo a pensar en papá y en mamá, y no quisiera haber tenido otros padres, sino esos que Dios me dio. Ya no viven en esta tierra, pero los amo con todos sus defectos que tuvieron, los amo como si aun estuvieran conmigo acá. Bendito el nombre del Señor. Es justo.

MANDAMIENTO CON PROMESA

«*Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa;* [3]*para que te vaya bien, y seas de larga vida sobre la tierra*» (v. 2). El texto paralelo lo encontramos en Deuteronomio 5:16: «*Honra a tu padre y a tu madre, como Jehová tu Dios te ha mandado, para que sean prolongados tus días, y para que te vaya bien sobre la tierra que Jehová tu Dios te da*». La obediencia tiene una connotación de acción, es más objetiva; y la honra la tiene más bien de actitud en el corazón, es más subjetiva. Cuando uno obedece, actúa; cuando honramos es porque hay una disposición en nuestro corazón, en nuestras entrañas hacia nuestros padres de darle la honra. Claro que esa honra se vierte, se hace efectiva en la realidad. Honrar es estimar, honrar es dar valor, respeto y cortesía a nuestros padres. Proverbios es rico en este tema. Leamos, por ejemplo, Proverbios 1:8: «*Oye, hijo mío, la instrucción de tu padre, y no desprecies la dirección de tu madre*». Dios dice que el bienestar integral de un hijo descansa sobre el respeto, sobre la obediencia, sobre la honra, sobre el honor que le demuestre a sus progenitores. ¿Eso por qué? Porque no es un hombre el que lo dice;

es Dios quien lo está diciendo. Se le alarga la vida a la persona, pero no se le alarga de cualquier manera; se alarga en felicidad, es una vida integral. Alguien decía tener un tío que a los ciento seis años recordaba con cariño y honraba a sus padres, y decía: ¡Qué buenos fueron papá y mamá! Porque es Dios quien lo dice, es Dios quien lo promete. es una clave que nosotros debemos agarrar y aprovecharnos de ella, y beneficiarnos de esa promesa de Dios.

Con ocasión de la visita del Señor a Abraham para anunciarle que le daría un hijo, el Señor le dijo a su siervo que no le iba a encubrir nada, siendo que Abraham sería una nación grande y fuerte, y le revela los asuntos de Sodoma y Gomorra, pero en Génesis 18:19 dice por qué se lo revela: «*Porque yo sé que mandará a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová, haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él*». Hay bendición en la obediencia. Alguien decía que tener un hijo es como permitir que un pedacito de su corazón ande por ahí. Es grande tener un hijo, es hermoso, es valioso. A veces creo que a un hijo se quiere más que a la madre misma. Entonces el hijo debe responder a los progenitores, a los padres, con respeto, con cariño, y a la vez tiene promesa del Señor. Gloria al Señor. Qué lindo, ¿verdad? Obedecer se relaciona con la acción, con la obra de justicia, y el honor tiene que ver más bien con la actitud de nuestro corazón siempre hacia nuestros padres.

LA RELACIÓN DE LOS PADRES CON LOS HIJOS

«*Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor*» (v. 4). Ahora estamos viviendo en un mundo al revés. Ahora los padres no saben ni cómo ni cuándo castigar a sus hijos; ahora los psicólogos mandan a los padres que no castiguen a sus hijos por temor a que se traumaticen; pero veamos qué dice la Palabra de Dios. Miremos primero el libro de Proverbios. «*En los labios del prudente se halla sabiduría; mas* ***la vara es para las espaldas del falto de cordura***» (Pr. 10:13). «*La necedad está ligada en el corazón del muchacho; mas* ***la vara de la corrección la alejará de él***» (Pr. 22:15). «***La vara y la corrección dan sabiduría****; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre*» (Pr. 29:15). Del Nuevo Testamento podemos tomar Hebreos 12:7-11: «*Si*

soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? [8]Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. [9]Por otra parte, tuvimos a nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? [10]Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. [11]Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados».

Ahora los padres en nuestro país la tienen difícil en este aspecto, pues hay hijos que amenazan con llevarlos ante la Comisaría de Familia y denunciarlos, pues castigar al hijo en Colombia ya es un delito. Un Padre que tenga la razón, debe castigar a los hijos, así vaya a la Comisaría, en obediencia a la Palabra de Dios. Claro, el castigo debe ser con amor, no con violencia, como sí ocurre a veces. «*Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor*». El paralelo es Colosenses 3:21: «*Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten*». Es verdad que los padres si se llenan de ira, pueden llegar a lastimar a sus hijos, pueden llegar a maltratarlos; y no se trata de maltratarlos, ni de palabras ni usando de violencia. A los hijos no se les debe maltratar. Hay que pedirle sabiduría al Señor, y decirle al hijo por qué se le va a castigar. No provocarles a ira, sino criarlos en disciplina y amonestación del Señor. Criarlos en disciplina es instruirlos; la amonestación del Señor es la Palabra de Dios; porque somos creyentes.

¿CÓMO SE PUEDE LASTIMAR A LOS HIJOS?

Entonces el padre cumpla con su parte en el Señor, y el hijo también está llamado a cumplir su parte. ¿Cómo puede un padre lastimar a un hijo? Lo puede lastimar con críticas duras. Esas cantaletas y esas críticas no hacen efecto positivo alguno. También, cuando los padres tienen más de un hijo, a veces puede no ser equitativo, y atender a uno más que al otro; o discriminarlos teniendo preferencias, como el caso de Jacob con su hijo José frente al resto de

sus hijos. Eso a los demás hijos no les gusta, y en cierta forma se les está maltratando; no se les está tratando con equidad y con justicia; y eso engendra dificultades, resentimientos y problemas en el hogar, debido a que hay preferencias. El Señor no tiene preferencias con nosotros. El Señor a todos nos trata igual. A los hijos se les puede lastimar cuando no se les dedica tiempo; a los hijos hay que dedicarles tiempo; se les puede maltratar cuando los padres dedican tiempo a cosas que revisten menos importancia que los hijos mismos. Los jóvenes y los niños saben cuándo a los padres se exceden; ellos conocen, hermanos, cuando las cosas no están bien. Con esto no estamos hablando de la violencia reinante, y de la que cuentan las noticias por la prensa, la radio y la televisión. No estamos hablando de verdaderos delitos que ocurren en los hogares, que lo que merecen es la cárcel. De eso no estamos hablando. Estamos hablando del trato entre los padres y los hijos como hijos de Dios que somos, como creyentes, como parte de la Iglesia que somos nosotros.

En este aspecto muchos padres hemos fallado; pero la verdad es que uno se debe apropiar del corazón de los hijos; no significa que uno les vaya a dar el primer lugar, pues el primer lugar le pertenece al Señor, pero después del Señor, los padres deben ser lo primero para los hijos, y, lógicamente, los hijos deben constituir lo primero para los padres. Los hijos son un tesoro que hay que darles una capacitación temprana. ¿Qué dice la Palabra? «***Instruye al niño en su camino****, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él*» (Pr. 22:6). La instrucción comienza desde cuando es bebé; aún antes de que comience a caminar. Hay muchas partes de la Biblia que hablan de esto. «*Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón;* [7]***y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa****, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes.* [8]*Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos;* [9]*y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas*» (Dt. 6:6-9).

A los hijos hay que instruirlos en la Palabra de Dios; llevarlos a Cristo; pedirle al Señor sabiduría para tratar ese asunto con los hijos. A veces hay la falsa apreciación de que todo el que nace en un hogar cuyos padres son cristianos, por ese solo hecho ya todos son cristianos, y no es así. Creer y recibir a Cristo no se transmite por herencia ni por

inercia; es algo personal con el Señor. «*Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; [13]los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios*» (Jn. 1:12,13). A veces se da el caso de adolescentes que nacen en un hogar cristiano, asistentes a las reuniones, y hasta puede ser que lleguen a hacer parte del coro, o toquen algún instrumento en las reuniones, y después se les ha visto caer víctimas hasta de la drogadicción; muchos han llegado a conocer al Señor Jesús, pero después de mucho dolor y sufrimiento, después de gastar mucho dinero. ¿Por qué? Porque hubo una falsa confianza. Hubo un descuido que se fue perpetuando. Nadie es cristiano desde su nacimiento natural. Los padres entran a darle a sus hijos las instrucciones bíblicas necesarias y el testimonio de vida cristiana, pero hay un momento en que esa persona debe tener un encuentro con Dios. Es un encuentro personal, voluntario y serio con el Señor.

LA RELACIÓN DE LOS SIERVOS CON LOS AMOS

Ahora miremos una segunda parte, que es la relación de los siervos con sus señores. En la versión bíblica de Reina-Valera 1960 dice: amos (gr. *kurios*) y siervos (gr. *doulos*). «*Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo*» (v. 5). Su texto paralelo en Colosenses, dice: «*Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios*» (Col. 3:22). Me llama mucho la atención en este texto el hecho de que Pablo no dice, como el Señor Jesucristo tampoco lo dijo, que Cristo venía a emancipar a los esclavos. Si el Señor Jesucristo hubiese venido a emancipar los esclavos, como algunos creer y pregonan, ¿qué sucedería con esos esclavos emancipados de sus amos? Que los esclavos, sin un corazón trasformado, sin un corazón lleno de Dios, puede que sean libres de las cadenas de sus amos, pero seguirían en una esclavitud más horrenda. ¿A dónde irían esos esclavos meramente emancipados de sus amos terrenales? ¿A dónde va un esclavo libre? Antes de irse al infierno se van para las cantinas, para los prostíbulos, para las ollas, a los casinos, a la ociosidad, a la violencia, a las pandillas, a la corrupción, a todo lo que es y significa el mundo.

LA VERDADERA EMANCIPACIÓN

El Señor no vino a cambiar meramente y en primera instancia a las instituciones; porque ¿cuántas veces en Colombia cambian las instituciones? Cristo vino a transformar los corazones. Las instituciones puede que experimenten cambios temporales; pero si los corazones de los hombres no son transformados, los cambios en las instituciones sucumben ante la corrupción de los corazones de los hombres que las manejan y las manipulan. Y así se perpetúa, no las instituciones, sino la necesidad de estar cambiando las instituciones. El Hijo de Dios vino a transformar al hombre, a formar una nueva raza en la humanidad por medio de Cristo; de manera que Cristo no vino a emancipar a los esclavos, como algunas corrientes teológicas y hasta políticas han querido capitalizar con Cristo y con el evangelio; poniendo al Señor, como si Él tomara la bandera de la revolución antiimperialista. Él no vino a eso.

El Señor Jesús vino a hacer una revolución más profunda, verdadera y permanente en la eternidad; las demás revoluciones son superficiales; las demás revoluciones no han resistido la corrupción de los mismos revolucionarios. ¿Cuántas revoluciones ha habido y han costado en el mundo millones de muertos? ¿Qué beneficios transcendentales han traído al mundo? Al final, los mismos que enarbolaban las banderas de la revolución, son los peores corruptos, y contra ellos han surgido nuevas revoluciones. Cristo no vino a liderar esa clase de revolución ni emancipación. Cristo no vino a declarar que llegados a pertenecer a la Iglesia ya no habría ni esclavos ni amos. Eso es algo que se considera una añadidura. Sí, es verdad que Cristo nos hace libres, pero nos hace libres en otra libertad más profunda y verdadera y eterna. La libertad que nos da el Señor no es temporal sino eterna. Es otra clase de libertad.

¿CUÁL ES LA VERDADERA LIBERTAD?

Son las palabras del Señor: *"[31]Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; [32]**y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres**. [33]Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres? [34]Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que **todo***

aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. *[35]Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. [36]Así que,* ***si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres"*** (Jn. 8:31.35). La Palabra habla por sí misma. Pero uno puede que todavía diga: ¿Qué cosa es la libertad? La respuesta la proporciona Romanos: «*Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. [2]Porque* ***la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte***. *[3]Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; [4]para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu"* (Ro. 8:1-4). Esa es la respuesta. Romanos 8 explica a Juan 8 de cuál es la verdadera libertad. Somos libres cuando ya no somos esclavos del pecado y de la corrupción. Claro que también somos libres de la mentira satánica en la medida en que vamos conociendo la verdad de Dios y creyendo en ella. Es una liberación progresiva de las mentiras de Satanás.

Pablo dice: «*Yo pues, preso en el Señor*»; como diciendo: No soy preso necesariamente de Nerón; soy preso del Señor. A mí Nerón me puede tener preso, pero mi libertad que me ha dado Cristo no me la puede quitar. Soy libre eternamente en Cristo Jesús, aunque Nerón me quite la cabeza. Y precisamente, esta carta fue escrita bajo las cadenas de Nerón. El mismo Pablo lo dice: «*Cada uno en el estado en que fue llamado, en él se quede. [21]¿Fuiste llamado siendo esclavo? No te dé cuidado; pero también, si puedes hacerte libre, procúralo más. [22]Porque el que en el Señor fue llamado siendo esclavo, liberto es del Señor; asimismo el que fue llamado siendo libre, esclavo es de Cristo. [23]Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres. [24]Cada uno, hermanos, en el estado en que fue llamado, así permanezca para con Dios*» (1 Co. 7:20-24). Ahí tenemos la respuesta. Observémosnos a nosotros mismos. Mientras vivimos en la tierra, y mientras no hayamos crecido espiritualmente, mientras permanezcamos muy niños en la fe, nos interesan más las cosas inmediatas; nos interesa más estar libres de ciertas "*ataduras*" que nos estorban para la vida fácil; pero a medida que conocemos al Señor, vemos

que las cosas inmediatas no valen, hermanos. Puede ser que tengan cierto valor, pero para lo que nosotros somos, no lo tienen.

A veces pensamos temporalmente; por ejemplo, que el trabajo que ahora tengo no me satisface; el Señor me pudiera dar uno mejor. Pero eso es relativo, hermanos; de pronto si el Señor te da un trabajo mejor, te puede hacer daño. Conténtate con lo que tienes; lo importante es que tú vayas de la mano con Cristo; obedeciéndole, creciendo con Él, haciendo su voluntad; metiendo el hombro en esta edificación a la que el Señor nos ha llamado.

TODO HACERLO COMO PARA EL SEÑOR

«*Siervos,* ***obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor****, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo*» (v. 5). ¿Qué es con temor y temblor? Es prestar nuestro servicio con respeto y sentido de la responsabilidad. Ese respeto y sentido de responsabilidad lo debemos tener en todas nuestras actividades que estemos ahora abocados a hacer. No significa que yo deba estar temblando ante mis superiores, no. Hago las cosas con responsabilidad y el Señor me bendice. Es bueno tener en cuenta que el corto texto que estamos estudiando hoy, se repite unas cinco veces que hagamos las cosas *como al Señor*, que le agrade a Cristo; porque todo lo que hacemos es para el Señor, pues de todo lo que hacemos le vamos a dar cuenta al Señor. No crean, hermanos, que sólo le vamos a dar cuenta al Señor de lo que hacemos en la iglesia, no; de lo que hacemos aquí le vamos a dar cuenta, pero de lo que haremos dentro de media hora fuera de aquí, en la calle, o nuestro hogar, también le tendremos que dar cuenta, pues en todas partes estamos haciendo algo para el Señor. Mañana cuando estemos en el trabajo secular estaremos haciendo algo que dentro de algún tiempo también le tendremos que dar cuenta al Señor. Puede que no nos esté mirando el patrón, pero siempre nos está mirando el Patrón de los patrones, y todo lo que estamos haciendo es para Él. Así lo dice la Palabra de Dios.

En otras partes la Biblia repite lo de temor y temblor. El apóstol Pablo, al referirse a la ocasión en que había estado entre los corintios, les dice: «*Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste*

crucificado. [3]*Y estuve entre vosotros con debilidad, y* ***mucho temor y temblor***» (1 Co. 2:2-3); es decir, con mucho respeto y sentido de la responsabilidad de lo que Dios había entregado en mis manos para ustedes. Porque una sola frase que se exprese desviada de la voluntad de Dios en esta noche, de pronto le hago daño a mucha gente, y de eso yo tengo que dar cuenta al Señor. Eso es algo grave; esto hay que hacerlo con temor y temblor, con mucho sentido de la responsabilidad. Y así tenemos que actuar en todos los frentes en que el Señor nos guíe. También Pablo lo dice a los Filipenses. «*Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación* ***con temor y temblor***» (Flp. 2:12). Se refiere a la salvación de tu alma; en eso ocúpate con mucho respeto y con mucho sentido de la responsabilidad; eso redunda para tu bien; y eso también, hermanos, significa nuestro beneficio junto al Señor al entrar en el reino de los cielos. Por eso debemos ocuparnos de eso con mucho sentido de la responsabilidad; y si no nos ocupamos de la salvación de nuestra propia alma, tendremos que darle cuenta al Señor.

NO SERVIR AL OJO

Siguiendo el estudio en la parte todavía de los siervos, dicen los siguientes versículos: «*No sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios;* [7]*sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres*» (vv. 6,7). Significa que nuestro patrón o empleador es Cristo, pues dice: «*como siervos de Cristo*». Servir igual cuando se le esté mirando que cuando no se le esté mirando, porque a quien le estamos sirviendo y haciéndole las cosas es al Señor. Servicio al ojo en griego es *oftalmodoulía*, de *oftalmos*, ojo, (de donde viene oftalmólogo), y *doulía*, servicio, de *doulos*, siervo, esclavo. Significa que no debemos servir bien sólo mientras los demás nos estén mirando, eso es servir a la vista, servicios al ojo como para agradar a los hombres; y no se trata de agradar a los hombres, es para agradar al Señor. Hay hermanos que tratan de ser sinceros delante del Señor, y les agrada que tratemos estos temas en las reuniones de la iglesia; de nuestra responsabilidad como creyentes en nuestros negocios, en nuestro trabajo, en nuestras obligaciones familiares y laborales, en cumplir los horarios,

en no gastar el tiempo en ociosidades. Muchas veces hemos escuchado de personas que rehúsan darle trabajo o encargar algo a personas cristianas. No, yo no confío en "*evangélicos*"; me han quedado muy mal. ¡Qué pena con el Señor! Que porque somos evangélicos ya no nos dan trabajo; porque hay algunos irresponsables. Pero no debemos ser irresponsables, porque de ahora en adelante vamos a hacer las cosas bien, como para el Señor.

Nosotros somos los que debemos dar ejemplo de responsabilidad por encima de todas las personas. Vamos a ser los mejores mensajeros, los mejores ingenieros, los mejores profesores y artesanos; si cocinamos, a todo el mundo le agradará la comida, pues le hemos hecho una comida bien rica al Señor. Para que nadie diga: No, no puedo contratar a algún evangélico para que me haga algo; no quiero seguir perdiendo dinero. No se trata de agradar a los hombres. Agradar a los hombres se dice en griego *anthropareskoi*, de *anthropos*, hombre, y *aresk*, ser agradable, ser aceptable. Entonces yo quiero ser agradable a los hombres; que los hombres me acepten, que los hombres me aprueben; que digan: Mira, cómo lo hace. Pero no me acuerdo que es para el Señor para quien yo estoy haciendo algo; no es para agradar a los hombres. Aunque, claro, si yo con mi trabajo agrado a Dios, se supone que agrade a los hombres; el Señor me bendice para que también eso agrade a los hombres. A no ser que una persona sea muy exigente; sea más exigente que el Señor.

NO HAY NEUTRALIDAD

Los empleados deben obedecer a su empleador, como al Señor; y de eso vamos a dar cuenta. Lo dice la Palabra de Dios. «*Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. [8]Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos. [9]Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven*» (Ro. 14:7-9). No vivimos para cumplir el horario en el trabajo, ni para nuestro empleador, ni para tenerle pereza mañana lunes a la levantada temprano para ir al trabajo, etc., no; yo voy a cumplirle al Señor, porque todo lo que hago, lo hago para el Señor. Significa que no hay neutralidad; todo mi tiempo lo estoy

dedicando al Señor, y si lo empleo mal, le estoy fallando en mi tiempo al Señor. Si en donde trabajo, estoy haciendo algo no debido, eso se lo estoy haciendo al Señor; no hay neutralidad. No es decir: Señor, me siento ya hastiado de esto. Mis empleadores y jefes son unos negreros; me están exprimiendo estos faraones. Pero entonces el Señor nos dice: ¿Te parecen negreros tus patrones? Pues estonces tú pórtate como un buen esclavo de esos negreros, pues yo te voy a bendecir; incluso te puedo bendecir delante de ellos. Puedo hacer que halles gracia delante de ellos. Eso lo dice el Padre; y nosotros tenemos que estar felices, porque si yo lo hago bien, hermanos, Él bendice mi servicio, si hay un negrero que me quiere exprimir. Y de pronto, el Señor en su misericordia me da un respiro; porque Él ve que yo le estoy sirviendo a Él, y me dice: Yo no soy negrero. El Señor es precioso. Me agrada decirle: Señor: Soy tu siervo, soy tu esclavo; haz de mí lo que Tú quieras, pues todavía pienso que no estoy haciendo nada.

CONTROL DE CALIDAD

Los empleados deben realizar su trabajo con sinceridad, de corazón, pues ese trabajo hay que mostrárselo al Señor. Todos los planos que hacen Óscar, María Consuelo, Lisbeth, se los van a mostrar al Señor; todos los trabajos de nuestras hermanas que son abogadas, los que son médicos; los que son músicos van a presentar allá sus conciertos, pero tocan para el Señor. Señor, hoy mi concierto te lo voy a presentar a Ti; porque yo lo hago para Ti. ¡Qué precioso! Los empleados deben cumplir su trabajo esté o no el jefe, pues está el Señor. Los empleados deben hacer su trabajo de buena voluntad. Buena voluntad en griego es *eunoia*, de *eu*, bien, y *nous*, mente. Trabajar con buena mente, con gozo, con corazón alegre, con toda su mente, con toda su voluntad, con toda sobriedad y cariño.

Debemos hacer las cosas de buena calidad. ¿Saben quién es el que lleva el control de calidad? El Señor. ¿Y saben cuándo es que vamos a comprobar si la buena calidad fue aprobada o no? Cuando Él venga. Ven, mi hijita; ven, ven, mi hijito; vamos a ver. Yo soy quien te ha llevado el control de calidad en todos los años que te di en la tierra. Es muy diciente al respeto el siguiente versículo: «*Sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor, sea*

siervo o sea libre» (v. 8). Significa que los empleados deben saber que cuando hacen un buen trabajo recibirán una recompensa de parte de Dios; no solamente representa el sueldo que recibe uno aquí, que uno usa para los gastos de su existencia terrenal, pero también va a recibir una recompensa de parte de Dios. Al respeto veamos unas citas bíblicas. Primeramente el paralelo en Colosenses: «*Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; [24]sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. [25]Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas*» (Col. 3:23-25). Delante del señor, hermanos, cuando estemos frente a Él no habrá presidente de empresas, y no hay el que sirve los tintos, ni el jefe de sección, ni mensajero, ni nada; allí todos seremos iguales, pues Él no tiene acepción de personas. Y todo lo que hagamos, todo, hermanos, en el oficio que tú desempeñes, modesto a los ojos de los hombres o no, es para el Señor. Tenemos que tener muy en cuenta eso.

En una conversación que tenía el Señor con sus discípulos, después de referirse a la negación de nosotros mismos, de llevar la cruz cada uno, de perder el alma, y otras cosas, entonces les dice: «*Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras*» (Mt. 16:27). ¿Cuáles obras? Todas. Estamos aprendiendo hoy que se trata de todas nuestras obras, no solamente las eclesiásticas; es todo. Todo lo que aquí pensemos, hagamos, caminemos; todo. Si no hacemos las cosas para el Señor, si no las hacemos con responsabilidad, si no las hacemos de buena voluntad, con temor y temblor, con respeto, de todo eso vamos a dar cuenta, y entonces vamos a recibir lo justo. Porque es que a uno se le mete en la cabeza, y los hermanos así lo piensan, que sólo es el trabajo en la iglesia. Bueno, pienso que no tengo que rendirle ninguna cuenta al Señor, porque como no me han puesto a hacer nada. Pero en la Palabra no encontramos respaldo para ese modo de pensar; aquí dice que es todo.

BUEN SIERVO Y FIEL

Recordemos una vez más la cita de la carta de Pablo a los Corintios: «*Porque es necesario que todos nosotros compa-*

rezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (2 Co. 5:10). Nosotros tenemos la dicha, la bendición de que aún no hemos gustado la muerte; es posible que muchos en el más allá, en el Paraíso, estarán malhayando no haber hecho las cosas como Dios quiere que se hagan. Pero nosotros todavía estamos aquí, y las podemos hacer, con la ayuda del Señor. Si yo no tengo conciencia de cómo son las cosas conmigo, sí tengo el Espíritu, y tengo la oración, y tengo la Palabra, y tengo la oportunidad de decirle: Señor, guíame por tu Espíritu y muéstrame cuál es mi papel, cuál es mi intervención en la edificación de tu casa; quiero aprovechar el tiempo, ya no quiero seguir siendo un majadero en la vida; quiero entrar a trabajar con seriedad, con respeto y con responsabilidad contigo, para que el día que esté contigo, Tú me puedas decir: «*Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor*» (Mt. 25:23). ¿Que con esto mi carne se puede resentir? pues que se resienta. Debemos seguir con el Señor.

El Señor tuvo una mira, y ese objetivo fue hacer la voluntad del Padre. El Señor Jesús no se preocupó por su propia comodidad; no se preocupó por adquirir su propia casita en Jerusalén o Capernaum; ni se preocupó por negociar unos camellos para cabalgar Él y sus discípulos: Él vino hacer la obra del Padre. Treinta y tres años y medio trabajando, obedeciendo, para decirle: Padre, todo lo que diste que hiciera, he hecho. No quedó nada sin hacer. El Padre dijo: «*Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia*» (Mt. 3:17). El Padre se complacía en Jesús, porque veía que su Hijo hacía su voluntad. El Señor no se enredó en minucias de este mundo. También dice Pablo: «*Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano*» (1 Co. 15:58). ¿Qué tiene que ver un trabajo secular con la obra del Señor? Hermanos, cuando tú estás haciendo tu obra con responsabilidad en tu trabajo, en tu actividad, y tú lo haces bien sin que te preocupe si te miran o no, es posible que haya quién te esté observando, pues alguien te está mirando, y dice: esta persona tiene algo diferente; entonces tú allí estás predicando, estás haciendo la obra del Señor.

También Pablo le dice a los Gálatas: «*Porque cada uno llevará su propia carga.* [9]*No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos*» (Gá. 6:5,9). Para hacer la obra del Señor, no importa que lo que nosotros cosechemos aquí sean críticas y malos entendidos; y la carne te diga: ya no sigas porque te están criticando mucho; mira la nube de personas que no te quieren mucho; eso no importa. Sigamos adelante. Esto es una guerra; pero tenemos la victoria del Señor.

OBLIGACIONES DE LOS AMOS PARA CON SUS SIERVOS

Para terminar esta *perícopa*, miremos el verso siguiente: «*Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas*» (v. 9). Dice más de los hijos que de los padres, y dice más de los siervos que de los amos. ¿Por qué? Porque siempre surgen más conflictos de parte de los hijos; son los dolores de cabeza; y hay más problemas de parte de los empleados (los siervos) que con los amos. Entonces la palabra le dedica más espacio a los hijos que a los padres, y a los siervos que a los amos. Y por eso este solo versículo para los amos: «*Y vosotros, amos (**kurios**), haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas*». No significa que los amos deban servirle a los siervos. Tampoco es que vayan a hacer la labor de los siervos, pues son sus empleados. El empleador paga para que le trabajen, y para que lo hagan bien. Aquí de lo que se trata es que tanto el amo como el siervo, ambos reciben de Dios todas esas bendiciones sobrenaturales como creyentes; ambos están en la misma condición delante del Señor en Cristo. Si el amo está en lugares celestiales con Cristo, el siervo también lo está; haga lo mismo con él, dejando las amenazas.

Recuerden que antes tenían en las casas unos látigos terribles, con el cual le sacaban sangre a los esclavos por cualquier motivo baladí; y hasta los dejaban gravemente heridos en cama; y a veces hasta los mataban. Dejen ya la violencia, dejen ya ese trato con sus hermanos; ambos son siervos del Señor. En el tribunal de Cristo no habrá ni amo ni esclavo; delante del Señor todos somos iguales. «*Amos,*

haced lo que es justo y recto con vuestros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos» (Col. 4:1). El Señor es en verdad el único *Kurios*, y todos nosotros somos sus *doulos*.

En tiempos de Pablo, la mitad de la población del Imperio Romano era de esclavos. Si en el imperio había 120 millones, 60 millones era de esclavos de todas las razas. País que caía bajo el poder romano, era gente esclavizada por los romanos. Y comerciaban con las personas como comerciar con cualquier animal. Esclavo que llegara a cierta edad, buscaban salir de él. Ese era el trato que le daban a las personas. Pero llega Cristo y cambia las cosas, principiando por el corazón. Tenemos la carta a Filemón. Filemón era un anciano en la iglesia en Colosas, la cual se reunía en su casa; y seguramente Apia su esposa y toda su familia ya conocían al Señor; y Filemón tenía allí esclavos, y uno de ellos llamado Onésimo no había recibido a Cristo. Y parece que Onésimo le había estado robando a su amo de a poco. La misma palabra Onésimo significa útil.

Temeroso de un castigo severo o de la muerte, huye de la casa; y habiendo oído de Pablo, se fue hasta Roma donde lo encontró preso, pero con la compañía de Timoteo (con quien escribe las cartas de prisión), Lucas, Epafras y otros hermanos. Onésimo le contó la razón de haberse escapado de casa de Filemón. Pablo lo recibe con amor, le presenta a Cristo, Onésimo recibe al Señor. Pablo llega a amar al esclavo, pues la relación de Pablo con sus hijos espirituales era algo profundo, algo íntimo, y les dice: Ustedes son mi gloria, y llora por quienes conocen al Señor por medio de su prédica. Seguramente que Onésimo le era útil a Pablo sirviéndole en la prisión con corazón sincero, con amor; pero Pablo no lo podía retener, pues se trataba de un esclavo de otro hermano; sino que le escribe una carta a Filemón, diciéndole: Te mando a mi hijo Onésimo; trátalo como a mi hijo; te lo mando como mandarte mi corazón (según el griego); trátalo bien, pues es tu hermano, y te será muy útil; y si algo te robó, ponlo a mi cuenta. Oren para que yo pueda volver hasta ustedes. Onésimo no puso resistencia para volver a casa de Filemón, pues ya tenía a Cristo; ya no se sentía esclavo. Se fue amando a Filemón, y Filemón lo recibió; y la relación que hubo a partir de entonces entre aquel amo y su esclavo fue diferente, porque ya los estaba uniendo el Señor Jesús. Y cuando realmente llega el Señor

Jesús a un corazón, esa persona ya no se siente amo de nadie, y tampoco se siente esclavo de nadie. Y aunque esté sirviendo a alguien externamente, lo hace con alegría, sabiendo que le está sirviendo al mismo Señor

Entonces el amo, o el creyente que tiene bajo su cuidado empleados y servidores, debe tratarlos con dignidad, con bondad, con respeto y con honor; porque eso es tratarlos como se desprende de nuestra relación con Cristo. En la iglesia nadie crea que es superior a otro; todos miremos a los demás como superiores a nosotros mismos, y veremos cómo el Señor nos va a bendecir. Oramos dándole gracias al Señor.

17

LUCHA DE LA IGLESIA CONTRA EL ENEMIGO DE DIOS

«*Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne;* [4] *porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas,* [5] *derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo,* [6] *y estando prontos para castigar toda desobediencia, cuando vuestra obediencia sea perfecta*» (2 Co. 10:3-6).

FIRMES EN LA VICTORIA DE CRISTO

Vamos a estudiar hoy esta parte de la carta del apóstol Pablo a los Efesios donde se introduce en el estudio de la armadura del cristiano, donde habla de la lucha de la Iglesia contra el enemigo de Dios. Pero en esta parte sólo vamos a ver tres versículos 10,11 y 12 de Efesios 6 para adentrarnos por el precioso Espíritu de Dios en lo que el Señor nos enseñe en esta noche.

«*Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza.* [11] *Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo.* [12] *Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*» (Ef. 6:10-12).

Recuerden lo que dijimos al comienzo del estudio de la carta acerca de un comentario que hace el hermano Watchman Nee en un libro de su autoría titulado «*Sentaos, andad, estad firmes*». Aquí dice: «*Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza*». Nosotros, como guerreros de Dios, entramos en una permanente lucha y permanente enfrentamiento con el enemigo, y debemos estar firmes en esa posición donde está Cristo. Hemos leído que el enemigo con sus huestes está en las

regiones celestes; pero Cristo está por encima de esas regiones celestes; y allí donde está Cristo estamos nosotros también posicionados.

A veces pensamos que debemos enfrentarnos al enemigo con fuerzas carnales; pero si nosotros nos enfrentamos con fuerzas carnales, estamos totalmente perdidos. Sobre eso hay mucha ignorancia en el cristianismo; a veces pienso que el enemigo se ríe de tanta payasada y ritualismo inoficioso que se ha introducido en el cristianismo, como por ejemplo eso de estar dando patadas al piso dizque para aplastar al enemigo. Incluso hay congregaciones de un fanatismo de extrema ignorancia, que llegan hasta usar de violencia tratando de exorcidar a presuntos poseedores de demonios. Recuerdo haber leído hace años en *El Desafío*, un periódico cristiano de Bogotá, de cómo en una congregación rural de los Llanos Orientales, los creyentes, en un prolongado ayuno, tratando de sacarle demonios a un hermano, lo golpearon hasta con garrotes de tal manera que lo mataron y, claro, fueron a la cárcel los responsables.

EL DINAMISMO DE DIOS

La Palabra de Dios no respalda esos medios. La Palabra de Dios dice: «*fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza*»; es poder de Dios para luchar, porque la guerra que libra la Iglesia es de una dimensión cósmica; es una guerra que va más allá incluso de nuestros sentidos. Para poder entrar a luchar en esta guerra tenemos que ser entrenados y armados con la panoplia de Dios. Por la Palabra y porque se ha dado en la historia de la Iglesia, todo armamento diferente no produce resultados positivos, sino daño a la Iglesia del Señor con mal testimonio. Cuando leemos *fortaleceos*, o siempre que uno lee en la Palabra acerca del poder, de la fuerza, de la energía que nosotros necesitamos, debe ser algo de Dios; ese fortaleceos en griego es *endunamousthe*; de *endunamoo*, hacer fuerte (*en*, en; *dunamis*, poder), de donde viene dinamo, dinamismo; que seamos fortalecidos con un poder sobrehumano, un poder que no tenemos los humanos ordinariamente; eso significa fortalecerse internamente, ejercitar la voluntad con firmeza. Hay que ejercitar la voluntad; nosotros no podemos estar pasivos; hay mucha gente que entra en una pasividad perniciosa, de tal manera que llegan a decir: No, Dios lo hace todo. Pero,

hermanos, Dios no lo hace todo; Él actúa con nosotros; Él nos da el poder, Él nos da su dinamismo, Él nos da su energía para que nosotros podamos entrar a la lucha, pues la lucha es permanente. Claro, no nos olvidemos que en la historia no solamente el ataque es contra ti y contra mí a nivel personal, sino que el ataque va dirigido contra la Iglesia para acabarla. Claro que también ataca a nivel personal, pero su mayor ataque, el más importante, es a nivel corporativo, a nivel de todo el organismo de la Iglesia; el demonio ha querido acabarla, porque tiene huestes poderosas para hacerlo; pero más poderoso es Dios.

EL GUERRERO DE DIOS

Por eso, hermanos, leemos: «*fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza.* [11] *Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo*». En esta sección la Iglesia es vista como un guerrero. Ya hemos visto en esta carta cómo la Iglesia es el cuerpo de Cristo; cómo la Iglesia es la esposa de Cristo (aunque a los ojos humanos seamos aún la novia), cómo la Iglesia es la casa de Dios, cómo la Iglesia es la familia de Dios, cómo la Iglesia comprende a todos los hijos de Dios, cómo la Iglesia es el edificio de Dios, cómo la Iglesia es el templo vivo del Dios vivo, cómo la Iglesia es la labranza de Dios, pero la vemos como el guerrero de Dios; las huestes de Dios en Cristo. Entonces para entrar en esa lucha, Dios provee esa armadura a su guerrero, que es la Iglesia; Él le provee esa panoplia; pero hay una cosa que debemos tener en cuenta, y es que Dios nos proporciona la armadura, pero no nos la pone; porque ahí dice: «*Vestíos de toda la armadura de Dios*» (v. 11). Luego nosotros somos los encargados de ponérnosla, de colocárnosla, de armarnos con lo que Él nos da; Él no nos la va a colocar; y una vez armados es como podemos estar firmes contra las acechanzas del enemigo; es decir que nosotros debemos ejercitar la voluntad en fe para nosotros irnos colocando esa armadura. Es todo un equipo; no es solamente una parte de ella; la panoplia es todo, como lo vamos a ver Dios mediante en el próximo estudio.

La panoplia comprende el cinto de la verdad, la coraza de justicia, el calzado del evangelio, el escudo de la fe, el yelmo de la salvación, la espada del Espíritu. Nosotros debemos estar armados con toda la panoplia de Dios; necesitamos

vestirnos del equipo completo. La panoplia era el equipo completo utilizado por la infantería pesada en los ejércitos antiguos griegos y romanos. Ellos iban armados conforme lo detalla Pablo aquí, pues cuando el apóstol escribía esta carta, a su lado estaban uno o varios soldados custodiándolo; entonces Pablo iba mirando al soldado e iba escribiendo esta parte de la carta, describiendo la panoplia de Dios.

ARMAMENTO ESPIRITUAL

Necesitamos, pues, tanto el poder como la armadura de Dios. «*Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; [4]porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, [5]derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo, [6]y estando prontos para castigar toda desobediencia, cuando vuestra obediencia sea perfecta*» (2 Co. 10:3-6). Cuando uno, como cristiano y guerrero de Dios, milita según la carne, está acabado. Todos los humanos somos muy frágiles, y estamos expuestos a las necesidades, limitaciones, penas y aflicciones de esta vida como mortales; de manera que hay hermanos muy sensibles que no se aguantan ni una mala mirada, real o aparente, de otro hermano, y muchos menos un desprecio, real o aparente, y responden con los dictados de la carne; es decir, con la misma moneda. Ahí se está equivocando totalmente. La vida cristiana es como una milicia, y las armas del creyente son espirituales, poderosas en Dios para enfrentar enemigos espirituales, para destrucción de fortalezas diabólicas. Detrás de todos los que se oponen a Dios y a su Cristo, detrás de todos los que se oponen al Evangelio, detrás de todas esas personas y organizaciones antagónicas están los poderes malignos invisibles de Satanás.

Nuestro armamento de Dios es para destrucción de fortalezas. Toda esa lucha contra esos argumentos comienza en la mente; el evangelio se va predicando, y del enemigo salen raciocinios prejuzgados para oponerse a la Palabra de Dios. Incluso Satanás quiere adentrarse en nuestra mente, y hacerla un campo de batalla. Ahí es donde entra el diablo a susurrarle a los hermanos todo el daño que él quiere hacer a la Iglesia. Ninguna persona da un solo paso si antes no lo

piensa, sea bueno o sea malo; por eso es que la Palabra insiste en que nuestro pensamiento sea renovado, que nuestra mente sea santificada, que nuestra mente experimente una metamorfosis en Cristo por Su Espíritu. Por eso es que históricamente se ha comprobado la inutilidad de discutir con los incrédulos interponiendo razones teológicas, humanísticas, dialécticas y filosóficas. La auténtica armadura de Dios rechaza todos esos argumentos, pues el Espíritu Santo no las necesita. Todo lo sencillo de Dios es un escándalo para el orgullo del hombre no regenerado.

La armadura de Dios es dada a la Iglesia, es dada al cuerpo de Cristo; el cuerpo de Cristo necesita la armadura de Dios. Nosotros estamos militando en una etapa especial de la Iglesia, que es la visión del cuerpo. ¿Por qué? Porque la Iglesia es un guerrero corporativo; la batalla la libera el cuerpo; la batalla no necesariamente la liberamos los individuos, sino el cuerpo como un ejército organizado; la iglesia es la que está al frente batallando contra el enemigo de Dios. Nosotros estamos firmes en el lugar de victoria, pero el enemigo no quiere vernos en ese lugar de victoria. Por eso los creyentes debemos procurar cierta madurez espiritual.

Quiero también hacer una claridad, y es que la Iglesia no necesariamente está a la ofensiva, no; la iglesia está a la defensiva, y eso se debe a que la Iglesia ya tiene la victoria. Como lo vamos a ver en el próximo estudio, esa *espada del Espíritu* (gr. *mákhaira*) que aparece en el versículo 17, es una espada más bien corta, un arma defensiva; es como especie de una daga para el combate cuerpo a cuerpo, como la bayoneta que calaban nuestros soldados en los fusiles para la defensa al agotarse la munición. El enemigo ya está legalmente derrotado, y no puede sacarnos de nuestra posición de victoria en Cristo. De manera que el soldado romano usaba también esta *mácaira* para defenderse, y no necesariamente para atacar. Sí hay espadas para atacar, como la que usa el Señor en la carta apocalíptica a Pérgamo; es una espada larga (gr. *rhomphaía*) para dividir lo que allí se estaba uniendo (Ap. 2:12,16) que sale de la boca del Verbo de Dios (Ap. 19:15). Pero la espada que usa en Efesio 6:17 es una daga, una espada corta de defensa. ¿Por qué? Porque la Iglesia está en un lugar firme, en lugares de victoria, en lugares celestiales. De ahí la quiere derribar el demonio; pero «*las puertas del Hades no prevalecerán*

contra ella» (Mt. 16:18b).

Pablo también presenta a la Iglesia como un ejército en Timoteo: «*Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo.* [4]*Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado*» (2 Ti. 2:3-4). «*He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe*» (2 Ti. 4:7).

SENTAOS, ANDAD, ESTAD FIRMES

Hagamos rápidamente un recorderis. Conforme el capítulo 2 de la carta a los Efesios, nosotros estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales participando de todos los logros que el Señor ha conquistado. Esos logros los tiene el Señor a su favor; ya lo logró en la Cruz del Calvario, en la resurrección y ascensión. Incluso el mismo diablo fue juzgado por el Señor. Nosotros estamos en esa posición de victoria con Cristo; nosotros no tenemos que estarle temiendo a Satanás. Luego estando ya en esa posición, debemos andar; de esa posición depende nuestro andar, nuestra actividad, y debemos andar como su cuerpo en la tierra, cumpliendo el propósito eterno de Dios, como lo hemos estudiado en la parte práctica de la carta, conforme los capítulos 4 y 5. Hemos visto cómo debe andar el cristiano en todas las cosas. Y ahora ya estamos viendo la parte de estar firmes en el poder de Dios; estamos en los lugares celestiales, haciéndole frente al enemigo de Dios.

ES MAYOR EL QUE ESTÁ EN NOSOTROS

El enemigo de Dios desde Génesis está batallando para que todo lo de Dios se venga al suelo, y con la pretensión de que él es quien va a dominar; pero cada día vemos que Dios tiene la completa soberanía de toda la creación. Dios es soberano en toda su creación. Dios ha tenido mucha paciencia en la historia; Él ha tenido que soportar muchas cosas, pero la victoria siempre la tiene el Señor. El diablo ha usado y usa muchas intrigas, pero esas intrigas sólo pueden ser enfrentadas y vencidas por un poder mayor del que tiene el diablo. Dios tiene más poder que el diablo. Dios es todopoderoso; y el poder del diablo es limitado. «*Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo*» (1 Jn.

4:4). Estamos en victoria; no estamos en derrota; pero nosotros para luchar tenemos que tener en cuenta, que sólo lo podemos hacer con un poder superior que solamente nos lo da el Señor. En el Antiguo Testamento también lo afirma. En la ocasión cuando las tropas reales sirias sitiaron a Dotán, donde se encontraba el profeta Eliseo, y ante la inquietud de su siervo, «*El le dijo: No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos.* [17]*Y oró Eliseo, y dijo: Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea. Entonces Jehová abrió los ojos del criado, y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Eliseo*» (2 R. 6:16-17). El profeta se encontraba seguro y firme en el Señor, pero su criado se inquietó sobremanera. Pero son más los que están con nosotros que los que están buscando nuestro mal.

A veces nosotros pensamos que estamos perdidos en alguna situación; pero no, no lo estamos. Estamos perdidos si nosotros nos damos por perdidos; pero si nosotros confiamos en el Señor, y sabemos que estamos con el Señor, no estamos perdidos. «*Esforzaos y animaos; no temáis, ni tengáis miedo del rey de Asiria, ni de toda la multitud que con él viene; porque más hay con nosotros que con él.* [8]*Con él está el brazo de carne, mas con nosotros está Jehová nuestro Dios para ayudarnos y pelear nuestras batallas. Y el pueblo tuvo confianza en las palabras de Ezequías rey de Judá*» (2 Cr. 7,8). Y es el mismo Dios que ahora está con nosotros. Claro, no hay que ignorar las maquinaciones del demonio; él quiere que las ignoremos; pero si no las ignoramos ya hemos ganado, como se dice, media batalla. No ignoremos las maquinaciones del maligno. «*Y al que vosotros perdonáis, yo también; porque también yo lo que he perdonado, si algo he perdonado, por vosotros lo he hecho en presencia de Cristo,* [11]*para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones*» (2 Co. 2:10-11). Perdonar en Cristo para ganarle ventaja al diablo. Si tú no perdonas a un hermano que te ha ofendido, cuando quieres darle una “lección” a un hermano, el diablo está feliz; pero si tú lo perdonas y lo abrazas, con eso le estás dando un golpe de derrota al demonio; le estás dando en la cabeza. Gloria al Señor. A nosotros nos quiere envolver la carne; pero ahí está el Señor dentro de nosotros, y Él cada día está creciendo en nosotros.

Personalmente quiero que el Señor crezca cada día más dentro de mí, y que mi yo, con esta carne perniciosa, vaya muriendo en virtud de la muerte del viejo hombre que fue provista (cf. Ro. 6:6; Ga. 2:20; 6:14).

UN REINO DE LAS TINIEBLAS

Miremos ahora cuál es el verdadero enemigo que enfrentamos. «*Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*» (Ef. 6:12). Ya hemos visto que debemos estar firmes contras las acechanzas del diablo. Nuestra lucha no es contra personas humanas. No tenemos lucha contra los hermanos, ni contra nuestros parientes, ni contra nuestros compañeros de estudio o de trabajo; no tenemos lucha contra nuestros vecinos, sino contra el diablo.

Cuando Satanás aparece en el Edén, lo hace en la forma de una «inofensiva y humilde» serpiente; pero se fue dando la revelación divina, y vemos aquí revelado ya no una serpiente, sino una poderosa organización espiritual de las tinieblas; y esa serpiente hoy ya es un dragón. «*Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; [8]pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. [9]Y fue lanzado fuera* ***el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás****, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él*» (Ap. 12:7-9). Con este conocimiento, es ridículo que nosotros nos estemos peleando unos con otros; porque ¿quién es el enemigo de la Iglesia? Satanás. Y el diablo ha estado interesado en que los hijos de Dios se estén peleando desde los primeros tiempos de la Iglesia. «*Porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? [4]Porque diciendo el uno: Yo ciertamente soy de Pablo; y el otro: Yo soy de Apolos, ¿no sois carnales? [22]Sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, [23]y vosotros sois de Cristo, y Cristo de Dios*» (1 Co. 3:3-4,22-23). Estar peleando con los hermanos, estar disgustando con los hermanos, estar

discutiendo con los hermanos, es síntoma de que se es carnal, no se ha crecido espiritualmente, no se tiene nada de creyente espiritual. Diciendo algunos; Yo soy pentecostal, yo soy bautista, y yo cuadrangular, ¿no sois carnales? ¿Para qué vamos nosotros a tomar partido por alguien? Somos de Dios. No tomemos partido, hermanos. Ya lo hicimos por el Señor. Aleluya.

EL REINO SATÁNICO EN LA HISTORIA

El enemigo de Dios lidera un reino de las tinieblas; la Biblia habla de ese reino en muchas partes; y Dios por Cristo nos ha sacado de ese reino de las tinieblas al reino de su luz admirable. «*El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo«* (Col. 1:13). *"Y si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿**cómo, pues, permanecerá su reino**?*» (Mt. 12:26). Ese reino de las tinieblas es una cosa bien organizada; hay una jerarquía satánica en las regiones celestes. Por ejemplo, en Daniel 10:20 podemos ver dos grandes príncipes de esa jerarquía de las tinieblas. «*El me dijo: ¿Sabes por qué he venido a ti? Pues ahora tengo que volver para pelear contra el príncipe de Persia; y al terminar con él, el príncipe de Grecia vendrá*» (Dn. 10:20). ¿Quiénes eran esos príncipes? Eran unos altos jerarcas espirituales, diabólicos, de las tinieblas, que estaban ejerciendo y manipulando el poder en el histórico imperio persa, el cual, conforme ha sido revelado por Dios, fue vencido y reemplazado por otro príncipe de las tinieblas, el de Grecia. Cada imperio histórico mundial: el egipcio, el asirio, el babilónico, el persa, el griego, el romano, y el que vendrá con el anticristo, han sido, son y serán regidos desde las tinieblas por su correspondiente príncipe diabólico; príncipes satánicos que se han sucedido en la manifestación sucesiva de las siete cabezas del dragón, Satanás. Cada príncipe espiritual invisible ha manifestado su poder visible a través del poder histórico de esos grandes imperios: Egipto, Asiria, Babilonia, Medo-Persia, Grecia, Roma y el reino mundial del último emperador, el anticristo.

Tenemos, pues, que Alejandro Magno, el macedonio, vence a los persas, y en pocos años domina el mundo y establece el dominio griego sobre toda la civilización, pero quien de veras gobierna es el mismo diablo a través de una de sus cabezas, a la que la Biblia le llama el príncipe de

Grecia, un poderoso lugarteniente de Satanás. El mundo veía a Alejandro, pero en realidad todo estaba dirigido tras bambalinas por un gran príncipe diabólico que era el príncipe de Grecia, el cual contaba a su vez con una gran organización jerarquizada de demonios a su servicio y a su mando. Vemos, pues, que Satanás, que es el príncipe de este mundo (*cfr*. Jn. 12:31; 14:30 16:11), tiene una organización terrible. Y dentro de esa organización hay especializaciones: unos para la política, otros para la violencia, otros para la prostitución, otros para la drogadicción, otros para la idolatría, otros para las falsas doctrinas, otros para el homosexualismo, otros para la pornografía, otros para el engaño, otros para dividir la Iglesia, etc. Son seres satánicamente energizados; tienen un poder de las tinieblas; pero sucede que Cristo y la Iglesia tienen más poder que la totalidad de esa organización.

TRIUNFO DE CRISTO SOBRE SATANÁS

Satanás fue juzgado en la cruz. «*Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera.* [32]*Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo*» (Jn. 12:31,32). Mirando los evangelios, vemos que Jesús jamás niega el hecho de que Satanás tiene poder sobre el mundo actual y malvado (*cfr*. Mt. 4:8-10; Lc. 4:5-8); pero en la cita de Juan 12:31 Jesús anuncia su triunfo sobre Satanás y la certeza de la terminación de su reino terrenal.

Y nosotros tenemos que tomar conciencia de eso; a esos poderes no se les vence dando patadas a la tierra, o extendiendo las manos hacia los cuatro puntos cardinales, pues Satanás ya está vencido. La muerte y resurrección de Jesús tuvo su efecto en la derrota de Satanás; y no sólo eso, sino que también hizo posible la redención del hombre; de manera que la victoria de Cristo es también la victoria de los redimidos. Nosotros ahora ocupamos esa posición y no nos la dejamos arrebatar porque tenemos el poder de Dios y tenemos la armadura de Dios.

Esa lucha ha traspasado los linderos espirituales y se ha manifestado en la historia de la humanidad, lo cual empezamos a ver revelado desde Génesis 3:15: «*Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar*». Esa enemistad se ha perpetuado; Satanás ha querido

siempre arruinar el cumplimiento del propósito de Dios; incluso se ve en la historia de Israel; se vio cuando Herodes quiso atentar contra la vida de Jesús en su niñez, y muchos otros casos; pero en la cruz llegó el momento histórico en que se le dio cumplimiento a este cruce de heridas. Pero ya el enemigo de Dios no se trata de una sencilla serpiente, sino de una poderosa organización satánica. «*Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*» (Ef. 6:12). También lo leemos en Colosenses 2:14,15: «*Anulando* (Cristo) *el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz,* [15]*y* ***despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz***». Ya Cristo triunfó sobre Satanás, sobre todas sus huestes, sobre todos esos príncipes satánicos y sobre todos sus subalternos. Satanás actúa y ejerce su poder pero en cumplimiento de la voluntad permisiva de Dios para fines específicos. «*Y se le permitió hacer guerra contra los santos, y vencerlos. También se le dio autoridad sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación*».

LAS SUTILEZAS DEL ENGAÑO

Satanás es muy sutil, hermanos; él obra encubiertamente; él no da la cara, obra con engaños. Muchos han apostatado y muchos apostatarán de la fe. ¿Por qué? Porque le ponen atención a los espíritus engañadores; no le ponen atención a la Palabra, no se centran en la Palabra de Dios; no se centran en este tesoro que Dios nos ha dejado. Nosotros tenemos que medirlo todo por la Palabra. Pero hay espíritus muy duchos en el engaño y en el enredo, y se topan con hermanos muy curiosos, y andan tras doctrinas atractivas. La Palabra de Dios nos lo advierte: «*Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios;* [2]*por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia,* [3]*prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad*» (1 Ti. 4:1-3). Todo eso y mucho más ha ocurrido en la historia de la Iglesia, y está

ocurriendo en este momento. «*Porque éstos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. [14]Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. [15]Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras*» (2 Co. 11:13-15). Sigue diciendo la Palabra: «*Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo*» (1 Jn. 4:1).

Nosotros debemos conocer la verdad. En estos días veíamos cómo allá en Juan 8:31-32 dice: «*Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; [32]y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres*». La verdad es Cristo, la verdad es su Palabra, la verdad es que nosotros seamos guiados por el Espíritu al Señor Jesús; debemos ser cristocéntricos; no nos debemos salir de la verdad. El Señor es la verdad. «*Jesús le dijo: Yo soy el camino, y **la verdad**, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*» (Jn. 14:6). Cuando el Espíritu Santo entra a nosotros, hermanos, nos hace libres; nos va liberando de toda mentira satánica, y ese espacio lo va llenando con Su verdad, con la verdad de Cristo.

LAS JERARQUÍAS SATÁNICAS

Hermanos, analicemos un poco esas palabras que corresponden a esos grados jerárquicos satánicos en el reino de las tinieblas, que constituyen las fuerzas antagónicas de la Iglesia del Señor, que aparecen en Efesios 6. «*Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes*» (Ef. 6:12).

Los ***principados*** son los primeros, los principales (gr. *arke*), como los príncipes de Persia y Grecia que hemos visto en Daniel. son seres supramundanos dotados de fuerza y dominio para ejercer su poder con los gobernantes y las naciones. Satanás es el príncipe de la potestad del aire; él es el dios de este mundo. «*En los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, **conforme al príncipe de la potestad del aire**, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia*» (Ef. 2:2). «*En los cuales **el***

dios de este siglo *cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios*» (2 Co. 4:4).

Las ***potestades*** (gr. *exousías*) de las tinieblas son seres angelicales con poder de acción que se meten en todas las esferas que le sean abiertas. Esas potestades obran basados en leyes espirituales. Primeramente con la voluntad permisiva de Dios, Dios permite esto, Dios permite aquello; pero si tú les abres las puertas, ellos aprovechan; pues si no le abrimos las puertas, ellos no tienen poder para entrar; es cuando uno les permite que se enreden en la vida de uno. Pero nosotros no debemos abrirles esferas a los demonios; no debemos darle lugar al diablo, como dice la Palabra; nosotros no debemos cederle terreno a Satanás para que él aproveche y haga de las suyas y actúe en contra de la Iglesia. Tengamos la certeza de que tenemos un enemigo bien organizado, que tiene sus poderes. El diablo quiere que nosotros lo ignoremos; pero nosotros debemos actuar sin temerle y sin ignorarlo; estar siempre firmes en la victoria de Cristo. Si notas que te está atacando de alguna manera sutil, pues tú se lo dices: Satanás, estás vencido por la sangre que derramó Cristo en la cruz del Gólgota (cf. Ap. 12:11). No te vayas a ir en contra de tus parientes ni hermanos en la fe; ahí está el diablo queriéndolos usar a ellos.

Los ***gobernadores***, los dominadores de este mundo de tinieblas. En el griego no dice gobernadores de las tinieblas de este siglo, sino gobernadores de este mundo de las tinieblas, pues en griego es una sola palabra, *kosmokrator*, de *cosmos*, mundo, siglo, y *cratos*, poder, los que comandan en las tinieblas; están cegando a la gente; ellos tienen poder sobre este mundo de tinieblas. Van guiando a la gente, pero nadie ve por dónde es guiado y hacia dónde es guiado; son potestades universales de las tinieblas. Nosotros vemos a las personas humanas, vemos a la gente; pero acordémosnos de no ver tanto a las personas; veamos lo que hay detrás de esos sistemas, veamos lo que hay detrás de esos hechos. Detrás de todo lo que está ocurriendo, veamos a esos gobernadores de este mundo de tinieblas. Estos seres son potencias espirituales que están obrando bajo la voluntad permisiva de Dios. ¿Por qué Dios les permite obrar así? Como consecuencia del pecado mismo del hombre se le abrieron todas esas puertas a estos gobernadores de las tinieblas, quienes ejercen una autoridad satánica, una

autoridad hostil sobre el mundo en su actual condición de tinieblas espirituales y de independencia de Dios.

En el Edén, la serpiente le indujo esa independencia de Dios a Eva. Eva, lo que sucede es que sabe Dios que el día que tú comas de este fruto, del árbol de conocimiento del bien y del mal, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal (cf. Gn. 3:1-6). Con eso también le quería decir: Si tú comes, te acercas más a Dios, porque serás como Él. Satanás trató de enredar a Eva, y ella fue engañada creyendo que comiendo de ese fruto se acercaba más a Dios. Entonces el diablo le sembró al hombre la semilla de la independencia de Dios, y ahora el hombre es muy independiente. Cuando a alguien se le va a hablar del Señor Jesús y del Evangelio, a veces piensan rehuir para no perder su independencia. Los hombres no quieren nada con Dios pensando que pueden quedar bajo una sujeción.

Las ***huestes espirituales*** de maldad en las regiones celestes constituyen toda esa maya de demonios que forman el ejército del diablo; los que andan por ahí obedeciendo las órdenes de Satanás, engañando a todo el que puedan engañar. Y por eso es que hay maestros falsos, como lo leímos en 1 Timoteo, y maestros engañados. Hay maestros fraudulentos, y hay también maestros que han sido engañados; es posible que se hayan deleitado escuchando doctrinas que los van apartando de la verdad central bíblica, ese depósito que nosotros hemos recibido del Señor.

DISCERNIENDO EL ENGAÑO

Debemos pedirle al Señor que perfeccione en nosotros el discernimiento indispensable para detectar al maestro y a su enseñanza. No necesariamente al maestro se le puede juzgar por su carácter, sino, y sobre todo, por la Palabra y su actitud hacia la cruz expiatoria. La Palabra de Dios es la que nos da acertada claridad acerca de lo que estamos recibiendo; si lo que se nos enseña está de acuerdo con la Palabra de Dios o no. Tenemos que tener un discernimiento bíblico sobre si el maestro es bíblico y está centrado en la cruz expiatoria de Cristo; si el maestro está dirigido por el Espíritu hacia lo que enseña la Palabra acerca de la obra del Señor. Cuando el maestro no es falso es porque es guiado por el Espíritu y la Palabra, es porque mira la cruz de Cristo, es

porque está claro en los preceptos centrales y fundamentales de la Palabra, la Trinidad de Dios, la encarnación del Verbo de Dios, la obra expiatoria del Hijo de Dios, la resurrección del Señor, la glorificación de Cristo. El diablo no quiere nada con la encarnación del Verbo; el diablo no quiere que nosotros nos centremos en la encarnación, en la expiación, en la resurrección, en la glorificación de Cristo. Nosotros tenemos que tener eso bien claro.

Hoy muchos maestros y predicadores están dejando a un lado la enseñanza de la cruz; esa enseñanza la han ido cambiando por la famosa teología de la prosperidad. Están guiando a los creyentes hacia un camino fácil, de prosperidad económica, nada de sufrimiento, a echar raíces en esta tierra donde la verdad bíblica dice que somos peregrinos.

Debemos tener mucho cuidado y conocimiento acerca de que el diablo ataca nuestra mente, como lo hemos visto en 2 Corintios 10:3-6, y ciega el entendimiento de las personas en general para que no conozcan el evangelio (cf. 2 Co. 4:4). Por eso es que la mente debe ser renovada por Dios. «*Y renovaos en el espíritu de vuestra mente*» (Ef. 4:23). La Palabra reitera que Satanás fecundará sus "enseñanzas" y doctrinas por medio de señales y maravillas, a fin de que el mundo le crea al mismo diablo. «*Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos*» (Mt. 24:24). «*Inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, [10]y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos*» (2 Ts. 2:9-10). El mundo está encaminado a eso, hermanos.

ATAQUES SATÁNICOS A LA IGLESIA EN LA HISTORIA

Vamos a relacionar los principales ataques de Satanás a la Iglesia del Señor en la historia; desde que la Iglesia comenzó en el día de Pentecostés. No podemos abarcar todo, pero por lo menos vamos a citar los más prominentes en cada período. Recuerden que las siete cartas de Apocalipsis 2 y 3 son siete períodos de la Iglesia; son siete profecías para la Iglesia que han tenido cumplimiento desde el día de Pentecostés hasta la segunda venida gloriosa del Señor. Esos períodos son los siguientes:

PRIMER PERÍODO. IGLESIA PRIMITIVA: ÉFESO

Miremos rápidamente cómo atacó el diablo a la iglesia del primer siglo, la que corresponde a la carta a Éfeso. Nosotros podemos ver en el libro de los Hechos, que desde que la Iglesia se inicia ya hay ataques de parte de los líderes religiosos de Israel. En el capítulo 15 aparece el problema de los judaizantes; creyentes de raíces judías interesados en que los cristianos de origen gentil también cumplieran la ley mosaica para salvación por ella, y se apartaran de la gracia en Cristo hacia Moisés. Hubo también un conato de división de la iglesia en la localidad griega de Corinto, cuando los hermanos, niños aún espiritualmente, estaban tomando partido, y unos decían que eran de Pablo, otros que eran de Pedro, otros de Apolo y otros de Cristo; también habla de las obras de los nicolaítas (cf. Ap. 2:6); todavía no se trata de un dogma, pero sí empezaban a manifestarse algunas acciones de personas que estaban interesadas en que la iglesia se dividiera entre clero y laicado.

Ebionitas. Hubo también un movimiento conocido como los ebionitas, que estaba compuesto por judaizantes que negaban la divinidad y el nacimiento virginal de Jesús, e insistían en que los discípulos debían quedar dentro del redil del judaísmo. Además del Antiguo Testamento, solamente consideraban Palabra de Dios parte del Nuevo; y otras cosas. Hoy en día estamos viendo que ha brotado el *ebionismo* en corrientes judaizantes conocidas como los mesiánicos, los cuales están a su vez divididos.

Docetismo. Se caracterizaba el docetismo porque decían que el Verbo de Dios realmente no se hizo carne, sino que su humanidad solamente era en apariencia (del gr. *dokeo*, parecer); que Jesús era un hombre sólo en apariencia; de manera que al negar la encarnación del Verbo de Dios, echaban por tierra la expiación, y también de paso niegan la resurrección.

Gnosticismo. Ya desde la iglesia del primero siglo aparece el movimiento del gnosticismo; tratar del gnosticismo necesita mucho tiempo, pero lo podemos resumir diciendo que el gnosticismo es un movimiento supremamente sincretista, de raíces panteístas; su origen se profundiza en filosofías griegas como el platonismo, mezcladas con religiones orientalistas. Todavía existen esas doctrinas gnósticas alimentando las corrientes de la Nueva Era. Para

ellos Jesucristo no es el Hijo de Dios, sino apenas uno los *eones*, es decir, una serie jerarquizada de seres que dizque emanan de Dios y que existen intermediando entre Dios y el mundo material, y, claro, los que estaban más cerca de Dios eran más conspicuos, como más espirituales, como más "*teodisados*"; de manera que para ellos Jesucristo es uno de los que se acercan más a Dios, pero que no es el Hijo de Dios. Hay más aberraciones que ellos declaran.

SEGUNDO PERÍODO. IGLESIA SUFRIENTE: ESMIRNA

En este período de la Iglesia el ataque fue muy fuerte; violentamente mataron muchos hermanos; en esa carta habla de las grandes diez persecuciones que manipuló Satanás a través del Imperio Romano a fin de acabar con la Iglesia, pues el diablo en esos siglos se manifestó ferozmente como un león rugiente. También en esa época los judíos denigraban del Señor y de la Iglesia, y acusaban a los hermanos ante las autoridades del Estado, y el Señor los nombra como los que se dicen ser judíos y no lo son, y el Señor les llama sinagogas de Satanás.

Sabelianismo. En el período de Esmirna también surge en el siglo III una nueva herejía, el sabelianismo, que ha hecho mucho daño en la historia de la Iglesia. Su nombre se debe a Sabelio, de origen africano, quien vivió e influyó en Roma en tiempos de Ceferino, obispo de Roma. Sabelio negaba la distinción de las Personas (gr. *prosopon*) divinas en la Trinidad, diciendo que el Padre nació como la persona del Hijo, y que no fue el Hijo sino el Padre quien sufrió la pasión; por eso también se le llama *patripasionismo*. De esa manera el sabelianismo está negando prácticamente a Jesucristo, al negar la persona del Hijo. Esta herejía se ha perpetuado y hoy se manifiesta en los llamados unitarios, "*Jesús solo*", de la Iglesia Pentecostal Unida. También hay influencias y manifestaciones sabelianistas en otras corrientes del cristianismo actual.

Maniqueísmo. Su nombre viene de Manes o Maniqueo (216-276), de origen persa, quien se dedicó a perfeccionar las enseñanzas de Zoroastro y mezclarlas con las del cristianismo y el judaísmo, sacando de eso la dualidad del bien y del mal, uno de luz y otro de tinieblas, con igual origen y similares poderes; rechazaban a Jesús, y sin embargo Manes declaraba de sí mismo ser el Paráclito prometido por

el Señor Jesús; también se decía apóstol de Jesucristo, y otras perlas.

TERCER PERÍODO. LA IGLESIA INFIEL: PÉRGAMO

En el tercer período se acaban las persecuciones, pues surge un nuevo emperador llamado Constantino, quien "se convierte" al cristianismo. A comienzo del siglo IV ocurre lo que llaman el matrimonio de la Iglesia del Señor con el mundo, el Estado y hasta con la religión babilónica. Ese es el mundo donde está el trono de Satanás, como dice la carta. De manera que la Iglesia baja de las alturas celestiales donde reina Cristo, y viene a morar donde reina Satanás; entonces la Iglesia se ve enredada, entre otras cosas, en las siguientes aberraciones:

La doctrina de Balaam. Esta doctrina tiene su origen, según el libro de Números, con Balaam, el profeta mercenario, que por dinero recomendaba al rey Balac a hacer pecar a los hijos de Israel, llevándolos a la idolatría y a la fornicación. Hoy el cristianismo vive esta doctrina, pues muchos están predicando por ganancia, desviando al pueblo de Dios del verdadero camino de la cruz de Cristo.

La doctrina de los nicolaítas. A finales del siglo primero, en la iglesia se iniciaban las obras de los que querían dividir la Iglesia entre clérigos y laicos; pero en el siglo cuarto todo esto había tomado forma, y vemos la influencia de la religión babilónica entronizada en el Estado, y las obras del nicolaísmo se convierten en la doctrina del *nicolaísmo*. Al rededor del año 324 el cristianismo es reconocido como religión oficial del Imperio Romano, y entonces se institucionaliza y dogmatiza, y los dirigentes eclesiásticos adoptan un gobierno de superior jerarquía frente al bíblico sacerdocio de todos los creyentes, y queda protocolizado la división del clero frente al laicado. Esta situación la vive hoy no sólo el catolicismo romano, los ortodoxos y los anglicanos, sino también el denominacionalismo protestante. Pero desde comienzos del siglo XIX el Señor está trabajando para restaurar el sacerdocio de todos los santos y de que en la Iglesia todos seamos iguales. Ya entre nosotros, los que estamos viviendo la visión del Cuerpo del Señor, ya no hay nicolaísmo, ya no hay clero. Hay gobierno, pero somos iguales en Cristo.

Ascetismo. El ascetismo tampoco es de Dios. ¿Cómo tuvo lugar esta corriente? Mucha gente se dolía en su

corazón de cómo la Iglesia se entregaba a la política y al compromiso con el Estado, y quisieron vivir una vida sin esas contaminaciones, y fueron los eremitas como San Antonio, que se retiró al desierto egipcio, surgiendo así una modalidad de vida cristiana llamado el ascetismo. Eso tampoco es de Dios, pues nosotros no estamos llamados a apartarnos del mundo, sino a guardarnos del mal, pero a ir por todo el mundo a predicar el evangelio y a dar un testimonio de santidad (cf. Jn. 17:14-18; Mt. 28:19). ¿Cómo conocería el mundo el evangelio si los hijos de Dios nos apartásemos a vivir solitarios en los desiertos y en las montañas?

Donatismo. En realidad no se debe considerar el donatismo como una herejía propiamente dicha, sino un cisma o división promovida por un líder llamado Donato Casa Negra, como protesta a lo que estaba viviendo la Iglesia en el siglo cuarto, pues él se opuso a la unión de la Iglesia con el Estado. Donato había nacido en Numidia (norte de África), y había sido pastor en Cartago por el año 305. El donatismo prosperó durante mucho tiempo, con sus propios obispos, etc.; pero también fue un daño que Satanás promovió dividiendo la Iglesia por algún tiempo.

Arrianismo. Su origen se debe a un presbítero de Alejandría llamado Arrio, que alrededor del año 318 había venido de las desarrolladas iglesia del norte de África; fue el iniciador de la herejía que lleva su nombre. Arrio sostenía que aunque Cristo estaba dotado de una naturaleza superior a la meramente humana, sin embargo había sido creado; así, pues, negaba de un solo tajo su eternidad y negaba su igualdad y consubstancialidad con el Padre y con el Espíritu Santo, tal como lo habían enseñado los apóstoles. Eso le ha hecho mucho daño a la Iglesia; y por eso, para enfrentar ese problema de la herejía del arrianismo, fue que el mismo Constantino se encargó de reunir a los obispos de ese tiempo en el primer gran concilio ecuménico de la Iglesia, el Concilio de Nicea en el 325. Allí el gran abanderado en el enfrentamiento contra Arrio, fue Atanasio, en ese entonces aún un diácono de Alejandría. Esta herejía se manifiesta en los tiempos contemporáneos a través de los llamados Testigos de Jehová.

Apolinarismo. En ese tiempo de ese tercer período, pero después del arrianismo, surgió otra herejía llamada el *apolinarismo*. Su nombre viene de Apolinar (3l0-390), que fue un obispo de Laodicea. Este obispo negaba las dos

naturalezas (la divina y la humana) de Cristo. Vemos que los primeras controversias surgieron en torno a la cristología, en torno a Cristo, el fundamento, lo central. Apolinar decía que Cristo no podía tener dos naturalezas, completas pero diferentes, pues la divina era eterna, inmutable y perfecta, y por el contrario, la humana era temporal, imperfecta y corruptible; sostenía que si Cristo hubiera tenido las dos naturalezas, hubiera tenido en sí dos seres, y con la parte humana hubiera podido pecar. Para tratar esta controversia fue reunido un concilio ecuménico en Constantinopla en 381.

Pelagianismo. En esa misma época de la Iglesia surge otra herejía conocida como pelagianismo. Su nombre se debe a Pelagio, un monje oriundo de Britania, quien llega a Roma en el 410, trayendo consigo su propia herejía, bien fuerte. Pelagio sostenía que el hombre no heredaba sus tendencias pecaminosas de Adán, negando así que la depravación fuese innata en el hombre. La Biblia dice que nosotros nacemos con el pecado que hemos heredado de Adán, con una naturaleza corrupta. Pelagio lo negaba, y sostenía que cada uno escoge ya sea al pecado o a la justicia, y que el hombre en sí mismo tiene la capacidad de obedecer los mandamientos de Dios; decía que cada voluntad es libre para escoger entre la virtud y el vicio. Es más, Pelagio sostenía que antes de Cristo hubo personas exentas del pecado, por usar su libre albedrío. Con esto Pelagio desprestigia toda la obra de Cristo. Para debatir esta controversia se reunió el Concilio de Éfeso en el año 431, aunque ya lo habían tratado en un sínodo en Cartago en el 416. Ese fue un tiempo muy fértil en herejías.

Nestorianismo. Su nombre se debe a Nestorio, un presbítero de Antioquía, quien murió por el año 451. Él se opuso a la doctrina bíblica de que el Logos divino pudiera ser envuelto en sufrimientos y debilidad humana. ¿Cómo conciliar este concepto con el sufrimiento del Señor en la Biblia? Lo quiso hacer aseverando que lo divino y lo humano en Cristo formaban dos personas; para Nestorio en Cristo las dos naturalezas no podían estar en una sola persona. Decía que lo que fue concebido y nació en María había sido solamente un hombre, que ella había sido la madre del cuerpo de Jesús, que no de Dios; pero quien nació de María fue Dios y hombre a la vez, en una sola persona; fue concebido por el Espíritu Santo; tenía su naturaleza divina y su naturaleza humana en una sola persona (gr. *prosopon*).

Monofisismo. En este mismo período de la Iglesia muy fértil en herejías, surge Eutiques (378-457), abad en un monasterio de Constantinopla, quien llegó a tener notable influencia en la corte del emperador. En una reacción en contra del nestorianismo, que dividía a Cristo en dos personas, Eutiques sostenía que las dos naturalezas de Cristo se habían fusionado en una sola (gr. *monofusis*); por eso esa herejía se le conoce como *monofisismo*. Con eso Eutiques negaba la encarnación y la obra redentora del Salvador. También se conoce esta herejía como ***eutiquianismo***.

CUARTO PERÍODO. LA IGLESIA APÓSTATA: TIATIRA

Tiatira es lo que surge de aquel matrimonio entre la Iglesia y el Estado; es la gran ramera, es el catolicismo romano. ¿Qué podríamos decir del catolicismo romano? Se han escrito toneladas de libros respecto de este oscuro período de la Iglesia; pero puntualicemos algunos conceptos claves a fin de tener claridad de la intervención de las fuerzas de las tinieblas tratando de acabar con la Iglesia del Señor.

Cautiverio babilónico de la Iglesia. Así como el pueblo de Judá, por haberse apartado del Señor y haber desobedecido, fue llevado cautivo a la Babilonia histórica, así también la Iglesia, tras haber sido infiel al Señor e ido tras el atractivo del mundo, sufrió un cautiverio bajo un sistema dominado por Satanás, un sistema que llegó a dominar incluso a los reyes del mundo. El cautiverio de Judá duró setenta años, y regresó a la tierra un pequeño remanente en tiempos de Esdras; el cautiverio de la Iglesia duró mil años, y de allí salió un pequeño remanente con la Reforma.

Papado. Después de la unión de la Iglesia con el Estado toma preponderancia el obispo de Roma, capital occidental del Imperio; dominio que se arroga sobre toda la cristiandad, y con el tiempo adquiere tanto poder, que incluso gobierna sobre el mundo como un verdadero emperador romano. Se declara a sí mismo el vicario de Cristo sobre la tierra; el poderoso y rico gobernante mundial diciendo que es el que representa al humilde Maestro que no se preocupó por tener una piedra para recostar su cabeza. En realidad a esa institución se le ha considerado una pornocracia.

Fraudes píos. Para justificar, no con la Palabra de Dios, sino con falsos documentos imperiales, las pretensiones papales, sus dominios y poderes terrenales, el catolicismo

romano inventó unos documentos fraudulentos dándoles legitimidad ficticia, como la famosa *Donación de Constantino* el Grande, escrito en el siglo VIII.

Venta de indulgencias. La cristiandad había olvidado que somos salvos por fe en la obra expiatoria de Cristo en la cruz; y que la salvación es un regalo de Dios para los que creen; de manera que en tiempos del papado romano, desde la edad media ya tenían como norma vender la salvación en provecho del papado y de la curia romana. La cosa comenzó por una rara enseñanza surgida en el catolicismo romano de que a Cristo, a María y a los santos les sobraron méritos por su austera vida, de manera que esos méritos los podían aprovechar otras personas que no tuvieran muchos méritos; pero lo curioso es que no los regalaban sino que se les dio por venderlos, y es a lo que se llamó indulgencias. La indulgencia era la remisión de toda o parte de la deuda de castigo debido por pecados que ya han sido perdonados pero que les quedaba lo que llaman "reato del pecado". La autoridad para conceder tales indulgencias reside en el papa, u otros oficiales autorizados, y son aplicadas a las almas del purgatorio. ¿Y la obra de Cristo qué?

Purgatorio. La Iglesia Católica Romana enseña que hay un lugar, aparte del cielo, del Hades, del Tártaro y de la Gehena, que se llama "Purgatorio", donde van las almas de aquellos buenos cuyos pecados han sido perdonados de la culpa, pero no de la pena temporal; allí van a purificarse o purgarse en las llamas; y los sufragios de los vivos, y las indulgencias compradas con dinero o con buenas obras pueden favorecerlos.

Inquisición. Tribunal establecido en la Edad Medía con el propósito de combatir la herejía; claro que esta figura fue tomada de la legislación y práctica del Imperio Romano; pero el papado romano la llevó a unos extremos sanguinarios sin precedentes, a fin de eliminar a todos los que no estuvieran de acuerdo con los principios del romanismo católico. El martirologio romano mismo admite unos 68 millones de mártires, de los cuales unos 50 millones pertenecen a la acción de la inquisición que ellos mismos lideraron.

Idolatría. La institución católica romana es la abanderada en llevar al pueblo ignorante e incrédulo a la adoración de las imágenes e iconos; eso se entiende desde el momento mismo en que desde comienzos del siglo cuarto la Iglesia

empezó su contubernio con el imperio romano, cuyo emperador era el sumo pontífice de la idolátrica religión babilónica; cargo que hasta el día de hoy ostenta el papa romano. Roma y Babilonia son una sola.

Celibato. El catolicismo romano, fiel a los principios y prácticas babilónicas, niega el matrimonio a sus clérigos; la Palabra dice que esa es una doctrina de demonios. «*Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios;* [2] *por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia,* [3] ***prohibirán casarse****, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad*» (1 Ti. 4:1-3).

Escolasticismo. A raíz de la restauración y aprecio de la filosofía griega en la Edad Media, en especial el sistema metafísico aristotélico, muchos teólogos vieron en esto una doble verdad, de tal manera que la filosofía de Aristóteles sería una guía para los cristianos en el orden filosófico, y eso los iba induciendo a la pretensión de querer explicar a Dios y a su revelación por medio de la razón y de la metafísica. En una palabra, decir Iglesia Católica es decir la gran ramera.

QUINTO PERÍODO. COMIENZOS DE LA REFORMA DE LA IGLESIA: SARDIS

Pero frente al cautiverio babilónico y la gran ramera, vemos en la historia, a comienzos del siglo XVI, una gran reacción del Señor con la Reforma. Como en todos los períodos, en este también hay ataques diabólicos. Todos los movimientos eclesiásticos de la Reforma heredaron muchas cosas de la Iglesia Católica Romana; y es así como continúa en la Reforma la misma hierocracia que se había consolidado en Tiatira, el gobierno de los sacerdotes. En Sardis la Iglesia empieza a ser sectarizada, dividida hasta más no poder en ingentes denominaciones con sus respectivas personerías jurídicas otorgadas por el Estado. A muchos de sus integrantes, se les aplica la declaración bíblica: «*Tienes nombre de que vives, y estás muerto*» (Ap. 3:1). Continúan los compromisos con el Estado. Hay un acercamiento un poco más a la Palabra, pero eso se trata de ahogar con esas herencias del romanismo. El *modus operandi* es oficial y

heredado, todo bajo un barniz bíblico. Vemos grandes enfrentamientos doctrinales, como entre calvinistas y arminianos; vemos que se acrecienta la teología de la prosperidad. Muchas cosas que no aprueba la Palabra, que no le da su respaldo, se están viviendo en el sistema de Sardis. Detrás de todo eso se encuentran las huestes satánicas con la firme intención de destruir a la Iglesia.

SEXTO PERÍODO. COMIENZOS DE LA RESTAURACIÓN DE LA IGLESIA: FILADELFIA

Recordemos que la Reforma fue a comienzos del siglo XVI; Filadelfia comienza a principios del siglo XIX; de manera que ya estamos cumpliendo unos 200 años militando en este período de Filadelfia. Este es nuestro período de la Iglesia. El Señor nos ha traído al conocimiento y a la práctica de la visión del cuerpo de Cristo. En todo ese período ha habido mucha oposición de parte del cristianismo denominacional; eso ocurre permanentemente. Históricamente ha habido divisiones entre los hermanos desde el siglo XIX, es decir, desde casi el comienzo. Los hermanos dejaron de ser episcopales, presbiterianos, wesleyanos, bautistas y otros, pero también a su vez se dividieron entre abiertos y cerrados. Los abiertos eran los inclusivistas, los que incluían a todos los hermanos; a todos los que Cristo ha recibido nosotros debemos recibirlos como a hermanos. En cambio los hermanos cerrado o exclusivistas alegaban que debían rechazar toda comunión con cualquier iglesia o asamblea que admitiera el mal doctrinal o moral. No es que se vaya a recibir al pecado, pero sí se debe recibir al pecador arrepentido al cual Cristo haya recibido. Esa división se fue acentuando en la historia.

SÉPTIMO PERÍODO. LA IGLESIA EN DECADENCIA: LAODICEA

Al leer esta carta y observar a nuestro derredor, vemos la situación en que está viviendo la Iglesia: la jactancia espiritual; tibieza en la Iglesia; no se tiene en cuenta al Señor; el Señor está por fuera de la Iglesia. Ya que la Iglesia no me escucha, ni me tiene en cuenta en sus planes, porque no me obedece, ¿entonces qué? «*He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo*» (Ap. 3:20). Las organizaciones eclesiásticas, y aun personas, dicen que son ricas, que no

tienen necesidad de nada. Tengo mucho conocimiento teológico y bíblico; las cosas me marchan muy bien; nadie me está persiguiendo; obedecemos al Estado y el Estado nos protege. Pero el Señor les dice: «*Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.* [18]*Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio* (del Espíritu)*, para que veas.* [19]*Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete*» (Ap. 3:17-19). Ese oro de Dios significa que debemos creer en lo que Dios nos ha revelado desde el Señor Jesús y los apóstoles.

Debemos pedirle al Señor que nos haga cada día más humildes; no es bueno que estemos jactándonos; eso nos hace daño; la jactancia nos aleja de las demás personas y erige muros de división en el cuerpo de Cristo. Debemos ser aguantadores. La humildad es de Cristo; la jactancia es diabólica. La jactancia es mentirosa, pues por ella creemos que somos mejores que los demás, y eso no es verdad; jamás ha sido verdad. Hoy el diablo está en el cristianismo enarbolando las banderas del orgullo, la justicia propia, la ambición egocéntrica, el juicio injusto, los celos religiosos, la intimidación, la deslealtad, la acusación, el chisme, la mentira, la búsqueda de faltas, el rechazo, la amargura, la impaciencia, la falta de perdón, la lujuria.

EL CLÍMAX DEL ATAQUE DIABÓLICO

¿Cuál es el clímax de este ataque de las hordas tenebrosas? ¿A dónde va a llegar? ¿Cuando ocurrirá ya lo último? Pues vemos ya muy próxima la venida del Señor. Veamoslo en 2 Tesalonicenses 2: «*Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida;* [9]*inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos,* [10]*y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos.* [11]*Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira,* [12]*a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia*» (2 Ts. 2:8-

12). Reitera declaraciones del Señor en Mateo 24:24.

Nosotros estamos viendo que muchas personas se están moviendo como si estuvieran preparando el terreno, y muchos están haciendo ya prodigios y señales mentirosas, y están engañando a mucha gente. Hay mucha gente que no tiene el cuidado de ver si aquellas personas predican la Palabra, la ortodoxia de la doctrina; sino que si miran esos prodigios juzgan que por ello esa persona es de Dios; pero la Biblia dice que el diablo también hace prodigios y señales, y engaña, y muchos escogidos serán engañados; porque no se detendrán, guiados por el Espíritu, a juzgar la predicación, sino que mirarán lo externo.

La verdad os hará libres; hay que amar la verdad. Para amar la verdad hay que sufrir; no importa, suframos, pero amemos la verdad. Hay quienes tienen poder, pero es un poder engañoso. ¿Por qué es engañoso? Porque no está de acuerdo con la Palabra; la Palabra y el Espíritu son los que descubren a la Iglesia. Nosotros estamos caminando en un sentido; si mi caminar en este sentido está de acuerdo con la Palabra, voy bien. Debemos tener en cuenta que muchas cosas buenas no son bíblicas, y así no nos sirven, pues nos llevan al error y al engaño. Y cada vez que caminamos por esa línea de engaño y de error, aun cuando pensemos que estamos haciendo una cosa buena, ¿qué pasa? Terminaremos creyendo la mentira que nos conduce.

Entonces cuando uno camina en ese sentido, de un momento a otro se puede encontrar como en las arenas movedizas; se va uno hundiendo en cada movimiento que dé. Que el Señor tenga misericordia de nosotros. Oramos dándole gracias al Señor. Amén.

18

LA PANOPLIA DE DIOS

LA ARMADURA DE DIOS

Dios mediante vamos a encarar la última parte de este estudio de la carta de Pablo a los Efesios. El tema de la *perícopa* de hoy está relacionado con la armadura de Dios, que comprende Efesios 6:13-24. Leamos todo ese contexto, y que el Señor por su Espíritu nos guíe.

«*Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes.* [14]*Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia,* [15]*y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz.* [16]*Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno.* [17]*Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios;* [18]*orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos;* [19]*y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio,* [20]*por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar.* [21]*Para que también vosotros sepáis mis asuntos, y lo que hago, todo os lo hará saber Tíquico, hermano amado y fiel ministro en el Señor,* [22]*el cual envié a vosotros para esto mismo, para que sepáis lo tocante a nosotros, y que consuele vuestros corazones.* [23]*Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo.* [24]*La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable. Amén*».

La expoisición de la panoplia de Dios comienza desde el versículo 13. La palabra *panoplia* es lo mismo que decir la armadura de Dios, pues panoplia viene del griego *pan*, todo, y *hoplon*, arma, herramienta o implemento defensivo u ofensivo. La panoplia, pues, constituye todo el armamento de un soldado. Vemos entonces que el apóstol Pablo en la cárcel tomó como modelo el armamento de los soldados con

quienes lo unían las cadenas, a fin de describir cómo debe estar armado y vestido un buen soldado de Cristo en la defensa contra el enemigo de Dios. Pablo va describiendo las seis partes de la panoplia, que son: el cinto de la verdad, la coraza de justicia, el calzado del evangelio de la paz, el escudo de la fe, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu.

UNA POSICIÓN DE VICTORIA

«*Por tanto,* ***tomad toda la armadura de Dios****, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes*» (v. 13). Allí nos damos cuenta que debemos tomar toda la armadura de Dios; no basta una parte. Desafortunadamente hay hermanos que sólo llevan parte de la armadura; pero se debe procurar tomar toda la armadura, con las seis piezas, no con una parte solamente. En esta carta hemos estudiado que nosotros los creyentes estamos situados en una posición de victoria con Cristo; dice que ya hemos acabado todo; entonces no se trata de una lucha ofensiva, porque nosotros estamos en una posición de victoria. No se trata de adquirir la victoria, pues ya la tenemos; de manera que no debemos procurar necesariamente adelantar una guerra ofensiva, sino defensiva. «***Habiendo acabado todo, estar firmes***».

«*Por tanto, tomad toda la armadura de Dios,* ***para que podáis resistir en el día malo***». Cuando la Palabra de Dios dice que tenemos que resistir, precisamente resistir es estar firmes contra algo. Nosotros tenemos ya la posición victoriosa, de manera que no tenemos necesariamente que avanzar para poder vencer, pues somos vencedores; y esto muchas veces se ignora. «*¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? [36]Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. [37]Antes,* ***en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó****. [38]Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, [39]ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro*» (Ro. 8:35-39). Tenemos que permanecer firmes en nuestra posición de victoria. ¿Por qué? Porque

el enemigo está derrotado, el demonio está derrotado, y él lo sabe; el demonio sabe que no nos puede derribar. Sí, nos puede provocar caídas dentro de esa posición; si nos descuidamos, puede lograr que tengamos caídas. «*El que cree estar firme, mire que no caiga*»; pero no nos puede derrotar, no nos puede derribar del todo. «*Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo*» (1 Co. 15:57). Satanás no nos puede derrotar porque nuestra posición descansa en la victoria de Jesucristo. Quien no sabe esto, puede fácilmente llevar una vida derrotada. Pero nosotros debemos tener eso claro.

EL CINTO DE LA VERDAD

«*Estad, pues, firmes, **ceñidos vuestros lomos con la verdad***» (v. 14). Entonces, en este armamento de Dios, todas las partes de la panoplia son armas defensivas. Nótese que el Señor nos insiste en que estemos firmes. Lo podemos ver en los versos 11, 13 y 14. Nosotros tenemos días malos; días de persecuciones exteriores, días de pruebas personales e interiores; y para hacerle frente a eso debemos estar vestidos con toda la armadura de Dios; el Señor ya nos la dio; y nosotros lo que tenemos que hacer es ejercer la voluntad en fe para ponérnosla; Él no nos la va a poner, eso nos toca a nosotros. Por eso dice aquí: «*Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad*». El soldado romano se ceñía un cinturón especial muy fuerte, donde podía asegurarse todo el armamento. En la armadura de Dios, el apóstol Pablo le dice la verdad, que nosotros debemos estar ceñidos con la verdad.

De conformidad con la semántica, verdad es la conformidad de las cosas con el concepto que de ellas forma la mente. Verdad es la conformidad de lo que se dice con lo que se siente o se piensa. Verdad es la propiedad que tiene una cosa de mantenerse siempre la misma sin mutación alguna; pero más que eso, nosotros sabemos que la verdad absoluta es Dios, quien se ha revelado en Cristo, su Hijo. «*Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*» (Jn. 14:6). En torno a Cristo, la verdad está en su Palabra; la Palabra de Dios y el Espíritu Santo nos llevan a la verdad. El verdadero vicario de Jesucristo en la Iglesia que está en la tierra es el Espíritu Santo, quien ha venido a guiarnos a la verdad; Él es quien nos guía

a Cristo. «*Ceñidos vuestros lomos con la verdad*». ¿Por qué se relaciona la verdad con el cinto? Porque la verdad se refiere a la integridad en Cristo. Nosotros debemos ser íntegros con Cristo; estar seguros en Él. «*He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría*» (Sal. 51:6). Nuestras vidas como soldados de Cristo, como miembros de la Iglesia, deben ser llevadas en integridad, en responsabilidad total; así estemos solos o acompañados, siempre debemos actuar correctamente; debemos vivir y movernos en sinceridad, obrar con honradez y ser genuinos en todo lo que nosotros hacemos. Debemos ser sinceros incluso con nosotros mismos. Cuando nos ceñimos con el cinto de la verdad, nos fortalecemos en todo nuestro ser. Cristo es serio; el Señor nunca cambia, Él nunca ha jugado con nosotros. Cristo jamás nos ha prometido algo que después lo dude. Cristo es la verdad; Cristo es poderoso, y Cristo quiere que nosotros seamos como Él, verdaderos, responsables, no veleidosos.

Si nosotros nos ceñimos con el cinto de la verdad, eso nos asegura permanentemente la supremacía sobre el enemigo; porque el diablo no nos podrá acusar si andamos ceñidos y protegidos con la verdad. El diablo es el acusador de los hermanos. Ese personaje tiene acceso para acusarnos; entonces nosotros no podemos darnos el lujo de andar con mentiras. La carne es veleidosa, y a veces no pensamos con sinceridad, y nos olvidamos por momentos de que somos hijos de Dios, y pensamos incluso que ciertas mentiritas no son pecados; pero toda mentira es pecado, todo desliz es pecado, y eso nos hace daño, y ofendemos al Señor. Andar en la verdad requiere un precio; para andar en la verdad hay que sufrir, hay que pagar un precio; la verdad hay que comprarla. «***Compra la verdad****, y no la vendas; la sabiduría, la enseñanza y la inteligencia*» (Pr. 23:23). Andar en la verdad tiene un precio. Cuántos dolores de cabeza nos trae el apartarnos de la verdad de las Escrituras por seguir doctrinas espúreas. El Señor le pide al Padre: «*Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad*» (Jn.17:17). ¿Qué se hace a menudo? Vender la verdad de Dios. *«Ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén*» (Ro. 1:25). La verdad de Dios en Cristo nos protege.

LA CORAZA DE JUSTICIA

¿Qué sigue después de la verdad? La justicia. «*El que habla verdad declara justicia; mas el testigo mentiroso, engaño*» (Pr. 12:17). Por eso Efesios sigue: «*Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y* ***vestidos con la coraza de justicia***» (v. 14). La verdad trae justicia. Miren, hermanos, la secuencia. La verdad trae justicia, y ¿qué sigue después de la justicia? Calzar los pies con el apresto del evangelio de la paz. Miren la secuencia: la verdad engendra justicia, porque lo que es justo es verdadero y recto; y la justicia trae la paz. La coraza era la armadura de hierro o acero, que usaban los soldados antiguos, compuesta de peto y espaldar; de manera que la usaban para cubrirse la región pectoral, donde se encuentra el corazón, la conciencia. Uno a veces relaciona los conceptos abstractos con lo físico; por ejemplo, cuando decimos, la mente, entonces señalamos nuestra cabeza, pero cuando mencionamos nuestra conciencia entonces la ubicamos en nuestro corazón, en el pecho; eso significa que la coraza de justicia está cubriendo el corazón, está cubriendo la conciencia, como dice en Filipenses 3:9: «*Y ser hallado en él* (en Cristo)*, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe*».

El Señor Jesús muere por nosotros, impartiendo en nosotros una justicia objetiva, por su obra en la cruz; Cristo es justicia nuestra; Dios le ha hecho justificación para nosotros; pero una vez que nosotros creemos en Su obra expiatoria, creemos que Cristo murió y resucitó para darnos la vida, que Cristo nos ha llenado de su verdad, entonces esa justicia objetiva se va haciendo en nosotros una justicia subjetiva en nuestro corazón. De manera que esa palabra, justicia (gr. *dikaiosune*), tiene para nosotros una doble connotación, pues es el carácter o cualidad de ser recto o justo. También se usa para denotar un atributo de Dios, como en Romanos 3:5, cuyo contexto muestra que «la justicia de Dios» significa esencialmente lo mismo que su fidelidad, veracidad, aquello que es consecuente con su propia naturaleza y promesas. Pero por otro lado vemos que Romanos 3:25,26 habla de la justicia de Dios manifestada en la muerte de Cristo, que es suficiente para mostrar a los hombres que Dios ni es indiferente ante el pecado ni lo considera de manera ligera. Al contrario, demuestra aquella

cualidad de santidad en Él que tiene que hallar su expresión en su condena del pecado.

«*A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre,* ***para manifestar su justicia****, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados,* [26]*con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de* ***que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús***» (Ro. 3:25,26). Una vez justificados por Cristo, eso va penetrando en nosotros; por eso Pablo dice en Filipenses: «*No teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe*». Él es el justo; pero cuando Él viene a vivir en mí, cuando Dios me da su vida eterna por el Espíritu Santo, y Cristo se forma en mí, entonces esa justicia viene a obrar para que también mi corazón sea justo y recto delante de Dios. Dios mira en mí la justicia de su Hijo; y la Biblia también habla de los justos, refiriéndose a los hombres cuando han sido justificados por Dios en Cristo. Y no se trata de mi justicia natural, sino de la justicia de Él en mí. Mi propia justicia, la heredada de la vieja naturaleza, no vale nada. La que tiene que reflejarse es la justicia de Cristo en mí.

Por eso aquí dice: «*Vestidos con la coraza de justicia*». Si estoy vestido con la coraza de justicia, los ataques del demonio no penetrarán dentro de mí. Cuando el demonio hace daño a una persona, se debe a que la persona se descuida, no está armada, y le abre puertas al demonio. Cuando tenemos la armadura completa, el demonio no nos toca. Él tratará de susurrarte cosas, pero su ataque no puede penetrar, no puede hacerte caer. Entonces ser justo es obrar en rectitud con Dios y con los hombres; si yo no obro rectamente delante de los hombres, no puedo pretender que delante de Dios estoy obrando en rectitud. Soy recto con Dios si soy recto y responsable con los hombres. Eso va relacionado. Es lo mismo que lo que dice respecto del amor; que no se puede amar a Dios si se está descuidando el amor con los hermanos. Así también es con la justicia y con la rectitud. El que obra en justicia está inclinado en dar a cada uno lo que le corresponde o pertenece.

EL CALZADO DEL EVANGELIO

Seguimos viendo la siguiente pieza de la panoplia de Dios, el calzado del evangelio de la paz. «*Y* ***calzados los***

pies con el apresto del evangelio de la paz» (v. 15). Es de notar que hasta ahora, en lo que vamos viendo, todo este armamento es defensivo; y cuando dice: «*y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz*», tengamos presente que cuando uno anda de acuerdo al evangelio, cuando uno ya es de Dios por el evangelio del Señor Jesús, cuando uno ha creído en la Palabra, uno es objeto de una protección especial. ¿Qué es el evangelio para nosotros? Evangelio es creer en la Palabra y en la obra del Señor; evangelio es creer que Dios envió a Su Hijo para que me salvara, para que llevara a cabo una obra de expiación y salvación en la cruz, y creyendo yo sea salvo, sea un hijo de Dios; entonces yo no pertenezco realmente a esta tierra; ya empiezo a ser peregrino en esta tierra. Entonces soy santificado, apartado de este mundo; llega el momento que no tengo que untarme de mundo; y es lo que le sucede al que tiene los pies calzados; y si por nuestro andar se ensucian los pies, entonces nos los lavamos con la confesión delante del Señor.

De manera, hermanos, que el evangelio viene a ser como algo que me separa de la tierra, del mundo; mis pies están calzados con el apresto del evangelio de la paz, para no pisar esta tierra, para no contaminarme. Ahora, pues, piso en el evangelio, en los principios del reino, ahora camino en la obra de Cristo, y mi andar por este desierto es apenas la del peregrino; no me voy a quedar en el desierto, pues mi morada no es en el desierto. En el desierto apenas lo que tengo es una tienda de campaña que armo y desarmo a medida que voy avanzando. De manera que el evangelio me divide, me separa de la tierra. Dice: «*y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz*»; el evangelio me trae paz.

¿Y por qué dice *apresto*? ¿Qué significa la palabra apresto? La palabra apresto significa prevención, disposición, preparación para algo. En el que vive esta vida conforme el evangelio, hay una disposición que va más allá de lo mero temporal; hay una disposición que trasciende los límites de esta existencia terrenal; en el creyente cristiano con visión hay una disposición hacia lo escatológico. Y no significa exactamente prepararme para ir a evangelizar. Algunos piensan que debemos estar preparándonos para evangelizar, pero es más que eso. Aunque lógicamente, mientras estamos aquí, nosotros compartimos lo que hemos recibido de Dios; pero es más que eso. Es una vida, es un apartarme. Eso lo proclama Isaías 52:7: «*¡Cuán hermosos*

son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas (ese es el evangelio)*, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina!*». Aquí Isaías también dice que el evangelio produce la paz; el evangelio nos trae la paz. Dios nos vio sumergidos en la corrupción, en la oscuridad, en la podredumbre, en la violencia. Nadie tiene paz en el mundo, hermanos, por mucho dinero que posea. Aun los amores le quitan la paz a muchas personas. Dicen: Voy a enamorarme para estar feliz; para que la dicha y la alegría venga a mi vida. Y a veces ocurre lo contrario. Otros piensan: voy a procurar ganarme una lotería para ser feliz. Tampoco. Feliz es Dios. Él sí nos da la verdadera felicidad en Cristo. Por eso es que al evangelio la Palabra lo relaciona con la paz.

El calzado del apresto del evangelio de la paz es una condición para pisar suelo firme. Dijo el Señor a sus discípulos: «*Estas cosas* (las buenas nuevas, las cosas lindas de Dios) *os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo*» (Jn. 16:33). De manera que no nos interese lo que en nuestro entorno pueda ocurrir. ¿Qué dice el Salmo 91? Que podemos estar en medio del fragor de una guerra, pero nuestro corazón está en paz. En cierta ocasión hubo un temblor estando yo en mi oficina del edificio de la empresa donde trabajaba. Todos salieron del edificio corriendo y gritando; sólo quedamos allí dos personas, dos creyentes, orando en paz. Cuando los otros regresaron se maravillaron al vernos en paz, e intrigados por cuanto no habíamos salido del edificio. Pero nosotros estábamos en paz, en la paz que nos dio el Señor Jesucristo, por su evangelio. Y esa paz no nos la quita nadie. Esa es la paz que nos trae el calzado del evangelio; son las sandalias que el Señor nos pone con ese mensaje y esa obra poderosa que nos trajo Su Hijo. Aleluya. Vemos, pues, que el evangelio contiene los zapatos de Dios. Comparar los zapatos con el evangelio es, pues, perfecto. Gloria al Señor.

EL ESCUDO DE LA FE

Al avanzar nuestro estudio de la panoplia de Dios, nos encontramos con el escudo de la fe. *[16]Sobre todo,* ***tomad el escudo de la fe****, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno"* (v. 16). Se trata de un escudo grande y

oblongo, que protegía todo el cuerpo del soldado. Aquí se usa metafóricamente de la fe que el creyente debe tomar en todo. ¿Qué es todo? Todo lo que acaba de ser mencionado, de tal manera que afecte a la totalidad de sus actividades. Si uno se pone a comparar cada avance del armamento espiritual, se ve que una cosa produce la otra. El mismo evangelio, la misma Palabra, la misma obra de Cristo nos llena de fe.

En los ejércitos romano y griego, los soldados de caballería portaban un escudo pequeño, de unos 70 centímetros; pero cuando se trata de soldados de infantería, sus escudos eran grandes y oblongos que iban desde la pantorrilla hasta los ojos. A veces los fabricaban de metal, a veces de un cuero bien fuerte, para poder librarse de todo lo que le arrojaba el enemigo, como dardos de fuego, flechas, piedras, lanzas.

Aquí se habla de que una de las piezas de la armadura de Dios es el escudo de la fe. ¿Qué es la fe? Sin referirnos a la fe una vez dada a los santos que dice Judas 3, tomamos la definición de fe de Hebreos 11:1: «*Fe es lo que da sustantividad a lo que se espera. La convicción de lo que no se ve*» (Nuevo Testamento Versión Recobro, LSM). Pero aparte de esta acertada definición de fe, podemos mirar aquí la connotación de Pablo en este versículo. Pablo dice: «*Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno*». Ahí no se trata de que se esté esperando algo aparte de los ataques del maligno. Una cosa es darle sustantividad a algo que se está esperando, que ahora no lo veo pero que sé que el Señor me lo dará; mejor dicho, que me lo ha dado, aunque aún no lo tenga en la mano, y otra cosa son los ataques; de manera que aquí la fe es como una adhesión firme a la verdad revelada. ¿Qué significa eso? Que Dios me ha salvado, que pertenezco a la Iglesia, que soy un hijo de Dios; estoy en la victoria de Cristo; Satanás está vencido, y así se trate de millones de diablos, no me pueden tocar. Si acaso los demonios me tocan es porque el Señor por alguna razón, como la de Job, se los permite; pero yo debo creer eso a pie juntillas, y no dudarlo. Esa es la fe que vence al mundo, como dice 1 Juan 5:4,5: «*Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo* (eso se debe a que Cristo ya venció al mundo, y si estamos en Cristo, nosotros lo hemos vencido también)*; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe.* [5] *¿Quién es el*

que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?»

Nosotros estamos en el Hijo de Dios; hacemos parte del Hijo de Dios, somos el cuerpo del Hijo de Dios. Ahora nosotros no tenemos religión; antes sí la teníamos. A muchos de nosotros se nos ha cuestionado por qué cambiamos de religión. Pero nosotros no hemos cambiado de religión; ahora vivimos una fe. Todo lo de Dios se recibe por fe. También leemos en Lucas 8:49,50: «*Estaba hablando aún, cuando vino uno de casa del principal de la sinagoga a decirle: Tu hija ha muerto; no molestes más al Maestro.* [50]*Oyéndolo Jesús, le respondió: No temas; cree solamente, y será salva*». Jairo, el principal de la sinagoga había venido a postrarse a los pies de Jesús para rogarle que entrase a su casa a sanar a su hija, cuando de repente y por la demora, alguien vino de su casa a decirle que no molestara al Señor, pues la hija había fallecido; pero dice: «*Oyéndolo Jesús, le respondió: No temas; cree solamente, y será salva*». La cosa es creer solamente, con una fe sencilla. Hermanos, de la fe más sencilla y más fuerte de que yo haya tenido noticias es la de los hermanos indígenas; ellos no complican su fe, ni le ponen condiciones a las cosas de Dios. Hermano, ¿tú has creído lo que dice la Biblia de que Cristo murió por ti y te salvo? Sí, lo creo. ¿Y si hay algo más que dice la Biblia acerca de Cristo, tú lo crees? Sí, lo creo. Nosotros sí que complicamos las cosas, y le metemos mucha filosofía y mucho razonamiento. ¿Cómo lo creo? ¿Por qué lo creo? ¿En qué enseñanzas o doctrinas me baso para creerlo? En cambio los indígenas, y cuanto más primitivos, mejor, escuchan algo que jamás habían escuchado del evangelio, y dicen: También lo creo. Así de sencillo. A mí me gusta esa clase de fe.

Cuando se tiene esa fe, todo ataque del enemigo se torna inofensivo, por muy fuerte que sea. Nosotros somos los que le ponemos dramatismo a los ataques; nos ponemos dramáticos, y temblamos, y nos ponemos a pensar que se nos viene el mundo encima; pero todo ataque del demonio es inofensivo cuando creemos que estamos en la posición de victoria con Cristo en la cual estamos. Eso es ponerse uno el armamento. El asunto no es como suelen hacer algunos hermanos en ciertas congregaciones, que eligen ciertas reuniones y ciertos días para hacer gestos con las manos y el cuerpo mientras el líder les ordena que se vayan

poniendo las distintas piezas imaginarias de la armadura de Dios, ya que no las espirituales que dice la Palabra, pues la armadura espiritual de Dios no se va colocando haciendo esos gestos; y si tú auténticamente te pones, por el Espíritu, la armadura de Dios, no tienes para qué volvertela a poner. La armadura de Dios la tiene puesta el cristiano vencedor todo el tiempo. ¿Para qué nos la vamos a quitar? O ¿cómo puede un cristiano estar quitándose y poniendose la armadura de Dios? La lucha es a toda hora. La auténtica armadura de Dios no es algo que se pone en un día que yo determine; es un asunto que requiere un proceso de madurez y responsabilidad en el creyente.

LOS DARDOS DE FUEGO DEL MALIGNO

«*Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos* ***los dardos de fuego del maligno***» (v. 16). Una vez que tengamos el escudo de la fe, los dardos del maligno vienen, pero no nos van a causar daño. ¿Cuáles son esos dardos? Los dardos son armas arrojadizas, semejantes a lanzas pequeñas y delgadas, que se tiran con la mano. En los ataques espirituales el enemigo usa muchas clases de dardos, como por ejemplo los dardos de desaliento. «*En el día que temo, yo en ti confío«* (Sal. 56:3). Y ¿qué le dice Pablo a Timoteo? *"Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de cordura* (gr. ***sophronismoú***)» (1 Ti. 1:7). Esas tres cosas tienen relación. Espíritu de poder para actuar en medio de las circunstancias difíciles; de amor para sacrificarse por el bien de los demás, de cordura para obrar con la ecuanimidad que exijan las circunstancias. Eso ya nos lo dio Dios, ya lo tenemos, apropiémosnos de eso y vivámoslo; eso es nuestro. No hay para qué pedirlo, ya nos lo dio. Si en nuestra vida dudamos de algo, no sabemos cómo manejarlo, pues vayamos al Señor y le planteamos el asunto. Señor, esto no lo entiendo; por tu Espíritu guíame a que yo pueda vivir eso. Aplica eso por tu Espíritu a mi vida. Señor, yo no entiendo eso de llevar la cruz y negarme a mí mismo. Necesito que tu Santo Espíritu me lleve a la negación y a llevar mi cruz cada día, pues solo no puedo, y menos ahora que ni siquiera lo entiendo. Señor, no sé cómo es eso de negar mi yo.

Hermanos, todo eso no lo podemos hacer nosotros solos; es con el Señor. No se trata de estrategias aprendidas en la

letra y con la mente natural. A partir del momento en que le plantees al Señor un asunto como ese, y dispongas tu corazón en sinceridad, entonces empezarás a recibir la luz necesaria; empezarás a entender lo correspondiente en las Escrituras; empezará tu conciencia a iluminarse. El Señor es quien conoce profundamente nuestro corazón. El Señor es quien sabe cuán orgullosos y altivos somos; es Él quien sabe si somos pobres en espíritu o no; Dios es quien sabe si tu carácter te domina y no permite que tu vida espiritual adelante. Nosotros a veces conocemos algo de nosotros, pero el Señor lo conoce en toda la magnitud. Señor, muéstrame cómo está mi yo; vamos a tratar con mi ego. Quiero llegar a ser humilde, quiero llevar mi propia cruz cada día; quiero ser un vencedor. De pronto alguien piensa: Eso me da miedo, pues me pueden sobrevenir muchas pruebas. Pues peores pruebas te pueden sobrevenir si no tomas esa determinación cuanto antes, ahora mientras estamos en el camino; pues cuando Él venga entonces será el lloro y el crujir de dientes.

También hay dardos de pruebas. Miremos lo que dice Pablo de sus propias pruebas: «*Antes bien, nos recomendamos en todo como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias* (eran las cartas de recomendación del Pablo)*; [5]en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos*» (2 Co. 6:4-5). El apóstol soportaba todo esto debido a que tenía el escudo de la fe; él no caía. Ese es el lenguaje del Nuevo Testamento para los vencedores. El que no quiera ser vencedor, entonces no lo recibe.

También hay dardos de tentaciones. «*No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar*» (1 Co. 10:13). A veces creemos que no vamos a soportar alguna tentación; pero tenemos el escudo de la fe; nos aferramos al Señor, clamamos a Él, tenemos fe de que Él nos está ayudando en todas esas cosas. Hay muchos otros dardos de fuego, como el dardo de la dudas, dardos de propuestas, dardos de mentiras, dardos de preguntas, dardos de ataques de Satanás de distinta índole; bien, pero estamos armados con el escudo de la fe. Hermanos, todo eso está dentro de este peregrinaje.

EL YELMO DE LA SALVACIÓN

Continuamos con el estudia de la panoplia de Dios, y llegamos al yelmo de la salvación. «*Y tomad el yelmo de la salvación*» (v. 17).Yelmo era la parte de la armadura antigua que resguardaba la cabeza y el rostro, y se componía de morrión, visera y babera. La palabra yelmo está traducida del griego *perikephalaia*, de *pere*, alrededor, y *kefale*, cabeza. Aquí Pablo la usa en sentido figurado en referencia a la salvación. También en 1 Tesalonicenses 5:8, donde se describe como la esperanza de salvación. «*Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo*». Esta esperanza es la del retorno del Señor, lo cual alienta al creyente a resistir al espíritu de la edad oscura en la que vive. En este pasaje, la salvación es una experiencia presente de la liberación de los creyentes por parte del Señor como aquellos que están involucrados en un conflicto espiritual.

La seguridad de la salvación es la mejor protección para la cabeza. ¿Para qué? Para rechazar todas las tentaciones de dudas y de inseguridad. Incluso hay corrientes doctrinarias que enseñan que la salvación se pierde; pero la Palabra de Dios declara enfáticamente que la salvación es un regalo de Dios que se recibe por fe. «*Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; [9]no por obras, para que nadie se gloríe*» (Ef. 2:8,9). No por obras, ni buenas ni malas. Las obras buenas vienen a raíz de la salvación; esas son verdaderas obras buenas, pero no para salvarnos, ni con el temor de que podemos perder la salvación. Tenemos que tener seguridad de nuestra salvación. Esa seguridad de la salvación es una protección para la mente contra las vanas filosofías, contra las desesperanzas, contra los vientos de doctrinas contrarias, contra las amenazas, contra las preocupaciones, contra las ansiedades. A veces se nos olvida que somos salvos y que tenemos vida eterna en Cristo, y nos atacan tremendas ansiedades en nuestras vidas; pero el yelmo de la salvación nos dice que no tengamos ansiedad. Estaremos eternamente gozando del Señor. A veces pienso que esta vida quedará como un puntito allá en el pasado. Pero al llenarnos de ansiedad nos vienen preocupaciones exageradas por las cosas temporales, y nos enfrentamos con las demás personas, y actuamos como niños, y nos olvidamos que esta salvación es algo más

grande que todo lo que nos podamos imaginar.

El Señor nos dice que no nos preocupemos; que toda preocupación se la llevemos a Él; que le demos gracias y descansemos en Él. «*Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! [5]Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. [6]Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. [7]Y* ***la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús***» (Flp. 4:4-7). Esa es una salvación encaminada a tener el pensamiento de Dios; a que lleguemos a pensar como Él, en Cristo. Ese es el yelmo de la salvación que nos cubre la cabeza y la cara.

LA ESPADA DEL ESPÍRITU

Llegamos a la última pieza de la panoplia de Dios, la espada del Espíritu. «*Y tomad el yelmo de la salvación, y* ***la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios***» (v. 17). El apóstol declara: «*Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, [17]a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra*» (2 Ti. 3:16-17). Dice el texto que la Espada del Espíritu es la Palabra de Dios; pero hay algo que también les mencionamos en el capítulo anterior, y es que hay dos clases de espadas. Hay una espada corta, que en griego se llama *makhaira*, que es como una daga que usaba el soldado romano para el combate cuerpo a cuerpo. También hay una espada larga (en el griego *rhomphaia*), que es para la ofensiva, y que en los textos bíblicos es la que usa el Señor, la que sale de la boca de Dios; que es una espada de juicio.

Pero esta espada que aparece en la armadura de Dios no es esa espada de juicio; esta es otra clase de espada. Es importante ponerle mucha atención a esto; porque es que uno a veces está leyendo un comentario de la Biblia, y encuentra que hay comentaristas que dicen que la espada es la única parte de la armadura de Dios que es para atacar. Pero se sabe que para atacar se usa la espada larga; aquí se trata de un armamento defensivo, porque «*habiendo acabado todo*» ya nosotros estamos en victoria. Claro que necesitamos la espada; sí la necesitamos; el Señor la

necesitó cuando fue al desierto y ayunó cuarenta días; allá fue Satanás a atacarlo; y Jesús salió victorioso y usó la Palabra como arma defensiva. «*Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. [2]Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. [3]Y vino a él el tentador, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan. [4]Él respondió y dijo:* ***Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios****. [5]Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, y le puso sobre el pináculo del templo, [6]y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra. [7]Jesús le dijo:* ***Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios****. [8]Otra vez le llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, [9]y le dijo: Todo esto te daré, si postrado me adorares. [10]Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás, porque* ***escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás****. [11]El diablo entonces le dejó; y he aquí vinieron ángeles y le servían*» (Mt. 4:1-11).

Esa espada de la panoplia de Dios es corta; la que en griego es *makhaira*; es una daga, o como la que el ejército moderno se le llama bayoneta. Cuando leemos: «*y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios*», cuando dice *palabra* de Dios no dice en griego *logos*, sino *rhema*; es decir, tanto la espada corta (*macaira*) como la palabra (*rhema*) es algo más bien dirigido a nosotros subjetivamente, como para nuestro crecimiento espiritual, para la formación de Cristo en nosotros primeramente; para que la vida en nosotros experimente un crecimiento especial, a fin de que no nos dejemos enredar del enemigo. La palabra griega *rhema* tiene la connotación de cosa específica, asunto específico; de manera que aquí no se refiere a la Biblia entera como tal (*logos*), sino al pasaje individual de las Escrituras que el Espíritu trae a nuestra memoria para su utilización en tiempo de necesidad, siendo el pre-requisito de ello la lectura habitual y memorización de las Escrituras. Cuando Pablo, en los versos 18 y 19 pide oración para que cuando él abra la boca le sea dada palabra para dar a conocer, allí se refiere a que le sea dada palabra *logos* para predicar. Él va a enseñar *logos*. Pero cuando nosotros estamos armados con la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios, es *rhema*

para nosotros.

«*Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón*» (He. 4:12). Partir el alma y el espíritu se refiere a cosas íntimas. Esta palabra de Dios aquí es algo corto, es como el bisturí del cirujano que abre para ver dónde está el tumor para sacarlo; porque está diciendo que divide; entonces el bisturí está abriendo y descubriendo dónde está lo que se va a sacar de ese cuerpo. Como si dijera el Señor: Prepárate, vamos a sanar a un amigo, vamos a curarlo; en él hay que separar lo falso de lo verdadero. Necesitamos separar en nosotros lo falso de lo verdadero. De modo que es una palabra *rhema*, no es una palabra *logos*; es algo *específico* que necesitamos nosotros en un momento determinado.

En cambio la espada larga, la *rhomphaia*, de Apocalipsis, está destinada a destruir al enemigo; pero la espada del Espíritu (*macaira*) es la que sondea nuestra conciencia y se encarga de ir sometiendo todo impulso hacia el pecado en nosotros, hasta llegar a dominarlo por el Espíritu para que no vayamos a pecar. Hay que distinguir esas dos espadas. De la boca del Verbo de Dios sale una espada larga, la que sirve para atacar. Leanos algunas citas: «*Tenía en su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada (**rhomphaia**) aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza*» (Ap. 1:16). ¿Cómo aparece el Señor aquí? Como juez. «*Y escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto. [16]Por tanto, arrepiéntete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca*» (Ap. 2:12,16). El Señor va a dividir algo donde el diablo ha metido su mano; allí hay un matrimonio entre la Iglesia y el Estado pagano, y se ha mezclado con la religión babilónica y el mundo, entonces el Señor, con esa espada de juicio, va a dividir aquella unión que no conviene. «*De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. [21]Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos*» (Ap. 19:15,21). Todas estas espadas que leemos acá en Apocalipsis son *rhomphaia*, son espadas de juicio; son declaraciones

judiciales del Señor.

Leamos también las declaraciones del Señor: «*No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada.* [35]*Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra*» (Mt. 10:34-35). Esa espada se refiere a las disensiones que destruyen la paz en un hogar; cuando una persona de la familia conoce a Cristo, empieza a haber esas disensiones; entonces el Señor introduce allí una espada de disensiones, porque no todos están de acuerdo con el Señor; es la espada corta, la *macaira*.

Dice el apóstol: «*Porque los magistrados no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella;* [4]*porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo*» (Ro. 13:3-4). Esto es algo específico, es la *macaira*, eran unas espadas cortas que usaban los magistrados y jueces.

La espada larga también se usa literalmente. En Apocalipsis 6:8 habla de una espada literal; y se refiere a la espada larga. «*Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía; y le fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad, y con las fieras de la tierra*». Metafóricamente también se menciona la espada como instrumento de angustia. «*Y los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha* [35]*(y* ***una espada traspasará tu misma alma****), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones*» (Lc. 2:34-35). Si nosotros le ponemos cuidado e interés, todas estas explicaciones nos pueden servir grandemente para nuestras vidas.

LA ORACIÓN EN EL ESPÍRITU

«*Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos*» (v. 18). Todas estas seis partes del armamento de un creyente, no tienen eficacia alguna sin el

versículo 18, sin la oración perseverante. Es como el candelero de oro del tabernáculo de los hebreos durante su travesía por el desierto, el cual estaba compuesto por seis brazos laterales, tres de cada lado de una cañita central, para completar siete lámparas. Entonces estas seis partes de la armadura de Dios, son los seis brazos del candelero, y la oración es la caña central; porque sin la oración, este armamento no nos sirve. Para usar la panoplia de Dios, lo que le da eficacia es la oración; por eso la palabra dice: «*Orando en todo tiempo*». Aquí la palabra *tiempo* en el griego no es *cronos*, sino ***kairós***. ¿Cuál es la diferencia? Se difieren en que *cronos* denota un lapso de tiempo, sea largo o corto, implicando duración; en ocasiones *cronos* se refiere a la fecha de un acontecimiento; en cambio *kairós* significa un período fijo o definido, una sazón; en ocasiones un tiempo oportuno en sazón. *Cronos* expresa la duración de un período, *kairós* destaca su caracterización por ciertas peculiaridades, oportunidad u ocasión; de manera que nosotros debemos estar orando por cada ocasión específica que se nos presente. Todo incidente de nuestra vida, todo lo que vaya ocurriendo en la Iglesia, debe ser tratado en oración. No nos debemos llenar de desesperación, sino ir al Señor inmediatamente y plantearle el asunto; una vez entregada la petición al Señor, debemos dejar que Él obre, pero tenemos que estar orando.

Nosotros somos avisados por el Espíritu si hay alguna tentación, que viene un ataque, algo que nos puede sobrevenir para llenarnos de amargura, cualquier cosa que ronde, pongámosle las cosas al Señor. He visto hermanos muy serenos aun ante la muerte de un ser querido. No significa que no sienten dolor ni que no lloran, pero no se desesperan. Oran y están confiados en el Señor; todo aquello lo han puesto en manos del Señor. Cuando entramos en amarguras, griterías y desesperación, lo que damos es un mal testimonio. Debemos siempre dar el testimonio de que somos hijos de Dios, de que tenemos un Padre que nos ha dado amor, poder y templanza. Dice Pablo a los tesalonicenses: «*Estad siempre gozosos. [17]Orad sin cesar. [18]Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús. [19]No apaguéis al Espíritu*» (1 Ts. 5:16-19).

«*Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu*». ¿Qué es la oración en el Espíritu? Hagamos dos

lecturas bíblicas al respecto. «*Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.* [27]*Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos*» (Ro. 8:26,27). Muchas veces vamos a orar y ni siquiera sabemos escoger los temas para orar; nos comportamos a veces como los niños necios que insisten pidiendo algo inconveniente; y es cuando interviene el Espíritu Santo; y si el Espíritu nos mueve a orar, debemos entregarnos a la oración con toda voluntad y gozo. Cristo es nuestro abogado en los cielos, pero el Espíritu es nuestro abogado en nuestro espíritu, e intercede por nosotros con gemidos inefables, orientando correctamente nuestras oraciones. Hay personas que acostumbran la oración intercesora, y oran por los hermanos nuevos, por los hermanos necesitados, por los enfermos, por las naciones, por la paz de Colombia; y a esas personas muchas veces las llama el Señor en el sueño de la madrugada, para que oren por alguna situación que sólo el Espíritu conoce; a veces esos gemidos de paloma del Espíritu no se pueden traducir en palabras, o a veces oran en lenguas. Él sabe muy bien lo que más conviene. La oración tiene un poder extraordinario, tanto que el mismo Padre insta a que estemos orando, y a veces busca que se ore por situaciones específicas. Y lo peor es que a veces no oramos ni por nosotros mismos, ni por nuestras propias angustias, ni por nuestros propios problemas, sino que tantas veces nos llenamos de desesperación y buscamos soluciones humanas y carnales. Nosotros debemos estar orando. Señor, guíanos por tu Espíritu.

En Juan 4, el Señor habla con una mujer en Samaria. Parte de esa conversación se refiere a la adoración, y, claro, eso se relaciona con la oración. «*Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre* (no es por medio de religiones). [22]*Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos.* [23]*Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.* [24]*Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren*» (Jn. 4:21-24). La oración al Padre no

está determinada por alguna religión en particular, ni mucho menos a determinados lugares de culto, pues Dios no está vinculado a un lugar determinado; la oración debe ser guiada por el Santo Espíritu de Dios. En el momento en que Jesús hablaba con la samaritana, el único lugar legítimo era el de los judíos en el templo de Jerusalén, puesto que de Judá habría de salir el Salvador; pero pasada esa dispensación, ahora el lugar topográfico de culto es indiferente, y lo importante ahora es adorar a Dios en espíritu (espíritu humano) y en verdad (sinceridad en el corazón). El énfasis ahora es el estado interior del corazón del adorador, no las observancias externas; adorando al Dios verdadero, no a los ídolos y dioses falsos.

¿Cómo aprendemos a orar? Orando. ¿Cómo aprende un niño a hablar? Hablando. ¿Cómo aprende el niño a caminar? Caminando. Hay hermanos que nunca oran, entonces ni siquiera dan el primer pasito. Cuando se da el primer pasito, después el mismo Espíritu nos va guiando. No tenemos para qué hacer el esfuerzo de tratar de destacarnos y ser elocuentes en nuestras oraciones, no; es con sinceridad y espontaneidad, y orar como el Espíritu nos guíe. Eso es lo que le agrada al Señor. Aleluya. Hay muchos tipos de oración. Hay oraciones de alabanza y adoración. Hay personas que no abren la boca sino para adorar al Señor, y decirle cosas preciosas al Señor; pero también hay oraciones de súplicas y peticiones, hay oraciones de acciones de gracias. No hay que estarle pidiendo tantas cosas al Señor; Él sabe lo que necesitamos.

LA PERSEVERANCIA EN LA ORACIÓN

Debemos orar con perseverancia. Le dice el Señor a sus discípulos: «*Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil*» (Mr. 14:38). Tenemos un ejemplo de perseverancia en la oración ilustrado por el Señor con un ejemplo en Lucas 11:1-13: «*Aconteció que estaba Jesús orando en un lugar, y cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos. [2]Y les dijo: Cuando oréis, decid: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. [3]El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. [4]Y perdóna-*

nos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal. [5]*Les dijo también: ¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: Amigo, préstame tres panes,* [6]*porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante;* [7]*y aquél, respondiendo desde adentro, le dice: No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme, y dártelos?* [8]***Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite****.* [9]*Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.* [10]*Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.* [11]*¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿o si pescado, en lugar de pescado, le dará una serpiente?* [12]*¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?* [13]*Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?*»

«*Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos;* [19]*y por mí,* (dice Pablo) *a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra* (gr. **logos**) *para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio*» (vv. 18,19). La persona de más crecimiento espiritual y usada por el Señor es la que más necesita oración. El misterio del evangelio es Cristo y la Iglesia. Es toda la obra de Cristo y lo que es la Iglesia a través de la obra de Cristo, que cumplen el propósito eterno de Dios, como lo hemos estudiado en capítulos anteriores.

El paralelo de este texto está en Colosenses 4:2-4: «*Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias;* [3]*orando también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso,* [4]*para que lo manifieste como debo hablar*». Como lo hemos dicho, estas cartas fueron enviadas al mismo tiempo a través de Títico. «*Por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar*» (v. 20). Pablo estaba preso y encadenado al soldado de turno. «*Para que también vosotros sepáis mis asuntos, y lo que hago, todo os lo hará saber Tíquico, hermano amado y fiel ministro*

en el Señor, [22]el cual envié a vosotros para esto mismo, para que sepáis lo tocante a nosotros, y que consuele vuestros corazones» (vv. 21,22). Los hermanos efesios amaban a Pablo, y él los amaba a ellos. «*Todo lo que a mí se refiere, os lo hará saber Tíquico, amado hermano y fiel ministro y consiervo en el Señor, [8]el cual he enviado a vosotros para esto mismo, para que conozca lo que a vosotros se refiere, y conforte vuestros corazones, [9]con Onésimo, amado y fiel hermano, que es uno de vosotros. Todo lo que acá pasa, os lo harán saber*» (Col. 4:7-9). No se preocupen por mí; Títico y Onésimo, les contarán cómo estoy, cómo vivo, y recibirán consuelo con ellos .

Títico es mencionado también en otras partes de las Escrituras. Él era un gran colaborador y compañero en el equipo apostólico de Pablo. «*Y le acompañaron hasta Asia, Sópater de Berea, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Gayo de Derbe, y Timoteo; y de Asia, Tíquico y Trófimo*» (Hch. 20:4). Aquí lo vemos acompañando a Pablo por Asia. «*Sólo Lucas está conmigo. Toma a Marcos y tráele contigo, porque me es útil para el ministerio. [12]A Tíquico lo envié a Efeso*» (2 Ti. 4:11-12). «*Cuando envíe a ti a Artemas o a Tíquico, apresúrate a venir a mí en Nicópolis, porque allí he determinado pasar el invierno*» (Ti. 3:12).

AMOR CON FE

«*Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo*» (v. 23). Es la paz de Dios, es el amor de Dios, y la fe que también Él nos concede. «*La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable. Amén*» (v. 24). La palabra *amén* se la agregó un copista después. No está en los originales, pero nosotros la recibimos y decimos: Amén.

Terminamos así el estudio de esta importante carta de Pablo a los Efesios, dándole gracias al Señor por habernos concedido por su precioso Espíritu haberle dado feliz culminación a este modesto comentario, que hace tiempo teníamos en nuestros corazón, y que se lo ofrecemos al Señor, rogándole que sea de bendición a todos los que lean su transcripción. Amén.

BIBLIOGRAFÍA

* *Aproximación al Apocalipsis*. Gino Iafrancesco V. C.E. 2004

* *Biblia de Jerusalén*. Desclée de Beower. Bilbao.

* *Comentario Bíblico*. Matthew Henry. CLIE.

* *Diccionario de la Real Academia Española*. 22a. Edición.

* *Diccionario Enciclopédico Salvat*. Edición 1994.

* *Diccionario Expositivo Vine*. W. E. Vine. Ed. Caribe.

* *Efesios - La gloria eterna de Dios*. Preston A. Taylor. C. B. de P. 2002.

* *El evangelio según el apóstol Pablo*. Teodoro Austín-Sparks.

* *El Nuevo Testamento, Versión Recobro*. Witness Lee. LSM.

* *El poder latente del alma*. Watchman Nee. Ed. Parusia.

* *Enciclopedia Ilustrada de Historia de la Iglesia*. Vila-Santamaría. CLIE.

* *Guerra contra los santos*. Jessie Penn-Lewis. CLIE, 1985.

* *Hacia el Centro*. Gino Iafrancesco V. - Publicaciones Cristianas.

* *Historia del Cristianismo*. Kenneth Scott Latourette. CBP. 1979

* *La Búsqueda Final*. Rick Joyner. Morning Star.

* *La Casa y el Sacerdocio*. Gino Iafrancesco V. Public. Cristianas.

* *La Iglesia de Jesucristo, Una Perspectiva Histórico-Profética*. Arcadio Sierra Díaz.

* *La Iglesia Normal*. Watchman Nee. CLIE.

* *Lexicón Teofilolingüístico*. Arcadio Sierra Díaz. P. Cristianas.

* *Los Concilios Ecuménicos, Glosas al margen*. Arcadio Sierra Díaz.

* *Los Vencedores y el Reino Milenario*. Arcadio Sierra Díaz.

* *Nuevo Diccionario Ilustrado de la Biblia*. Wilton M. Nelson. Ed. Caribe

* *Nuevo Testamento Interlineal Griego Español*. Nestlé-Lacueva. CLIE.

* *Sentaos, andad, estad firmes*. Watchman Nee. Editorial Portavoz. 1992.

* *Teología Sistemática*. Louis Berkhof. Libros Desafío-1999

* *Vida de San Pablo*. James Stalker. Editorial Caribe. 1972.